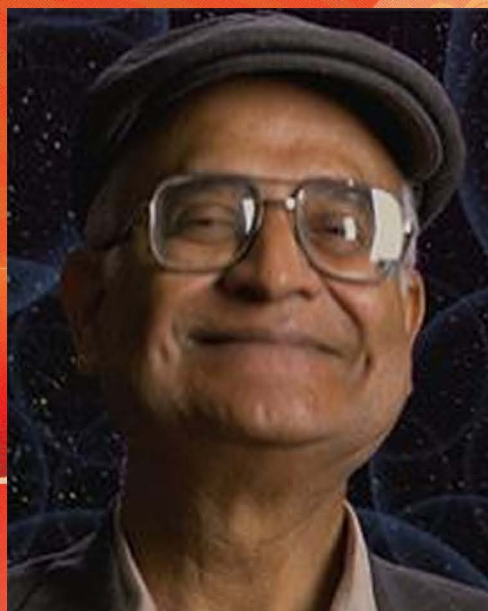


La física del alma

El libro cuántico de la vida,
la muerte, la reencarnación
y la inmortalidad

DR. AMIT GOSWAMI



EDICIONES OBELISCO

La física del alma

El libro cuántico de la vida, la muerte, la reencarnación y la inmortalidad

Por el gran protagonista de la película ¿Y tú qué sabes!?

DR. AMIT GOSWAMI

La física del alma

El libro cuántico de la vida, la muerte, la reencarnación y la inmortalidad

Por el gran protagonista de la película ¿Y tú qué sabes!?

*«...una de las mentes más brillantes
del mundo de la ciencia.»*

Deepak Chopra



EDICIONES OBELISCO

*A mi amigo Hugh Harrison,
que jugó un papel fundamental en el inicio
de la investigación que llevó a este libro,*

*y a mi esposa, Uma,
sin cuya sabiduría e inspiraciones este libro
no se habría realizado.*

Prefacio

Los problemas que planteaba la idea de la reencarnación están resueltos. ¿Está usted interesado?

Los filósofos han tropezado siempre con la hipótesis de la reencarnación porque no podían ver el modo de responder a una pregunta crítica: ¿qué es lo que transmigra de un cuerpo encarnado a otro, de manera que se pueda decir que estos cuerpos forman una continuidad, y cómo se lleva a cabo esto? La respuesta popular a la trasmigración del alma no era lo suficientemente astuta porque llevaba implícito el dualismo: ¿cómo interactúa el alma, que no es material, con el cuerpo físico?

La respuesta que se da en este libro a estas preguntas (una respuesta basada en la física cuántica) es satisfactoria tanto científica como filosóficamente. ¿Acaso la reencarnación puede ser verdaderamente científica?, se pregunte tal vez usted. Pues sí, puede ser verdaderamente científica, como voy a demostrar en este libro. Si ponemos en su sitio el esquema reencarnacionista dentro de la ciencia del ser humano, también podremos abordar de un modo inteligente el tema de la búsqueda de la inmortalidad, que tanto ha excitado la imaginación de los seres humanos. Incluso el fenómeno de los ovnis comienza a tomar algún sentido científico, como podrá ver.

La ciencia convencional se fundamenta en la idea de que la materia es el bloque de construcción de todas las cosas. Según esto, vida, mente y consciencia no serían más que meros epifenómenos (fenómenos secundarios) de la materia. Desde este punto de vista, la muerte termina con todos los epifenómenos que se manifiestan en los seres vivos. (Sin embargo, resulta revelador que los modelos materialistas

hayan sido particularmente infructuosos a la hora de desarrollar modelos satisfactorios sobre la aparición de la vida, y mucho menos de la mente y la consciencia, en la materia.) La cuestión de la reencarnación no tiene, obviamente, ningún sentido desde este punto de vista.

Sin embargo, la mitad de la población mundial cree en religiones que sustentan la idea de la reencarnación. Pero aún resulta más convincente el hecho de que los datos científicos que se ofrecen desde distintas áreas parecen apoyar los modelos reencarnacionistas de estas religiones. En muchas culturas, existen libros de los muertos en los que se habla del viaje del alma más allá de la muerte. Entre estos libros, uno de los más famosos es el de la cultura tibetana, el llamado *Libro tibetano de los muertos*. Las personas que han vuelto de los umbrales de la muerte describen sus experiencias en términos sorprendentemente similares a los de *El libro tibetano de los muertos*. También existen muchos datos, muy bien corroborados, que validan la memoria reencarnacional. El popular, aunque controvertido, fenómeno de la canalización ha recibido un considerable apoyo científico. El fenómeno de los guías espirituales y de los ángeles que experimentan muchas personas, incluso dentro de la cultura científica, ha sido tema de libros y de programas de televisión de gran éxito.

Aunque los científicos convencionales desestiman la mayor parte de estos nuevos datos como subjetivos o incluso fraudulentos, lo cierto es que representan verdaderas anomalías para el paradigma materialista, debido a que, si estas cosas son ciertas, el argumento materialista de que «no existe nada salvo la materia» resultaría falso. De hecho, la reencarnación y las experiencias cercanas a la muerte no son los únicos fenómenos anómalos para la ciencia materialista. Sus límites están siendo puestos a prueba desde distintos frentes. Hay problemas de «signos de puntuación» en la evolución biológica, problemas que Steven Gould ha popularizado; existen problemas de morfogénesis biológica sobre los que Rupert Sheldrake ha llamado la atención; también están los problemas que plantea la sanación mente-cuerpo, sobre los cuales han escrito ampliamente luminarias como Deepak Chopra y Larry Dossey. También están las anomalías de la percepción extrasensorial, e incluso de la percepción normal. Y tanto la creativi-

dad como la espiritualidad deben contemplarse como fenómenos anómalos dentro del paradigma materialista. Pero, muy especialmente, tenemos las anomalías de la misma física, los de la física cuántica, que han sido objeto de muchos libros recientemente.

La nueva ciencia de la reencarnación es uno de los brotes de un nuevo paradigma, el de una ciencia dentro de la primacía de la consciencia, que se viene desarrollando desde hace algún tiempo. En un libro mío reciente, *The Self-Aware Universe: How Consciousness Creates the Material World*,¹ se esboza el modo en que todas las paradojas y las anomalías de la física cuántica se pueden resolver si basamos la ciencia en la suposición metafísica de que la consciencia, y no la materia, es el fundamento de todo ser. En un libro posterior, *The Physicist's View of Nature, vol. II: The Quantum Revolution*,² he demostrado de qué modo se puede ampliar el nuevo paradigma de la ciencia (que yo llamo ciencia dentro de la consciencia, o ciencia idealista) para explicar no sólo las anomalías de la psicología (tanto la normal como la paranormal), sino también las de la biología, la ciencia cognitiva y la medicina mente-cuerpo. Este nuevo paradigma integra también la ciencia con la espiritualidad, que es el tema de mi libro *The Visionary Window: A Quantum Physicist's Guide to Enlightenment*.³ En el presente libro, profundizaré y ampliaré la nueva ciencia para incorporar la supervivencia tras la muerte, la reencarnación y la inmortalidad.

La verdad es que comencé mis investigaciones sobre *La física del alma* casi inmediatamente después de que se publicara *The Self-Aware Universe*, y todo aquello de lo que daba cuenta en mis posteriores libros surgió de esta investigación. Este libro estuvo a punto de publicarse prematuramente, en 1997, pero ahora me alegro de que no fuera así. Posteriormente, lo que demoró la publicación de *La física del alma* fue la intrigante cuestión de la resurrección y la inmortalidad. Y sólo estuve preparado para publicar el libro que tiene usted en sus manos

1 *El universo autoconsciente: cómo crea la consciencia el mundo material.*

2 *El punto de vista del físico acerca de la naturaleza, vol. II: la revolución cuántica.*

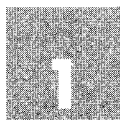
3 *La ventana visionaria: guía para la iluminación de un físico cuántico.*

cuando me llegó la inspiración relativa a la física de la inmortalidad. De cualquier modo, compartiré con usted todas las historias que me llevaron a las ideas e inspiraciones que tuve.

¿Existe un alma capaz de sobrevivir a la muerte y de transmigrar de un cuerpo a otro? Demostraré que cuando las ideas cuánticas se introducen en nuestro modelo de la consciencia en el contexto de la ciencia idealista, aparece una entidad similar al alma (yo la llamo *mónada cuántica*) que media en la reencarnación. Si la reencarnación es científica, ¿cómo deberíamos vivir y morir? Hago un examen de las consecuencias que la nueva ciencia de la reencarnación puede tener sobre nuestra visión del mundo, sobre cómo morimos y cómo vivimos, y sobre cómo deberíamos contemplar nuestra búsqueda de la inmortalidad. ¿Acaso podemos desarrollar una física de la inmortalidad? Sí, sí que podemos, aunque algunos aspectos de esta física precisarán de décadas, quizás incluso de siglos, para verificarse experimentalmente y manifestarse evolutivamente. Y, sin embargo, sugiero que podemos aventurarnos en tal empresa a partir de algunos datos controvertidos que tenemos desde hace muchas décadas: los datos de los OVNIS.

Llevo escribiendo este libro desde 1994, y han sido muchas las personas que han contribuido en su elaboración. Las numerosas conversaciones mantenidas con mi teosófico amigo Hugh Harrison fueron cruciales, así como las charlas con filósofos como Robert Tompkins y Kirsten Larsen. Durante algún tiempo, Hugh, Kirsten, Robert y yo mantuvimos un grupo de debate sobre estos temas, actividad que supuso una considerable ayuda. También fueron sumamente valiosas las discusiones sostenidas con luminarias de este campo como Stan Grof, Satwant Pasricha y Kenneth Ring. Y, recientemente, me he beneficiado mucho de las conversaciones con la psiquiatra Uma Goswami y el místico y filósofo Swami Swaroopananda. Estoy sumamente agradecido a todos.

También deseo expresar mi agradecimiento a la Infinity Foundation, a Rajiv Malhotra y Barbara Stewart por el apoyo prestado durante parte del tiempo que dediqué a escribir este libro. Por último, me gustaría dar las gracias al personal de la editorial Hampton Roads, por cuidar de todos los detalles de esta publicación.



De la muerte a la inmortalidad

¿Qué es la muerte? Ésta es una pregunta que parece fácil de responder. La muerte es cuando termina la vida; es el cese de la vida. Pero ¿sabemos qué es la vida? ¿Sabemos lo que significa cesar? Estas preguntas no son tan fáciles de responder, al menos desde la ciencia.

La mayoría de las personas están poco interesadas en las definiciones científicas de la vida y la muerte. En 1993, después de publicar un libro en el que proponía un nuevo paradigma científico sobre la naturaleza de la realidad, una ciencia basada en la primacía de la consciencia, me llamaron para que interviniera en un programa de radio. La primera pregunta que me hicieron no fue sobre la naturaleza de la realidad ni sobre la consciencia. La primera pregunta fue: ¿existe vida después de la muerte? Al principio, me pilló por sorpresa; pero luego me di cuenta de que ésta es la pregunta clave acerca de la realidad para muchas personas.

Hasta los niños quieren saber si existe vida después de la muerte. En una carta dirigida a Dios, un niño escribió: «Querido Dios, ¿qué ocurre cuando nos morimos? Yo no quiero morirme. Sólo quiero saber qué aspecto tiene eso».

¿Qué ocurre después de la muerte? En el pasado, ésta era una pregunta que le habría llevado a usted hasta el sacerdote de su barrio, hasta el pastor, el gurú, el mulah, el rabino, el maestro zen o el cha-

mán. No se consideraba en modo alguno una pregunta que pudiera formularse la ciencia. La ciencia de aquellos días se ocupaba de los aspectos terrenales del mundo; la religión era la fuente de respuestas para aquellas preguntas que importaban de un modo más íntimo a las personas: cómo vivir la vida, qué ocurre tras la muerte, cómo conocer a Dios y demás.

Pero no siempre se obtenían respuestas. Un discípulo zen fue a su maestro y le preguntó:

—¿Qué ocurre después de la muerte?

A lo que el maestro respondió:

—No lo sé.

El discípulo se sorprendió muchísimo.

—¡Pero si es usted un maestro! —protestó.

—Sí, pero no soy un maestro muerto —fue la respuesta.

Sin embargo, los gurús de las distintas religiones no solían vacilar tanto a la hora de ofrecer respuestas. Y las respuestas, en su mayor parte, eran simples (al menos, las de las religiones organizadas). Dios es el emperador máximo del mundo, un mundo que está dividido entre el bien y el mal. Si tú perteneces al bien, irás al Cielo después de la muerte, un lugar de paz y de alegría ciertamente deseable. Si, por el contrario, sigues el mal, la muerte te arrojará al Infierno, donde te consumirás en el fuego, entre sufrimientos. El mensaje de la religión era «sé bueno». Y si el ser bueno no tiene su recompensa aquí en la Tierra, te será recompensado tras la muerte. Pero, ¡ay!, en esta sofisticada era científica, este tipo de respuestas ya no satisface a nadie.

¿Quiere eso decir que en este libro se le van a dar respuestas sofisticadas y satisfactorias? Espero que sí. Las respuestas se basan en una nueva física denominada «cuántica», una física que, cuando se arraiga en la filosofía de la primacía de la consciencia, nos proporciona una ventana con visión de futuro a través de la cual corren los vendavales de las nuevas respuestas a estas antiquísimas preguntas. Las preguntas y las respuestas referentes a lo que sucede tras la muerte no son más que los últimos descubrimientos de esta nueva ciencia. Pero siga leyendo.

¿Qué sobrevive?

¿Quién es usted después de la muerte? Evidentemente, el usted de después de la muerte no puede ser una entidad física o corpórea, de ahí que la idea de un alma incorpórea sea tan popular. A usted, como a todo el mundo, le han dicho que es su alma lo que sobrevive a la muerte del cuerpo; y que, después de la muerte, el alma va bien al Cielo o bien al Infierno, en función de cómo le vaya en el día del juicio.

Las imágenes que se forjan muchas personas acerca de lo que esperan que sea el Cielo indican que, hasta en el Cielo, esas personas esperan mantener sus egos intactos, como en las películas de Hollywood. Para ellas, el ego es el alma. Sin embargo, se pueden plantear muchas objeciones a esta creencia.

¿Cómo obtenemos nuestra identidad-ego? Evidentemente, nuestro ego se conforma a partir de las experiencias que tenemos a medida que crecemos. Los recuerdos de estas experiencias se preservan probablemente en el cerebro físico. Pero, por otra parte, las experiencias (educación), por sí solas, no conforman la totalidad del desarrollo del ego; parece lógico que nuestra dotación genética (naturaleza) también juegue algún papel. Pero tanto la genética como los recuerdos cerebrales son físicos. Con el fallecimiento del cuerpo y la consiguiente descomposición de estos recuerdos físicos, ¿podrá seguir funcionando el ego?

Otro argumento en contra de la idea de que el alma es el ego lo ha planteado el psicólogo Charles Tart. Tart (1990) señala que el cuerpo y el cerebro constituyen influencias estabilizadoras para nuestra identidad. En los sueños, por ejemplo, perdemos la conciencia de nuestro cuerpo físico, y mire usted lo que ocurre. Nuestra identidad puede cambiar de un cuerpo onírico a otro durante el sueño en muchas ocasiones; no hay mucha estabilidad en aquello con lo que nos identificamos. Algo parecido ocurre con la privación sensorial y las llamadas drogas psicodélicas. La identidad-ego estable, normal, que experimentamos durante nuestra conciencia despierta, desaparece en estos estados alterados de la conciencia. Tart cree que esto podría ser un indicio de lo que podría venir a ser el estado alterado de la conciencia que

alcanzamos después de la muerte, a menos que haya otros tipos de procesos de estabilización de los que aún no sabemos nada.

Así pues, la naturaleza del alma, la naturaleza de lo que sobrevive a la muerte, es una cuestión difícil y controvertida. Pero aún resulta más controvertida, incluso más desconcertante, cuando ponderamos las imágenes de un continuo (la vida y la muerte como un continuo) de muchas culturas. No sólo es que algo sobrevive a la muerte, sino que ese algo regresa en otro cuerpo con otro nacimiento, y el proceso se repite una y otra vez.

La reencarnación

La idea de que el alma sobrevive en el Cielo o en el Infierno tras la muerte es, más o menos, la idea popular de las culturas judeocristianas. Otras culturas lo ven de un modo diferente. A veces (por ejemplo, en el Islam), las diferencias son menores. Pero hay ocasiones en que las diferencias en el punto de vista de la realidad existente tras la muerte son bastante radicales. Los hindúes en la India, los budistas en el Tíbet y en otros muchos lugares (si bien en el budismo el concepto de alma es muy sutil), y muchas personas de ascendencia china y japonesa, incluso fuera del budismo, creen en el alma, en el Cielo y en el Infierno; pero, para ellos, la permanencia en el Cielo o el Infierno no es más que el comienzo del viaje. En estas culturas, el Cielo y el Infierno son residencias temporales, tras lo cual el alma tiene que volver de nuevo a la Tierra. El tiempo de estancia en tu Cielo o tu Infierno temporal dependerá de tu karma, un concepto de causa y efecto que comprende un libro mayor del bien y del mal, pero con una importante diferencia.

Si haces el bien acumulas buen karma, y las malas acciones acumulan un mal karma en tu libro mayor kármico, al igual que ocurre en el cristianismo. El mal karma es algo inoportuno, claro está; por ejemplo, muchos chinos creen que si sus actos en la Tierra son realmente malos, nacerán como ratas, o incluso como gusanos, en la próxima vida. Pero ni siquiera el buen karma impide que la rueda siga

girando. Por mucho buen karma que acumules, no vas a poder quedarte en la celeste perfección para siempre, pues tendrás que volver a la terrenal imperfección. De este modo, se introduce la sutil idea de que ni siquiera un buen karma es lo suficientemente bueno. Aun así, uno permanece ligado a la rueda del karma, al ciclo periódico de reencarnaciones. Y la rueda kármica se contempla como aquello que da impulso al vehículo del sufrimiento.

¿Qué puede haber mejor que acumular buen karma, que hacer el bien en todas las acciones y experiencias en la Tierra? La idea que tienen los hindúes y los budistas es que existe una manera de vivir óptima y perfecta, una manera de vivir que, cuando se descubre, le libera a uno de la rueda del karma. Los hindúes llaman a esta consecución máxima *moksha*, que literalmente significa liberación; y los budistas lo llaman *nirvana*, que se traduce literalmente como extinción de la llama del deseo.

Podemos echar mano de la filosofía para explicar las diferencias entre el punto de vista judeocristiano y el punto de vista hindú/budista sobre lo que ocurre tras la muerte. En una de estas filosofías, el modelo específico de realidad tras la muerte que una cultura desarrolla depende de si la cultura es materialmente rica o pobre. El propósito de la religión consiste en seducir a la gente para que viva según el bien, en lugar de según el mal. Si la cultura es materialmente pobre, la gente vive con la esperanza de disfrutar de una buena vida tras la muerte. Si aceptan la idea de la reencarnación, no dudarán en ser malos de vez en cuando y en asumir el riesgo de un infierno temporal. Siempre le queda a uno la siguiente vida para ser bueno. De ahí que la idea de un infierno eterno sea importante para mantener a la gente a raya; ellos ya conocen el infierno, no quieren pasarse la eternidad en él. En cambio, en las sociedades acomodadas, la idea de la reencarnación puede arraigar mejor.

En las sociedades ricas, la gente vive en un sistema de clases en el cual la mayoría de las personas son de clase media. Si es usted una persona de clase media, lo peor que le puede ocurrir es convertirse en pobre. De ahí que funcione la amenaza de la reencarnación, dado que un mal karma no sólo trae consigo el infierno, sino también una forma de vida menor (en una clase más baja, por ejemplo) en la siguiente

encarnación. Éste era el caso con el sistema de castas hindú en la rica India de la Antigüedad, que es donde floreció la idea de la reencarnación. Pero es algo que está cambiando ahora en la India; la mayoría de las personas son ahora pobres, y la idea de la reencarnación ya no es tan popular. Por otra parte, las sociedades occidentales actuales, que viven en una opulencia creciente, se están haciendo cada vez más clasistas. Y no es de sorprender que la idea de la reencarnación esté prendiendo bien ahora en estas sociedades.

Tiene sentido. En Post-mortem 100, tú aprendes los conceptos básicos: Dios, el bien y el mal, el cielo y el infierno. En Post-mortem 300, captas la idea de la reencarnación, la rueda del karma. Ahí planteas preguntas que ni se te ocurrirían en el curso del nivel cien. Si existe la vida después de la muerte, ¿por qué no va a haber vida antes de la vida? ¿Por qué le pasan cosas malas a la gente buena? Y la mejor de todas: ¿cómo un Dios verdaderamente justo y benévolo no le va a dar a todo el mundo una buena vida en el Cielo?

Comparado con los cursos de nivel 100 y 300, la idea de la liberación vendría a ser un curso de graduado de nivel 500. Sólo puedes entrar en este curso después de haberte permitido el lujo de disfrutar de un montón de «karma-cola». Entrás en él cuando te haces preguntas acerca de la verdadera naturaleza de la realidad y de tu conexión con ella, cuando intuyes que tú, el mundo y Dios no están separados, y no son independientes unos de otros. Entrás en él cuando todo el mundo de seres sintientes se convierte en tu familia, y quieres servir a tu familia de una forma novedosa.

El filósofo Michael Grosso ha dicho del reciente aumento de interés por la reencarnación en el mundo occidental que es «la formación espontánea de un mito de reencarnación», pero en realidad se trata de algo más que de la formación de un mito. Yo creo que hemos aprobado en masa, pasando del Post-mortem 100 hasta el Post-mortem 300. Y algunos de nosotros ya estamos ponderando la posibilidad de hacer el curso de graduado.

¿Cuándo tiene lugar la transición al curso del siguiente nivel? El filósofo Alan Watts lo explicó muy bien. Para Watts (1962), la rueda del karma se parece mucho a estar en un carnaval. En el principio,

desde tu punto de vista de alma, te arriesgas menos. Te aferras a la buena vida cuando reencarnas. Es después cuando te das cuenta de que existen mayores oportunidades de aprendizaje en la asunción de riesgos, naciendo pobre pero virtuoso, o viviendo una vida llena de baches pero creativa. Sin embargo, incluso entonces, el peor de los sufrimientos, el aburrimiento, se apodera de ti; la idea de estar inmerso eternamente en la rueda kármica se nos hace aterradora a todos más pronto o más tarde. El cineasta Woody Allen, en *Hannah y sus hermanas*, capta a la perfección este sentimiento:

...Nietzsche, con su teoría de la repetición eterna. Él decía que la vida que vivimos la vamos a vivir una y otra vez, exactamente de la misma manera, hasta la eternidad. Estupendo. Eso significa que tendré que aguantar *Ice Capades* una y otra vez hasta el final. No vale la pena.⁴

(Citado en Fischer, 1993)

Cuando nos sentimos de este modo es cuando puede que nos interese-mos por la idea de la liberación.

Observe que tanto la idea cristiana de la eternidad en el cielo como la idea oriental de la liberación se refieren, en esencia, a una escena que, ciertamente, podríamos denominar como inmortalidad del alma (no más nacimientos, no más muerte). La primera idea (la del cielo) no es más que una versión simplificada de la segunda idea, que dice cómo llegamos allí (es decir, la primera idea omite los pasos intermedios).

De modo que no crea que las ideas sobre la reencarnación son del todo orientales, ni tampoco que ha sido recientemente cuando se han importado a Occidente. La reencarnación era una idea aceptada del judaísmo en el que nació Jesús. Muchos expertos sostienen que, antes del 553 d.C., el cristianismo también aceptó la idea de la reencarnación. Se dice que, aquel año, el quinto Concilio Ecuménico promulgó

4 *Ice Capades* es un espectáculo de patinaje sobre hielo que lleva muchos años en la cartelera de espectáculos de Estados Unidos. (N. del T.)

un decreto en contra de la idea de que las almas reencarnaran, aunque otros expertos creen que aquel concilio jamás promulgó oficialmente tal decreto. (Para profundizar en el tema, véase Bache, 1991, y MacGregor, 1978.)

Muchos expertos creen también que la división acerca de la reencarnación en Occidente no es una división entre Oriente y Occidente, sino entre los hilos esotéricos y los exotéricos de las religiones occidentales. La reencarnación es una idea aceptada por los sufíes, la rama esotérica del Islam. El hasidismo judío sustenta la reencarnación, al igual que los gnósticos y otras tradiciones místicas del cristianismo (Bache, 1991; Cranston y Williams, 1984).

La idea de la reencarnación aparece frecuentemente en el pensamiento occidental fuera de cualquier contexto religioso. Comenzando por Pitágoras y Platón, personas como David Hume, Ralph Waldo Emerson, Henry Thoreau, Benjamin Franklin, J. W. von Goethe, creían en la reencarnación. Goethe escribió:

*El alma del hombre es como el agua;
del Cielo vino,
al Cielo se elevó,
y después retornará a la Tierra,
alternando por siempre jamás.*

(*De Song of the Spirits over the Waters*,⁵ citado en Viney, 1993)

Y Franklin escribió para su propio epitafio, cuando sólo contaba veintidós años:

*El cuerpo de B. Franklin,
Impresor,

como la cubierta de un viejo libro,
sus contenidos desgarrados*

5 Canción de los espíritus sobre las aguas.

y
despojados de sus letras y sus adornos,
yace aquí,
alimento de gusanos,
pero la Obra no se perderá,
pues, como él creyó,
aparecerá una vez más
en una nueva y más elegante edición
revisada y corregida
por el Autor.

(Citado en Cranston y Williams, 1984)

El movimiento teosófico, en el cual la reencarnación es una doctrina básica, prendió rápidamente en Occidente durante el siglo XIX debido a que la semilla para aceptar la reencarnación se encontraba ya aquí. Más recientemente, las encuestas de opinión pública indican que un número sustancial de occidentales, quizás hasta un 25 por 100, cree en la reencarnación (Gallup, 1982). El filósofo C. J. Ducass mantenía que «la creencia en la continuidad de la vida se origina [en los niños] de forma completamente espontánea». Los datos de los que disponemos sobre memoria reencarnacional demuestran que existen actualmente muchos de estos casos en el mundo occidental (Stevenson, 1974). Si la reencarnación no es un tema cultural, si es universal, será entonces natural preguntarse si esta idea es científica.

¿Son la supervivencia post mortem y la reencarnación ideas científicas?

¿Acaso algo de todo esto tiene sentido bajo el escrutinio científico de nuestra época? Hace varias décadas, la respuesta habría sido necesariamente un no contundente, pero las cosas ya no son así. Una de las principales razones para este cambio son los datos, datos ciertamente buenos. Me he referido arriba a los datos relativos a la memoria de las

reencarnaciones. Muchos de estos datos, verificados, se han obtenido de niños que recuerdan sus vidas pasadas. Pero se han obtenido muchos más datos de lo que se denominan regresiones a vidas pasadas, en las cuales las personas parecen recordar incidentes de vidas pasadas bajo hipnosis, en situaciones traumáticas, bajo el efecto de determinadas drogas o con otras técnicas especiales. (Si desea consultar una revisión acerca de este tema, véase Cranston y Williams, 1984.) Y gran parte de esos recuerdos recuperados se han podido corroborar. En muchos casos, la posibilidad de fraude ha quedado eliminada.

Pero lo más importante es que los datos sobre recuerdos de reencarnaciones no son los únicos de los que disponemos. Las experiencias cercanas a la muerte (es decir, las experiencias de personas que fueron traídas de vuelta desde una situación de muerte clínica) corroboran muy bien las descripciones de la realidad post mortem, al menos de algunas de sus fases, que se encuentran en los «libros de los muertos» de las culturas de la Antigüedad. (Para una revisión de libros de los muertos, véase Grof, 1994). Las personas que han pasado por experiencias cercanas a la muerte dan cuenta de haber estado fuera de su cuerpo, recorriendo un túnel que les llevaba hasta otro mundo, viendo a familiares tiempo ha fallecidos, a seres espirituales de luz, etc.

En las últimas décadas, la ciencia ha comenzado también una oportuna aunque inesperada reevaluación de la sabiduría antigua. En tanto que la tendencia general de la ciencia desde el siglo xvii ha sido la de evolucionar hacia un enfoque material, la ciencia de las últimas décadas del siglo xx ha comenzado a explorar el previamente marginado campo espiritual. En este libro, demostraré que este nuevo paradigma de la ciencia está en consonancia con ideas tales como Dios, el alma, el cielo, el infierno, el karma o la reencarnación; en definitiva, con toda la gama de temas espirituales.

Estas ideas son sumamente sutiles si se formulan y se comprenden adecuadamente, pero tenemos la tendencia condicionada a considerarlas de un modo tosco y materialista.⁶ Por ejemplo, la mayoría de

⁶ Utilizo la palabra «materialista» para designar a las personas que creen en la primacía de la materia, de que sólo la materia es real; a estas personas también se las llama «realistas materiales».

las personas ven el Cielo como un lugar que sigue un patrón similar al de la Tierra (no hay más que ver algunas de las representaciones que se han hecho en las películas de Hollywood). Las religiones populares suelen retratarlo de este modo, y caemos presa de ese modo de ver las cosas que teníamos en la infancia. Pero, evidentemente, el «otro mundo», si existe, debe de ser radicalmente diferente de éste.

La ciencia moderna apoya de un modo bastante convincente la idea de un mundo monista, la idea de que sólo existe una sustancia que constituye la realidad. Si existiera también un mundo dual de sustancia anímica, ¿cómo podría interactuar ese mundo con el mundo material? ¿Qué puede haber que medie en tal interacción? Evidentemente, ni la sustancia anímica ni la sustancia material pueden hacer de mediadoras. Por otra parte, ¿no implicaría esta interacción un intercambio de energías entre los dos mundos? Si fuera así, el libro mayor energético del mundo material mostraría de cuando en cuando un exceso o un déficit, cuando lo cierto es que esto no ocurre. Es una ley física que la energía del mundo material es una constante, la ley de conservación de la energía. De ahí que la sabiduría científica evite, como corresponde, el dualismo de la interacción (legado del filósofo René Descartes) en nuestra manera de ver la realidad; el dualismo y la ciencia son como el aceite y el agua: no hay manera de que se mezclen.

Así, la vieja ciencia de los últimos tres siglos nos enseñó que todos los fenómenos son fenómenos de cosas que están hechas de materia. Es un monismo basado en la idea de que la materia es el fundamento de todo ser. En cambio, el nuevo paradigma plantea un monismo basado en la primacía de la consciencia: que la consciencia (diversamente nombrada como Espíritu, Dios, Divinidad, Ain Sof, Tao, Brahmán, etc., en las tradiciones populares y espirituales), y no la materia, es el fundamento de todo ser; es un monismo basado en una consciencia que es unitiva y trascendente, pero que se hace múltiple en los seres sintientes, como nosotros. Nosotros somos esa consciencia. Todo el mundo de la experiencia, incluida la materia, es la manifestación material de las formas trascendentes de la consciencia.

La alegoría de la caverna de Platón deja clara la situación. Platón imaginó que la experiencia humana era como un espectáculo de som-

bras: estamos en una caverna, atados con correas a unas sillas, de modo que siempre estamos de cara a una pared donde la luz del exterior de la caverna proyecta las sombras de las formas arquetípicas ideales. Nosotros tomamos las sombras como si fueran la realidad, pero su origen está detrás de nosotros, en los arquetipos. Y, en última instancia, la luz es la única realidad, pues luz es todo cuanto vemos. En el monismo basado en la primacía de la consciencia, la consciencia es la luz de la caverna de Platón, los arquetipos constituyen la realidad trascendente y el espectáculo de sombras es la realidad inmanente.

Esta visión monista de la realidad, que yo llamo idealismo monista, es muy antigua, y constituye la base de todas las grandes tradiciones espirituales del mundo, que es el motivo por el cual se la denomina en ocasiones la filosofía perenne. En el cristianismo esotérico, el fundamento de todo ser recibe el nombre de Divinidad, el mundo de los arquetipos trascendentes es el Cielo y el mundo de la experiencia es la Tierra. En el pasado, la aceptación científica de este punto de vista era limitada porque los idealistas no podían explicar conceptos tales como la trascendencia y la autorreferencia (el cómo el uno se divide en un sujeto/yo que puede referirse a sí mismo y un objeto u objetos que están separados de él) en términos científicamente accesibles. El nuevo paradigma de una ciencia dentro de la consciencia, llamado a veces ciencia idealista, se inició cuando estos conceptos obtuvieron credibilidad científica. Esto ha sido tema de varios libros recientes, incluido el mío (Goswami, 1993; Herbert, 1993).

Se trata de un verdadero avance. El materialismo es pura metafísica, pues no existe forma de verificar objetivamente que todo, incluida la mente y la consciencia, surja de la materia. La filosofía perenne de antaño es lo que hoy podemos denominar metafísica experiencial, porque los grandes maestros espirituales de todas las tradiciones afirman haber visto directamente que el ser se fundamenta en una consciencia ilimitada, trascendente y unitiva. En cambio, el idealismo monista (es decir, la filosofía perenne en el nuevo contexto de la ciencia dentro de la consciencia) no sólo es metafísica experiencial, sino también metafísica experimental, dado que, al menos en parte, sus ideas metafísicas son verificables, no sólo en las experiencias del indi-

viduo, a nivel privado, sino también en los experimentos de la arena pública.⁷

Si usted creció en la cultura occidental, sumamente materialista todavía, es muy probable que su visión del mundo sea una amalgama extraña y confusa de materialismo (la supremacía de la materia) y de dualismo cartesiano de la interacción (el mundo espiritual es un mundo separado e independiente, hecho de una sustancia no material que, de algún modo, interactúa con el mundo material). No hace mucho, la gente intentaba demostrar la existencia del alma argumentando (de modo muy poco convincente) que el cuerpo humano pierde peso en el instante de morir, violando el principio de conservación de la energía.

Incluso los idealistas monistas declarados suelen caer en dicha alma dualista cartesiana cuando hablan de la muerte y la reencarnación. Hablan de establecer la validez de los fantasmas, de las apariciones, como objetos de la misma realidad física compartida, como una silla o un árbol. Yo veo una silla porque refleja la luz en mis ojos. Pero, ¿acaso un fantasma, si es un ser no material de otro mundo, emitiría una señal o reflejaría la luz de tal modo que mis sentidos lo detectarían? Obviamente, no. El desafío más importante para nuestra ciencia dentro de la consciencia consiste en refundir la discusión de los fenómenos relacionados con la muerte y la reencarnación desde la perspectiva monista. Y ése es el desafío que yo asumo en este libro. Si se han de utilizar conceptos dualistas, tenemos que encontrar explicaciones que no violen las leyes de la ciencia; tenemos que reconciliar estos conceptos dentro de una visión general monista. Y eso es lo que he sido capaz de lograr.

El alma y el cuanto

¿Qué es lo que sobrevive? ¿Reencarna lo que sobrevive de alguna manera que podamos llamar un continuo (nacimiento-muerte-renacimiento, etc.)? Durante un intenso período de investigación que duró

7 La expresión «metafísica experimental» la acuñó el filósofo Abner Shimony.

alrededor de un año, encontré mi respuesta. Existe un «alma» que sobrevive a la muerte del cuerpo físico, y que reencarna en otro cuerpo para formar un continuo. Sí, dicha alma tiene sentido en una ciencia basada en la consciencia, pero sólo si consideramos el alma en términos «cuánticos».

La situación es similar a la que tuvo lugar a finales del siglo XIX. Los físicos descubrieron que contemplar la materia y la luz desde el viejo punto de vista newtoniano (es decir, la materia siempre está localizada, se mueve en trayectorias bien definidas, y la luz es semejante a las ondas, dispersa, capaz de estar en más de un lugar al mismo tiempo) les generaba anomalías y paradojas. Descubrieron un nuevo modo de contemplar todo esto, de pensarlo: el modo cuántico.

La palabra «cuanto» significa «una cantidad discreta». Por ejemplo, un cuanto de luz, denominado fotón, es una cantidad de energía discreta e indivisible, un paquete localizado de energía. Reconocer que la luz dispone de una naturaleza de partícula localizada, además de su naturaleza más familiar de onda, y que la materia tiene una naturaleza de onda, además de su naturaleza más familiar de partícula localizada, eliminaba las anomalías y las paradojas a las que nos referíamos arriba.

Así, la importancia de la palabra «cuanto» va bastante más allá de su discreción. La dinámica cuántica da una potencia inesperada, casi mágica, a los objetos de los dominios submicroscópicos.

- ¿Qué significa decir que la materia es algo similar a una onda y que, por tanto, puede estar en más de un lugar a la vez? Si esto resulta paradójico, la paradoja se resuelve si nos damos cuenta de que las ondas de la materia son ondas de posibilidad (representadas técnicamente mediante funciones matemáticas denominadas funciones de onda); se encuentran en dos (o más) lugares a la vez sólo como posibilidad, sólo como superposición de las dos (o más) posibilidades.
- Los objetos cuánticos existen como superposición de posibilidades hasta que nuestra observación produce la actualidad a partir

de la potencialidad, un evento actual, real, localizado de entre los muchos eventos potenciales. Si una posibilidad en particular tiene una gran probabilidad de actualizarse a través de la observación, esa onda de posibilidad será por consiguiente fuerte; en tanto que la onda será débil cuando la probabilidad para su correspondiente posibilidad de actualizarse es pequeña.

Un ejemplo aclarará la situación. Suponga que liberamos un electrón en una habitación. En cuestión de unos momentos, la onda del electrón se propaga por toda la habitación. Y ahora suponga que ponemos en la habitación una rejilla de detectores de electrones, los conocidos contadores Geiger. ¿Registrarán señales todos los contadores Geiger? No. Sólo uno de ellos emitirá una señal. Conclusión: antes de la observación, el electrón se propaga por todo el espacio, pero sólo como onda de posibilidad. Y es la observación lo que produce el colapso de la onda de posibilidad en un acontecimiento real, actual.

- La mecánica cuántica es un cálculo de probabilidad que nos permite calcular la probabilidad de cada posibilidad que se admite en cada situación dinámica. La probabilidad engendra incertidumbre. Ya no podemos saber el paradero del objeto con toda certeza. El movimiento de los objetos cuánticos está envuelto en cierta incertidumbre.
- Antes de que la física cuántica se comprendiera adecuadamente, predominaba en la ciencia una metafísica materialista: las partículas elementales componen átomos, los átomos componen moléculas, las moléculas componen las células, entre las que están las neuronas, las neuronas componen el cerebro, y el cerebro crea la consciencia. Esta teoría de causación recibe el nombre de teoría de causación ascendente: la causa asciende desde las partículas elementales (micro) hasta el cerebro y la consciencia (macro). No existe un poder causal en ninguna entidad del mundo, salvo en las interacciones entre las partículas elementales.

Pero si los mismos seres humanos no somos nada salvo posibilidades materiales, ¿cómo puede nuestra observación colapsar las ondas de posibilidad? La interacción de posibilidad con posibilidad sólo engendra una posibilidad más compleja, pero nunca una actualidad. Así, si en el mundo sólo existiera la causación ascendente, el colapso cuántico sería una paradoja. En la interpretación libre de paradojas de la física cuántica, la causación ascendente sólo es capaz de producir ondas de posibilidad materiales entre las cuales elige la consciencia (que es no material), y la consciencia tiene el poder definitivo, lo que llamamos la causación descendente, para crear la realidad manifiesta eligiendo libremente entre las posibilidades que se le ofrecen. La consciencia ya no se ve como un epifenómeno del cerebro, sino como el fundamento de todo ser, en el cual todas las posibilidades materiales, incluido el cerebro, están arraigadas.

- Los objetos cuánticos pueden dar un salto discontinuo (ahora está aquí, y un instante después está allí). A tal salto se le denomina salto cuántico. Un átomo emite luz cuando un electrón da un salto cuántico desde un estado atómico energético superior hasta otro inferior. Usted puede apreciar la radicalidad de este salto cuántico si lo visualiza como que el electrón salta desde una órbita superior en torno al núcleo atómico hasta una órbita inferior sin recorrer el espacio que existe entre las órbitas.

En la misma vena, la causación descendente es discontinua en todos sus aspectos: en el aspecto causal (no podemos asignar una causa precisa para ello), en el aspecto mecánico (no podemos hacer un modelo mecánico de ello), algorítmicamente (no existen matemáticas para ello) y lógicamente (su lógica es circular: el observador es esencial para que el colapso tenga lugar, pero el observador es sólo posibilidad antes de que el colapso tenga lugar).⁸

8 Si le resulta difícil visualizar una onda en el cerebro, aunque sea una onda de posibilidad, «porque las ondas viajan», dese cuenta de que las ondas en un espacio confinado son ondas permanentes; es decir, que «ondean» mientras permanecen en el mismo lugar, como en un instrumento musical.

- Se ha comprobado experimentalmente que, cuando los objetos cuánticos se vinculan adecuadamente, se influyen mutuamente de forma no-local, es decir, sin la mediación de señales a través del espacio y sin utilizar un tiempo finito. Así, los objetos cuánticos vinculados deben de estar interconectados en unos dominios que trascienden el espacio y el tiempo. No-localidad implica trascendencia, de donde se sigue que todas las ondas cuánticas de posibilidad residen en unos dominios que trascienden el espacio y el tiempo; los denominaremos «dominios de la potencia trascendente» (potencia en el sentido de potencialidad), por utilizar el término de Aristóteles que adoptara Werner Heisenberg.

Y no piense que la posibilidad es menos real que la actualidad; puede que incluso sea al revés. Lo que es potencial puede ser más real que lo que es manifiesto porque la potencia existe en un dominio intemporal, en tanto que cualquier actualidad es meramente efímera: existe en el tiempo. Así es como piensan los orientales, como piensan los místicos de todo el mundo, y también el modo en que piensan los físicos que tienen en cuenta el mensaje de la física cuántica.

¿Acaso la «magia» cuántica (estar en dos lugares al mismo tiempo, la causación descendente, los saltos cuánticos y las conexiones no-locales), que es tan potente y tan clara en la esfera submicroscópica, se extiende hasta el macromundo de nuestra experiencia? En tiempos recientes, se ha puesto sobre la mesa la perturbadora idea de que el cerebro humano lleva a cabo un proceso cuántico cada vez que se da una observación, es decir, cada vez que se hace una medida cuántica. El cerebro responde a un estímulo ofreciendo todo un fondo de posibilidades cuánticas macroscópicamente distinguibles (una onda de posibilidad), una de las cuales se precipita como acontecimiento de la experiencia cuando la consciencia lo elige.⁹

⁹ Los procesos cuánticos del cerebro los han investigado muchos autores, entre ellos: Walker (1970), Bass (1975), Stuart, Takahashy y Umezawa (1978), Stapp (1982, 1993), Wolf (1984), Goswami (1989, 1990, 1993), Herbert (1993) y Eccles (1994).

Puede que usted vea ya una parte de la metáfora que se presenta aquí acerca de la física cuántica del alma. En tanto que el cuerpo físico, mientras tiene vida, representa posibilidades que deben manifestarse siempre como una estructura localizada que tiene un comienzo finito y un final finito, el alma representa posibilidades y potencia sin una estructura localizada en la manifestación. Como potencia trascendente, sin la fijeza de la manifestación local en el tiempo y en el espacio, transmigra (es decir, se experimenta no-localmente) de una encarnación en una ubicación y tiempo determinados a otra en un diferente punto del espacio y el tiempo.

El concepto de alma arroja sus paradojas cartesianas dualistas, como podrá ver, cuando le imbuimos de la dinámica cuántica y de la causación descendente; y la dinámica cuántica proporciona también una inesperada potencia que nos permite ver la validez de las enseñanzas esotéricas y explicar los datos anómalos. Evidentemente, tenemos también la importante cuestión de cómo el alma, en tanto que posibilidades cuánticas sin estructura, recuerda acumulativamente cada una de sus experiencias vitales, de sus encarnaciones individualizadas; pero no se preocupe, ésa es una cuestión que he podido resolver, y la respuesta constituye una parte importante de este libro.

En el *Bhagavad Gita*, Krishna le dice a Arjuna: «Tanto tú como yo hemos reencarnado muchas veces antes. Y no te recuerdo». En la India, los sabios dicen que la liberación devuelve la memoria de las encarnaciones pasadas y destierra el miedo a la muerte. Pero este modo de abordar el miedo a la muerte es arduo, y muy pocas personas en una época determinada pueden acceder a él.

Yo creo que una ciencia de la reencarnación, firmemente asentada y arraigada en las ideas de la transmigración del alma dentro de una nueva dinámica cuántica que resulte convincente y satisfactoria, reducirá el miedo a la muerte en el ser humano. La muerte se aceptará entonces como parte de la vida, y no intentaremos negarla frenéticamente. El descubrimiento de ese significado en el fenómeno de la muerte traerá pleno sentido a nuestra exploración de la vida. Y, a medida que seamos capaces de vivir, veremos la muerte como un almacén para una oportunidad creativa, un paso necesario para una renovación de la vida.

La creatividad en el ciclo vida-muerte-renacimiento

¿Qué ocurre después de la muerte? El filósofo chino Confucio decía:

*¿Quieres saber acerca de la Muerte?
Bien, ahorraré aliento.
Cuando conozcas la Vida, entonces, y sólo entonces,
hablaremos de nuevo de la Muerte.*

Confucio tiene razón en una cosa. Hasta que morimos, no tenemos casi ninguna posibilidad de verificar empíricamente lo que ocurre después de la muerte. Hoy en día, hay personas que dan cuenta de experiencias cercanas a la muerte en situaciones en las que, en cierto modo, estuvieron «muertas» durante un breve período de tiempo, pero fueron reavivados al devolverseles el ritmo cardíaco. Sin embargo, estas experiencias que tanto se airean ahora no son, estrictamente hablando, experiencias del estado post mortem.

Pero ¿tendremos que depender de un empirismo estricto para construir una ciencia? Claro está que cualquier conclusión a la que lleguemos acerca de la supervivencia post mortem y la reencarnación tendrá que depender en gran medida de la teoría, de la intuición o de vislumbres experienciales, así como de nuestra propia creatividad; la aportación de los datos empíricos será, en el mejor de los casos, secundaria. Pero no dejará de ser ciencia si podemos verificar experimentalmente algunas de sus hipótesis más importantes y si resulta útil, si se puede utilizar para diseñar un procedimiento para el arte de descubrir la naturaleza de la muerte y de lo que sucede en la muerte.

¿Acaso existe un arte del morir que pueda ser investigado por la ciencia? Eso parece. El maestro espiritual tibetano Sogyal Rinpoché (1993) recuerda una anécdota de su infancia, en la cual un lama que estaba de viaje se vio de pronto ante las puertas de la muerte. Como era la costumbre, alguien que le apreciaba propuso llamar al Rinpoché que era el gurú espiritual del lama. Pero el lama dijo que no era necesario, que sabía qué hacer. Y, tras decir eso, cerró los ojos y murió. No obstante, la persona que había hecho la propuesta fue a buscar al

Rinpoché de todos modos. Cuando llegó, el Rinpoché miró al lama «muerto» y dijo afectuosamente: «Viejo lama, no permanezcas en tal estado... a veces pueden surgir obstáculos». Y entonces, ante los ojos del atónito Sogyal, el lama volvió a la vida. Luego, el Rinpoché dirigió al lama a través del proceso de morir conscientemente.

El conocido *Libro tibetano de los muertos* es un libro diseñado con toda precisión para guiar a una persona moribunda.¹⁰ ¿Podremos desarrollar una ciencia para comprender este libro? Nada menos que el actual Dalai Lama escribió: «La muerte proporciona un punto de encuentro entre la tradición budista tibetana y la ciencia moderna. Creo que ambas tienen mucho que aportarse mutuamente, tanto a nivel de entendimiento como de ventajas prácticas». Yo estoy de acuerdo. En definitiva, este libro es una integración de un antiquísimo arte y de la ciencia moderna, concretamente, de las ideas del *Libro tibetano de los muertos* y de la física cuántica.

Para acercarse a la muerte se necesita tanto de ciencia como de arte, pero ni una ni otro son completamente objetivos. La literatura existente y los datos que tenemos pueden darle a usted ideas acerca de por dónde comenzar a pensar en ello, pero aquí el jefe es usted. El verdadero significado de esta búsqueda es capacitarle para que descubra por sí mismo la verdad acerca de la muerte.

Si la intuición de tantas personas (y también la suya, quizás, desde que está leyendo este libro) es correcta y reencarnamos, la muerte sería entonces el gran rito de paso que todos tenemos que afrontar. Ésta es la razón por la que algunas personas llegan a decir que toda nuestra vida es una preparación para la muerte. «La respuesta a la vida humana no se va a encontrar dentro de los límites de [una] vida humana», decía el psicólogo Carl Jung. Si comprendemos esto de corazón, veremos que la muerte forma parte de un proceso creativo definitivo.

El proceso creativo tiene cuatro fases generales: preparación, incubación, inspiración y manifestación. La preparación es revisar lo

¹⁰ Todas las referencias al *Libro tibetano de los muertos* son de la traducción de Evans-Wentz de 1960.

conocido y preparar el terreno para la inspiración creativa. La incubación es el procesamiento inconsciente, es decir, procesar sin conciencia. En tanto que la preparación supone esfuerzo, el procesamiento inconsciente es procesar sin esfuerzo consciente, aunque tampoco es como dormir. Estas dos fases se entremezclan en un proceso alternativo de esfuerzo y relajación, en un proceso alternativo de hacer y no hacer, si se prefiere así. La inspiración es el nacimiento de la nueva idea, el cambio de contexto. Es un salto cuántico de pensamiento, una transición discontinua en el pensamiento que no pasa por los puntos intermedios (Goswami, 1996, 1999). La manifestación es la plasmación de la transformación que exige la inspiración.

¿Acaso la vida es una preparación para la muerte? Lo más correcto sería decir que toda nuestra vida la dedicamos a las dos primeras fases (preparación e incubación) del descubrimiento creativo de la naturaleza de la realidad post mortem. El instante de la muerte alberga la posibilidad de la inspiración acerca de la realidad, así como de la manifestación de esa inspiración. Considere la posibilidad de que, con esta inspiración, en función de su profundidad, yo (usted) puedo (puede) elegir lo que sucede después de mi (su) muerte, la manifestación de nuestra inspiración. Y si fallamos en nuestra inspiración en esta ocasión, habrá más procesamiento inconsciente, más preparación, hasta...

Así, eligiendo el modo en que morimos, decidimos individualmente, caso por caso, lo que sucede después de la muerte. Y esta situación hipotética cambia toda nuestra orientación con respecto a la muerte, ¿no es así?

La gente dice, no sin cierta razón, que la muerte es como un sueño, que es un gran sueño. Pero yo sostengo que es también una gran posibilidad. Algunas personas de avanzada espiritualidad experimentan estados similares al del sueño denominados *nirvikalpa samadhi*, en los cuales, aunque, al igual que en el sueño, no hay una experiencia de escisión sujeto-objeto, sí que hay un procesamiento inconsciente que da lugar a inspiraciones creativas cuando «despiertan». De modo que usted elige. ¿Prefiere morir entrando en un gran sueño, de modo que cuando «despierte» en la siguiente encarnación sea usted casi el mis-

mo que antes? ¿O prefiere morir entrando en el gran *samadhi*, de modo que cuando se encuentre a sí mismo en la siguiente encarnación haya un nuevo usted, resultado de una inspiración creativa?

De la muerte a la inmortalidad

La gente se suele preguntar acerca del significado de la vida, en especial acerca del significado de su propia vida. En el esquema reencarnacionista, comenzamos a tener un atisbo de las respuestas a las preguntas sobre el significado. Estas preguntas tratan de nosotros mismos, de nuestra propia naturaleza y, hablando en términos generales, de la naturaleza de nuestra consciencia. En primer lugar, exploramos estas preguntas en el mundo exterior; esto constituye nuestra fase materialista. Al cabo de muchas encarnaciones, cuando vemos que no nos llegan respuestas adecuadas de este modo, nos volvemos hacia dentro. Al principio, el viaje hacia dentro es muy vacilante, y está muy viciado con los patrones de hábitos que hemos adquirido en nuestro viaje exterior. Pero, poco a poco, comienza a hacerse la luz del entendimiento en nuestro interior y, súbitamente, llega la comprensión final; ya no tenemos más preguntas, y estamos liberados. Hemos salido del ciclo de nacimiento-muerte-renacimiento; somos inmortales. Si la comprensión final acaece durante esta vida, cuando muramos en esta ocasión, ya no volveremos. Si la comprensión tiene lugar en el momento de la muerte, tampoco volveremos; será nuestra última muerte.

En uno de los Upanishads hindúes encontramos el siguiente himno:

Llévame de lo irreal a lo real.

Llévame de la oscuridad a la luz.

Llévame de la muerte a la inmortalidad.

La liberación es la inmortalidad a la que se refiere este himno. En el desarrollo de una teoría científica de la reencarnación, éste es un tipo de inmortalidad que debemos explorar.

Pero muchas personas, tanto hoy en día como en el pasado, ven la inmortalidad de un modo completamente diferente: la inmortalidad en el cuerpo físico, logrando un cuerpo físico que nunca muera. Tenemos también uno de los rasgos fundacionales del cristianismo: la resurrección de Jesús. ¿Cómo debemos interpretar la resurrección? Obviamente, la interpretación más directa sería la de la resurrección en un cuerpo físico (¿inmortal?). ¿Puede la ciencia dar soporte a la idea de una inmortalidad física o resurrección después de la muerte en un cuerpo físico inmortal? ¿Puede siquiera la ciencia dedicarle tiempo a una pregunta como ésta?

La respuesta de este autor es que sí, aunque los razonamientos bordean la especulación. Pero no olvide la distancia que hemos recorrido con la ciencia. No hace mucho, hasta la consciencia se consideraba la cuestión «peliaguda» de la ciencia. Pero si hacemos ciencia desde dentro de la primacía de la consciencia, la ciencia se encuentra con una renovada claridad y con un renovado poder (el poder de la causación descendente); y, con este poder añadido, se pueden buscar y encontrar nuevas respuestas. Se verá.

2

El libro tibetano de los muertos es correcto. ¡Nuestro trabajo es demostrarlo!

De todos los libros de los muertos, *El libro tibetano de los muertos* es digno de destacar como imagen de que la vida y la muerte del ser humano forman un continuo de experiencias de aprendizaje. En esta imagen, hay pasos, que los tibetanos llaman *bardos*, que le llevan a uno a estados de vida, en tanto que otros se corresponden con portales de estados post mortem; este modelo contempla la vida y la muerte como una serie continua de transiciones («la muerte está en la vida, la vida está en la muerte»). Recuerdo una tira cómica de un periódico, llamada *B.C.*, en la cual un quiromante, mientras está observando la palma de la mano de un cliente, exclama:

—¡Esto es sorprendente! ¡Nunca había visto una línea de la vida que formara un círculo completo!

A lo cual el cliente responde:

—Es que me va la reencarnación.

También podría haber dicho: «Me va *El libro tibetano de los muertos*».

Antes de pasar a describir los bardos, convendrá hablar brevemente de la metafísica budista. En realidad, esta metafísica es la misma

del idealismo monista, que ya hemos examinado, pero utiliza diferentes nombres. Así, a la consciencia como fundamento de todo ser se la denomina *Dharmakaya* en el budismo. Al reino trascendente de los arquetipos se le llama *Sambhogakaya*. Y, por último, a la esfera manifiesta de la experiencia se la denomina *Nirmanakaya*.

El primer bardo es el nacimiento; el segundo es la vida de la persona, desde la infancia, pasando por la fase adulta, hasta el momento antes de la muerte, que es el tercer bardo. El cuarto bardo comienza el viaje en la muerte; es el inicio de una serie de oportunidades para el alma (el «yo» que sobrevive) que está partiendo del cuerpo.¹¹ En el cuarto bardo, aparece la clara luz de la consciencia pura (*Dharmakaya*). Si el alma reconoce la luz, se libera de la rueda kármica y ya no necesita reencarnar. El quinto bardo de la muerte es paralelo al segundo bardo de la vida; lo primero que encuentra aquí el alma es a los dioses pacíficos, y luego a los dioses coléricos (los demonios o *asuras*), las formas del mundo arquetípico (*Sambhogakaya*). La clara luz se ve ahora como una luz apagada, y su reconocimiento ya no lleva a la libertad total de la rueda kármica del *samsara* (el mundo manifiesto), sino a un sendero nirvánico que lleva a la liberación en la forma (no material) del *Sambhogakaya*; el no reconocer la luz lleva al sexto bardo, al sendero del *samsara*.

El sexto bardo es el bardo de la reencarnación; el espíritu ha perdido las oportunidades que se le han brindado para identificarse con la consciencia pura o con el mundo arquetípico trascendente del *Sambhogakaya*. Lo único que le queda es el sendero mundanal del renacimiento. Dependiendo del karma acumulado, el alma renace en uno de los seis *lokas* (lugares), entre los que se encuentran el Cielo y el Infierno, así como la Tierra, hasta que se paga la deuda kármica o el crédito acumulado. Tras el sexto bardo, el alma debe encarnar en una forma física (*Nirmanakaya*), donde sólo se puede acumular nuevo karma.

11 Hay un problema aquí. *El libro tibetano de los muertos* está escrito en segunda persona; está dirigido a la persona que está muriendo. Así, estrictamente hablando, no hay referencia alguna al alma. Sin embargo, el contexto deja claro que, en una traducción del mensaje del libro a tercera persona, sería apropiado el uso de la imagería del alma para el yo que sobrevive.

Por cierto, la descripción de la transición post mortem de los dos últimos bardos es muy similar en el hinduismo, en el cual se hace referencia a las dos posibilidades del quinto bardo como *devayana*, el sendero de los dioses (representado como un sendero que asciende hacia el cielo) y *pitriyana*, el sendero hasta el padre (representado como un sendero que se tuerce como un arco hacia la Tierra).

Evidentemente, yo crecí con estas ideas, si bien en el contexto hindú, aunque encontré *El libro tibetano de los muertos* en una fase muy posterior de mi vida. Estas descripciones tan pintorescas siempre provocaron una reacción negativa en mi yo científico racional, incluso en mi edad adulta. La imagen dualista de un alma que recorre distintos senderos (¿adónde?) sin un cuerpo no tenía sentido para mí. Y el hecho de que nadie pudiera verificar que hubiera tales experiencias, dado que nadie volvía a la vida desde el otro mundo, no hacía más que aumentar mi malestar.

Resulta interesante que la ciencia moderna disponga de un concepto denominado agujero negro (el estado de una gigantesca estrella que se hunde bajo su propia gravedad, dejando un singular agujero en el espacio), un fenómeno que tiene un «horizonte», más allá del cual todo cae en su interior y nada puede escapar. Así pues, nadie puede volver tampoco de un agujero negro para decirnos lo que hay allí, y sin embargo no es cierto que no podamos saber lo que le ocurre a algo por debajo de ese horizonte. Lo sabemos porque disponemos de una teoría plenamente fiable, la teoría de la relatividad general de Einstein, que nos lo dice.

Digo esto porque en nuestra cultura se suele subestimar el poder de una teoría, pero los «detalles» teóricos de la física moderna, que no podemos verificar directamente, nos ofrecen predicciones fiables sobre las cuales se construyen tecnologías muy útiles. (Usted puede ver una muestra de ello en la mecánica cuántica; la idea teórica de las ondas de posibilidad trascendente en potencia llevó a la tecnología de los transistores.) Pero también le damos credibilidad a estas teorías porque las descubrimos a través de la creatividad.

Volviendo a mis prejuicios contra los libros de los muertos, mi incomodidad se prolongó hasta el mes de mayo de 1994, más de un

año después de que mi amigo Hugh Harrison viniera a estudiar conmigo la nueva física. Yo sabía que Hugh y su difunta esposa, Ruth, habían montado a principios de la década de los ochenta una exposición llamada *El centro del continuo*, en Bandon, Oregón, que promulgaba básicamente la idea de la vida y la muerte como un viaje continuo.

De vez en cuando, Hugh hablaba de ello, así como de sus ideas sobre la reencarnación; afirmaba que, si existe vida después de la muerte, como se afirma en el cristianismo, entonces, por mera simetría, tenía que haber vida antes de la vida. Hugh era simpatizante del movimiento de la Teosofía en Occidente, movimiento que inició Madame Helena Blavatsky hace más de ciento veinticinco años. Los teósofos tienen la reencarnación por uno de sus principios básicos de la realidad (Blavatsky, 1968; Judge, 1973). Pero yo era reticente a aceptar aquellas ideas.

Sin embargo, en la primera semana de mayo de 1994, ocurrió algo inesperado, inesperado e inolvidable. Yo estaba enfangado en trabajo, que consistía principalmente en pulir unas viejas ideas para su publicación, escribiendo refutaciones, etc. La creatividad brillaba por su ausencia en mi vida, y parecía haber perdido el timón de mi vida una vez más. Aquello me puso, una noche, en un estado de extraña pesadez. Estaba viendo en la televisión el programa *Picket Fences*, que aquel día se ocupaba de algunos de los problemas éticos de la muerte. Me fui a dormir con aquella pesadez en el corazón, que casi había llegado a olvidar; pero, cuando llegó la mañana, encontrándome en un estado de ensueño, mitad dormido, mitad despierto, me sentí muy ligero, y en el cielo de mi somnolienta mente comenzó a forjarse una vaga idea de que *El libro tibetano de los muertos* era correcto y útil. En realidad, fue algo más que una vaga idea; fue una admonición que pude escuchar con toda claridad: «*El libro tibetano de los muertos* es correcto; tu trabajo es demostrarlo». Dado que era sábado, pude permanecer en aquella neblina creativa la mayor parte del día, durante el cual comenzaron a tomar forma nuevas ideas acerca de la muerte y la reencarnación como teoría científica. Pero lo que me proporcionó la luz con la cual contemplar todo aquello fueron las ideas de la física

cuántica. La idea fundamental que más me excitó fue la de la no-localidad cuántica.

Las posibilidades cuánticas y su medida

Los objetos, de acuerdo con la física cuántica, son ondas de posibilidad denominadas técnicamente funciones de onda. Si usted coloca una pantalla con dos ranuras en el camino de un electrón, como en el famoso experimento de la doble ranura (fig. 2.1), ¿por cuál de las dos ranuras pasará el electrón? Por las dos simultáneamente. ¿Le resulta difícil visualizar esto? Relájese. Esto sucede en la pre-actualidad, en la posibilidad únicamente. El electrón pasa simultáneamente el 50 por 100 a través de una ranura y el 50 por 100 a través de la otra, pero en posibilidad.

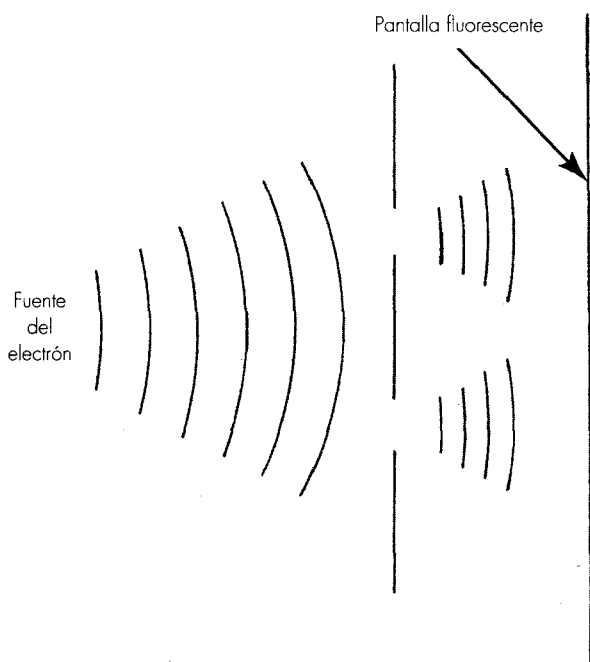


Fig. 2.1. El experimento de la doble ranura.

¿Que cómo lo sabemos? Pues porque las dos ondas de posibilidad de las dos ranuras se extienden e interfieren entre sí. Se suman una a otra de tal manera que la onda se refuerza en algunos lugares y se destruye en los lugares intermedios (fig. 2.2). En efecto, con esto se consigue que los electrones lleguen a muchos lugares, más allá de la pantalla con las dos ranuras, lugares a los que no habrían podido llegar de haber viajado a través de una única ranura, como hacen las canicas. Si usted lanza unas canicas a través de una pantalla con dos ranuras, las canicas no harán otra cosa salvo aterrizar detrás de una ranura o de la otra. Pero cuando se hace pasar un rayo de electrones a través de una pantalla con dos ranuras antes de impactar contra una placa fluorescente, se formará un patrón de luz y unas bandas oscuras (fig. 2.3), no sólo dos formas borrosas tras las dos ranuras. Las bandas de luz son los puntos donde la onda se refuerza, es decir, donde la probabilidad de que los electrones lleguen es elevada. Entre las bandas de luz, la probabilidad de que lleguen los electrones es baja, y de ahí que no haya electrones; por eso las bandas oscuras.

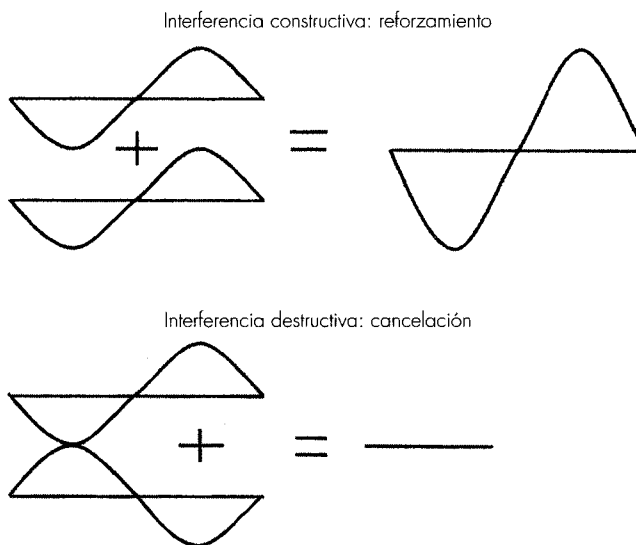


Fig. 2.2. Las ondas que llegan a la pantalla fluorescente en fase se refuerzan mutuamente (interferencia constructiva); las ondas que llegan al punto fuera de fase se cancelan mutuamente.

Patrón de interferencia de destellos sobre la pantalla

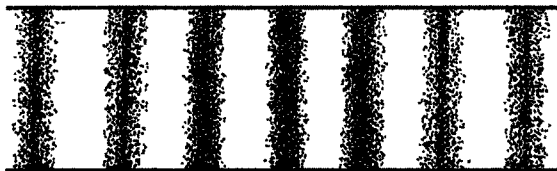


Fig. 2.3. El patrón de interferencia resultante con franjas alternas brillantes y oscuras.

Pero, entonces, si los electrones viajan como ondas de posibilidad, ¿qué activa la actualidad de esas posibilidades? Innegablemente, cada vez que observamos, cada vez que medimos, vemos una única actualidad.

Después de todo, cuando observamos la placa fluorescente en el experimento de las dos ranuras de arriba, cada electrón llega a un único lugar, no se esparce por todas partes. La sucinta respuesta que ha salido a la luz en los últimos años es que la mirada del observador crea una actualidad única a partir de la onda de posibilidad que se extiende; es decir, el mirar consciente manifiesta el acontecimiento real a partir de todos los posibles acontecimientos.¹²

Un comediante de Calcuta fue una vez a una tienda de dulces. Vio unas *rasagullas* (que son unas bolas de cuajada de leche y azúcar) en el escaparate y sintió el deseo de comerse unas. Pero cuando el tendero comenzó a sacar las rasagullas del escaparate, el comediante objetó:

—No quiero ésas. Póngamelas de las que tiene en reserva.

—¡Pero si son de la misma partida fresca que hice esta mañana!
—protestó sorprendido el tendero.

—Pero la gente las ha estado mirando —le explicó el comediante.

¹² A fuer de ser estrictos, esto es materia de interpretación. Sin embargo, como se demostró en Goswami 1993, ésta es la única interpretación en la que no se dan paradojas.

Puede ser materia de debate si el hecho de mirar algo en un escarpe cambia aquello que se mira, pero el efecto de mirar en el mundo de la física cuántica es innegable y drástico, por cuanto colapsa la posibilidad en actualidad. Fíjese en el uso que se le da a la palabra «colapso».

Los físicos se aferran a esta palabra para designar la medida cuántica debido a la imagen de las ondas que se difunden y súbitamente se desploman (colapsan) en una partícula localizada, que es la imagen adecuada cuando estamos midiendo electrones (fig. 2.4). En consecuencia, utilizaremos esta palabra incluso cuando hablemos de las posibilidades cuánticas del cerebro, de entre las cuales la consciencia elige la actualidad que experimentamos.



Fig. 2.4. Cuando miramos, colapsamos la onda del electrón hasta localizarla en un lugar. Pero entre observación y observación, el electrón se difunde como una onda de posibilidad en potencia trascendente.

Observe, no obstante, que las ondas de posibilidad no viajan en el espacio y el tiempo, porque, si lo hicieran, las ondas no podrían colapsar instantáneamente en una partícula. (En el espacio y el tiempo, todas las cosas precisan de una velocidad finita para moverse. El límite de velocidad máximo lo descubrió Einstein; es la velocidad de la luz.)

Las ondas cuánticas son ondas de posibilidad en potencia trascendente, y es a la consciencia a la que le corresponde colapsar la posibilidad en actualidad, cosa que hace mediante el ejercicio de su libertad de elección, es decir, del poder de la causación descendente del que hemos hablado anteriormente.

Las medidas cuánticas y la naturaleza de la consciencia

Pero esta solución del colapso cuántico a través de la consciencia, sugerida en su origen por el matemático John von Neumann (1955), ha sido rechazada por muchos científicos cuánticos, porque ven la consciencia como un mundo aparte, dual, que interactúa con este mundo material a la manera que planteó Descartes hace tanto tiempo; pero esa idea está cargada de preguntas difíciles de responder. ¿Qué mediaría en la interacción de la consciencia con el mundo material? ¿Cómo interactuaría la consciencia con el mundo material sin violar la ley de la conservación de la energía en el mundo físico?

Con el fin de darle sentido a la idea de que la consciencia colapsa la posibilidad cuántica en actualidad, el legado del pensamiento dualista cartesiano acerca de la consciencia debe dejar paso a un pensamiento idealista monista.

En el pensamiento idealista monista, la consciencia es todo cuanto existe; es el único fundamento de todo ser, la única realidad última. La consciencia puede colapsar las posibilidades materiales porque trasciende el universo material; está más allá de la jurisdicción de la mecánica cuántica. Todas las posibilidades están dentro de la consciencia. Y, cuando la consciencia elige, simplemente reconoce una de las posibilidades, y no hay implicada mediación alguna de una tercera sustancia, así como tampoco intercambio dualista de energía en modo alguno.

Observe la figura gestalt (fig. 2.5) en la cual, con las mismas líneas, se representan dos figuras sobreimpuestas, la de una mujer joven y la de una anciana. El artista tituló el dibujo «Mi esposa y mi suegra». Cuando percibimos a la joven (o a la anciana), no le estamos *haciendo* nada al dibujo. Simplemente, estamos reconociendo y eligiendo de entre las posibilidades que están ya presentes. Pues bien, el proceso del colapso consciente es igual que esto.



Fig. 2.5. Una imagen gestalt, «Mi esposa y mi suegra», de W. E. Hill. Si usted ve a la suegra, para ver a la esposa no tendrá que hacer nada en el dibujo; lo único que hará será cambiar la perspectiva de observación. Las posibilidades de ambas, la esposa y la suegra, se hallan en su consciencia; lo único que usted hace es reconocer una posibilidad o la otra.

Los convencionalistas rechazan también la idea de que sea la consciencia la que convierte las posibilidades cuánticas en determinada actualidad por cuanto la gente puede elegir de forma diferente desde su consciencia individual. ¿Qué pasa si dos personas eligen simultáneamente un mismo acontecimiento? ¿Qué pasa entonces? Si eligen actualidades diferentes y contradictorias, ¿no generaría eso un pandemonium? Si sólo se impone una elección, ¿cuál de ellas se impone? Por ejemplo, imagine que usted y yo llegamos desde dos direcciones perpendiculares entre sí hasta un semáforo operado por un dispositivo cuántico, y suponga que los dos queremos que el semáforo se ponga verde. ¿Quién lo conseguirá, qué elección tendrá más peso? La respuesta del idealismo monista es que sólo elige uno, pues la

consciencia es una. Usted y yo tenemos pensamientos, sentimientos y sueños individuales, pero no *tenemos* consciencia, y mucho menos consciencias separadas; *somos* conscientes. Y se trata de la misma consciencia para todos nosotros (Goswami, 1993). (Véase también Blood, 1993.)¹³

Así pues, somos nosotros los que elegimos, pero nuestras elecciones no entran en conflicto en ese estado no ordinario de consciencia en el cual usted y yo somos uno. La interpretación del idealismo monista de la medida cuántica tiene otra faceta importante (Goswami, 1993). La consciencia es el fundamento del ser; por tanto, no podemos «apagarla». Entonces, ¿elige siempre la consciencia siempre que aparece una ambigüedad? Pero entonces no habría un patrón de interferencia en el experimento de la doble ranura, porque la consciencia ya habría elegido por qué ranura pasaría el electrón antes de que el electrón tuviera la oportunidad de interferir con su *alter ego*.

La respuesta a este enigma estriba en darse cuenta de que toda medida cuántica necesita de un observador sintiente. Dese cuenta también de que cuando observamos un objeto exterior en respuesta al estímulo, nuestro cerebro produce cierto número de posibilidades macroscópicamente distinguibles; es la onda de posibilidad del cerebro. Por tanto, en un acto de observación, en una medida cuántica, la consciencia no sólo colapsa la onda de posibilidad del objeto, sino también la onda de posibilidad del cerebro. La medida cuántica en nuestro cerebro establece nuestra autorreferencia (la distinción cognitiva entre nosotros, los sujetos, y el campo de conciencia del objeto que experimentamos) (fig. 2.6). Imagine que ve una alfombra con un diseño de rosas en el suelo, delante de usted. Y ahora imagine que ve las rosas y el diseño de hojas del fondo como objetos separados. Sin embargo, esto no es más que una apariencia, pues lo único que hay es el tejido de la alfombra, y las rosas y las hojas no tienen una existencia aparte del tejido. De igual modo, la distinción entre el yo y el objeto, en el momento de la medida cuántica, no es más que apariencia.

13 El físico australiano Ludwig Bass (1971) llegó independientemente a la misma conclusión mucho antes.

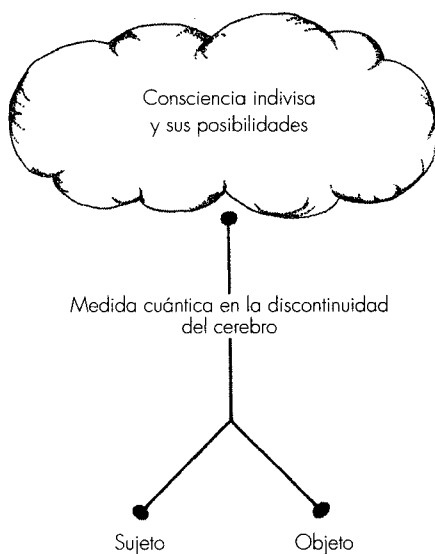


Fig. 2.6. El colapso de la onda de posibilidad cuántica en el cerebro del observador lleva a la autorreferencia, a una escisión de la consciencia en sujeto y objeto(s).

¿Qué hace de especial el cerebro para que tenga lugar la autorreferencia, la capacidad para referirse a sí mismo? Piense en la lógica circular inherente aquí:

No existe el colapso sin el cerebro; pero no existe el cerebro, sólo posibilidades, a menos que haya un colapso.

Esta lógica circular (un ejemplo familiar es el de la gallina y el huevo: ¿qué fue antes?) se denomina jerarquía entrelazada. La medida cuántica en el cerebro es una jerarquía entrelazada, y eso da lugar a nuestra autorreferencia, a la aparente escisión sujeto-objeto de la experiencia. (Véase el capítulo 7 para más detalles.)

La experiencia tiene un precio. Las experiencias generan recuerdos, recuerdos que condicionan nuestro sistema autorreferencial, nuestro cerebro. La influencia del condicionamiento en la medida cuántica lleva a la apariencia de que nuestras acciones surgen de un

ego/yo que actúa sobre la base de sus experiencias del pasado, su carácter. Pero hay una identidad asumida que la consciencia aporta, desde su libre albedrío, con el fin de que haya un punto de referencia. Nuestros estados ordinarios de consciencia están empañados por esta identidad-ego. (Más sobre esto en el capítulo 7.)

Así pues, para resumir, ¿qué precio pagamos por reconocer nuestro poder de causación descendente? Perdemos el estado no ordinario de consciencia en el cual experimentamos la unidad, más allá de nuestra individualidad y nuestra coautoría del mundo de la escisión sujeto-objeto.

Todo esto ya lo sabía por mi anterior obra (Goswami, 1993). También sabía que, a pesar del desarrollo del ego, no todo está perdido. Hay experiencias que involucran a ese tipo de estado no ordinario de consciencia al que hago referencia arriba, un estado que nos ayuda a atravesar esa nube del condicionamiento. Cuando somos creativos, cuando tenemos percepciones extrasensoriales, cuando amamos, en esos momentos nos elevamos por encima del condicionamiento, y actuamos con pleno conocimiento de nuestra unidad y de nuestra coautoría, mientras colapsamos las posibilidades disponibles con plena libertad de elección. Y quizás esto suceda también cuando morimos. En los momentos que preceden a la muerte, nos introducimos en la consciencia una y, a través de ella, en la no-localidad.

La no-localidad cuántica y cómo se aplica al cerebro: un ejemplo de metafísica experimental

Para los materialistas, sólo existe el mundo material, las cosas sólo se mueven en el espacio y el tiempo; no existe una base conceptual para otro mundo. Cuando usted se hace preguntas como «¿qué me ocurrirá después de la muerte?», usted piensa de manera dualista. Usted piensa que aquella parte de usted que sobrevive, su alma, va a otro mundo, un mundo dual. Pero la lógica del científico le frustra. ¿Cómo interactúa ese mundo dual con este mundo espacio-temporal? Y, si no existe, ya no hay de qué preocuparse, porque usted no lo va a saber. La física cuántica

nos ofrece una alternativa: la consciencia puede mediar en la interacción entre dos cuerpos dispares. Permítame que elabore esta idea.

En la mecánica cuántica, podemos vincular objetos de modo que permanezcan interconectados (entrelazados en fase), aun cuando estén separados por grandes distancias (fig. 2.7). Cuando hacemos la observación, los objetos cuánticos vinculados colapsan en sendas actualidades, en la separatividad, pero la naturaleza entrelazada de su colapso demuestra sin lugar a dudas que estaban vinculados. ¿Cómo pudo preservarse su vinculación a tan gran distancia, y cómo pudo manifestarse sin precisar de tiempo intermedio, sin un intercambio de señales? Evidentemente, la vinculación y su colapso son no-locales, involucrando unos dominios de interconexión que trascienden los dominios de la realidad inmanente espacio-temporal, donde las cosas se ven como algo independiente y separado.

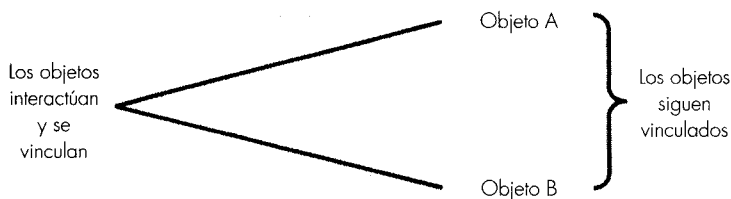


Fig. 2.7. Una vez se vinculan dos objetos cuánticos a través de la interacción, la vinculación permanece aunque los objetos estén separados por grandes distancias.

Nuestro entendimiento y nuestra aceptación de una esfera trascendente de interconexión han dado un salto cuántico como consecuencia de un experimento de física cuántica llevado a cabo en 1982 por un grupo de físicos franceses dirigidos por Alain Aspect (Aspect, Dalibard y Roger, 1982). Es un experimento en el cual dos fotones vinculados se influyen mutuamente a cierta distancia sin intercambiar señales. Es como si usted estuviera bailando en Los Ángeles y su pareja estuviera bailando en Nueva York, pero ambos mantienen la coordinación, con los mismos pasos de baile, sin necesitar de televisión ni de ningún otro dispositivo de procesamiento de señales.

Un pequeño detalle ayudará a aclarar aún más la no-localidad del proceso de la medida cuántica. Recuerde que, en física cuántica, los objetos son ondas de posibilidades antes de que los observemos. Así, un cuanto de luz (un fotón) no tiene atributos hasta que se hace una medida sobre él. En su experimento, Aspect se concentró en un atributo de doble valor del fotón denominado polarización a lo largo o en perpendicular a un eje (algo que se aplica a las gafas de sol polarizadas; su doble valor es evidente si usted se da cuenta de que no puede pasar ningún fotón de luz a través de dos gafas de sol polarizadas cruzadas perpendicularmente, una con el eje vertical y la otra con el eje horizontal; véase la figura 2.8).

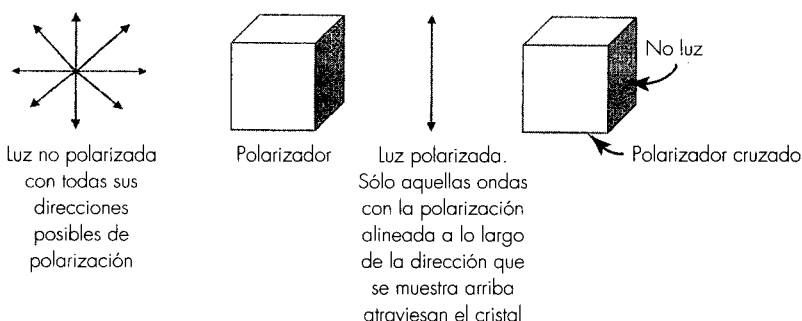


Fig. 2.8. El doble valor de la polarización de la luz se revela al mirar la luz a través de dos gafas de sol polarizadas; usted no verá nada.

En el experimento de Aspect, se hacía emitir a un átomo un par de fotones tan vinculados que, si uno se polarizaba a lo largo de determinado eje, el otro debería polarizarse a lo largo del mismo eje. Pero los objetos cuánticos son sólo posibilidades, de modo que los fotones no parten con ningún eje de polarización establecido; sólo nuestra observación puede fijar un eje de polarización en ellos. Y si observamos un fotón vinculado, dándole de este modo una polarización concreta, la polarización del otro fotón se determina también de inmediato, por muy distante que esté del primer fotón. Si los dos fotones están tan distantes entre sí que, cuando medimos uno de ellos, ni siquiera la luz

(que viaja a la mayor velocidad posible en la naturaleza) puede mediar su influencia sobre el otro, tendremos que concluir que la influencia es no-local, que tiene lugar sin la mediación de señales locales. Esto es lo que Aspect y sus colaboradores descubrieron experimentalmente.

¿Cómo se interconectan los dos fotones, si no es a través de señales que atraviesan el espacio y precisan de un tiempo para viajar por él? Los dos fotones están conectados a través de los dominios no-locales de la consciencia, que trascienden el espacio y el tiempo; de donde se sigue que la consciencia, actuando de manera no-local, colapsa simultáneamente los estados de dos objetos cuánticos vinculados.

Traducido en palabras que pueda entender cualquiera, si dos personas están vinculadas y se trasladan a dos puntos opuestos de la Tierra, si una de ellas ve un destello de luz, la otra puede que vea también el destello, aun sin la presencia de un estímulo real (fig. 2.9). ¿Le parece absurdo? Pues lo cierto es que esta influencia mutua y esta comunicación no-local entre seres humanos se conoce desde hace milenios en los dominios del pensamiento. Se le llama telepatía.

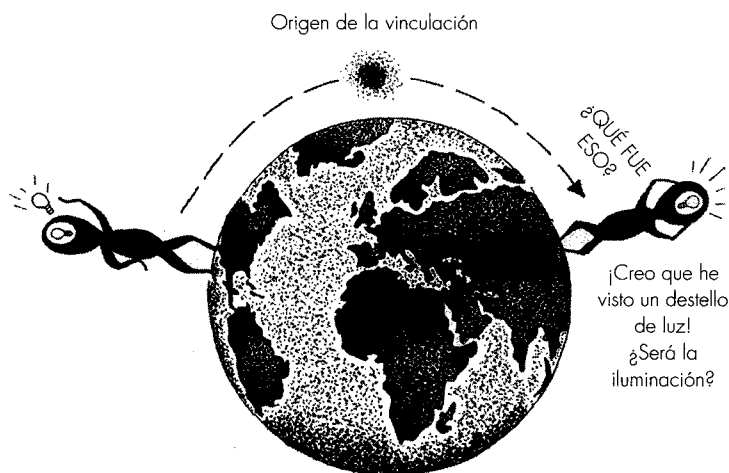


Fig. 2.9. El milagro de las vinculaciones no-locales. Una vez vinculadas en un punto de origen, si una de las personas ve un destello de luz, la otra lo verá también. ¿Es sólo una metáfora?

Recientemente, la telepatía ha quedado demostrada científicamente en estudios controlados. En unos experimentos denominados de visión remota o distante, un psíquico contemplaba un objeto elegido de manera arbitraria por un ordenador, en tanto que su compañero en el laboratorio, bajo la supervisión del experimentador, tenía que dibujar una imagen del objeto contemplado. Un ordenador comparaba después esta imagen con la del objeto original contemplado (Jahn, 1982).

En otro tipo de experimento en el que se demostró la interconexión no-local, se estuvo observando a una mujer desde una distancia remota, sin su conocimiento, a través de un circuito cerrado de televisión. Bien, pues aun así, su comportamiento se veía afectado cada vez que era observada (Andrews, 1990, 1994).

El experimento del neurofisiólogo de la Universidad de México Jacobo Grinberg-Zylberbaum y sus colaboradores, en 1994, apoya la idea de la no-localidad en los cerebros humanos de un modo incluso más objetivo, dado que este experimento, realizado con los datos de los cerebros registrados mediante electroencefalógrafos, es el equivalente del experimento objetivo de Aspect con fotones. Se dieron instrucciones a dos sujetos para que meditaran juntos durante un período de veinte minutos, con el fin de establecer una «comunicación directa» entre ellos; después, se les puso en dos cámaras de Faraday distintas (las cámaras de Faraday son recintos metálicos que bloquean todo tipo de señales electromagnéticas), mientras mantenían su comunicación directa a lo largo del experimento. A uno de los sujetos se le sometió a una serie de destellos de luz, que produjeron un potencial evocado, una peculiar respuesta electrofisiológica del cerebro ante un estímulo sensorial, que se midió con un electroencefalógrafo (fig. 2.10, arriba).

Sorprendentemente, en alrededor de uno de cada cuatro casos, el cerebro de la persona que no había sido estimulada mostró una actividad eléctrica, un potencial «transferido», bastante similar en forma e intensidad al potencial evocado (fig. 2.10, centro y abajo). Los sujetos del grupo de control, en los que no se estableció el vínculo, y los sujetos del grupo experimental que, por sus propios informes, no lograron

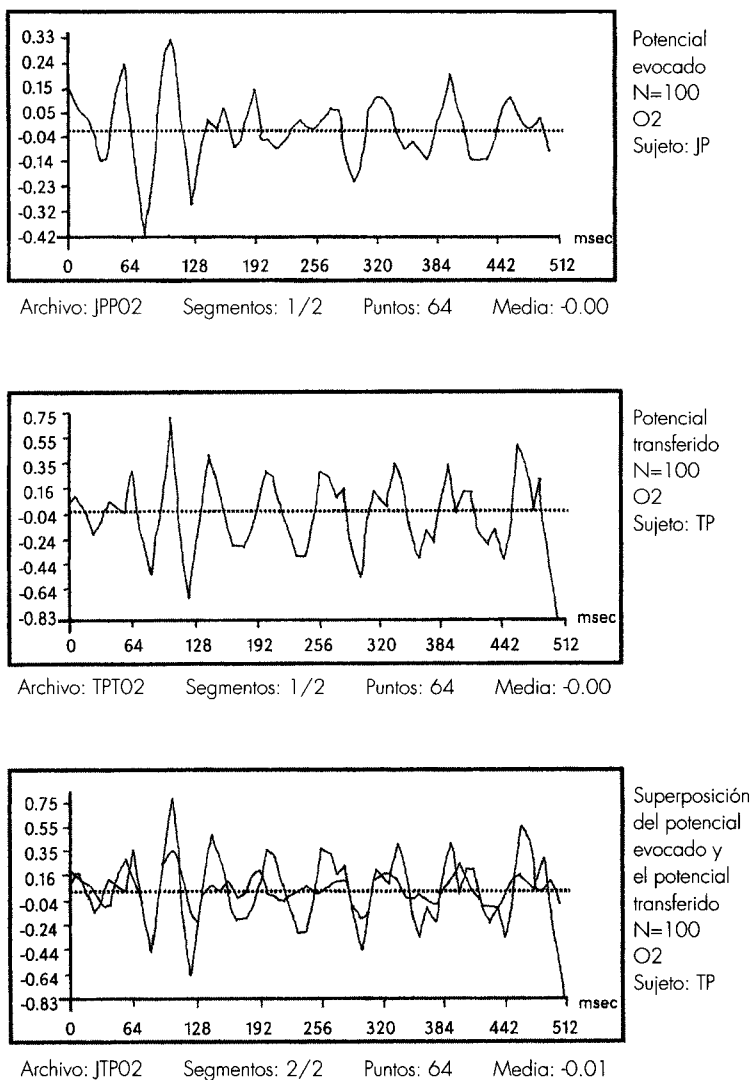


Fig. 2.10. En el experimento de Grinberg-Zylberbaum, si se vincula a dos sujetos y se expone a uno de ellos a un destello de luz que genera un potencial evocado diferenciado en el electroencefalógrafo adherido a su cuero cabelludo, aparecerá en el electroencefalógrafo de su compañero no estimulado un potencial transferido de intensidad y fase comparables (con un 70% de coincidencias). Obsérvese la diferencia de escala de la ordenada en las dos figuras.

(Cortesía de Jacobo Grinberg-Zylberbaum)

establecer ni mantener una comunicación directa no mostraron ningún potencial transferido (fig. 2.11). La explicación más directa es la de la no-localidad cuántica: los dos cerebros actuaron como un sistema cuántico vinculado de forma no-local. En respuesta a un estímulo, presentado sólo a uno de los dos cerebros vinculados, la consciencia colapsa estados similares en los dos cerebros, de ahí la similitud de los potenciales cerebrales. Los resultados experimentales y las conclusiones de Grinberg-Zylberbaum fueron replicados posteriormente (si bien con estímulos auditivos) en Londres por el neuropsiquiatra Peter Fenwick (1999).

Indudablemente, en estos experimentos, el sujeto vinculado no estimulado no experimentaba en realidad el estímulo exacto que experimentaba su compañero o compañera; probablemente, hubiera hecho falta otro salto en la pureza de intención. No obstante, el hecho de que las ondas cerebrales de un sujeto se puedan comunicar a otro sujeto sin una transferencia de señal local es ciertamente digno de destacar.

La sorprendente similitud entre los cerebros vinculados y los fotones vinculados es evidente, pero también hay una diferencia sorprendente. La similitud estriba en que, en ambos casos, la vinculación inicial se produce mediante algún tipo de «interacción». En el caso de los fotones, la interacción es puramente física. Pero en el caso de los cerebros vinculados, lo que se halla implicado es la consciencia. En los fotones vinculados, tan pronto como la onda de posibilidad de uno fue colapsada en el instante de la medida, los objetos se desvincularon. Pero en el caso de los cerebros vinculados, la consciencia no sólo estableció la vinculación inicialmente, sino que también la mantuvo a lo largo de todo el tiempo que duró el experimento mediante la intencionalidad.

Para obtener un potencial evocado claro, los experimentadores utilizan normalmente en torno a un centenar de destellos de luz con el fin de eliminar el «ruido». Pero los cerebros no se desvinculan tan pronto como un observador ve un destello de luz. La única conclusión es que la consciencia restablece la vinculación cada vez que se rompe. Éste es el motivo por el cual resulta crucial que los sujetos mantengan

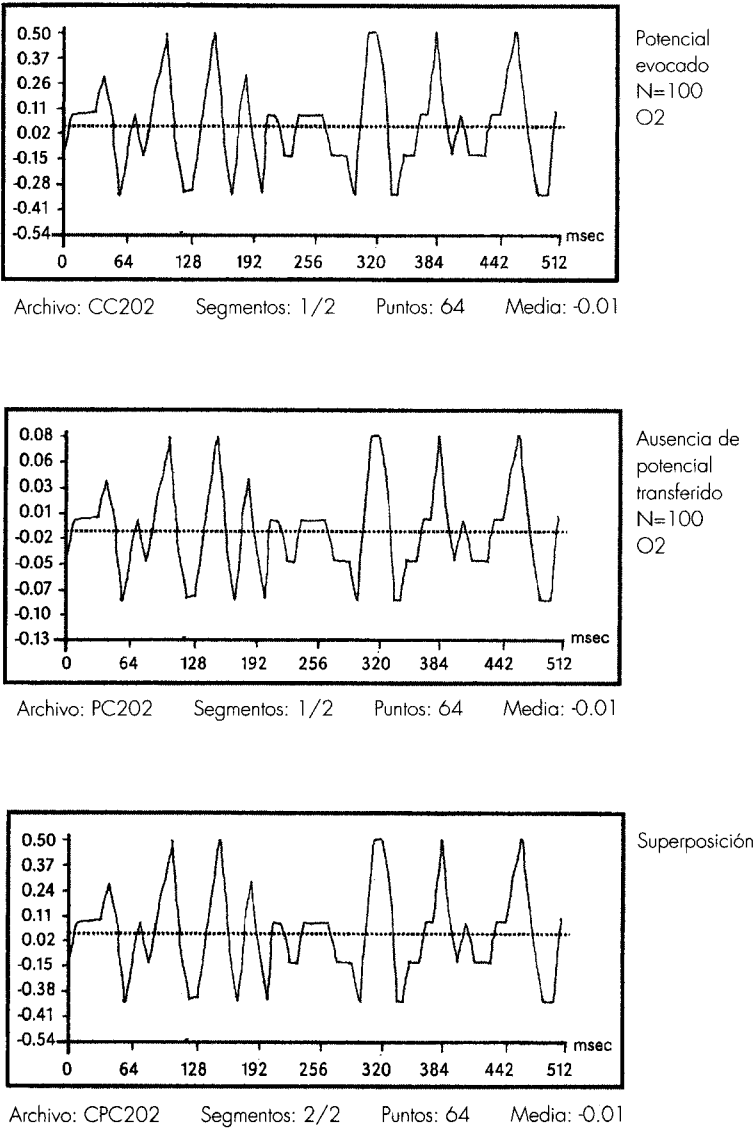


Fig. 2.11. Un sujeto de control sin vinculación, aun cuando haya un potencial evocado diferenciado en el electroencefalograma del sujeto estimulado, no muestra ningún potencial transferido. Obsérvese la escala.
(Cortesía de Jacobo Grinberg-Zylberbaum).

su intención meditativa de comunicación directa a lo largo de todo el experimento.

Esta diferencia en la conexión no-local entre los fotones vinculados y los cerebros vinculados es sumamente significativa. La no-localidad de los fotones vinculados, aunque llamativa a la hora de demostrar la radicalidad de la física cuántica, no se puede utilizar para transferir información, según un teorema atribuido al físico Philippe Eberhard. Pero, en el caso de los cerebros vinculados, el teorema de Eberhard no tiene aplicación, debido a que la consciencia está involucrada en el establecimiento y el mantenimiento de esta vinculación, y de ahí que la transferencia de mensajes no esté prohibida. Cuando uno de los sujetos ve un destello de luz, la consciencia colapsa un acontecimiento similar de entre las múltiples posibilidades en el cerebro del otro sujeto (fig. 2.12).

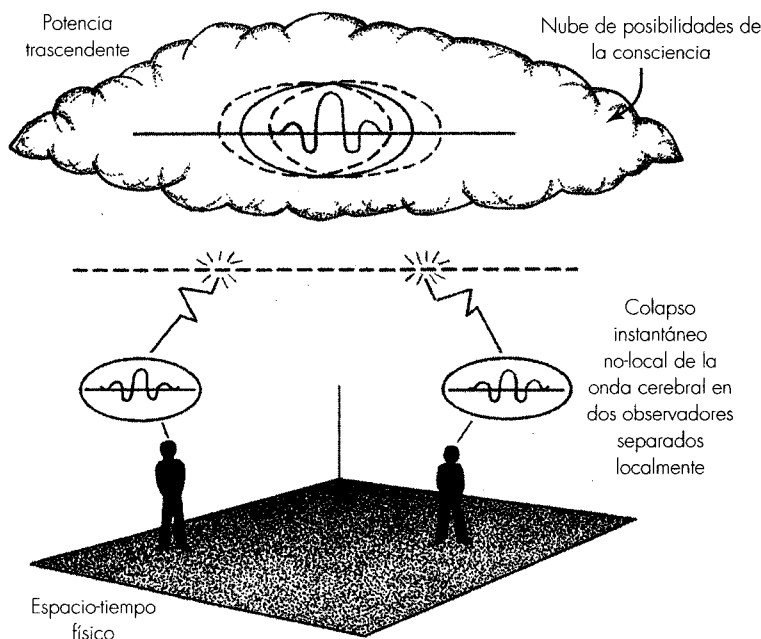


Fig. 2.12. La consciencia media la transferencia del potencial eléctrico desde un cerebro vinculado al otro.

Fue esta última constatación la que me llevó a pensar que quizás podría hacer un modelo realista de la reencarnación, y sí, también del *Libro tibetano de los muertos*. ¿Cuáles son los datos más sorprendentes en los estudios sobre la reencarnación? Los recuerdos de vidas pasadas de los que hacen gala algunos niños, recuerdos que se desencadenan al ver la que fue su casa (o algo similar) en una vida anterior. ¡Suponga que el recuerdo pudiera venir causado por la transferencia no-local de la información relevante de la encarnación previa del niño! Ahondaremos en esto en los dos próximos capítulos.

Un comentario más: la intención consciente y el acuerdo de los dos sujetos son cruciales para el éxito de cualquier comunicación telepática. Sin embargo, la intención no es una intención egoica; el mero hecho de pensar algo y desearlo no es suficiente. Es, más bien, un dejarse ir hasta un estado de consciencia que está más allá del ego y en el que los dos son uno. Jesús debía de conocer este hecho, dado que dijo: «Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la Tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos». Curiosamente, la palabra griega que se traduce por el verbo «acordar» es *symphonein*, que es la raíz etimológica de la palabra «sinfonía». Ponerse de acuerdo es vibrar en fase, en correlación o vinculación cuántica. ¿Acaso no es eso lo que estamos viendo en la coherencia de los datos de ondas cerebrales de las figuras 2.10 y 2.11?

A veces, los científicos materialistas se lamentan de que, las más de las veces, fracasan a la hora de replicar experimentos de telepatía, incluso con psíquicos destacados, y es que creo que están pasando por alto uno de los ingredientes clave de estos experimentos: la intención consciente. La consciencia es una. Quizás el escepticismo propio de la estrechez de miras del experimentador esté interfiriendo con la intención consciente, de modo que la consciencia ni vincula a los psíquicos ni colapsa (casi) posibilidades idénticas en sus cerebros en presencia de una actitud tan hostil como ésta.¹⁴

14 Uno de los pioneros de los experimentos controlados de visión distante, el físico Russell Targ, con quien he mantenido muchas conversaciones sobre el tema, piensa lo mismo que yo.

El experimento de la decisión tomada con demora

¿Qué tiene de interesante que la no-localidad cuántica se extienda no sólo más allá del espacio, sino también más allá del tiempo? ¿Está usted lo suficientemente intrigado como para tomar en consideración el experimento de la decisión tomada con demora, que lleva a esta conclusión (Wheeler, 1983)?

Un rayo de luz se escinde en dos rayos de igual intensidad mediante el uso de un espejo, M_1 , con medio baño de plata; estos dos rayos se reflejan después en dos espejos normales A y B, llegando a un punto de cruce P a la derecha (fig. 2.13, donde se puede poner o no otro espejo con medio baño de plata). En principio, el experimento se diseñó para demostrar la complementariedad onda-partícula; es decir, en la primera situación experimental, un objeto cuántico se muestra con aspecto de onda, y de ahí que pueda estar en dos lugares al mismo tiempo (la disposición de doble ranura de la que hablábamos antes es una disposición de este tipo también); en la otra situación experimental, detectamos la partícula, localizada en un lugar y en un momento dado (como cuando detectamos emanaciones radiactivas con un contador Geiger). Si optamos por detectar la luz en modo partícula, ponemos los detectores o contadores más allá del punto de cruce P, como se ve en la parte inferior derecha de la figura 2.13. Uno u otro contador registrarán un «tic», definiendo el sendero localizado del objeto, con lo que se demostrará su aspecto partícula.

Para detectar el aspecto onda del objeto, nos aprovechamos del fenómeno de adición de ondas, como en el caso de la doble ranura, poniendo un segundo espejo con medio baño de plata, M_2 , en P (fig. 2.13, abajo a la izquierda). Las dos ondas que se generan con la escisión del rayo en M_1 se verán forzadas mediante M_2 a sumarse constructivamente en un lado de P, donde el contador registrará un «tic», y destructivamente en el otro lado, donde el contador no llegará a registrar nada. Pero observe que, cuando detectamos la luz en forma de onda, tenemos que aceptar que cada cuanto de luz está viajando por ambas rutas, A y B, pues, de otro modo, ¿cómo iba a haber una adición de ondas?

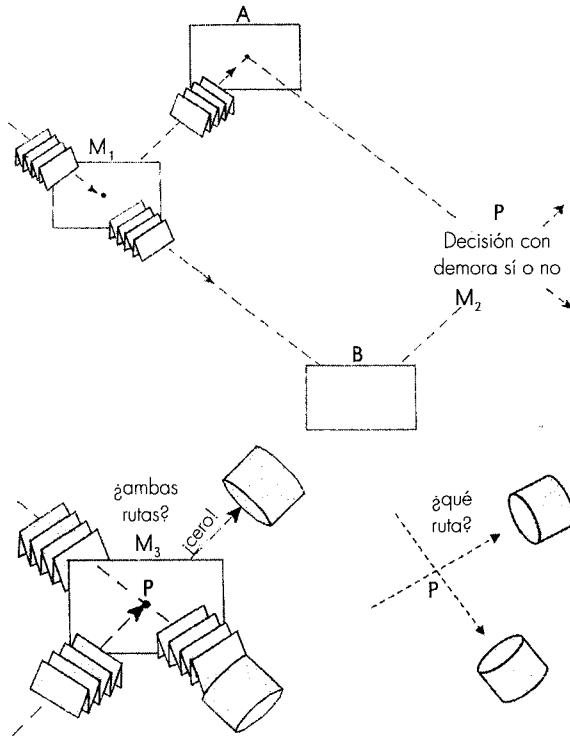


Fig. 2.13. El experimento de la decisión tomada con demora. Las disposiciones para ver la naturaleza de la onda (interferencia, la señal queda cancelada en uno de los detectores) y la naturaleza de la partícula (no interferencia, ambos detectores registran la señal) de la luz se puede ver en la parte inferior izquierda y en la parte inferior derecha respectivamente.

Pero el aspecto más sutil del experimento está por llegar aún. En el experimento de la decisión tomada con demora, el experimentador decidía en el último momento, en el último piconsegundo (10^{-12}), si insertaba o no el espejo con medio baño de plata en P, si medía o no el aspecto onda (la decisión se manifestaba por medios mecánicos, claro está). En efecto, esto significa que los cuantos de luz han pasado ya por el punto de escisión M_1 , si usted los considera objetos newtonianos normales. Aún así, si se inserta el espejo en P, siempre se mostrará el

aspecto onda, y si no se inserta el espejo, se mostrará su aspecto partícula. ¿Se mueven los cuantos de luz por un sendero o por los dos? Los cuantos de luz parecen responder incluso a una decisión con demora de forma instantánea y retroactiva. (Por cierto, esto demuestra que el fotón, en sí, no puede colapsar su propia onda de posibilidad, si se ha hecho usted esta pregunta, pues, ¿cómo si no respondería a nuestra decisión con demora?)

Un objeto cuántico viaja por un sendero, o por los dos senderos, de forma perfectamente armónica con lo que nosotros decidamos. ¿Cómo es posible esto? Es posible porque los senderos de los objetos son solamente senderos *posibles*, los objetos son sólo ondas de posibilidades antes de que los manifestemos mediante la observación. No se traza un sendero concreto; la posibilidad se convierte en actualidad en lo que parece un hecho retroactivo, en lo que parece una causación hacia atrás.

Un comentario al margen: no existe ningún objeto cuántico manifiesto hasta que lo *vemos*, ni siquiera si el objeto es el cosmos entero. No hubo ningún cosmos manifiesto (sino sólo posibilidades) hasta que el primer ser sintiente (presumiblemente, la primera célula viva) observó el universo. La observación colapsa el universo, junto con todo el sendero causal que llevó a esa primera sensación, retroactivamente. Y la observación es autorreferencial (la sensación de la primera célula viva se crea conjuntamente con el universo).

Así pues, si tenemos objetos vinculados no sólo por todo el espacio, sino también por todo el tiempo, la elección consciente y el colapso del sendero causal en cualquier punto del tiempo precipitarán el sendero íntegro. De lo que hay que tomar nota aquí es que, en física cuántica, no existe el espacio ni el tiempo *hasta que* la consciencia decide colapsar un evento. El pensamiento convencional acerca del tiempo tiene que acomodarse a esta extrañeza cuántica.

Un incidente que tiene lugar ahora se puede vincular con un incidente de entonces (o del futuro), lo cual puede dar cuenta de todos los tipos de eventos que Carl Jung consideraba ejemplos de sincronicidad, es decir, coincidencias significativas acausales (Jung y Pauli, 1955). Uno de mis primeros intentos por comprender la reencarna-

ción lo realicé mediante el uso del concepto de no-localidad cuántica en el tiempo (véase los capítulos 3 y 4).

Por cierto, el experimento de la decisión tomada con demora se verificó en el laboratorio a mediados de la década de 1980 (Hellmuth, Zajonc y Walther, 1986), y apareció en las páginas de *Newsweek* en el número del 19 de junio de 1995.

Las ondas de posibilidad no se colapsan hasta que las observamos

Sin embargo, por poco intuitivo que pueda parecerle a usted, las posibilidades cuánticas no se convierten en actualidad hasta que nosotros, los seres sintientes, las miramos y elegimos. Éste es el mensaje del experimento de la decisión tomada con demora. En un reciente experimento del parapsicólogo Helmut Schmidt se ha confirmado una vez más este mensaje.

Schmidt lleva haciendo investigaciones pioneras en psicocinesis desde hace muchos años. En sus experimentos, los psíquicos intentan mover un objeto físico o intentan influir en un resultado físico a través de la intención consciente, en contraposición a la telepatía mental, en la cual el resultado de la influencia sólo supone pensamientos internos.

En una serie de experimentos que realizó, se dieron instrucciones a unos psíquicos para que intentaran influir en la generación de números aleatorios, en las secuencias de números aleatorios positivos y negativos. En definitiva, tenían que intentar inclinar la secuencia de números generados al azar en favor de los números positivos, por ejemplo.

En el experimento típico, el generador de números aleatorios creaba una secuencia de cien acontecimientos binarios (es decir, con un valor de 0 o de 1), que se transformaban en una secuencia de 100 destellos de luz roja (cuando el bit era 0) y verde (cuando el bit era 1), y se le daban instrucciones al psíquico para que mentalmente provocara que hubiera más rojos que verdes (o viceversa). La secuencia de rojos y verdes se registraba, y se imprimía al final de la sesión.

Un buen generador de números aleatorios es una muestra radiactiva, que va liberando lentamente sus productos de desecho (como pueden ser los electrones), dado que la degradación radiactiva, siendo un proceso cuántico, siendo probabilístico, es completamente aleatoria para un gran número de eventos. Sin embargo, los sujetos de Schmidt consiguieron influir en esta aleatoria degradación radiactiva en una cantidad pequeña, aunque estadísticamente significativa, demostrando la realidad de la psicocinesis (Schmidt, 1976).

Pero el experimento de Schmidt del año 1993 es un hito (experimento que replicaron otros investigadores, cómo no), porque en él introdujo un nuevo elemento en el experimento. El experimento seguía utilizando generadores radiactivos de números aleatorios, con la diferencia de que la degradación radiactiva, la detección de los electrones, el registro de la información en *floppy discs* y la generación por ordenador de la secuencia de números aleatorios se llevaba a cabo días o, incluso, meses antes de que nadie viera información alguna. El ordenador imprimía incluso los resultados y, con el máximo cuidado que nadie haya visto jamás, se sellaban los impresos y se enviaban a distintos observadores independientes.

Cada uno de ellos, a su vez, sin siquiera tocar los sellos, especificaba aleatoriamente si el sujeto psíquico intentaría lograr más rojos o más verdes. En la sesión, que se realizaba posteriormente, el psíquico seguía la asignación independiente que el observador había elegido aleatoriamente, e intentaba influir intencionadamente en la generación de rojos (o verdes), mientras observaba los datos almacenados en el ordenador. Más tarde, el observador independiente abría los impresos sellados y verificaba directamente si había una desviación en los resultados en la dirección elegida. Y, ciertamente, se descubrió un efecto estadísticamente significativo, cuando las probabilidades eran de 8.000 contra 1 para que se diera tal resultado (Schmidt, 1993).

¿Cómo deberíamos interpretar este experimento? La interpretación directa es que tanto la degradación radiactiva como la detección de los productos de desecho, el registro de éstos y la impresión del ordenador se encontraban en potencia como posibilidades hasta que se hizo la observación (por parte del psíquico). Dado que eran sólo

posibilidades, cuando el psíquico miró los datos fue cuando pudo influir en el resultado con su intención. Nada en todo el proceso se convirtió en actualidad hasta que se hizo la observación consciente.

Si esta interpretación es correcta, entonces la preinspección de los datos habría inhibido el posterior esfuerzo de psicocinesis. Y, de hecho, se descubrió que éste era el caso cuando se hacía una preinspección exhaustiva (Schmidt, 1993).

Schmidt repitió su medida en varias ocasiones con diferentes observadores independientes; y, aunque los experimentos a nivel individual no siempre dieron como resultado una conclusión inequívoca, sus experimentos demuestran (con la garantía de tres desviaciones estándar, que, si bien no son los destacados estándares al uso en los experimentos de física, sí que son compatibles con los realizados en psicología) que los psíquicos son capaces de influir en eventos radiactivos aleatorios aun observando los datos con una demora temporal y, por tanto, que las ondas de posibilidad no colapsan hasta que las contempla un observador sintiente.

Volvamos de nuevo a la pregunta de por qué no parecemos ser conscientes de estar creando nuestra propia realidad. Lo cierto es que rara vez nos encontramos en el estado de consciencia desde el cual se puede elegir libremente. Este estado de consciencia se da cuando somos creativos, por ejemplo, cuando experimentamos una profunda compasión por otro ser, cuando nos sentimos inspirados moralmente o cuando estamos en comunión con la naturaleza. Las tradiciones espirituales denominan a tan exaltadas autoexperiencias con nombres como Atman (en el hinduismo), el Espíritu Santo (en el cristianismo), etc. Yo lo denomino yo cuántico, debido a su conexión con la absoluta libertad de elección de la medida cuántica. El yo de estas experiencias es universal, transpersonal, unitivo. En cambio, nuestras experiencias ordinarias están dominadas por nuestros egos, sumamente personales y condicionados (difícilmente puede haber creatividad alguna ahí), en los cuales la libertad cuántica cede el paso a casi un 100 por 100 de condicionamiento, debido a los múltiples reflejos del espejo de la memoria de las experiencias del pasado (Mitchell y Goswami, 1992). De hecho, los neurofisiólogos han descubierto que existe una

demora temporal de medio segundo entre el instante en que un sujeto recibe un estímulo y su informe verbal de la experiencia (Libet et al., 1979). Ese medio segundo es el tiempo que utilizamos para procesar los múltiples reflejos del estímulo en el espejo de la memoria. Como consecuencia de ello, la experiencia principal, e incluso las experiencias secundarias, con cierta libertad de elección se convierten en preconscientes cuando nos identificamos con nuestra memoria, con nuestro ego.

Pero cada vez que nos escapamos de la identidad-ego, cada vez que somos capaces de ahondar en el preconsciente, aparece la posibilidad de la libertad. Estoy convencido de que existe una fase en el proceso de la muerte en la cual la identidad-ego se desvanece sustancialmente. Así, la muerte nos estaría permitiendo a todos, si podemos permanecer conscientes en el proceso, la oportunidad de vernos como el creador del mundo: como Dios.

Una nueva visión de Dios

Estaba dando una charla a unos alumnos de instituto sobre ciencia y ética en Deary, Idaho, y, naturalmente, apareció la pregunta de Dios. Ahora soy bastante consciente de que no se puede hablar de Dios en un aula: es un tabú tan grande que incluso *The Wall Street Journal* publicó un artículo sobre el tema. (En mis clases en la universidad sobre filosofía de la física, hacíamos referencia a Dios como «palabra-D».)¹⁵ Pues bien, cuando pregunté cuántos alumnos creían en la existencia de Dios, sólo un puñado de jóvenes levantaron las manos. Pero cuando pregunté cuántos creían que podría existir un principio organizador, un principio causalmente potente y creativo más allá de la materia, casi todos los alumnos levantaron las manos.

Así pues, ésta es una de las maneras en que está cambiando nuestra idea de Dios. Aunque la imagen tradicional de Dios es la de un

¹⁵ En inglés original, existe cierta similitud fonética, que no se da en castellano, entre *God*, «Dios», y *G-word*, «palabra-D». [N. del T.]

emperador sentado en un trono en el Cielo, que reparte recompensas y castigos por nuestras buenas o malas acciones, ésta es una idea minoritaria desde que las jerarquías religiosas se han visto sobrepasadas por los avances de la democracia, los movimientos por la igualdad racial, la igualdad de género, etc. Al menos, en general, la mayoría de las personas pensamos en Dios como el principio creador que hay tras el mundo, y ésta es la idea que sostiene también la ciencia dentro de la consciencia.

Pero hay algunos detalles sutiles que conviene aclarar. Por ejemplo, tomemos la consciencia. ¿Acaso la consciencia es sinónimo de Dios? No, la consciencia es el fundamento del ser; es lo que se llama Divinidad en el cristianismo y Yahweh (YHWH) en el judaísmo, y el Tao inefable y absoluto en el taoísmo. Dios entra en el cuadro cuando la consciencia crea el mundo manifiesto a través de la medida cuántica. Piense en Dios como el principio creativo, el que elige la actualidad entre las posibilidades cuánticas en todos los actos creativos de manifestación.

En cada acto creativo en el que participamos, encontramos al Dios interior que está en nosotros. En este sentido limitado, somos Dios. Pero, como individuos que somos, no podemos llegar a comprender el movimiento de consciencia que se pone en marcha en toda creación a través de todos los seres sintientes. En ese sentido, no somos Dios. Así pues, la cuestión se reduce a una paradoja: somos Dios y no somos Dios al mismo tiempo. Como entendido en cuestiones cuánticas, ¿a que ya no le sorprende?

Una forma de resolver la paradoja estriba en decir que, en un acto creativo, nos convertimos en el yo cuántico, que reconocemos nuestra potencia divina a través de la autoidentidad universal cuántica. El viaje creativo y espiritual de los seres humanos se puede contemplar, remediando las palabras del filósofo Martin Buber, como una relación yo-tú (personalmente prefiero la palabra «encuentro» en lugar de relación), immortalizada en el mural de Miguel Ángel del techo de la Capilla Sixtina, en el que Adán y Dios se tienden la mano el uno al otro.

La deificación materialista de la materia se desarrolló en parte como reacción ante el Dios del Antiguo Testamento como emperador del Cielo. De hecho, aquel Dios no nos es necesario en nuestra ciencia.

Pero Dios es necesario en la ciencia como principio creativo, no sólo para resolver la paradoja de la medida cuántica, sino también como principio explicativo de la creatividad en la evolución biológica (Goswami, 1997), en la sanación mente-cuerpo (Chopra, 1989), etc. Así, la nueva visión de Dios es una forma de superar los dos dogmas, el religioso y el científico.

Las definiciones de la vida y de la muerte

¿Sólo puede darse el colapso de las posibilidades cuánticas en conjunción con el cerebro humano? ¿Qué pasa con los animales que tienen cerebro, o incluso con los que no lo tienen? Parece razonable pensar que la medida cuántica autorreferencial comienza con la vida, y la define, en una única célula viva. Una célula viva es autónoma y tiene integridad propia; se percibe a sí misma como distinta y separada de su entorno. Tendría sentido decir que las medidas cuánticas dentro de la célula viva crean la diferenciación entre la vida y su entorno (fig. 2.14). Antes de la medida cuántica, sólo existe la consciencia y sus posibilidades; después, aparece la diferenciación: la vida y su entorno.

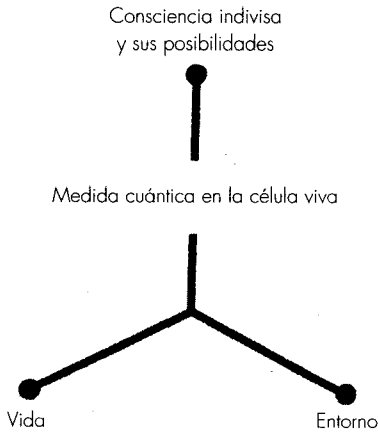


Fig. 2.14. La autorreferencia que surge de la medida cuántica en la célula viva lleva a la diferenciación cognitiva de la célula viva entre la vida y el entorno.

Esta división de la consciencia una en dos seres diferenciados se hace cada vez más sofisticada a medida que las células forman conglomerados de células. Con el tiempo, con el desarrollo del cerebro, vemos el mundo como un sujeto mental diferenciado de unos objetos con significado.

Así pues, una ciencia basada en la consciencia nos da una definición clara de la vida. No dudo de que usted sabrá ver las posibilidades que ofrece una ciencia de este tipo a la hora de resolver algunos de los recalcitrantes problemas que plantean los modelos materialistas, que son incapaces de responder a la simple pregunta de «¿qué es la vida?»¹⁶ Al definir la vida, la ciencia dentro de la consciencia también ofrece una definición clara de la muerte; la muerte tiene lugar cuando la consciencia retira su supervención autorreferencial (su intervención trascendente) de la materia viva.

16 Con una excepción. El biólogo Humberto Maturana ha definido la vida como la capacidad para conocer (como en la escisión sujeto-objeto), pero esta definición está lejos de gozar del consenso entre los biólogos.

No-localidad y reencarnación: una displicente conversación con mi esposa

Cuando le conté a mi mujer que estaba pensando en la posibilidad de elaborar una teoría científica sobre el significado de la muerte y de ideas tales como la reencarnación, no pareció muy entusiasmada. A continuación, no obstante, se desarrolló una interesante conversación, a medida que ella iba entrando en calor.

—¿Es que no has teorizado ya bastante? —me soltó, provocativa.

Mi mujer se refería al hecho de que, hacía poco, yo había publicado un libro sobre la naturaleza de la realidad.

—¡No, porque me resulta muy divertido! —contesté riendo—. Y, después de todo, tendría una compañía muy estimulante. Alan Watts (1962) especuló acerca del significado de la reencarnación. Decía que elegimos los argumentos de nuestras vidas antes de que vengamos a la Tierra. Y Carl Sagan (1973) solía decir que la CETI, es decir, *Communication with Extraterrestrial Intelligence*, la Comunicación con Inteligencias Extraterrestres, le daría significado a la vida, ya sabes.

Mi esposa sacudió la cabeza, divertida.

—Estás picando muy alto en tus ejemplos de preguntas de significado. ¿Acaso te parecen augurios de lo que está por venir?

—Eso es lo que lo hace divertido. De todas formas, ésta es mi idea. Fred Alan Wolf (1984) dice que la creatividad es no-local en el tiempo, que lo que ahora es una idea creativa será algo corriente mañana. ¿No significará esto que, en la experiencia creativa, estamos tomando prestadas ideas del futuro?

»Recuerda que la no-localidad es uno de esos fenómenos cuánticos que juegan un papel crucial en nuestro nuevo paradigma de la realidad. Supone una comunicación o una influencia sin intercambio de señales a través del espacio-tiempo; dicho de otro modo, es una conexión que no pertenece a este mundo.

—Bueno —me interrumpió mi media naraja—, no me parece que sea una idea especialmente sorprendente.

—Pero, ahora, prepárate —proseguí, haciendo una pausa intencionada (nunca pierdo la ocasión de intentar impresionarla)—. Imagina que pudiéramos tomar algo prestado también del pasado. ¿Qué podría ser?

—Podemos aprender de la historia. Los seres humanos venimos intentando hacer eso desde que somos capaces de reflexionar sobre nuestras experiencias, aunque parece que aprendemos despacio, al menos en lo referente a las grandes lecciones, como la de la guerra.

Su respuesta era predecible (lo cual me complació).

—No, no me refiero a eso —le dije con no poca fanfarria—. Supón que existen patrones del ser de los cuales se toman prestados los temas del devenir, del llegar a ser. Cuando tomamos prestado un tema que no nos resulta familiar, decimos que es creativo; pero, evidentemente, lo que hoy en día no nos resulta familiar resultará familiar mañana, de manera que no hay nada que no sea familiar desde una perspectiva intemporal.

Y añadí un tanto precipitadamente:

—¿Te das cuenta? Los temas, en sí, residen en los dominios no-locales, ¿no?, donde no existe el tiempo, y donde el pasado, el presente y el futuro coexisten. Por tanto, del mismo modo que podemos tomar prestado un tema (aunque quizás sería más apropiado decir que un tema nos toma prestados a nosotros) antes de su tiempo mediante la creatividad, ¿por qué no vamos a poder tomar prestados temas del pasado que estén también en los dominios no-locales? La idea del karma...

—¡Ajá! —exclamó mi mujer—. El científico reconoce por fin los límites de su ciencia y regresa a la cosmología esotérica en busca del significado de la muerte. ¡De lo más clásico! ¿Quién necesita la física

para eso? ¡Pero cuidado! Muchas personas saben más de las teorías esotéricas del karma y de la reencarnación que tú –dijo con no poco desdén.

—Espera un momento. Lo estás planteando todo de un modo clásico y competitivo. Escucha y no me interrumpas –dije—. A la ciencia le gusta la simetría, especialmente la simetría temporal. Si el tiempo es no-lineal en los dominios no-locales, y si las cosas pueden llegar hasta nosotros sin señales desde el futuro, también podrán llegarnos no-localmente desde el pasado.

—No veo defecto en tu lógica, por especulativa que sea –bromeó ella echándose atrás—. Pero, ¿qué partido le podemos sacar nosotros a eso?

Complacido con su atención y con el uso que había hecho del «nosotros», continué:

—Deja que te ponga un ejemplo de algo que en cierta ocasión escuché. Una mujer tenía un dolor en el cuello para el cual los médicos no encontraban una causa física, y los psiquiatras también habían certificado su salud mental. Entonces acudió a un terapeuta de vidas pasadas que, hipnóticamente, la hizo regresar a sus vidas anteriores. De modo que, mientras estaba recorriendo el sendero de siglos de recuerdos, sintió de pronto un asfixiante dolor en el cuello y experimentó el fin de una vida en la cual había muerto en la horca. Cuando volvió del trance hipnótico, el dolor del cuello se le había ido, y ya nunca más le volvió a doler.

Mi mujer se echó a reír.

—¡Cómo has cambiado en dos décadas! ¿Es que no te acuerdas de tu propia experiencia de regresión a una vida pasada?

Mi esposa se refería a un incidente que tuve a mediados de la década de 1970 y que compartí con ella. Yo acababa de dejar el campo de la física nuclear y estaba buscando a tientas nuevos intereses en otras áreas de la física cuando vino hasta mí alguien que se declaraba terapeuta de regresiones a vidas pasadas. Me convenció para hacer una regresión, y uno de los episodios que recordé trataba de las grandes y jugosas aventuras sexuales de las que había disfrutado supuestamente en el siglo XII. Pero, por desgracia, también tuve la sensación

clara de que yo mismo estaba elaborando inconscientemente toda la escena, de que aquello era producto de mi fantasía. Esta sensación influyó notablemente mi visión del resto de la experiencia, lo cual le daba un sentido psicológico, de manera que me resultó útil.

—Eso fue hace veinticinco años —contesté—. Los datos sobre las terapias de regresión son mucho mejores ahora. Y también disponemos de una nueva visión del mundo y de una nueva ciencia para explorarlos.

—Lo sé, lo sé —dijo mi mujer sin dejar de sonreír.

—Y, por otra parte, no lo olvides, *El libro tibetano de los muertos* es correcto...

—Y tu trabajo es demostrarlo —terminó la frase mi mujer riéndose entre dientes—. Lo siento —se echó a reír abiertamente—, pero por momentos pareces el científico solitario, galopando al rescate de la reencarnación, conmigo cabalgando a tu lado, como tu fiel explorador.

Aquello me hizo reír.

—Es una imagen divertida, lo admito. Pero si recordamos que la reencarnación es un intento por explicar las experiencias reales que tiene la gente, tendremos que respetar el esfuerzo al menos. Tengo un amigo, llamémosle Paul, que es un hombre sumamente inteligente, realista, profesor prestigioso, con todas las credenciales: con su doctorado, director de un instituto y todo eso. Él opinaba, al igual que yo, que la reencarnación era absurda. Pero entonces tuvo una serie de experiencias de «vidas pasadas» en las cuales un par de monjes budistas, uno del siglo *xi* y otro del *xiii*, le instaban a desarrollar su vida espiritual. ¿Qué puede hacer un pobre académico con una experiencia como ésta? Son demasiadas las personas que, a lo largo de la historia, han contado haber tenido experiencias como ésta; demasiadas como para pensar que todas se engañaban a sí mismas; y muchas de ellas, como mi amigo, eran personas respetadas, personas con los pies en el suelo. Es un enigma que me desconcierta y me fastidia.

»Y entonces tuve una intuición: ¿y si desechamos algunas de las creencias periféricas acerca del alma y todo eso y reformulamos las experiencias sobre la reencarnación en términos de temas no-locales del pasado que compartimos en el presente con una persona del pasado,

como los fotones de Aspect, sólo al otro lado del tiempo? ¿Qué pasaría entonces?»

Me refería al experimento clásico del físico francés Alain Aspect, en el cual había demostrado que unos cuantos de luz vinculados, los llamados fotones, se influían mutuamente a través del espacio sin intercambiar ningún tipo de señal.

—¿Qué pasaría entonces? —repitió mi mujer— Haré el papel de abogado del diablo en nombre de la ciencia. ¿Qué evidencias tienes?

—Como teórico, no demuestro las cosas empíricamente por mí mismo, pero puedo citar evidencias aportadas por otros. El doctor Ian Stevenson, del Centro Médico de la Universidad de Virginia, es un investigador de la reencarnación serio y respetado. Y él dispone ciertamente de algunos datos intrigantes de niños que recuerdan sus vidas pasadas, datos que son muy resistentes a cualquier explicación que no sea la de la reencarnación. Después, están los datos sobre experiencias cercanas a la muerte, que también apuntan a la no-localidad cuántica.

—Supongo que sí pero, francamente, me generan ciertas dudas.

—Bien, simplemente estoy intuyendo, pero tendría sentido que, si la creatividad es recordar una idea del parque temático no-local antes de su época, lo mismo puede ocurrir con el karma, o las causas que nos atormentan desde el pasado a través del mismo ámbito de temas no-locales.

—Amit, me parece que estás cavando tu propia tumba. Te has esforzado mucho intentando refutar el determinismo, y ahora parece que estés diciendo que el karma del pasado determina nuestra vida. Eso es peor que el determinismo con todas sus variables ocultas. No es sólo un vino viejo en una botella nueva, sino que es un vino picado, echado a perder.

Mi esposa se refería a los intentos científicos por justificar la no-localidad cuántica postulando que las variables ocultas (desconocidas) eran las «verdaderas» responsables de las rarezas cuánticas. La existencia de tales variables, que podrían salvar las creencias materialistas, había quedado descartada con los experimentos de Aspect y de otros investigadores.

—Pero olvidas una cosa, cariño. Yo no estoy aceptando necesariamente la interpretación popular del karma. El asunto del parque temático no-local es como el hombre invisible de H. G. Wells. No tiene forma manifiesta hasta que le damos forma, y se la damos viviéndolo. Es la persona que experimenta, que siente, la que le pone la ropa al hombre invisible.

—Entonces, ¿por qué no le pones ropa a las experiencias de tu amigo con los monjes budistas?

—De acuerdo —dije no sin cierto deleite—. Vamos de compras a la tienda de ropa del parque temático no-local. Pongamos que existieron dos aspirantes zen en el pasado que dejaron cosas sin terminar en su trabajo espiritual, y que ése es un tema en el parque temático no-local; dejaron cosas sin terminar porque no lograron una manifestación satisfactoria del tema.

—¡Bien! —dijo mi esposa con un suspiro de fingida admiración—. Tienes una increíble imaginación.

Haciendo una reverencia de gratitud, continué:

—Ahora supón que esos muchachos estaban teniendo una experiencia precognitiva vinculada no-localmente con mi amigo. Esos muchachos del pasado influyeron no-localmente en el destino espiritual de Paul.

Cuando la consciencia estaba colapsando posibilidades del evento vinculado en aquellos muchachos de tiempos pasados, se cerró también la experiencia de mi amigo en el futuro, salvo por el hecho de que estaría en el limbo durante unos cuantos siglos.

—No comprendo —dijo mi mujer frunciendo el ceño.

—¿Te acuerdas del experimento de Aspect? —pregunté, y esperé hasta que afirmó con la cabeza—. Si dos fotones están vinculados y la función de onda de uno se colapsa, la función de onda del otro también se colapsa; su posibilidad se convierte en certeza, con independencia del momento en que el experimentador observe realmente el estado del segundo fotón. ¿Lo entiendes?

—De acuerdo, ya lo capto. Entonces, cuando tu amigo tuvo aquella experiencia, estaba experimentando espontáneamente acontecimientos predestinados.

—Exacto. Evidentemente, el caso de mi amigo no es habitual. Lo que sí creo que es más habitual es que los moribundos, en el momento en que ven los flases de su vida en el cielo de su mente, comparten de manera no-local la historia de su vida con sus posteriores encarnaciones, en el momento en que éstas nacen. Esto es más probable porque la muerte y el nacimiento son momentos especiales en los que el ego se diluye. Las intenciones conscientes que generan vinculaciones no-locales entre las personas son potentes en esos momentos. El psiquiatra Stan Grof ha descubierto multitud de evidencias sobre el recuerdo de esas memorias de reencarnaciones mediante el uso de lo que él llama respiración holotrópica. ¿Hasta dónde llegan sus reservas, señora abogada del diablo? ¿No he cruzado todavía el umbral de sus reservas?

—No, estoy intentando captar el espíritu del asunto. No había disfrutado tanto con un cuento desde que me sentaba en las rodillas de mi abuelo.

Me eché a reír.

—Bueno, en ese caso, deja que te cuente algo más. Ya dije antes que esos otros chicos del pasado de Paul estaban influyendo en la vida de Paul. Pero lo que no podemos decir es que no fuera el mismo Paul el que iniciara todo ese proceso de influencia mutua.

Ahora, mi mujer parecía intrigada. Continué:

—Un filósofo llamado Brier se inventó una interesante historia: imagina que alguien conspira para matar a un amigo tuyo poniendo una bomba de relojería en el cajón de su escritorio mientras está fuera comiendo. Y resulta que tú entras en el despacho de tu amigo, después de que el asesino ha puesto la bomba, para tomar prestado un lápiz; abres el cajón del escritorio y ves la bomba, programada para estallar en el plazo de una hora; pero, de repente, te llaman para que acudas urgentemente a otro sitio debido a una emergencia. Evidentemente, tú intentas llamar a tu amigo al restaurante para advertirle de la bomba, y también intentas llamar a los artificieros de la policía. Pero, desgraciadamente, absorbida en tu propio apuro, te olvidas de llamar hasta mucho más tarde. Claro está que tienes la esperanza de que tu amigo no haya vuelto a la oficina después de la comida, y

esperas que siga vivo; pero resulta que volvió a la oficina y ha muerto. ¿Puedes hacer algo?

»Si tú sabes algo de no-localidad cuántica y de causación hacia atrás, entonces sí que podrás hacer algo. Gritas en tu mente la necesaria advertencia a tu amigo y esperas que la capte (que «escuche» tu advertencia) a tiempo para salvarse. Pero él sólo puede captarla creativamente o precognitivamente, para lo cual existe una posibilidad pequeña, pero finita. Es bastante más probable, cómo no, que tu advertencia llegue demasiado tarde, y que tu amigo salte por los aires hecho pedazos. Así pues, aunque es bastante más probable que aquellos aspirantes zen de hace siglos iniciaran la serie de experiencias que tuvo Paul, no podemos descartar que el mismo Paul haya sido quien invocara al pasado, a sus vidas pasadas.

—¿Estás diciendo que el futuro puede cambiar el pasado? Dime, mi impetuoso pionero de tierras ignotas, ¿estás pretendiendo poner patas arriba la relatividad de Einstein? ¿Es que no respetas nada?

— ¡Claro que lo respeto! Einstein viene a ser el arquetipo de Dios para los físicos. Probablemente no lo sepas, pero las ideas que tenía Einstein acerca de la existencia son muy similares a las que yo estoy proponiendo.

—¿De verdad? Nunca dejas de sorprenderme —dijo la mujer a la que amo, aunque no podía saber si estaba fingiendo su admiración o no.

—Es verdad. Einstein tenía una perspectiva muy interesante acerca de la muerte. Él mantenía que el pasado, el presente y el futuro existen, en cierto nivel, simultáneamente, aunque el viaje en el tiempo al pasado está prohibido para una persona de una franja temporal a otra. Cuando murió su querido amigo Michelangelo Besso, Einstein consoló a la viuda de Besso diciendo exactamente eso: «Para nosotros, físicos convencidos, la diferencia entre pasado, presente y futuro es sólo una ilusión, aunque una ilusión persistente». Quizás Einstein intuía que las personas viven y permanecen en sus respectivas franjas temporales; lo único que hago yo es darle más comprensión científica a esa intuición. Las personas viven y permanecen en diferentes encarnaciones que son posibilidades vinculadas que cruzan de un lado a otro las franjas temporales. ¿Comprendes?

—Lo estoy intentando, lo estoy intentando —dijo mi querida esposa, con el ceño fruncido por la concentración.

—Pero recuerda, mi querida escéptica, todos los incidentes vinculados del pasado y del futuro son coincidencias acausales. El significado (¿te acuerdas?, se trata del significado de la muerte) se halla en la mente del que experimenta, del que vivencia, en la consciencia individual concreta que sintoniza con algo del parque temático no-local, en ese melodrama específico de la persona. Y esa persona es libre de hacer caso omiso de cualquier experiencia no-local, de descartarla como una alucinación, o bien de tomársela en serio como una oportunidad de crecimiento. Los niños, que tienen una mentalidad relativamente abierta, lo hacen; pero los adultos no suelen hacerlo. Y esto no supone violación alguna del mundo causal, donde reina la relatividad.

—¡Eres un grandísimo proveedor de respuestas... y un zalamero!

—No, mi amor. Simplemente, he renunciado a tener miedo de hacerme preguntas, a cualquier pregunta. Volviendo al significado, espero que hayas comenzado a ver una especie de jerarquía entrelazada entre los acontecimientos del pasado, el presente y el futuro. No es una jerarquía simple, donde los acontecimientos del pasado tienen su efecto en el presente, y los del presente tienen su efecto en el futuro; más bien, se afectan unos a otros hasta formar una red de acontecimientos entretejidos. Es posible que cada conexión no-local refuerce la probabilidad de otra conexión posterior, y así sucesivamente.

Poniéndose la mano en la frente, mi esposa se burló de mí con una magnífica dramatización:

—No creo que pueda aguantar más. Me da vueltas la cabeza...

—Mira, es la ambigüedad la que te está provocando eso... —insistí riéndome—. Así pues, en vez de determinismo, lo que tenemos es bastante creativo y novedoso, es una oportunidad para que aparezca un nuevo orden a partir del caos creativo. ¡Tenemos toda la libertad del mundo a la hora de ponerle ropa al hombre invisible! ¡Gloria, aleluya! Por lo que se refiere a la consciencia, el universo no deja de ser creativo.

—Entonces, ¿la creatividad es el epítome de la muerte?

—Sí. Dentro de la rueda del karma, la creatividad exterior, nuestras artes y nuestras ciencias, es lo mejor. Y cuando la creatividad se

dirige hacia dentro, la creatividad interior, podemos incluso escapar de la rueda del karma. Si morimos conscientemente, en el instante de la muerte podemos ser capaces de reconocer la naturaleza ilusoria de toda experiencia; incluso los temas, la creatividad incluida, son ilusiones que crea la consciencia como en un juego. Reconocer eso es lo que las personas llaman liberación. Después de eso, cesa la identificación con los temas; ya no hay más renacimiento.

—Estoy de acuerdo con todo eso; es con tu teoría científica con lo que tengo problemas. ¿Acaso hay alguien más que sustente esta loca teoría?

—Bueno, Seth dijo algo parecido acerca de las influencias mutuas entre nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro.

—¿Quién es Seth?

—Un ser desencarnado, supuestamente de otro plano, que hablaba a través de Jane Roberts, una médium y escritora ya fallecida.

—¡Un alma desencarnada! —ahogó un grito mi querida esposa—. ¡Amit, si esto sale fuera, tus colegas científicos te van a destripar! ¡Te van a crucificar por divertirme tanto!

—Piensa de manera no-local, mujer. Bien, quizás tengas razón acerca de la reacción de mis colegas. Pero, por suerte, mis colegas de la ciencia dura no leen libros populares, y mucho menos sobre la reencarnación.

—Lo que quiero saber es si escribes todo esto porque es tu karma o porque es una elección creativa. ¿Qué es lo que se está manifestando en estos momentos, temas no-locales del futuro o del pasado?

—¿Y por qué no ambas cosas? Pasado, presente y futuro se entremezclan, se funden, componiendo esa estremecedora consciencia —suspiré con una voz adecuadamente ronca, mientras me inclinaba hacia ella—, que quiere cambiar de tema... para pasar a hablar de amores.

—Debes de estar de broma —resopló mi mujer—. Tengo dolor de cabeza. Ése es tu karma.¹⁷

17 *Karmuppance* en el original inglés. Se trata de un término sánscrito que vendría a equivaler a la frase «lo que siembras, cosechas». Lo hemos traducido como «karma» por sus connotaciones. [N. del T.]

4

La ventana no-local: interpretar *El libro tibetano de los muertos* en términos modernos

Espero que el anterior capítulo haya despertado su curiosidad acerca de la no-localidad cuántica como vehículo explicativo para los datos acerca de la reencarnación. En este capítulo, seré más formal para construir tal vehículo.

El mundo en su totalidad está compuesto por las diversas formas e identidades de la consciencia y sus interacciones. Todos los fenómenos, todas las cosas, todos los acontecimientos, expresan este juego de la consciencia. Los juegos más obvios son los modos de movimiento de la materia y de la mente, nuestros pensamientos. Pero, si observamos con atención, podremos ver otro movimiento en juego: los modos de movimiento que subyacen a la vida manifiesta, lo que los orientales llaman prana, chi o ki, lo que usted siente a veces en su cuerpo después de un buen masaje, o cuando se encuentra bajo el hechizo de emociones poderosas, y que usted quizás llame energía vital. Sin embargo, todo esto existe en la consciencia y forma los objetos físicos, los objetos mentales y los objetos vitales que experimenta la consciencia.

Evidentemente, existen diferencias cualitativas entre las experiencias de los objetos físicos, los mentales y los vitales. Esto se debe a que surgen de contextos diferentes. La consciencia emplea un me-

diador, un campo interpretativo para manifestar sus formas de las ideas físicas y vitales, así como el significado mental de sus experiencias. Este campo está compuesto por contextos, es decir, las leyes y los principios que dirigen el movimiento de los objetos físicos, vitales y mentales.

Conviene entender bien aquí la diferencia existente entre contexto, significado y contenido. El significado léxico es el significado o los significados que asignamos a las palabras en sí. En cambio, el significado subjetivo de una palabra cambia con el contexto. Si usted toma la frase «todos morimos» y la compara con esta otra, «muere antes de morir», el significado de «morir» en la primera frase ha cambiado en la segunda debido a que el contexto es diferente.

El contenido lo forman los detalles, la historia real. El contenido de dos historias puede ser diferente, pero su significado puede ser el mismo. Las novelas románticas son así; en dos novelas románticas podemos encontrar diferentes personajes, diferentes acontecimientos y diferentes escenarios, pero los significados que transmiten son siempre los mismos. Esto se debe a que el contexto es algo fijo: ver el amor como un evento romántico.

¿Qué contextos utiliza la consciencia para operar con los objetos materiales no vivos? Conocemos ya la mayoría de estos contextos. Son la fuerza, la energía, el impulso, la carga eléctrica, etc.; son contextos que están definidos por las leyes matemáticas de la física (como las de la mecánica cuántica y la de la ley de la gravedad) y sus derivados. Pero los contextos para las manifestaciones en la vida y en la mente son más sutiles, más oscuros, en parte porque se han investigado muy poco. Aun así, estos contextos existen, sin duda alguna.

Platón enumeró algunos de los contextos de las manifestaciones mentales: la verdad, la belleza, el amor o la justicia. Podemos considerarlos temas de la consciencia, idea que ya introdujimos en el capítulo anterior. Y no es difícil ver la relevancia que tienen estos contextos en las operaciones de la mente. Nuestra mente evoluciona en fases alternas de creatividad y homeostasis. Siendo niños, teníamos estallidos creativos cuando descubríamos nuevos contextos de la vida; y, entre estallido y estallido, explorábamos los significados de los distintos

contenidos aprendidos. Podemos ver sin grandes dificultades, especialmente en los recuerdos de la infancia, el juego de contextos tales como la belleza y el amor en el modo en que se expresa nuestra propia creatividad, en cómo la búsqueda de la verdad y de la justicia impregna nuestra vida.

Una forma bastante común que tenían en la Antigüedad de representar los contextos de los movimientos de la mente y de la vida respectivamente era asociándolos con los dioses o las diosas y con los demonios, diablos o diablesas. Todas las culturas han estado haciendo esto durante milenios.

Existen panteones de dioses en la cultura egipcia, en la india, en la griega, la romana, la celta y la maya. Algunas religiones reemplazaron a los dioses con la idea de los ángeles, pero cumplían funciones similares. En otras culturas, como la tibetana, se representó a los demonios como a dioses violentos.

Pero, aparte de los arquetipos platónicos, de los dioses y los demonios, existen otras formas de ver los contextos del procesamiento mental. Uno de ellos es el de los arquetipos junguianos, como el del héroe, el tramposo, etc. (Jung, 1971). El viaje del héroe comienza con una búsqueda en la cual el héroe abandona el hogar. Después, el héroe, a través de una elevadísima creatividad, encuentra la respuesta a su búsqueda y regresa para darle a la sociedad la sabiduría de la revelación. Buda y Moisés son importantes ejemplos de aquellos que han vivido el contexto del héroe, pero muchos de nosotros podemos reconocer el mismo contexto expresado en partes sustanciales de nuestra propia vida.

La mónada o *sutratman*

Cada dios o demonio representa un contexto o tema específico de la consciencia, y expresa un aspecto y un atributo específicos que tienen una correspondencia con algún movimiento o movimientos de la mente o de la vida. En cambio, los seres sintientes manifiestan muchos temas. Algunos idealistas (como, por ejemplo, los teósofos) ima-

ginan otro tipo de ser contextual al que llaman mónada, que representa combinaciones y confluencias de temas (Judge, 1973).

En el desarrollo de una teoría científica de la reencarnación, la primera idea que tuve fue que las distintas encarnaciones de cada ser humano eran las expresiones inmanentes de los distintos temas de una mónada humana trascendente y universal. Tenemos más de una encarnación porque existen muchos temas, y es imposible aprenderlos y vivirlos plenamente en una sola vida. Las encarnaciones continúan hasta que cada uno de nosotros completa la manifestación de todos los temas de la mónada humana. Como explica Rabbi Simeón ben Yohai en *El Zohar*,¹⁸ «Las almas [mónadas] deben volver a sumergirse en la sustancia absoluta de donde emergieron. Pero, para alcanzar este fin, tienen que desarrollar todas las perfecciones, el germen de las cuales está puesto en ellas; y si no cumplen con esta condición dentro de una vida, tienen que comenzar otra, una tercera y así sucesivamente».

La mónada es similar al concepto hindú de *sutratman*. La palabra sánscrita *sutratman* se traduce literalmente como «vida hilo», el hilo de oro de los contextos trascendentes sobre los cuales todos los cuerpos encarnados inmanentes de cada ser humano se enhebran como perlas en un hilo.

Curiosamente, en la mitología griega y romana también aparece la idea del hilo que se devana, hilo que guarda relación con la vida y la muerte. Hay una tríada de ancianas que hilan: las Moiras. Cloto es la custodia del nacimiento, que devana el hilo de la vida en su rueca. Láquesis, que recoge el hilo y determina su longitud. Y Átropo, la custodia de la muerte, que corta el hilo.

Hay personas que no tienen claro el concepto del alma porque, según indican, hay más personas ahora de las que ha habido en toda la historia, y se preguntan si esto no entraría en conflicto con algún tipo de conservación de las almas. Pero si las almas son simplemente contextos, y no cosas, no hay ninguna necesidad de tales cuentas.

Observe que el individuo humano, definido de esta forma, tiene tanto un comienzo finito como un final finito. El comienzo finito no

18 Ediciones Obelisco. Barcelona, 2006.

debería sorprendernos; sabemos que la vida, en sí misma, tiene un comienzo finito. El final finito también es bien conocido en la literatura espiritual. Se le denomina liberación.

Al principio, cuando esta imagen tomó forma en mi mente, me sentí satisfecho con ella: nada de almas dualistas, nada de contar almas. Llegué a convencerme de que las mónadas, vistas como ubicación de contextos humanos, eran las «almas» que reencarnan. Poco me imaginaba entonces que esto no era más que una parte de una historia mucho más grande.

Las mónadas como «almas» que reencarnan

Muchos somos los que intuimos que no somos únicamente un cuerpo, sino también un alma. En nuestras experiencias vitales culminantes, todos somos capaces de sentir esta alma (por ejemplo, cuando decimos «me han roto el alma»). Según el pensamiento anímico convencional, se supone que esa alma sobrevive y escapa del cuerpo cuando morimos. En función de la situación kármica, el alma reencarna después en otro cuerpo.

Ahora, acrescentemos esta plática del alma con el concepto de la mónada/sutratman, tal como se enunció en la sección anterior. Suponga que el propósito de su vida es vivir los contextos o los temas que representa la mónada humana (los temas son los mismos para todos los seres humanos). Así, cuando algo resulta satisfactorio para el alma, usted está viviendo el contexto de forma adecuada, está cumpliendo con su destino. Si usted, por otra parte, no tiene éxito a la hora de manifestar y de vivir los temas de su mónada plenamente en una sola vida, se le dará otra oportunidad en otra vida.

Parafraseando al filósofo y sabio indio Sri Aurobindo, la necesidad fundamental de nuestra vida encarnada es buscar una creatividad infinita sobre una base infinita.

Pero el cuerpo físico, la base, por la misma naturaleza de su organización, limita la creatividad. Con el fin de continuar nuestra búsqueda de creatividad, la única opción que tenemos es cambiar el cuer-

po físico cada vez que sea necesario. Éste es el significado de la reencarnación.

Observe que no es necesario describir a la mónada como una entidad (el alma) que abandona un cuerpo moribundo para entrar en otro cuerpo que está naciendo. Más bien, podemos decir que dos vidas están conectadas a través de la reencarnación porque reflejan una continuidad del modo en que la esencia, el grupo de temas que es la mónada, se manifiesta. En cierto sentido, es la mónada la que nos vive, la que nos conecta con nuestras distintas reencarnaciones, pero la mónada no es una entidad, no es algo hecho de energía, ni siquiera de información, ni ningún otro modo de ser material. Es el *contexto* en torno al cual la consciencia procesa la energía y la información de una vida. En el proceso de nuestro devenir vital, se genera el contenido, pero siempre en torno a estos contextos.

Sin embargo, nos encontramos con un problema. ¿Cómo conectan entre sí dos vidas diferentes, siendo una la reencarnación de la otra? ¿Cuál es exactamente la naturaleza del *sutra*, el hilo del *sutratman* que enlaza una encarnación con otra en una misma persona? Fíjese bien, uno no precisa necesariamente de una explicación aquí. Se puede ver como parte del movimiento de la consciencia que se manifiesta como creatividad en las experiencias creativas. Pero entonces estaríamos pasando por alto el proceso creativo en la muerte: la muerte como experiencia transformadora.

Vamos a ver este asunto desde otro ángulo. La mayoría de nosotros nos sentimos incómodos con la reencarnación debido a que no podemos creer en una continuidad del contenido de nuestro ego. El contenido del ego está ligado, así pues, a nuestro cerebro-cuerpo, a la experiencia encarnada particular, que tiene mucho más sentido que la idea de que el ego y los recuerdos sobre los cuales opera se destruyen cuando muere el cuerpo. Por tanto, digamos que sólo sobrevive la esencia, la mónada, tras la muerte. Pero entonces se nos plantea una paradoja. Gran parte de los datos de los que disponemos acerca de la reencarnación, gran parte de los buenos datos que tenemos, se refieren a personas que recuerdan sus vidas pasadas, se refieren al contenido del ego.

Afrontémoslo. Si el asunto de la reencarnación se limitara a las mónadas, o a los contextos esenciales, no habría manera de saber nada acerca de la reencarnación (salvo por intuición). Lo cierto es que todos vivimos los mismos contextos básicos (es decir, la maravilla de ser un individuo humano), si bien la confluencia particular de contextos difiere de vida en vida y de individuo en individuo. El concepto de mónada tiene sentido, pero de ningún modo puedo decir que recuerdo el contenido del ego de una vida pasada de mi propia mónada; la mónada, tal como se define aquí, no puede hacer registros de vidas encarnadas, porque es inmutable.

Parece una paradoja. Escuche al filósofo Ken Wilber como lidia con esto:

Es el alma [mónada], y no la mente, la que transmigra. De ahí que el hecho de que la reencarnación no se pueda demostrar apelando al recuerdo de vidas pasadas es exactamente lo que cabría esperar: los recuerdos concretos, las ideas, los conocimientos, etc., pertenecen a la mente, y no transmigran. Todo eso queda detrás, con el cuerpo, en el momento de morir. Quizás unos cuantos recuerdos concretos puedan escabullirse de vez en cuando, como en los casos registrados por el profesor Ian Stevenson y otros, pero se trataría más bien de la excepción más que de la regla. Lo que transmigra es el alma, y el alma no es un conjunto de recuerdos, de ideas y de creencias (Wilber, 1990).

El problema de Wilber es evidente. Es el alma [la mónada] la que transmigra; en esto estoy de acuerdo con Wilber. Sin embargo, los datos de Ian Stevenson tratan de recuerdos de vidas mentales pasadas, de contenidos. Si fuéramos lo suficientemente astutos, filosóficamente hablando, tendríamos que reconocer que los datos de Stevenson (véase el capítulo 5) no demuestran la reencarnación. Y, sin embargo, los datos son buenos; Stevenson se ha ganado nuestro respeto. De modo que Wilber se equivoca al conceder que unas cuantas experiencias mentales puedan «escabullirse» y transmigrar de vez en cuando junto con la mónada. Perdona, Ken, eso no tiene sentido. En realidad, ni siquiera parece necesario el concepto de transmigración de la mónada.

Así pues, vamos a aceptar un riesgo intelectual y vamos a ver si podemos darle sentido al modelo oriental de reencarnación, que sin duda parece dualista en su forma original (ya que utiliza imágenes que se pueden interpretar como de transmigración del alma), el modelo conocido como *Bardo Thödol*, traducido como *El libro tibetano de los muertos*.

El libro tibetano de los muertos interpretado en términos modernos

Hubo dos ideas que, en un principio, me ayudaron a reconciliar *El libro tibetano de los muertos* con mi escepticismo científico. La primera fue la idea de la mónada/sutratman, la ubicación trascendente de los contextos que recorre el hilo de nuestras distintas encarnaciones. La segunda fue la no-localidad cuántica. Asumí que la descripción tibetana de los bardos en la muerte (al menos, tal como aparece en la traducción al inglés de Evans-Wentz, 1960) es engañosa, porque atribuía conceptos del mundo material al mundo del alma: el alma como cuerpo dual, muy similar al cuerpo material, moviéndose por senderos espaciales, precisando de tiempo físico y todo eso. Más bien, convendría que reenmarcáramos las experiencias de los bardos de la muerte como experiencias no-locales del estado de consciencia no ordinario que se da en el momento de la muerte. (Conviene saber que la palabra tibetana bardo significa «transición», no significa lugar.)

El momento de la muerte nos ofrece la oportunidad de pasar por una experiencia creativa de inspiración, pero el tipo de experiencia o el tipo de inspiración que tengamos dependerán de nuestra preparación. Si estamos preparados, la inspiración será la de la experiencia del cuarto bardo, una apertura a la luz resplandeciente, la inspiración de que «mi verdadera identidad es una con el todo; yo soy eso». Naturalmente, con esta inspiración, consigo liberarme, mi carga kármica se desvanece. Y este momento puede ser eterno porque está fuera del tiempo.

Si no estoy preparado para este reconocimiento creativo de liberación del cuarto bardo, aún me quedará la oportunidad de la inspira-

ción. Quizás reconozca mi identidad con los dioses pacíficos o coléricos, una identidad que me liberará de cualquier reidentificación inmediata con otra encarnación física. Esta inspiración puede llevarme a lo que se denomina popularmente como Cielo, pero no se trata de una morada eterna en modo alguno. Aún no soy totalmente libre.

Con el tiempo, quizás intuya mi situación particular con respecto a la mónada humana (a los contextos que he vivido y a los que se supone que tengo que vivir), y sincrónicamente, en parte en el tiempo no-local y en parte en la temporalidad, quizás tome conciencia de cómo esta identidad-mónada esté renaciendo en un feto recién concebido o incluso comparta conciencia con él en los primeros años de su vida (evidentemente, para el recién nacido, la experiencia vinculada permanecerá en potencia todavía durante un tiempo).

Si estoy muriendo en un estado de consciencia especial, teniendo tal inspiración, seré directamente consciente de que el niño que está creciendo está vinculado conmigo (al modo de la mecánica cuántica), porque la consciencia colapsa de vez en cuando la misma actualidad en el niño y en mí (véase la figura 2.12). En este caso, estaré compartiendo la vida del niño, que es un atisbo de mi futura reencarnación. Del mismo modo, quizás el niño comparta los recuerdos de mi vida en potencia, que se podrán actualizar más tarde cada vez que resplandezcan en mi mente. Y, cómo no, en la inmensa mayoría de los casos, lo que cabrá esperar es que el niño esté tan distraído con los procesos y los patrones del ego en desarrollo como para no prestar casi atención a los procesos que podrían revelar experiencias de la vida pasada. Pero, aun en el caso de que el niño no preste ninguna atención en particular a estos atisbos de sus vidas pasadas durante el desarrollo del ego, la experiencia permanecerá en su memoria, y podrá recuperarse más tarde (como en las sesiones de regresión a vidas pasadas con un terapeuta bien entrenado).

Así, en los dominios manifiestos donde vivimos, las distintas reencarnaciones de una única alma parecen bastante inconexas. Pero por detrás del escenario, están conectadas por el hilo de la no-localidad cuántica y los temas del sutratman en los dominios de la consciencia trascendente. La consciencia colapsa sincrónica e intenciona-

damente posibilidades vinculadas en los acontecimientos actuales de las vidas encarnadas de la persona. La vinculación se extiende tanto hacia el pasado como al futuro; sin embargo, tenemos que recordar que el futuro vinculado sólo existe como posibilidades, si bien posibilidades definidas. Es la misma situación que la que observamos en los fotones vinculados de Aspect. Si un experimentador observa a un fotón, colapsando así su estado, el otro fotón vinculado adquirirá inmediatamente este estado, aunque permanecerá en potencia, es decir, no será experimentado, en tanto que otro observador no lo mida.

Y no es necesario suponer que esta ventana no-local que nos conecta con nuestras distintas encarnaciones se abre únicamente en los momentos del nacimiento y de la muerte. La «ventana» no-local está abierta en todo momento; lo que ocurre es que, cuando nos identificamos con nuestro ego, no nos preocupamos de ella; no podemos preocuparnos de ella. El momento del nacimiento y el momento de la muerte son (potencialmente) momentos en los que el ego se desvanece (o, al menos, se desvanece hasta donde somos capaces de llegar), de tal modo que es entonces cuando disponemos de la mayor de las oportunidades para percibir nuestra conexión no-local con nuestras otras encarnaciones. Pero la ventana abierta se puede atisbar también en otros momentos de gran intensidad, como en un trauma.

El filósofo Michael Grosso (1994) piensa de forma similar cuando nos insta a explorar el mundo que viene después de la muerte. La ventana no-local está abierta si no estamos cerrados a ella por causa del ego; así, se dice que uno de los signos de la liberación es el recuerdo espontáneo de las experiencias de vidas pasadas.

Desde este punto de vista, ¿forman la vida y la muerte una matriz continua? Sí y no. No, porque las líneas históricas actuales son diferentes. Pero sí, porque los contextos son continuos, y todas las vidas encarnadas de una persona están conectadas mediante experiencias vinculadas no-localmente.

Si le incomoda que esta transferencia de información no-local implique una reencarnación inmediata, piénselo de nuevo. El marco temporal de una experiencia no-local es muy diferente del del tiempo físico «real». Podrá ver este mismo hecho, hasta cierto punto, in-

cluso en los sueños. En un sueño, hay veces en que cubrimos enormes territorios temporales, aunque en tiempo real los sueños transcurran con suma rapidez. Vea la película *La escalera de Jacob*, donde encontrará una buena representación de este hecho.

Por tanto, es bastante posible que una persona moribunda disfrute de «años» en el cielo (o en demonilandia, que no necesariamente es un infierno de fuego y azufre) antes de reencarnar. El maestro taoísta Chuang Tsu soñó una vez que era una mariposa. Cuando despertó, se preguntó: «¿Estaba yo soñando que era una mariposa, o era una mariposa que sueña que soy yo?» Reflexione sobre esto. Me estoy muriendo y me lo estoy pasando bomba como «alma», yendo de aquí para allá por el cielo en mi sueño no-local. Desde la perspectiva del alma, el alma en el cielo es lo real, que encarna como ser humano manifiesto entre las experiencias del alma.

Sin embargo, sólo sabemos si nos ha quedado bien el pastel cuando lo probamos. Si éste es el significado de la experiencia del bardo tibetano, ¿cuál es la consecuencia experimental de tal idea? Simplemente ésta: en sus años de formación, un niño que sea la continuación de una encarnación previa puede ser capaz de recuperar recuerdos de una vida pasada si se le estimula de la manera adecuada. Los tibetanos hacen un buen uso de esta situación para descubrir las reencarnaciones de sus Rinpochés y de sus lamas.

En el capítulo 5, veremos algunas evidencias de ello fuera de la tradición tibetana (los datos recogidos por el profesor Stevenson y otros). También veremos los datos del tema de la supervivencia post mortem y examinaremos los datos desde el punto de vista de esta nueva teoría.

Desgraciadamente, la mirada cándida de los datos me resultó personalmente humillante. Sólo parte de los datos encaja con este sencillo modelo, con este intento de eliminar la cháchara dualista del alma. Hay datos importantes y bien investigados que se niegan obstinadamente a encajar. Rebuscando entre la literatura sobre el tema, me di cuenta de que, al proponer la no-localidad cuántica como el factótum de la cuestión de la supervivencia y la reencarnación, me estaba decantando por un tipo de teorías denominadas súper-psi o súper-

PES,¹⁹ según las cuales toda evidencia de supervivencia de algo personal (como el alma personal individual; la mónada, tal como se plantea aquí no es realmente personal) se puede justificar en términos de percepción extrasensorial. Pero en varios libros recientes se han examinado los datos y su veredicto va en contra de que cualquier teoría súperpsi pueda explicarlo todo por sí sola. (Véase, por ejemplo, Becker, 1993, y Gould, 1983).

Lo cierto es que esta teoría no ofrece, de momento, ni siquiera una explicación completa de *El libro tibetano de los muertos*. Quizás se haya dado usted cuenta de que pasé directamente desde la explicación de la experiencia del cuarto bardo hasta la del sexto bardo en el resumen que hice más arriba. Según los tibetanos, si aún no estoy preparado para la libertad total, puedo tener la inspiración que brinda el quinto bardo: puedo ver el sendero del nirvana, alcanzando la liberación en la forma de Sambhogakaya. Pero, ¿qué significa eso? Nuestro modelo simple no tiene respuesta. Lo cierto es que nuestro modelo simple no puede siquiera responder a la pregunta de: ¿Cómo sabe la mónada qué contextos se han aprendido y qué contextos han de ser aprendidos cuando se reencarna?

Me llevó muchos meses, y varias experiencias creativas, *big bangs* y pequeños *bangs*, desarrollar el modelo adecuado para el alma, la mónada cuántica, que tiene suficiente poder explicativo como para llenar todos los huecos. Éste será el tema de los capítulos 6 y 7.

19 Super-ESP, donde ESP es *Extrasensory Perception*, «percepción extrasensorial». (N. del T.)

5

¿Hay algo más en la historia de la reencarnación que la no-localidad cuántica?

Hace varios años, y esto ocurrió antes de que yo me sumergiera en la investigación sobre la reencarnación, me quedé muy intrigado cuando conocí la historia de un joven de Sri Lanka quien, cuando era niño, y aunque se le estaba educando como cristiano, recitaba extrañas salmodias budistas. Al cabo de unos años, sus padres lo llevaron a distintos monasterios budistas y el muchacho recordó haber vivido en uno de ellos, con su maestro, en una vida pasada. Los padres del muchacho grabaron en un casete sus salmodias de infancia, y los expertos han dicho que la pronunciación del pali (una derivación del sánscrito utilizada en los primeros textos budistas) era bastante diferente de la pronunciación de este idioma en la actualidad. Aunque en aquel momento ni se me pasó por la cabeza la idea de que pudiéramos desarrollar una ciencia de la reencarnación, tampoco me quedó duda sobre la autenticidad de aquella historia. Y aquello me motivó a leer más sobre los datos existentes acerca de la reencarnación.

Historias como la que acabo de relatar no son tan extrañas, ni siquiera en la cultura occidental. Pero aún son más habituales las historias sobre experiencias cercanas a la muerte. Personalmente, conozco a varias personas que han pasado por esta experiencia y que se han

visto profundamente afectadas por ella. Pero muchos científicos siguen siendo profundamente escépticos, atrincherados en su sistema newtoniano de creencias. El médico Raymond Moody, el primer investigador que escribió acerca de las experiencias cercanas a la muerte, contaba una reveladora anécdota que voy a parafrasear. En cierta ocasión, Moody estaba dando una charla sobre sus trabajos y alguien del público, un cirujano, se levantó y reprendió a Moody diciéndole:

—Usted cita a muchos de sus pacientes cardíacos a los que ha resucitado, y dice que tuvieron experiencias cercanas a la muerte. Yo también he llevado a cabo muchas operaciones a vida o muerte, y ninguno de mis pacientes ha dado cuenta nunca de tales experiencias.

Y, entonces, alguien que estaba justo detrás de él contestó:

—No se las hemos contado porque usted no se hubiera creído nuestras experiencias.

Esto me recuerda una historia. Un niño hizo un dibujo y, cuando se lo mostró a los adultos, le alabaron por haber dibujado un sombrero tan bonito. «Pero si no es un sombrero —dijo el niño—. Es un elefante enano que se ha tragado una boa constrictor». Pero, a pesar de la frustración del pequeño, los adultos sólo podían ver un sombrero de caba-llero.

¿Reconoce esta historia? Pertenece al libro de *El principito*, de Antoine de Saint-Exupery. Quizás esta historia refleje muy bien la incapacidad de muchos científicos para reconocer que existe sustancia en las investigaciones que sobre la muerte, los moribundos y la reencarnación se han llevado a cabo en las últimas décadas, suficiente sustancia como para emprender una investigación teórica. Estos científicos sufren de lo que en ocasiones recibe el nombre de síndrome de «lo veré cuando lo crea». Quizás este libro permita establecer un sistema de creencias diferente, un sistema de creencias que le otorgue credibilidad a la reencarnación, a las experiencias cercanas a la muerte y a los datos de otras investigaciones sobre la supervivencia, incluso entre los científicos escépticos.

Pero para usted, lector de miras amplias, los datos son ya suficientemente creíbles, de modo que estoy seguro de no tener que pre-

ocuparme si utilizo las evidencias para dirigir mi empresa teórica. Existen tres tipos de evidencias (si bien esta lista no es inclusiva).

- * Experiencias en conexión con el estado alterado de consciencia de la muerte. En esta categoría entran las visiones en el lecho de muerte, las experiencias cercanas a la muerte y las experiencias de revisión de la vida.
- * Datos sobre la reencarnación: evidencias de recuerdos de vidas pasadas, detalles de los cuales se han verificado y han pasado un riguroso escrutinio científico; recuerdos de vidas pasadas bajo regresión hipnótica, bajo el efecto de drogas como el LSD o con otras técnicas, como la respiración holotrópica, desarrollada por el psiquiatra Stan Grof; lecturas de las vidas pasadas de otras personas, como las que hacía Edgar Cayce; personas con talentos inusuales o con psicopatologías que no se pueden explicar mediante las experiencias condicionadas de esta vida exclusivamente.
- * Datos sobre entidades desencarnadas: la mediumnidad y la canalización entran dentro de esta categoría, además de los datos sobre ángeles, guías espirituales, escritura automática, etc.

El primer tipo de datos se explica principalmente como experiencias no-locales en el momento de la muerte, más o menos según el modelo del capítulo anterior. El segundo tipo de datos encaja con este modelo hasta cierto punto, pero no del todo. El tercer tipo de datos no encaja demasiado con el modelo. La prognosis: se va avanzando, pero la no-localidad cuántica no lo explica todo. Más abajo reviso algunos de los detalles de los datos y las conclusiones a las que me llevan. No obstante, déjeme observar que mi trabajo no es convencer al lector acerca de la veracidad de los datos presentados; los investigadores cuyos datos discuto son científicos creíbles que han argumentado la validez de sus casos hasta donde es posible hacerlo. El lector escéptico debería comprobar las referencias originales si desea una argumentación completa.

Visiones en el lecho de muerte

Echemos un vistazo a toda la gama de datos científicos acumulados acerca de las experiencias en la muerte. Evidentemente, los datos anecdóticos se remontan milenios atrás, pero la colección de lo que hoy podemos llamar datos científicos se remonta sólo hasta el siglo xix, coincidiendo más o menos con la fundación de la Sociedad Británica de Investigaciones Psíquicas.

Un tipo de evidencias guarda relación con los umbrales de la muerte, con la experiencia de los moribundos. Suponga que una persona a la que usted ama está muriendo, pero que, desgraciadamente, usted no está con ella. Y, sin embargo, súbitamente, usted tiene visiones alucinatorias pertenecientes a la persona moribunda. Experiencias como éstas, de visiones en el lecho de muerte en las que la persona moribunda se comunica psíquicamente con un familiar o un amigo, no son en modo alguno extrañas. De hecho, este tipo de datos se remonta a 1889, cuando Henry Sidgwick y sus colaboradores compilaron, durante cinco años, un «Censo de alucinaciones». Sidgwick descubrió que un número sustancial de esas alucinaciones se referían a personas que estaban muriendo (dentro de un período de doce horas) a cierta distancia de la persona que tuvo la alucinación.

Pero los datos más recientes son aún más sugerentes. En un estudio dirigido por los psicólogos Osis y Haraldsson (1977), el sujeto sano vinculado no experimentó las alucinaciones de una persona sufriendo y moribunda; más bien, las comunicaciones se acercan más a la percepción extrasensorial de otra persona sana. Pero, si una persona moribunda puede comunicar la paz y la armonía de una persona sana, ¿no debería estar experimentando un estado no ordinario de consciencia? En estas visiones en el lecho de muerte, la persona moribunda parece trascender la situación de muerte, que es, después de todo, dolorosa y confusa (Nuland, 1994). La persona moribunda parece experimentar una esfera de consciencia gozosa, muy diferente de la esfera de la experiencia ordinaria. Existen evidencias de que incluso los pacientes de Alzheimer pueden recuperar la lucidez en el momento de la muerte (Kenneth Ring, en comunicación privada con el autor).

Hablando de pacientes de Alzheimer, la médica Rachel Naomi Remen (1996) nos habla en uno de sus libros de la historia de Tim, un cardiólogo cuyo padre padecía de Alzheimer cuando él era adolescente. Durante los últimos diez años de su vida, el padre de Tim fue entrando poco a poco en un estado vegetativo. Sin embargo, un día en que Tim y su hermano estaban sentados con él, palideció y se derrumbó hacia delante en su silla. El hermano de Tim le dijo a éste que llamara al 911; pero, antes de que pudiera acercarse al teléfono, Tim escuchó la voz de su padre, a quien no había oído hablar desde hacía 10 años, diciéndole: «No llames al 911, hijo. Decidle a vuestra madre que la amo. Decidle que estoy muy bien». Y murió. Más tarde, la autopsia revelaría que el cerebro estaba casi por completo destruido debido a la enfermedad. Estas cosas sacuden nuestros conceptos ordinarios acerca de la muerte, ¿no?

Desde mi punto de vista, las visiones en el lecho de muerte corroboran el modelo teórico del capítulo anterior casi a la perfección. El gozo o la paz que se comunican telepáticamente en las visiones en el lecho de muerte sugieren que la experiencia de la muerte es un encuentro intenso del moribundo con la consciencia no-local y sus distintos arquetipos. En la comunicación telepática de una experiencia alucinatoria, es claro que la identidad con el cuerpo dolorido y moribundo sigue siendo fuerte. Pero, posteriormente, esa identidad se libera; de ahí que la dicha de la consciencia del yo cuántico, más allá de la identidad-ego, se comunique de forma no adulterada.

Experiencias cercanas a la muerte y de revisión de la vida

Más conocidas, cómo no, son las experiencias cercanas a la muerte, en las cuales el sujeto sobrevive y recuerda su experiencia. En las experiencias cercanas a la muerte, encontramos confirmación de algunas de las experiencias religiosas de muchas culturas; la persona cuenta que pasa por un túnel hasta el otro mundo, frecuentemente dirigida por una figura espiritual bien conocida de su tradición, o por un familiar

ya fallecido (Moody, 1976; Sabom, 1982; Ring, 1980). Las experiencias cercanas a la muerte ofrecen también un apoyo directo a la idea de la apertura de la ventana no-local en torno al momento de la muerte.

El psicólogo Kenneth Ring (1980) ha resumido cronológicamente los distintos aspectos que, en términos generales, tiene la experiencia cercana a la muerte. (Véase también Rinpoche, 1993.)

1. La mayoría de las experiencias cercanas a la muerte comienzan con la sensación de un estado alterado de la consciencia. Una sensación de paz impregna al ser; no hay dolor alguno ni sensaciones corporales; tampoco hay miedo.
2. Muchas personas que han pasado por una experiencia cercana a la muerte se descubren fuera de su cuerpo, mirando desde arriba su propio cuerpo, que quizás está siendo operado quirúrgicamente. Algunas tienen la experiencia de atravesar una pared. Se sienten ligeras, y su consciencia se mantiene lúcida.
3. Ahora se encuentran en los umbrales de otra realidad; son conscientes de la oscuridad. Pasan por un túnel.
4. Ven una luz, primero desde la distancia, hasta que se les viene encima; una luz de gran intensidad, pero que no deslumbra, una luz de gran belleza y amor. Algunas ven a un ser de luz. Otras ven una figura espiritual, como Cristo. Otras ven a familiares.
5. Muchas personas tienen experiencias de revisión de la vida; su vida entera se les muestra, en tanto que ellos mismos juzgan su manera de conducirse, buena o mala.
6. Muchas personas dicen pasar por reinos celestiales de gran belleza, y dicen experimentar la unidad con todas las cosas y todos los seres. Unas pocas personas experimentan reinos infernales.
7. Entonces, se les dice que regresen. Su experiencia en la Tierra aún no ha terminado.

La apertura de la ventana no-local en las experiencias cercanas a la muerte es sorprendente. Las personas que pasan por esta experiencia (como ocurre con las víctimas de accidentes) ven su cuerpo desde arriba cuando están siendo operadas, y suelen aportar detalles extraor-

dinarios de lo que han visto (Sabom, 1982). Evidentemente, no existen señales locales que puedan transmitir la información. De modo que, ¿de qué otro modo explicar esta transferencia de información que mediante la visión cuántica no-local en conjunción con la visión de otra persona, como por ejemplo la del cirujano (Goswami, 1993)? Los datos más recientes demuestran que incluso los ciegos pueden «ver» de este modo; no tienen que cargar con el hecho de que su propia visión no es operativa (Ring y Cooper, 1995); deben de ver telepáticamente (es decir, no-localmente), en sincronización con la visión de otra persona.

No hay por qué ver aquí una contradicción por el mero hecho de que estas personas comenten frecuentemente que han visto su cuerpo mientras se cernían en el techo, en tanto que la perspectiva del cirujano (o de los enfermeros que le auxilian), aunque sigue siendo una visión superior, no es exactamente una visión desde el techo. La explicación es similar a la de la telepatía mental: mientras el cirujano contempla la mesa de operaciones y obtiene una información actual, la consciencia colapsa una actualidad similar de las posibilidades cuánticas disponibles en el cerebro del sujeto vinculado, de la persona que está viviendo la experiencia cercana a la muerte. De ahí que puedan surgir diferencias menores, como la de la perspectiva de visión.

El hecho de que las experiencias cercanas a la muerte sean encuentros con la consciencia no-local y sus arquetipos es algo que se desprende directamente de los datos. Una nueva dimensión de las investigaciones sobre experiencias cercanas a la muerte indica que, cuando se estudia la vida posterior a la experiencia de las personas que sobreviven, se descubre que muchas de ellas han sufrido una profunda transformación en su manera de vivir y de entender la vida. Por ejemplo, muchas de ellas ya no sufren ese miedo a la muerte que se cierne sobre la psique de la mayor parte de la humanidad (Ring, 1992). Y, en general, las personas que han pasado por una experiencia cercana a la muerte consagran muy a menudo su vida al amor y el altruismo, apuntando a una transformación espiritual que no sería otra cosa que la manifestación de las vislumbres obtenidas en el encuentro con el yo cuántico.

¿Qué explicación tienen las imágenes concretas de las que hablan estas personas? Los sujetos que han pasado por una experiencia cercana a la muerte reducen sustancialmente su identidad corporal; el ego ya no está ocupado controlando el cuerpo. Se trata de un estado muy parecido al estado de ensueño, muy similar a lo que los psicólogos junguianos denominan «gran sueño». Al igual que en el gran sueño, la persona se encuentra con imágenes arquetípicas como las de Buda o Cristo; pero, ¿de dónde proceden las imágenes en los grandes sueños o en las experiencias cercanas a la muerte? Coincidiendo con los modelos neurofisiológicos (Hobson, 1990), yo creo que construimos las imágenes a partir del ruido electromagnético aleatorio de Rorschach que siempre existe en el cerebro. Sin embargo, este ruido es de naturaleza cuántica; representa las posibilidades cuánticas, y no es clásico y determinista, como suponen los neurofisiólogos. La consciencia colapsa patrones adecuados en imágenes plenas de significado con el fin de poder reconocerlos.

Pero el punto clave en las experiencias cercanas a la muerte es la reducción, incluso la liberación, de la identidad-ego, que les permite a los sujetos recordar imágenes arquetípicas que normalmente no recordarían. Las imágenes visualizadas (figuras espirituales, o familiares, como los padres o hermanos) son claramente arquetípicas.

Esta manera de ver las experiencias cercanas a la muerte debería superar también el debate de si la experiencia de la luz de la que dan cuenta estas personas es simplemente un fenómeno fisiológico o algo más profundo y significativo. Según mi opinión, se trata de ambas cosas. Lo que los materialistas pasan por alto es que las personas que sufren estas experiencias trabajan con lo que hay disponible fisiológicamente en sus cerebros, pero le dan un nuevo significado, de forma muy parecida a lo que hacemos en una experiencia creativa, cuando transformamos una escena mundana en una nueva inspiración. Dicho de otro modo, la consciencia, y no el cerebro, ordena los acontecimientos neurofisiológicos en una experiencia espiritual única, singular.

Por último, muchas personas que han pasado por una experiencia cercana a la muerte dan cuenta de experiencias de revisión de su vida, en las cuales toda su existencia, o al menos una parte importante de ella,

se va desarrollando en flases sucesivos ante sus ojos. (Para más información, véase Greene y Krippner, 1990.) Y esto es crucial para nuestro modelo de trabajo. Cuando la persona moribunda contempla la revisión de su vida, comparte sus recuerdos con el niño de la siguiente encarnación en el momento de nacer. Y esto se convierte en parte de la memoria reencarnacional de infancia de la siguiente encarnación.

Sin embargo, existe una preocupante discordancia entre la teoría de la súper-PES de la que hablábamos en el capítulo anterior y el hecho de que estas personas insistan en que se experimentaban a sí mismas «fuera» de su cuerpo; dicen sentirse seres de luz y no tener sensaciones corporales como las del dolor. Evidentemente, su identidad deja de estar centrada en el cuerpo físico durante la experiencia cercana a la muerte; pero, ¿dónde se sitúa entonces? ¿Acaso pasa a un alma descarnada, tal como parecen sostener estas personas?

Los datos sobre la reencarnación

Las evidencias acerca de la memoria reencarnacional se han obtenido principalmente de niños que recordaban sus vidas pasadas, a partir de detalles que se pudieron verificar. El psiquiatra de la Universidad de Virginia, Ian Stevenson, ha acumulado una base de datos de unos 2.000 recuerdos supuestamente reencarnacionales, muchos de los cuales se caracterizan por haber sido verificados.²⁰ En algunos casos, Stevenson acompañó personalmente a los niños a las poblaciones donde, según decían, habían vivido en una vida anterior. Los niños no habían estado nunca en esos lugares, y sin embargo parecían estar familiarizados con el escenario, siendo incluso capaces de identificar la casa en la que habían vivido. A veces, incluso reconocían a algunos miembros de su familia anterior. En uno de los casos, el niño fue capaz de recordar dónde había escondido cierta cantidad de dinero en su vida anterior, encontrándose posteriormente el dinero en el lugar indicado.

20 Al parecer, Stevenson está escribiendo una obra de varios volúmenes en los que presenta sus datos. En el momento de escribir este libro, aún no se ha publicado.

Pero no sólo Stevenson ha recogido datos de este calibre. A finales del siglo XIX, L. Hearn estudió el caso de un niño japonés llamado Katsugoro, que a los ocho años afirmaba ser Tozo, el hijo de un agricultor de otro pueblo, en una vida que había terminado pocos años atrás. También dijo que su padre había muerto cuando él tenía cinco años de edad en su vida anterior, y que él mismo había muerto un año más tarde debido a una viruela. Dio muchos detalles de aquella vida, como por ejemplo la descripción de sus padres y de la casa en la que vivían. Cuando llevaron a Katsugoro al pueblo donde había vivido en su anterior existencia, fue capaz de encontrar, sin ningún tipo de ayuda, la casa en la que había vivido. En total, se confirmaron dieciséis puntos de los recuerdos de su vida anterior (Hearn, 1897). (*Véase también Stevenson, 1961.*)

Swarnalata Mishra, una niña que nació en Shahpur, India, en 1948, es otro caso excepcional. Swarnalata comenzó a tener recuerdos de una vida pasada a la edad de tres años, cuando, en un viaje a una ciudad cercana, le pidió de pronto al conductor que se metiera por «aquella carretera», que llevaba hasta «mi casa». En los años que siguieron, la niña relató detalles y acontecimientos de su vida pasada, en la que afirmaba haber sido una niña llamada Biya Pathak, y dando detalles sobre su casa y sobre el automóvil de su familia (una posesión muy poco habitual en una familia india de la época). Pero, en un momento determinado, se encontró con la esposa de un profesor, a la cual identificó como una conocida de su anterior vida, recordando que habían ido juntas a una boda. La esposa del profesor confirmó este detalle y otras muchas de las afirmaciones realizadas por Swarnalata acerca de su vida como Biya. El caso de Swarnalata lo estudió un investigador indio del tema de la reencarnación de elevada reputación, el doctor Hemendranath Banerjee, y también, posteriormente, el mismo Ian Stevenson, y muchos puntos de la ingente cantidad de datos sobre sus recuerdos se pudieron confirmar, especialmente su larga lista de conocidos (Stevenson, 1974).

Otra excepcional historia acerca de la reencarnación que fue corroborada es la de la niña Nicola Wheeler, que fue estudiada por dos investigadores, Peter y Mary Harrison (1983). Nicola recordaba su vida

pasada, en la que había sido un niño llamado John Henry Benson, en un pueblo cercano, en Yorkshire, Inglaterra, a finales del siglo XIX (cien años antes de la época de Nicola). Cuando tenía dos años, Nicola les preguntaba a sus padres cosas como: «¿Por qué soy niña esta vez?» y «¿Por qué no soy un niño, como era antes?» Poco después, la niña comenzó a recordar más cosas de su vida pasada, y las expresaba de un modo tan coherente y con tal consistencia que su madre se vio impulsada a llevarla al pueblo de su vida anterior. Una vez allí, Nicola condujo a su madre hasta la casa en la que había vivido hacía un siglo. Y, para su sorpresa, la madre encontró en el registro de la iglesia local el dato sobre el nacimiento de un niño llamado John Henry Benson.

Todas estas historias encajan en términos generales con la imagen teórica del capítulo anterior. Usted podrá encontrar más detalles en los libros y en los artículos citados, así como en muchos libros recientes sobre el tema. Le sugiero que lea, por ejemplo, a Cranston y Williams (1984) y a Viney (1993).

Hasta el momento, he comentado algunos casos en los cuales sólo se recordaba una vida, porque éstos son los casos que se pudieron corroborar en gran medida. Sin embargo, hay otros muchos en los que la persona recuerda múltiples vidas; hasta nueve, en el caso de una niña sudafricana.²¹ Así pues, la idea de una ventana no-local que conecta encarnaciones pasadas, presentes y futuras de una mónada, y que se abre durante momentos especiales, como es el momento de la muerte, parece quedar justificada.

Si el modelo actual es correcto, el modelo que dice que la memoria reencarnacional se forma a muy temprana edad a través de la comunicación no-local del yo moribundo de la vida anterior, veremos que existe una forma de verificarlo. Si a los adultos se les puede inducir a regresar a la infancia, quizás puedan recordar mejor experiencias de vidas pasadas. De hecho, Banerjee ofrece unos cuantos casos en los cuales pudo obtener muchos más detalles de las personas que parecían recordar encarnaciones previas bajo hipnosis.

21 Supe de este caso en un libro escrito en bengalí, *Janmantarbad* (Teoría de la reencarnación), sobre las investigaciones de H. Banerjee.

El psiquiatra Stan Grof ha conseguido evocar el recuerdo de vidas pasadas en muchas personas bajo los efectos del LSD y con una nueva técnica, la respiración holotrópica; de todas estas experiencias se han obtenido muchos y buenos datos acerca de recuerdos de vidas anteriores, datos que confirman básicamente el modelo del capítulo anterior. Esto es lo que Grof dice acerca de sus casos de recuerdos reencarnacionales:

Éstos [los recuerdos reencarnacionales] los sienten como algo sumamente real y auténtico, y con frecuencia median el acceso a información precisa acerca de períodos históricos, culturas e incluso acontecimientos históricos que la persona no ha podido adquirir a través de los canales ordinarios. En algunos casos, la precisión de esos recuerdos se puede verificar objetivamente, a veces con sorprendente detalle... Los criterios para la verificación son los mismos que los utilizados para determinar qué ocurrió el año pasado: identificar recuerdos concretos y obtener evidencias independientes de al menos algunos de ellos... Yo mismo he observado y publicado varios casos excepcionales, donde la mayoría de los aspectos inusuales de tales experiencias se pudieron verificar mediante una investigación histórica independiente (Grof, 1992).

Dejo al lector la labor de informarse de los casos concretos que Grof encuentra satisfactorios.

Si uno crece en la India, no resulta extraño oír hablar de niños que recuerdan sus experiencias de vidas pasadas. Padres y hermanos se muestran bastante comprensivos con esto. Y lo mismo ocurre en el Tíbet. «Es habitual encontrarse con niños pequeños que recuerdan objetos y personas de sus vidas anteriores», dice el actual Dalai Lama. «Algunos pueden incluso recitar escrituras, aunque aún no se las hayan enseñado». De hecho, los tibetanos hacen un buen uso de esto para localizar a lamas y rinpoché reencarnados.

Pero esto es relativamente raro en la cultura occidental. El poeta romántico inglés Percy Bysshe Shelley creía en la reencarnación. Un día, mientras conversaba con un amigo, se cruzó con una mujer que llevaba a un niño. Inmediatamente, sintió interés por el pequeño.

—Señora, ¿no nos contaría su bebé algo acerca de la preexistencia? —le preguntó a la madre.

—Señor, mi hijo no sabe hablar —respondió la madre.

Y Shelley respondió con un aire de profunda decepción:

—Sin duda, su bebé podría hablar si quisiera... Quizás esté fingiendo que no puede hacerlo, pero no es más que un capricho tonto. Su hijo no puede haber olvidado del todo el uso de la palabra en tan breve período de tiempo.

Pero algunos bebés, incluso en Occidente, recuerdan y hablan de la preexistencia tan pronto como son físicamente capaces de hablar. El siguiente caso habría complacido profundamente a Shelley. Una niña autista de cinco años de edad fue llevada a la consulta de Helen Wambach, una psicóloga clínica. La niña, Linda, se mostró muy retraída, y se negó a mantener contacto alguno con la terapeuta hasta que, mediante la técnica de juego de roles, se le permitió alimentar a la fuerza repetidamente a su terapeuta con un biberón. Fue entonces cuando Linda reveló lo mucho que detestaba la impotencia de la primera infancia. Se estableció el contacto y se dieron rápidos progresos, y Linda no tardó en ser como cualquier otra niña de cinco años.

Pero lo que resulta interesante de este caso también es que, siendo una niña autista, Linda mostraba unas sorprendentes habilidades en matemáticas y lectura, habilidades que perdió cuando se convirtió en una niña normal. Wambach dice que el comportamiento autista de Linda se debía a que la niña se aferraba a la identidad adulta de una vida anterior. Cuando llegó a aceptar su nueva condición de niña con la ayuda de su terapeuta, renunció a su identidad adulta y perdió sus habilidades de adulto (Wambach, 1978).

Pero en la cultura occidental, los recuerdos de vidas anteriores se ven todavía como algo raro (si bien esto está cambiando hasta cierto punto), por lo que los niños que tienen estos recuerdos no se ven estimulados a compartirllos. Wambach informa de otro caso que le llevaron a la consulta, el de un niño hiperactivo llamado Peter. Tras ganarse su confianza, Peter le confió sus recuerdos de una vida anterior, en la que había sido policía, y le confesó lo mucho que le molestaba que no le permitieran disfrutar de los privilegios de un adulto, como

fumar. Claro está, los padres lo habían disuadido y le habían prohibido incluso hablar de su anterior vida como policía (Wambach, 1978).

No todos los niños que recuerdan una vida anterior se convierten en autistas, aunque es habitual en esta cultura que se repriman estos recuerdos. Pero los recuerdos reprimidos se pueden recuperar bajo hipnosis. Aunque las regresiones hipnóticas han llegado a tener muy mala prensa, debido a que muchas personas dicen que, durante la regresión, recordaron haber sido algún personaje histórico, como Cleopatra (no es fácil diferenciar las fantasías de los genuinos recuerdos reencarnacionales), también disponemos de buenos datos en las investigaciones de vidas pasadas bajo hipnosis. (Véase Wambach, 1978, 1979; Netherton y Shiffrin, 1978; Lucas, 1993.)

Pero aún hay más: no sólo se transmite la memoria, sino también el carácter.

El fenómeno de la memoria de vidas pasadas tiene lugar probablemente a través de la apertura de la ventana no-local de la persona, pero hay algunos detalles que no encajan. Por ejemplo, tomemos el caso arriba citado de Swarnalata. Cuando Swarnalata se encontró con la familia de su anterior reencarnación, cuando era Biya, se descubrió que adoptaba también el carácter y el papel de Biya. En su vida presente, se comportaba como la niña que era en su entorno habitual; pero, cuando estaba con la familia Pathak, adoptaba el carácter de Biya; se comportaba como hermana mayor de personas que la sobrepasaban con mucho en edad. En el caso de Helen Wambach, la niña autista Linda, ésta conservaba sus habilidades en matemáticas y en lectura de su vida pasada. Dados estos hechos, ¿qué aporta el condicionamiento de la vida pasada a la vida actual? En este punto, el modelo que presento no tiene respuestas.

Hay otros datos que tampoco encajan bien. Stevenson (1987) relacionó los fenómenos de talentos especiales con la memoria de vidas anteriores. Pero un talento especial no es el resultado de los recuerdos de contenido que el modelo del capítulo anterior puede manejar; un talento especial haría referencia más bien a los recuerdos de una pro-

pensión o a contextos aprendidos de pensamiento. La xenoglosia, fenómeno por el cual los niños (o incluso, de vez en cuando, un adulto) hablan en un idioma que no han aprendido en esta vida, entra también dentro de esta categoría.

Ya he hablado de la cita del Dalai Lama, que dice: «Algunos [niños tibetanos] pueden incluso recitar escrituras, aunque aún no se las hayan enseñado». Pero esta habilidad para recitar escrituras no se puede explicar como un recuerdo reencarnacional en sí. Además, cuando los tibetanos buscan a las reencarnaciones de sus rinpoché y de sus lamas, confían más en tales cualidades transmigradas, como la habilidad para recitar escrituras, que en el recuerdo reencarnacional.

Los investigadores de la reencarnación han descubierto que las personas que recuerdan vidas pasadas muestran rasgos de carácter que no se pueden explicar a partir de los genes ni del condicionamiento ambiental. La psicóloga Satwant Pasricha dice acerca de sus datos de investigación:

El presente estudio ha revelado ciertas características físicas y psicológicas en los sujetos que no eran habituales en sus respectivas familias, pero que se correspondían perfectamente con las de las personalidades con las que se identificaban previamente. Salvo en cinco casos [de sesenta], en los cuales los sujetos guardaban una relación biológica con las supuestas personalidades previas, la hipótesis de la transmisión genética no puede explicar adecuadamente comportamientos tan poco habituales por parte de los sujetos. Donde la teoría genética no consigue explicar la herencia de rasgos físicos y psicológicos, la hipótesis de la reencarnación puede ofrecer una explicación razonable (Pasricha, 1990).

¿Cómo podía Mozart tocar tan bien el piano a la edad de tres años, o como pudo Ramanujan convertirse en un experto en la suma de series matemáticas infinitas sin haber recibido un excepcional entrenamiento matemático? La respuesta habitual, la de la genética o el condicionamiento ambiental, parece completamente inadecuada en estos casos. Los genes son instrucciones para la elaboración de proteínas, nada más. No existe ningún gen de un talento especial que pueda here-

dar nadie. Y la presencia de un condicionamiento ambiental se puede comprobar en cada caso individual de niño prodigio. De hecho, hay un número sustancial de casos, como el de Ramanujan, en los cuales el condicionamiento ambiental adecuado está llamativamente ausente a la hora de explicar el talento especial. Se trata de casos en los que el talento procede de una vida anterior, no hay duda, pero nuestra teoría precisa de nuevas ideas adicionales que permitan explicar tales casos de predisposición de una vida pasada.

Las fobias y la terapia de regresión

Stevenson ha observado también que muchas fobias pueden tener relación con vidas pasadas. La fobia, según las teorías psicoanalíticas, es un condicionamiento de evitación que está conectado con experiencias traumáticas de la infancia. Pero existen casos en los cuales es imposible encontrar tales traumas de infancia. En la misma vena, tampoco hay explicación alguna genética ni ambiental en los casos de confusión de género, como el del travestismo. De modo que una explicación lógica sería que se trata de casos de condicionamiento que fluyen desde una vida pasada hasta la vida actual (Stevenson, 1974, 1987: Guirdham, 1978), a pesar de que esta explicación no coincida con el modelo del capítulo anterior. No es más que otra evidencia de que el modelo simple que propongo debe ser ampliado y mejorado.

Lo que debemos reconocer aquí es que, si las fobias son recordatorios de un condicionamiento traumático de una vida pasada, la regresión a vidas pasadas debería tener importantes ventajas terapéuticas.

Y existen evidencias de que el recuerdo de vidas pasadas bajo hipnosis se ha utilizado con bastante éxito con propósitos terapéuticos. He aquí lo que se dice en la contracubierta de un *best seller*:

Una mujer se curó de su ceguera cuando se enfrentó a algo que hubiera deseado no ver hace cien años... Una joven compensaba con su anorexia la insaciable gula de una vida anterior... Un cobarde que revive su propio asesinato... (Goldberg, 1982)

En estos libros se da cuenta de cómo la evocación de esos recuerdos de vidas anteriores puede convertirse en un hecho profundamente terapéutico. Al igual que muchos científicos duros, mi primera inclinación fue la de desestimar estos datos como meros reclamos terapéuticos con poca o ninguna sustancia, pero hubo varias cosas que se confabularon para que cambiara de opinión. La primera y principal, que yo mismo pasé por una sesión de regresión a vidas pasadas en la década de 1970. Aunque me doy cuenta de lo difícil que es distinguir entre la pura fantasía y lo que me surgió durante la sesión, hubo dos supuestos recuerdos que me produjeron una profunda impresión en lo referente a mis tendencias psicológicas. En segundo lugar, he discutido personalmente sobre este tema con reputados terapeutas de vidas pasadas, como Roger Woolger, y la metodología me parece completamente creíble. Tercero, a lo largo de los años, con mis viajes y con mis conferencias y cursos, he tenido ocasión de escuchar muchas historias de regresiones a vidas pasadas, y algunas de estas historias destacan por encima de las demás. Como ejemplo, citaré el caso de una mujer que vino a un curso mío sobre «física del alma». Éste fue su relato:

Mi interés por lo espiritual comenzó... de forma aparentemente accidental. Hace veinte años, yo pertenecía a una Iglesia tradicional, y hacía poco que me había casado. No tenía ningún interés por aprender nada de tipo espiritual; me sentía perfectamente satisfecha con la vida, tal como la vivía. Pero la carrera de mi marido en las fuerzas aéreas nos llevó a mudarnos a otro lugar, y yo comencé una nueva carrera en la enseñanza... Poco después, las cosas comenzaron a complicarse en mi vida.

Las tensiones por sentirme lejos de mi familia y por comenzar una nueva carrera y un nuevo matrimonio se agravaron cuando mi marido tuvo que partir a una misión de entrenamiento que le mantuvo alejado durante dos meses. Algo en aquella experiencia desencadenó una reacción extrema dentro de mí, una reacción que nunca antes había tenido y que no sabía cómo abordar. Me puse muy ansiosa por el temor a que mi marido me dejara durante su misión. Veía a las mujeres de otros militares de las fuerzas aéreas en situaciones similares que se enfrentaban a todo aquello de un modo bastante diferente, por lo que era consciente

de que mi reacción era desproporcionada. Hasta aquel momento, yo había manejado el estrés muy bien, trabajando, en mis estudios y mudándome frecuentemente de lugar con mi familia, ya que mi padre era militar de la Marina. De modo que, cuando comencé a padecer aquella ansiedad severa, que me llevó poco después a verdaderos ataques de ansiedad, seguidos por una fuerte depresión, me sentí profundamente desconcertada. Mi estado mental había sido tan absolutamente normal hasta entonces que ni siquiera encontraba palabras para expresar los sentimientos que estaba teniendo...

Esto me llevó a echar mano de todos mis recursos, mientras intentaba desesperadamente recuperar mi equilibrio mental y emocional. Habiendo tenido siempre una conexión espiritual a través de mi religión, recurrí al pastor en busca de ayuda. Pero no me sirvió de nada. Lo que me ocurría le resultaba completamente extraño, y algo dentro de mí me hizo sentirme traicionada. Yo había estado siguiendo todas las normas de mi Iglesia con el fin de ir al Cielo cuando muriera... ¡y sin embargo estaba viviendo un verdadero infierno en la Tierra justo en ese momento! De modo que comencé a buscar respuestas fuera de mi Iglesia, leyendo todo lo que pudiera parecer que tenía respuestas para mí.

Durante aquella época de búsqueda, me encontré con los escritos de Edgar Cayce, en los cuales se hablaba de la reencarnación. Fue mi primer contacto con esta idea. Parecía tener sentido, de modo que seguí indagando. En concreto, me encontré con las obras de Ruth Montgomery, con un libro titulado *Here and Hereafter*.²² Aquel libro me vino como agua de mayo en aquel momento. En él, Ruth Montgomery explica el concepto de reencarnación y ofrece ejemplos de personas que habían encontrado ayuda y solaz descubriendo sus vidas pasadas. Y al final del libro explica cómo entrar en un estado meditativo y cómo recordar una misma sus vidas pasadas. Me puse a practicar aquello, y los recuerdos me llegaron de forma fácil y rápida. El rompecabezas comenzaba a resolverse.

El primer recuerdo que tuve fue de una vida con mi marido alrededor de cien años atrás. En aquella vida, yo me encontraba en Denver, Colorado, durante los días de la Fiebre del Oro. Yo era una chica de salón cuyo tra-

22 *Aquí y en el más allá.*

bajo consistía en entretener a los hombres (¡ciertamente, no era una profesión respetable para los estándares de mi actual vida!). Sin embargo, en aquella época, y debido a mis circunstancias, era la única forma de ganarme la vida. Las cosas me iban bien, hasta que un día llegó a la ciudad un extraño (mi marido de hoy) y entró en el salón en el que yo trabajaba. Hubo un instante de reconocimiento entre nosotros. (Posteriormente sabría que habíamos pasado muchas vidas juntos antes de aquello.)

De inmediato sentí la conexión, y quise irme con él y dejar atrás mi vida en el salón. Sin embargo, él era un buscador de oro, y sus únicas pertenencias viajaban a lomos de una única mula. No podía sustentar a una esposa, y mucho menos a una familia. De modo que me dejó allí. Lo que para mí había sido una vida aceptable hasta aquel momento se me antojaba ahora sórdida e indeseable. A partir de aquel momento, en aquella vida, me sumí en un estado de desesperación. Tiempo después, terminaría asesinada en mi cama.

Las similitudes entre lo vivido en aquella vida y mi vida actual hicieron una especie de «clic» dentro de mí, y supe por qué me sentía tan ansiosa y tan temerosa. Aunque no diría que la curación fue instantánea, aquello me abrió ciertamente las puertas de la comprensión en mi consciencia, que me llevaría con el tiempo a la curación. [Yo parafrasearía aquí: «La consciencia es el fundamento de toda curación».] Algo en mí recordaba que él ya me había dejado antes, aunque no había tenido otra elección. Algo en mí recordaba que a mí se me había partido el corazón. Y algo en mí recordaba que había deseado tanto morir que atraje ciertamente las circunstancias para que aquello sucediera. ¡Tenía la sensación de que todo aquello estaba sucediendo de nuevo! Naturalmente, me aterrorizaba dormir sola, pues sabía lo que había sucedido anteriormente. El misterio comenzó a aclararse y recobré mi paz mental.

En aquel momento, dudo que nada hubiera podido convencerme de la validez de la reencarnación, salvo una experiencia directa de ella. En consecuencia, soy muy comprensiva cuando los demás no la aceptan. Es algo que hay que experimentar para creer verdaderamente en ello. De otro modo, no será más que una teoría interesante. Para mí no es una teoría. Es una realidad que, casi literalmente, me salvó la vida o, al menos, mi salud mental. (Anónimo, en comunicación privada con el autor.)

Los estudios realizados por investigadores contrastados durante las sesiones de regresión también apoyan la idea de la reencarnación. Veamos, por ejemplo, la investigación de Helen Wambach. Wambach ha investigado 1.088 casos de regresión y ha tabulado la distribución de las vidas pasadas recordadas en función del sexo, la raza y la clase socioeconómica, e incluso ha correlacionado los datos con la curva de crecimiento de la población. Wambach encontró que, con independencia del género de la persona que hiciera la regresión, las vidas pasadas de sus sujetos se distribuían de forma bastante igualada entre los sexos: 50'6 por 100 de varones, 49'4 por 100 de mujeres, que se corresponde casi a la perfección con la distribución de géneros de la población real. El mismo resultado se obtuvo en la distribución por razas, aun cuando los pacientes de Wambach eran en su mayor parte blancos. De forma similar, el desglose socioeconómico de las vidas pasadas seguía una tendencia histórica. Entre las vidas de tiempos más antiguos que habían sido recordadas, sólo eran de clase alta en torno al 10 por 100, el resto eran pobres. Pero los porcentajes cambiaban en casos más modernos, coincidiendo con el cambio de nuestro espectro socioeconómico.

Y, curiosamente, Wambach descubrió que la distribución temporal de las vidas recordadas seguía la curva empírica de crecimiento de la población. De modo que aquí tenemos otra respuesta a la paradoja de la población de la idea del alma. ¿Cómo puede un número fijo de almas mantener el ritmo de la explosión demográfica? Ésta es la respuesta de Wambach: las almas nacen cada vez con mayor frecuencia, a medida que avanza el tiempo. (De esta investigación da cuenta Viney, 1993.)

Edgar Cayce: mirar a través de la ventana no-local

Las leyendas dicen que Buda podía ver quinientas vidas, no sólo las suyas propias, sino también las de los demás. Esto no está documentado históricamente, pero existen algunos casos históricos de personas que eran capaces de leer las vidas pasadas de los demás (Sugrue, 1961),

siendo el ejemplo más conocido de los últimos tiempos el de Edgar Cayce. Bajo sueño hipnótico, Cayce hizo alrededor de 2.500 lecturas de vidas pasadas, a veces en más de una ocasión, pero sin contradecirse nunca a sí mismo. En ocasiones, sus lecturas involucraban aspectos de períodos de la historia que, posteriormente, pudieron ser comprobados. En cierta ocasión, le dijo a una persona que en su vida anterior había sido «mojataburetes»,²³ pero ni siquiera él sabía lo que era aquello. La posterior investigación demostró que aquella había sido una ocupación conocida en los tiempos de los primeros colonizadores de América; los mojataburetes ataban con correas a las sospechosas de brujería a un taburete y les echaban baldes de agua fría.

¿Cómo podría una persona como Cayce mirar a través de la ventana no-local de otra persona? La respuesta del propio Cayce era: «La memoria akashica», para lo cual una traducción aceptable sería memoria no-local; pero creo que existe una explicación más tangible en la misma ventana no-local de nuestro modelo. La cuestión estriba en que, en principio, la consciencia es una; así, la ventana no-local de una persona, ventana que conecta todas sus encarnaciones, está abierta para todo aquel que sepa cómo mirar a través de ella; pero se trata de una capacidad muy poco habitual. En la India, se dice que esta capacidad llega de forma natural con la liberación. Evidentemente, Cayce la había alcanzado.

Hemos estado hablando de datos relativos a experiencias que implican a personas en la realidad manifiesta, pero también están los datos, ciertamente controvertidos, de personas (médiums en su mayor parte) que afirman comunicarse directamente con la persona muerta en el otro mundo. Se han construido escenarios enteros del otro mundo (todos ellos sumamente dualistas) basándose probablemente en este tipo de evidencias. Me ocuparé con mayor detalle de estas evidencias y de cómo podemos abordarlas en los dos siguientes capítulos, pero aquí va un anticipo.

23 *Stool-dipper*, en el original inglés. (N. del T.)

Los datos sobre entidades desencarnadas

Hasta el momento, los datos más románticos, los más desconcertantes y los más controvertidos en lo relativo a la supervivencia post mortem son aquellos en los que una persona viva (normalmente un médium en estado de trance) sostiene que habla con una persona que lleva muerta cierto tiempo y que habita en un reino que está más allá del espacio y del tiempo. Parece haber aquí evidencias no sólo de la supervivencia de la consciencia tras la muerte, sino también de la existencia de un «alma» dualista que es capaz de existir sin un cuerpo físico.

Naturalmente, las evidencias son controvertidas porque no parece haber forma de averiguar si es el médium el que elabora los datos, especialmente cuando los casos de fraude son abundantes. Aun con datos libres de sospecha de fraude, el investigador Michael Grosso dice lo siguiente:

Sin embargo, después de estudiar lo mejor del material del caso, uno llega a la conclusión de que los grandes médiums (1) o bien obtenían la información de la mente del fallecido o descarnado, (2) o bien creaban ilusiones convincentes de las personas fallecidas mediante la obtención de todas las informaciones relevantes por medios paranormales, a partir normalmente de diversas fuentes (las mentes de personas vivas, y registros escritos o fotográficos), para luego sintetizar instantáneamente los datos dispersos y crear imágenes convincentes de personas fallecidas conocidas (Grosso, 1994).

Pero existen algunas evidencias hasta cierto punto convincentes de la supervivencia tras la muerte, incluso en los datos de los médiums, que se obtienen a través de «correspondencia cruzada», en la cual el fallecido comunica un mensaje integrado pero dividido en varias piezas a través de varios médiums diferentes (Saltmarsh, 1938). En este caso, es difícil argumentar cómo un médium en concreto pudo obtener la información de una persona viva mediante la telepatía. En contra de estos datos, también se puede argüir que quizás los médiums implicados estaban creando inconscientemente la apariencia de una correspondencia cruzada. O quizás estaban tocando sincrónicamente la ventana no-local

del fallecido del modo correcto; puede ser que la pureza de intención del fallecido, junto con la de los psíquicos, fuera suficiente para crear estos intrigantes acontecimientos sincrónicos. En cualquier caso, es evidente que los datos procedentes de la mediumnidad no necesitan ser tomados como evidencias de lo que pretenden ser, es decir, de comunicaciones con un alma consciente descarnada.

Sea como sea, este aspecto de los datos de los médiums tiene que ver con el contenido de la historia de la persona fallecida y, por tanto, en el mejor de los casos, demuestra la capacidad del médium para sintonizar con la ventana no-local del difunto.

Más significativos son los datos sobre canalización. También aquí abundan los intereses comerciales y los fraudes. Aún así, ha habido canales y entidades canalizadas que resultan intrigantes, debido a que los canalizadores parecen adoptar el carácter de la entidad canalizada, que es sorprendentemente diferente del canalizador.

Un ejemplo espectacular es el caso de «Lydia Johnson», un ama de casa de treinta y siete años de edad, un caso que estudió Ian Stevenson y del que dieron también cuenta Sylvia Cranston y Carey Williams (1984). En un principio, Lydia estaba ayudando a su marido con los experimentos que éste llevaba a cabo sobre hipnotismo. Pero, con la ayuda de otro hipnotizador, Lydia no tardó en canalizar a una entidad llamada Jensen Jacoby, un nombre que ella pronunciaba como «Yensen Yahkobi», que había vivido en una aldea de Suecia trescientos años atrás. Canalizando a Jensen, Lydia hablaba en sueco y reconocía objetos suecos del siglo XVII; pero lo más revelador es que, cuando se convertía en Jensen, Lydia se olvidaba de cómo se utilizaban unas herramientas modernas, como unas simples tenazas. El caso de la psicóloga Jane Roberts y de la entidad canalizada, Seth, es otro ejemplo destacado de la canalización de una entidad con un carácter muy diferente al del canalizador. Cuando canalizaba, el carácter de Jane cambiaba dramáticamente; por ejemplo, se comportaba como un varón intelectual (Roberts, 1975).

Yo mismo he podido ver en acción a una canalizadora, JZ Knight, que canaliza a una entidad llamada Ramtha, que supuestamente es un ser iluminado. También en este caso, hay un extraordinario cambio

de carácter cuando JZ canaliza a Ramtha; literalmente, el comportamiento de JZ se convierte en el de un gurú varón dominante, bastante diferente del patrón ordinario de comportamiento de esta canalizadora. Y es un cambio que puede prolongarse durante horas.

Compartiré con usted uno de mis encuentros con JZ mientras se encontraba canalizando a Ramtha. He confirmado con ella misma, así como con los que la conocen bien, que JZ no bebe alcohol. Pero, en esta ocasión, JZ, canalizando a Ramtha, estaba dando una fiesta cuando la descubrí bebiendo vino sin reparos; aunque el vino no pareció afectarle demasiado, puesto que poco después compartía, con un gran sentido poético, las experiencias de Ramtha cuando emigró de la Atlántida a la India, en los tiempos en que la civilización de la Atlántida se desmoronaba. Con independencia del contenido de sus palabras, el cambio de carácter fue tan extraordinario que desde entonces he dejado de dudar de la autenticidad del fenómeno de la canalización.

Otro caso excepcional de canalización tiene lugar en Brasil. Aquí, el ser canalizado es un cirujano alemán, el doctor Fritz, al cual han canalizado una serie de canalizadores, todos los cuales son personas normales sin habilidad quirúrgica alguna. Pero, mientras canalizan al doctor Fritz, estas personas llevan a cabo con éxito y rápidamente complejas operaciones quirúrgicas sin anestesia y sin los requisitos higiénicos prescritos.

Por extraordinarias que puedan ser estas supuestas canalizaciones, ¿podrían estar simulando los canalizadores ese cambio de carácter? Los investigadores paranormales Gilda Moura y Norman Don han llevado a cabo un estudio que descarta en gran medida el fraude. Moura y Don conectaron un electroencefalógrafo al cerebro de un canalizador, y descubrieron que sus ondas cerebrales cambiaban de un modo nada característico desde las ordinarias ondas de baja frecuencia beta (en torno a 30 Hz.) a ondas beta de muy alta frecuencia (más de 40 Hz.) cuando llevaba a cabo una operación quirúrgica. Las ondas beta de alta frecuencia son características de una elevada concentración. Los cirujanos exhiben este tipo de ondas cuando hacen su trabajo, pero no una persona ordinaria que estuviera fingiendo una operación quirúrgica (Moura y Don, 1996).

También se ha hecho un estudio similar con JZ Knight utilizando simultáneamente ocho indicadores psicofisiológicos. Todos los indicadores mostraron cambios significativos entre el estado normal de JZ Knight y los momentos en que estaba canalizando. Los científicos llegaron a la conclusión de que sería imposible dar esos resultados en los ocho indicadores a la vez de un modo fraudulento (Wickramsekera et al., 1997).

Los ángeles

Otra clase de datos interesantes procede de personas que, supuestamente, se comunican con ángeles y con guías espirituales. Parece que estas entidades prestan patrones caracteriales a estas personas, de tal modo que éstas llevan a cabo tareas que normalmente hubieran sido incapaces de llevar a cabo. Por ejemplo, un sacerdote cristiano, el Padre Pío, supuestamente recibió la ayuda de su ángel guardián para traducir ciertos textos en griego, idioma desconocido para el Padre Pío (Parente, 1984). (*Véase también* Grosso, 1992.)

Uno de los casos más famosos en los que la intervención angelica salvó la vida de una persona fue el que tuvo por protagonista al mago más famoso de todos los tiempos, Harry Houdini. El 27 de diciembre de 1906, Houdini estaba realizando uno de sus mejores y más arriesgados trucos, en el cual se sumergía esposado en las aguas heladas de un río a través de un agujero abierto en el hielo, del cual emergía a salvo y sin esposas. Pero en aquella ocasión algo fue mal; al cabo de cinco minutos no había salido a la superficie, cuando, normalmente, su escapada no precisaba de más de tres minutos, por lo que los reporteros le daban ya por muerto. Afortunadamente, Houdini regresó al cabo de ocho minutos. Y lo mejor de todo es que no sufrió hipotermia.

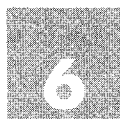
Lo que sucedió fue que las corrientes fluviales le arrastraron en esta ocasión, desorientándole e impidiéndole utilizar las bolsas de aire que quedaban atrapadas entre el río y la capa de hielo. Por otra parte, la hipotermia estaba haciendo rápida presa en él, y no sabía hacia dónde nadar ni cómo volver. De repente, escuchó la voz de su madre,

que le orientaba para que nadara en la dirección de donde procedía la voz. E, inexplicablemente, sintió también una repentina calidez. Todo esto le permitió desprenderse de las esposas y emerger de nuevo a la superficie por el agujero en el hielo.

¿Acaso la madre de Houdini se comunicó con él telepáticamente? Pero, ¿cómo pudo saber hacia dónde dirigir a su hijo? Y tampoco hay explicación para la inexplicable calidez que sintió. Una explicación mejor sería la de una intervención angélica, que le prestaría aquel extraordinario sentido de dirección (la voz de la madre habría sido una proyección externa), y la inusual energía generadora de calor (Goldberg, 1997).

Para resumir, por tanto, parece haber suficientes datos como para apoyar la hipótesis de la existencia de almas o seres desencarnados. En primer lugar, están las experiencias extracorporales, en las cuales los sujetos afirman tener un cambio de identidad al sentirse en un cuerpo desencarnado, si bien temporalmente. En segundo lugar, existen propensiones o tendencias inexplicables; si tuviera algo que ver con la reencarnación, ¿cómo se pueden transmitir estas propensiones sin una transmigración de algún elemento del ser-ego? En tercer lugar, los médiums parecen ser capaces de canalizar a entidades cuyo carácter asumen temporalmente. Cuarto, hay personas extraordinarias que suelen recibir la guía de entidades desencarnadas (guías espirituales) porque, al parecer, también estas personas parecen ser capaces de adoptar patrones caracteriales muy diferentes de su ser ordinario.

Así pues, llegamos a la pregunta más esencial de todas: ¿existe un alma individual? ¿Tenemos otros cuerpos, aparte del cuerpo físico, que le conceden individualidad a la mónada/sutratman del capítulo anterior? ¿Existe un cuerpo desencarnado tras la muerte capaz de transmigrar y de llevar a la siguiente vida las propensiones adquiridas durante esta vida? ¿Es posible que los médiums se comuniquen con cuerpos desencarnados en transición? ¿Y existen cuerpos desencarnados permanente o semipermanentemente, ángeles y demás?



¿Tenemos más de un cuerpo?

Supongo que el resumen de datos del capítulo anterior le habrá convencido a usted tanto como me convenció a mí de que en los datos sobre la supervivencia post mortem y la reencarnación hay más cosas de las que la no-localidad cuántica puede manejar. Al esqueleto de la teoría que hemos construido hay que añadirle ahora la carne, por sutil que pueda ser.

Ahora bien, si usted consulta lo que dicen las tradiciones esotéricas respecto a lo que podría constituir este mecanismo adicional, verá que en ellas el mecanismo enlaza ciertos cuerpos sutiles con la individualidad que poseemos, además del enlace con el cuerpo físico.²⁴ Según declaran las tradiciones esotéricas, estos cuerpos sutiles individuales (un cuerpo vital que guarda relación con nuestros procesos vitales particulares, un cuerpo mental relacionado con nuestras formas cognitivas individuales, y un cuerpo intelectual supramental que contiene los temas aprendidos de los movimientos del cuerpo mental, del vital y del físico) están compuestos, al igual que el cuerpo físico, por sustancias; pero se trata de sustancias más sutiles, más refinadas, menos cuantificables y más difíciles de controlar. Usted no puede decir que este o aquel pensamiento pesa 150 gramos; sólo podrá decir de él que se trata de un pensamiento «pesado». Podrá decir

24 Los Upanishads, el Zohar y, más recientemente, los textos de los teósofos plantean todos ellos la existencia de cuerpos sutiles.

que fue un pensamiento breve, pero no podrá decir que medía dos centímetros y medio. Usted intenta guardar silencio cuando medita; pero, a pesar de todo, su mente se ve invadida por pensamientos que pasan por su cabeza sin que se les haya invitado.

Según estas tradiciones, cuando morimos, dejamos atrás sólo el cuerpo físico; nuestros cuerpos sutiles sobreviven. Pero, ¿qué son estos cuerpos sutiles sino los productos de la visión dualista del alma individual? ¿No serán más que otro nombre de lo que normalmente llamamos alma? Y, si adoptamos la explicación del alma para la supervivencia, por sofisticado que sea su atuendo, ¿no caeremos en los problemas propios del dualismo cartesiano? Esto da lugar a preguntas ciertamente incómodas: ¿qué sustancia o sustancias median en la interacción entre estos cuerpos sutiles y el cuerpo físico? ¿Cómo se conserva la energía del mundo físico a la luz de tales interacciones con estos otros cuerpos?

Mientras ponderaba la idea de los cuerpos sutiles y de los problemas de la interacción en el dualismo, exploré la posibilidad de que estos problemas se pudieran superar con los nuevos principios de nuestra ciencia dentro de la consciencia. No es posible postular que los cuerpos sutiles interactúen directamente con el físico sin cavar al mismo tiempo la tumba de esta idea. En eso tendremos que estar de acuerdo. Por otra parte, si no interactúan con el cuerpo físico, ¿qué trascendencia pueden tener?

Bueno, hay otra forma de ver la situación. Suponga que los cuerpos sutiles no interactúan con el cuerpo físico ni interactúan entre sí; suponga que discurren en paralelo, manteniendo una correspondencia con el cuerpo físico. Dicho de otro modo, para cada estado físico, existe el correspondiente estado supramental, el correspondiente estado mental y el correspondiente estado vital. Esta filosofía la formuló el filósofo y físico del siglo xvii Gottfried Leibniz para rescatar el dualismo mente-cuerpo, y recibe el nombre de paralelismo psicofísico. La extensión de la idea hasta incluir al intelecto supramental y al cuerpo vital viene por sí sola; generalice la idea de la psique, nuestro mundo interno, hasta incluir al cuerpo vital, al mental y al intelectual. Pero el paralelismo psicofísico nunca ha gozado de popularidad, porque es

difícil ver qué es lo que mantiene la correspondencia, el suave movimiento paralelo de los distintos cuerpos. La cuestión de la interacción acecha de nuevo tras la escena, ¿no?

Pero espere, no se dé por vencido. Los principios de nuestra ciencia dentro de la consciencia ofrecen una solución. El problema de la interacción es complicado, sin duda, pero suponga que las sustancias sutiles de nuestros cuerpos sutiles no son «cosas» determinadas por la física de Newton, sino que tienen una naturaleza cuántica. Dicho de otro modo, suponga que los estados del cuerpo vital, del cuerpo mental y del supramental son probabilísticos, al igual que los del cuerpo físico. Suponga que estos estados son estados de posibilidad cuántica dentro de la consciencia, no de actualidad, y que la consciencia colapsa estas posibilidades en actualidad.

Aunque el cuerpo vital, el mental y el del intelecto supramental no interactúen directamente con el cuerpo físico, es decir, aunque se muevan en paralelo a él, suponga que la consciencia reconoce estados simultáneos y paralelos del cuerpo físico y del trío vital-mental-supramental del cuerpo sutil para su experiencia. Desde los experimentos de Jacobo Grinberg-Zylberbaum (véase el capítulo 2), sabemos que la consciencia puede colapsar, y de hecho colapsa sincrónicamente, estados para cerebros separados no-localmente que estén adecuadamente vinculados. Y el colapso de un único estado de experiencia es un colapso de reconocimiento y elección, no un intercambio de energía, con lo cual se evitan todos los problemas de la interacción dualista.

De este modo, nuestra ciencia dentro de la consciencia nos permite postular que disponemos de otros cuerpos, además del cuerpo físico, sin necesidad de adentrarnos en los escollos del dualismo. No necesitamos que estos cuerpos interactúen entre sí ni con el cuerpo físico. En lugar de eso, decimos que la consciencia media la interacción entre ellos y mantiene su paralelismo. La siguiente pregunta es: ¿qué razones hay para postular estos cuerpos sutiles, además de la de encontrar una explicación para los datos de la supervivencia post mortem y la reencarnación? Usted no puede hacer postulados arbitrarios para explicar datos; eso no es ciencia. ¿Acaso hay otras razones profundas para sospechar que tenemos un cuerpo vital, un cuer-

po mental y un cuerpo del intelecto supramental además del cuerpo físico?

Comportamiento a modo de ley y comportamiento a modo de programa

Las leyes causales de la física son leyes deterministas. Dadas las condiciones iniciales sobre posición y velocidad, y dados los agentes causales (fuerzas) que actúan sobre el sistema, las leyes del movimiento determinan el futuro de todos los sistemas no vivos.

Por ejemplo, suponga que queremos saber el paradero del planeta Júpiter en algún momento futuro. Determine la posición y la velocidad del planeta ahora. Estas «condiciones iniciales», más los algoritmos (reglas paso-a-paso lógicas de instrucciones) generados por el conocimiento de la naturaleza de la gravedad y las leyes del movimiento de Newton, permitirán que cualquier ordenador calcule la posición del planeta en cualquier momento del futuro. Incluso en los sistemas cuánticos, las leyes estadísticas causales pueden predecir el comportamiento medio y la evolución media, siempre y cuando trabajemos con un número suficientemente grande de objetos o eventos (lo cual es normalmente el caso en los sistemas submicroscópicos). Los sistemas no vivos están, así pues, determinados por las causas, y de ahí que yo llame a su comportamiento «como comportamiento a modo de ley».

Pero los sistemas vivos tienen una peculiaridad. Cuando hablamos de lo vivo, no sólo estamos hablando del movimiento de objetos físicos, sino también de sensaciones, sensaciones que necesitan conceptos tales como la supervivencia, el placer, el dolor, etc. Estas palabras no están en el vocabulario de las leyes de la física; nunca necesitamos tales palabras para describir lo no vivo. Las moléculas de lo no vivo no muestran tendencias a sobrevivir ni a amar. Ni tampoco necesitamos los conceptos del placer y del dolor para describir el comportamiento molecular. Sin embargo, estos conceptos describen los contextos y los significados que hay tras los contenidos o los «sentires» de lo vivo.

Estos «sentires» están trazados y programados en el cuerpo físico; y, una vez programados, el cuerpo físico puede llevar a cabo la función de la que trata la sensación. Así, los organismos vivos exhiben un comportamiento «a modo de programa» que desvela su secreto: el hecho de que tienen otro cuerpo que está compuesto por las sensaciones que hay tras los programas que los organismos vivos son capaces de poner en marcha (Goswami, 1994). Esto es el cuerpo vital.

El biólogo Rupert Sheldrake (1981) llega a la misma conclusión al observar que los genes no tienen los programas necesarios para la morfogénesis o creación de las formas. Según la terminología de Sheldrake, la morfogénesis (el desarrollo de las formas u órganos que llevan a cabo las funciones biológicas) en los organismos vivos está dirigida por campos morfogenéticos extrafísicos y no-locales. Lo que experimentamos como «sensaciones» es el resultado de la acción de los campos morfogenéticos, que no son otra cosa que las descripciones equivalentes del cuerpo vital.

De forma similar, el biólogo Robert Sperry, el filósofo John Searle, el matemático Roger Penrose y el investigador de inteligencia artificial Ranan Banerji, han señalado que el cerebro, si lo vemos como un ordenador, no podría procesar significados, algo que nos estimamos mucho. Nuestras vidas giran en torno a los significados. ¿De dónde vienen los significados? Los ordenadores procesan símbolos, pero el significado de los símbolos tiene que venir de fuera; es la mente la que da significado a los símbolos que el cerebro genera. Quizás usted se pregunte por qué no puede haber otros símbolos para los significados, llamémosles símbolos de significado. Pero entonces necesitaríamos más símbolos para el significado del significado, y así hasta el infinito (Sperry, 1983; Searle, 1992; Penrose, 1989; Banerji, 1994).

Las sensaciones que existen tras las funciones vitales de un organismo vivo proceden del cuerpo vital de la consciencia. La consciencia traza las funciones vitales en la forma de los distintos órganos del cuerpo físico utilizando su cuerpo vital.

Dado que sólo la consciencia puede inyectar significado en el mundo físico, tendría sentido plantear la hipótesis de que la consciencia «escribe» los programas mentales de significado en el cerebro.

Cuando escribimos el *software* para nuestro ordenador personal, empleamos una idea mental de lo que queremos hacer en la programación. De igual modo, la consciencia tiene que utilizar el cuerpo mental para crear el «software» mental (las representaciones de los significados que procesa la mente) en el cerebro.

Para resumir, el comportamiento de la materia no viva es a modo de ley, pero el comportamiento de lo que está vivo y de la materia pensante es a modo de programa. Así, la lógica dicta que debemos tener tanto un cuerpo vital como un cuerpo mental de consciencia. La consciencia utiliza el *hardware* físico para hacer representaciones de *software* de lo vital y lo mental. ¿Qué argumentos podemos aportar para la existencia de lo supramental?

¿Por qué un intelecto supramental? – La naturaleza de la creatividad

¿Qué es la creatividad? No hace falta pensar demasiado para darse cuenta de que la creatividad guarda relación con el descubrimiento o invención de algo nuevo de valor. Pero ¿qué es nuevo?

Lo nuevo en la creatividad se refiere bien a un nuevo significado o bien a unos nuevos contextos para estudiar un nuevo significado (Goswami, 1996, 1999). Cuando creamos un nuevo significado haciendo uso de contextos viejos y ya conocidos, lo llamamos invención o, de modo más formal, creatividad situacional. Por ejemplo, a partir de la teoría conocida de las ondas electromagnéticas, Marconi inventó la radio. La radio dio un nuevo significado a una porción particular del espectro electromagnético, pero el contexto para aquella invención ya estaba presente.

En cambio, la creatividad de Clerk Maxwell, que descubrió la teoría de las ondas electromagnéticas, es creatividad fundamental, porque supone el descubrimiento de un nuevo contexto para el pensamiento o las invenciones subsiguientes.

Así, el hecho de que dispongamos de dos tipos de creatividad, situacional y fundamental, invención y descubrimiento, precisa de la

hipótesis de un cuerpo del intelecto supramental que procese el contexto de significado mental.

En realidad, la definición de creatividad, si la recuerda, habla de algo nuevo de valor. ¿Qué es lo que da valor, sino nuestras sensaciones de placer y de dolor? Así, la existencia del cuerpo vital está implícita también en la definición de la creatividad.

Si pensamos un poco, encontraremos algo más. El cuerpo mental no sólo da significado a los objetos físicos de nuestra experiencia, sino que lo utilizamos también para dar significado a las sensaciones del cuerpo vital. De igual modo, lo supramental no sólo se utiliza para dar contextos de significado mental, sino que también proporciona contextos para los movimientos de lo vital y de lo físico. Dicho de otro modo, el intelecto supramental es lo mismo que anteriormente llamé el cuerpo temático, el cuerpo de temas arquetípicos que conforma los movimientos de lo físico, lo mental y lo vital.

Pero, ¿qué hay de la naturaleza cuántica de estos cuerpos que postulamos para evitar el dualismo? Comencemos por el cuerpo mental.

En busca de la mente cuántica

En la psicología moderna se ha convertido en costumbre denigrar a Descartes. Y, sin embargo, este gran filósofo y científico del siglo XVII se dio cuenta de algo innegablemente profundo acerca de las diferencias entre lo que llamamos la mente y lo que constituye nuestro cuerpo físico. Él decía que, en tanto que los objetos del mundo físico tienen extensión, localización en el espacio (es decir, son *res extensa*), los objetos del mundo mental (*res cogitans*) no tienen extensión; no se pueden localizar en el espacio. De ahí que a Descartes le pareciera poco razonable la idea de que los pensamientos, los objetos mentales, se pudieran describir en términos de objetos que se mueven en el espacio, de objetos que tienen localizaciones finitas. Por eso propuso que el mundo mental era un mundo independiente (Descartes, 1972).

Del argumento de Descartes se sigue también que los objetos físicos, teniendo extensión, son reductibles a componentes más pe-

queños. Lo macro-físico está hecho de lo micro, de átomos, que, a su vez, están hechos de partículas elementales aún más pequeñas. Pero los objetos mentales, al no tener extensión, no se pueden reducir a microsubdivisiones.

La misma idea la podemos encontrar en la filosofía india, donde se hace referencia a la mente como *sukhsha*, que normalmente se traduce como sutil, pero que también implica indivisibilidad.²⁵

Pero Descartes, que tenía unas ideas muy profundas, también tuvo unas meteduras de pata sumamente profundas. Una metedura de pata es el interaccionismo, como ya hemos dicho muchas veces. Otra metedura de pata es que incluyó la consciencia como una propiedad del mundo mental. Pero, ahora que hemos corregido con nuestra nueva ciencia ambos errores, ¿podemos tomarnos en serio todo lo que hay de profundo en su pensamiento?

¿Cuál es la diferencia entre la burda sustancia física y la sutil sustancia mental? Una gran diferencia es la densidad del macromundo de nuestra percepción compartida en los dominios físicos. Estamos postulando que tanto las sustancias físicas como las mentales son sustancias cuánticas. Pero la diferencia estriba en que, en el mundo físico, los objetos microcuánticos forman macro-objetos. Pero en el mundo mental no ocurre lo mismo.

Los objetos cuánticos obedecen el principio de incertidumbre, es decir, el hecho de que no podamos medir simultáneamente tanto su posición como su velocidad con la máxima precisión. Ahora bien, con el fin de determinar la trayectoria de un objeto, no sólo necesitamos saber dónde está ahora el objeto, sino también dónde estará un poco más tarde; dicho con otras palabras, tanto la posición como la velocidad simultáneamente. Y el principio de incertidumbre dice que esto no podemos saberlo. De manera que nunca podremos determinar las trayectorias de los objetos cuánticos con precisión; estos objetos son sutiles por naturaleza.

Pero si usted hace grandes conglomerados de objetos cuánticos sutiles, tenderán a asumir una apariencia más densa. Así, aunque los

25 Estoy agradecido a Swami Dayananda Saraswati por señalarme este hecho.

macrocuerpos de nuestro entorno están compuestos por objetos microcuánticos que obedecen el principio de incertidumbre, tienen densidad debido a que la nube de ignorancia que el principio de incertidumbre impone sobre su movimiento es muy pequeña, tan pequeña que se puede ignorar en la mayoría de las situaciones. Así pues, a los macrocuerpos se les puede atribuir tanto posición como velocidad y, por tanto, trayectorias. De ahí que podamos observarlos a placer mientras otras personas también los observan, y que podamos llegar a un consenso sobre ellos.

Otra manera de ver este asunto es reconocer que las ondas de posibilidad de la macromateria son tan lentas que entre mi observación y la de usted su propagación es imperceptiblemente pequeña; de modo que ambos colapsamos el objeto casi en el mismo lugar. De este modo nos resulta fácil llegar a un consenso y, con ello, a la idea de que existe una realidad física ahí fuera, a la vista de todo el mundo, fuera de nosotros.

Por cierto, esta idea de que el comportamiento de los macrocuerpos viene dado aproximadamente por la física determinista de Newton se denomina principio de correspondencia. Lo descubrió el famoso físico Niels Bohr. El mundo físico está hecho de tal manera que necesitamos mediadores de los macrocuerpos, macroaparatos de «medida», para amplificar los objetos microcuánticos antes de que podamos observarlos. Éste es el precio que hay que pagar (la pérdida del contacto directo con el micromundo físico) para que podamos tener una realidad compartida de objetos físicos, para que todo el mundo pueda ver simultáneamente los macrocuerpos.

Entonces, ¿por qué los objetos mentales no son accesibles a nuestro escrutinio compartido? La sustancia mental siempre es sutil; no forma conglomerados densos. De hecho, como muy bien intuyó Descartes, la sustancia mental es indivisible. Por tanto, para la sustancia mental no hay ninguna reducción a elementos cada vez más pequeños; no existe un micro a partir de lo cual se componga lo macro.

Así pues, el mundo mental es un todo, o como lo llaman a veces los físicos: un medio infinito. Puede haber ondas en tal medio infinito, modos de movimiento que deben describirse como ondas de posibilidad cuántica que obedecen a un cálculo de probabilidades.

Usted puede verificar directamente que los pensamientos (los objetos mentales) obedecen al principio de incertidumbre; nunca podrá seguir el rastro, simultáneamente, del contenido del pensamiento y de adónde está yendo el pensamiento, la dirección del pensamiento (Bohm, 1951). Podemos observar directamente los pensamientos sin necesidad de mediador alguno, sin los llamados macroaparatos de medida; pero el precio que pagamos es que los pensamientos son privados, internos; no podemos compartirlos normalmente con los demás.

Las ideas profundas nos proporcionan comprensiones profundas. Así pues, la idea de que tenemos un cuerpo mental que consta de «objetos» de posibilidad cuántica nos permite comprender por qué nuestra conciencia de los objetos mentales es interna, en contraposición a la conciencia que tenemos de lo físico, que es externa.

Cuando actuamos en nuestra modalidad condicionada, el ego, nuestros pensamientos (de hecho, el pensamiento en sí) parecen algorítmicos, continuos, y predecibles, lo que les da el aspecto de objetos clásicos newtonianos. Pero también hay un pensamiento creativo, una transición discontinua en el pensamiento, un cambio de significado desde lo condicionado a algo nuevo de valor. Cuando usted reconoce el pensamiento creativo como el producto de un salto cuántico en el pensamiento, decrece sustancialmente cualquier resistencia a aceptar la naturaleza cuántica del pensamiento. Por último, aunque normalmente los pensamientos son privados y no podemos compartirlos con otra persona, parecen haber evidencias convincentes de la existencia de la telepatía mental, en la cual los pensamientos se comparten, apuntando a la no-localidad cuántica del pensamiento entre mentes que estén adecuadamente vinculadas (Becker, 1993). El físico Richard Feynman (1981) demostró que los sistemas newtonianos clásicos nunca pueden simular la no-localidad. Así, quizás la no-localidad del pensamiento, como en la telepatía, sea la mejor evidencia de su naturaleza cuántica.

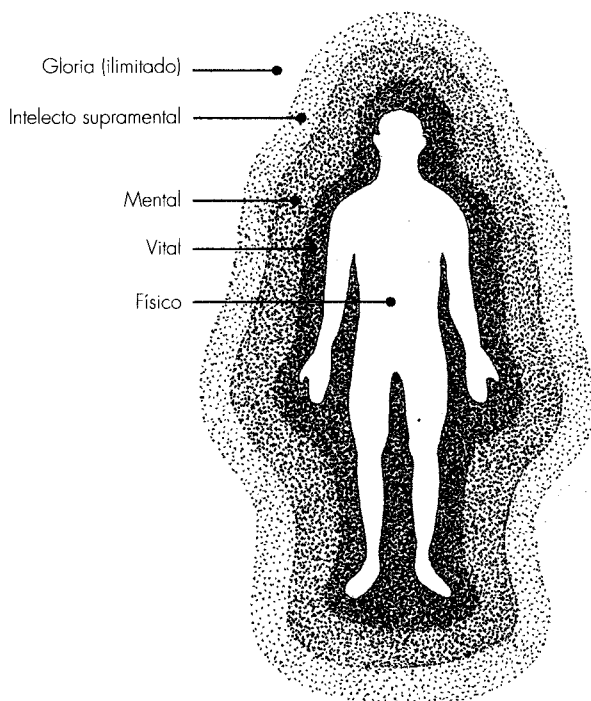
La mentalidad, al menos, es algo que nos resulta familiar a todos, y quizás usted haya intuitido ya, incluso sin mi empujoncito, que la idea de un cuerpo mental separado está plenamente justificada, incluso con su naturaleza cuántica. Pero ¿existe alguna justificación profunda para postular la naturaleza cuántica del cuerpo vital?

El cuerpo vital

En nuestra cultura, gracias en parte a Descartes, por difamadas que hayan sido sus enseñanzas entre los materialistas antes del actual desarrollo de la ciencia dentro de la consciencia, y gracias en parte a nuestra familiaridad con los pensamientos, nos hemos hecho amigos de la idea de la dualidad mente-cuerpo, de la idea de los mundos duales de la mente y la materia física. Sin embargo, no se puede decir lo mismo de la idea del cuerpo vital. Sin duda, a veces nos sentimos intrigados cuando alguien usa las palabras «energía vital» para describir sus experiencias. Pero no necesariamente nos ocupamos de nociones de un mundo vital aparte, un mundo de sustancia vital; nuestra experiencia de la energía vital aún no es lo suficientemente segura.

Sin embargo, los biólogos del pasado utilizaron la idea de un cuerpo vital y de una fuerza vital (una filosofía llamada vitalismo) para explicar las operaciones de una célula viva; si bien, con la llegada de la biología molecular y con su espectacular éxito a la hora de explicar cómo funcionan las células vivas, todas las ideas del vitalismo se desvanecieron en el mundo de la ciencia. Tenemos que mirar la ciencia de otras culturas para encontrar y examinar las ideas del cuerpo vital, culturas como la india, la china y la japonesa. En particular, el modo en que se practica la medicina en la India y en China es sumamente instructivo en lo referente a la naturaleza del mundo vital y del cuerpo vital.

En la India, la curación yóguica consiste en un enfoque múltiple sobre quiénes somos. En los Upanishads, se describen cinco cuerpos en el ser humano (fig. 6.1). El más denso es el físico, renovado casi constantemente a partir de las moléculas de los alimentos y, por ello, denominado *annamaya* (hecho de *anna*, comida) en sánscrito. El siguiente cuerpo, un cuerpo sutil, se llama *pranamaya* (hecho de energía vital, *prana*); se refiere al cuerpo vital asociado con los movimientos de la vida que se expresan como reproducción, mantenimiento, etc. El siguiente, aún más sutil, *manomaya* (hecho de *mana*, sustancia mental) es el cuerpo mental, el que se ocupa de los movimientos del pensamiento, del que hemos hablado antes. El siguiente cuerpo, llamado *vijnanamaya* (hecho de *vijnana*, inteligencia discriminatoria), es el in-



Los cinco cuerpos de la consciencia

Fig. 6.1. Los cinco cuerpos de la consciencia. El exterior es el ilimitado cuerpo de gloria; el siguiente cuerpo es el temático, o intelecto supramental, que establece los contextos de los movimientos del mental, el vital y el físico. De estos últimos, el mental da significado a los movimientos vitales y físicos, y el vital tiene los moldes de las formas biológicas de la vida que se manifiesta en el físico. Por último, el cuerpo físico es el «hardware» en el cual se hacen las representaciones (el «software») del cuerpo vital y de la mente.

telecto supramental o cuerpo temático, el depósito de los contextos de los tres cuerpos «inferiores». Por último, el *anandamaya* (hecho de *ananda* no sustancial, gozo espiritual o dicha, gloria) se corresponde con Brahmán, el fundamento de todo ser, la consciencia en su talidad.

En consecuencia, la medicina india se divide en el estudio de las cinco modalidades curativas: dieta, hierbas y hatha yoga (*asanas* o

posturas) para el cuidado y la sanación del cuerpo físico; *pranayama*, cuya práctica más sencilla consiste en seguir el flujo de entrada y salida del aire en el cuerpo, para el cuidado y la sanación del cuerpo vital; la repetición de un mantra (ensalmo de una palabra, normalmente de una sola sílaba), para el cuidado y la sanación del cuerpo mental; la meditación y la creatividad, para el cuidado y la sanación del cuerpo supramental; y el sueño profundo y el samadhi, o absorción en la unidad, para el cuidado y la sanación del cuerpo de gloria (Nagendra, 1993; Frawley, 1989).

Intente comprender que el pranayama es mucho más que seguir la respiración. La palabra sánscrita *prana* significa aliento (también significa vida), pero, además, significa modos de movimiento del cuerpo vital, el cuerpo hecho de prana. El objetivo del pranayama es, en última instancia, acceder a los movimientos del cuerpo vital. Estos movimientos se perciben como corrientes que circulan a través de unos canales denominados *nadis*. Hay dos importantes nadis que se cruzan en las ventanas de la nariz; de ahí que observar la respiración, como en la respiración alterna por una y otra fosa nasal, nos permite orientarnos hacia la conciencia del movimiento del prana.

Cuando los médicos occidentales se encontraron con ideas como la del prana y los nadis, intentaron comprenderlas como una especie de entidades físicas. En particular, se intentó conjugar los nadis con los nervios, pero fue en vano; no se encontró ninguna correspondencia.

Los chinos han desarrollado una medicina muy sofisticada, la acupuntura, que se basa en la idea del flujo del *chi* a través de unos canales llamados meridianos. Estos canales tampoco se corresponden con el sistema nervioso. Existen suficientes similitudes entre estos meridianos y los nadis del sistema indio (aunque la correspondencia entre ambos, curiosamente, no es única) como para sugerir que el chi es similar al prana, los modos de movimiento del cuerpo vital.

El periodista Bill Moyers hizo una serie de televisión para el Public Broadcasting Service en la que había una sección magnífica referente a la medicina china y el misterio del chi. En una de las emisiones, y como respuesta a la pregunta de Moyers de «¿Cómo sabe el médico que está acertando en el punto (de acupuntura) correcto?»,

David Eisenberg, un aprendiz norteamericano de medicina china, respondía:

Es algo que resulta increíblemente difícil de hacer. El médico le pregunta al paciente si siente el *chi*, y si tiene alguna sensación. Así es como lo sabe. Pero el médico también tiene que sentirlo. Mi profesor de acupuntura decía que es como pescar. Tú tienes que percibir la diferencia entre los minúsculos mordisqueos del pez y la mordedura clara de la carnada (Moyers, 1993).

Pero hacen falta años para aprender a sentir el chi de otra persona. El chi se siente internamente, y normalmente no forma parte de nuestra realidad compartida. El modo en que el acupuntor comparte la experiencia del chi de un paciente se parece mucho a la telepatía mental.

Para mí, el punto más interesante del programa de Bill Moyers tuvo lugar cuando un maestro de *qi gong* demostró cómo controlaba su campo de chi (y presumiblemente el de los demás), campo que otras personas no podían penetrar ni con todo su poderío físico. Atacaban a este anciano y menudo maestro con todas sus fuerzas, pero se veían repelidos por una fuerza invisible sin que hubiera ningún tipo de contacto físico. ¿Estaría repeliendo el maestro a sus atacantes mediante algún tipo de control de sus campos de chi? Sin duda, ésa era la impresión. El *qi gong* es una forma de arte marcial diseñado para aprender a controlar el flujo del chi en el cuerpo vital. Y el *tai chi* es una especie de danza que tiene el mismo objetivo.

El sistema japonés del aikido está diseñado, igualmente, para aprender a controlar el movimiento del *ki*, que es la palabra japonesa que designa los modos de movimiento del cuerpo vital.

Me gustaría hablarle de mi primera experiencia directa del chi (o prana, o ki). Tuvo lugar en 1981. Me habían invitado a dar una charla en un taller que dirigían John y Toni Lilly en el Instituto Esalen, en el Big Sur, California. Por entonces era muy popular el gurú indio Bhagwan Shri Rajneesh, y una mañana me sumé a una meditación «dinámica» con una cinta de música de Rajneesh, que consistía en sacudir primero el cuerpo vigorosamente, bailar después una danza lenta y fi-

nalizar con una meditación sentada. Hice bastante ejercicio sacudiendo el cuerpo, algo que me resultó extrañamente vigorizante. Cuando la música cambió para indicar el inicio de la danza lenta, se nos dieron instrucciones para que bailáramos con los ojos cerrados, cosa que me resultó sumamente agradable.

Pero tropecé con alguien y abrí los ojos, y... ¡vaya!, me encontré con un par de senos de mujer delante de mis narices. Por entonces, el tema de la desnudez me ponía un tanto tenso (aquella era mi primera visita a Esalen), de modo que cerré los ojos inmediatamente. Por desgracia, cerrar mi cuerpo mental era otro asunto muy diferente. De modo que la imagen mental de aquellas tetas dando saltos, con la vergüenza que sentí después y, además, el miedo a tropezar con cualquier otra persona, me tenían muy ocupado.

Cuando terminó la danza lenta, me sentí muy aliviado. Me senté para meditar, y pude concentrarme con facilidad. Fue en ese momento cuando sentí una potente corriente que se elevaba a lo largo de mi espina dorsal, desde la parte inferior de mi espalda hasta la zona de la garganta. Me resultó sumamente refrescante, pura gloria.

El posterior análisis indicó que aquello había sido un flujo de prana, llamado a veces el ascenso de la *kundalini shakti* (*kundalini* significa enroscada, y *shakti* significa energía; así, la *kundalini shakti* significa prana o energía vital enroscada), si bien había sido un ascenso parcial. En años posteriores, he estado en talleres (en concreto, en uno que dio el médico Richard Moss) en los que he experimentado profundos flujos de prana por todo el cuerpo. Y, recientemente, he estado practicando mucho para estabilizar mi experiencia del prana.

Mi experiencia no es única. Muchas personas tienen experiencias del flujo del prana o chi, o bien del ascenso de la *kundalini*, y actualmente es uno de esos fenómenos anómalos que la vanguardia de la investigación médica está estudiando intensamente, tanto en este país como en otros muchos. (Lea, por ejemplo, Greenwell, 1995, y Kason, 1994.)

Pero volvamos a la teoría. ¿Se pueden describir los modos de movimiento del cuerpo vital (prana, chi o ki) como ondas de posibilidad cuántica de un medio infinito subyacente del mundo vital? Evidentemente, por cuanto tanto el sistema chino como el indio hablan

de la existencia de senderos o canales para el flujo de la energía vital, energía vital que debe ser más localizable que su homóloga mental. Sin embargo, dese cuenta de que los senderos indios de los nadis no se corresponden exactamente con los meridianos chinos, hecho que se puede entender si tenemos en cuenta que la localización de estos canales no se da como algo concreto; de manera que existe una posibilidad para la validez del principio de incertidumbre aquí. Por otra parte, en la medicina china, el chi se contempla siempre en términos de dos conceptos complementarios, el yin y el yang. Así, tanto la incertidumbre como la complementariedad prevalecen en los movimientos de la energía vital, apuntando claramente a su naturaleza cuántica.

Ya he comentado que la energía vital se experimenta en el interior, al igual que la mental, si bien estos modos son menos sutiles (es decir, son más localizables) que los mentales. Y esto es una confirmación más de la acción del principio de incertidumbre de estos modos. Por tanto, asumiré que los modos de la energía vital, al igual que los modos mentales, se pueden describir como ondas de posibilidad cuántica en el océano de la incertidumbre del mundo vital.

Si vemos que, al igual que el pensamiento, el movimiento del prana exhibe tanto condicionamiento como creatividad, tendremos un apoyo adicional a la suposición cuántica. Y lo cierto es que el flujo pránico tiene aspectos condicionados que resultan bastante familiares. Cuando usted se siente enamorado, las sensaciones que percibe en la región del corazón son movimientos condicionados del prana. Cuando está tenso y nervioso, el nudo que usted siente en el estómago o alrededor del estómago es otro ejemplo de este movimiento condicionado. Del mismo modo, es un movimiento condicionado de prana la sensación de asfixia en la garganta que siente todo aquel que se pone a cantar en público por primera vez. Los puntos donde sentimos los movimientos condicionados del prana se denominan «chakras» en la literatura sobre el tema, según la cual existen siete chakras principales (fig. 6.2) (Goswami, 2000). Por otra parte, el ascenso de la kundalini del que hablábamos antes supone un movimiento creativo del prana, ya que rompe la homeostasis del condicionamiento pránico y es la fuente de todo salto creativo que el ascenso de la kundalini suele iniciar.

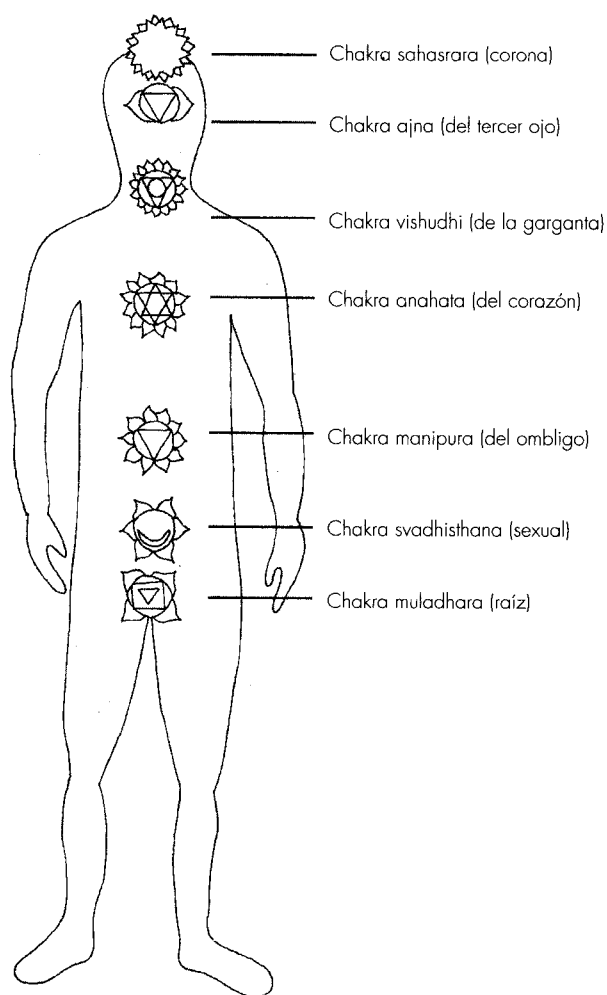


Fig. 6.2. Los chakras. Sentimos las emociones en las áreas en las que se localizan estos puntos del cuerpo físico. Los chakras representan los lugares del cuerpo físico donde se hacen las representaciones (los órganos) de los moldes del cuerpo vital para la elaboración de las formas biológicas, o morfogénesis.

Antes hablé de los maestros de qi gong. Las investigaciones científicas en china indican que estos maestros son capaces de producir

reacciones bioquímicas en cultivos de células *in vitro* con su campo de chi.

Si proyectan un chi sereno y apacible, favorecen el crecimiento y la respiración de las células de los cultivos; y ocurre lo contrario cuando proyecta un chi destructivo, ya que se reduce el índice de reacciones bioquímicas de los cultivos de células (Sancier, 1991). Esto sugiere que el movimiento del chi es no-local y, por tanto, cuántico.

Gracias a la actual popularidad del yoga, del tai chi y del aikido en Occidente, el cuerpo vital y sus modos de movimiento resultan un poco más familiares para la psique popular. Pero no vaya usted a creer que la idea de un cuerpo vital es una idea «oriental»; nada de eso. En un famoso poema del poeta romántico inglés William Blake, se dice: «La energía es deleite eterno». Blake no se refería a la energía física. Se refería a la energía vital, pues conocía el chi.

Jesús dijo: «La casa de mi Padre tiene muchas mansiones». Él sabía que tenemos más de un cuerpo. Según la Kabbalah, la manifestación divina del uno (Ain Sof, o cuerpo de gloria) en la multiplicidad se realiza a través de cuatro mundos, todos los cuales trascienden lo físico: *Atziluth*, el mundo del pensamiento puro (los arquetipos o temas); *Briah*, el mundo que da creación a su significado; *Yetzirah*, el mundo de la formación, o de los campos morfogenéticos; y, por último, *Assiah*, el mundo de la manifestación (fig. 6.3) (Seymour, 1990). Sería sensato pensar que no sólo tenemos un cuerpo físico, sino un cuerpo en cada uno de estos mundos.

Pero el prejuicio de nuestros tiempos, gracias a nuestras lumbresas materialistas, es que la mente es el cerebro, aunque las dos cosas se experimenten de un modo bastante diferente. De forma similar, cuando surge la cuestión de si la vida es completamente química, esperamos que los bioquímicos materialistas y los biólogos moleculares resuelvan el asunto. Pero, en realidad, estos temas están muy lejos de estar resueltos.

La filosofía de «la mente es el cerebro» no explica el aspecto más simple y directo de nuestra experiencia, a saber: ¿por qué la mente se experimenta internamente, de un modo no compartible, en tanto que el cerebro se puede experimentar desde el exterior? Con la ayuda de

un instrumento, como el de la tomografía por positrones, cualquiera puede ver lo que está sucediendo aquí (Posner y Raichle, 1995). Nosotros modelamos los aspectos condicionados de la mente con nuestros ordenadores y pensamos que el ordenador (el cerebro) es todo cuanto existe en lo referente a la mente, evitando el estudio adecuado de la creatividad, la telepatía y la espiritualidad, es decir, los aspectos de la mente cuántica.

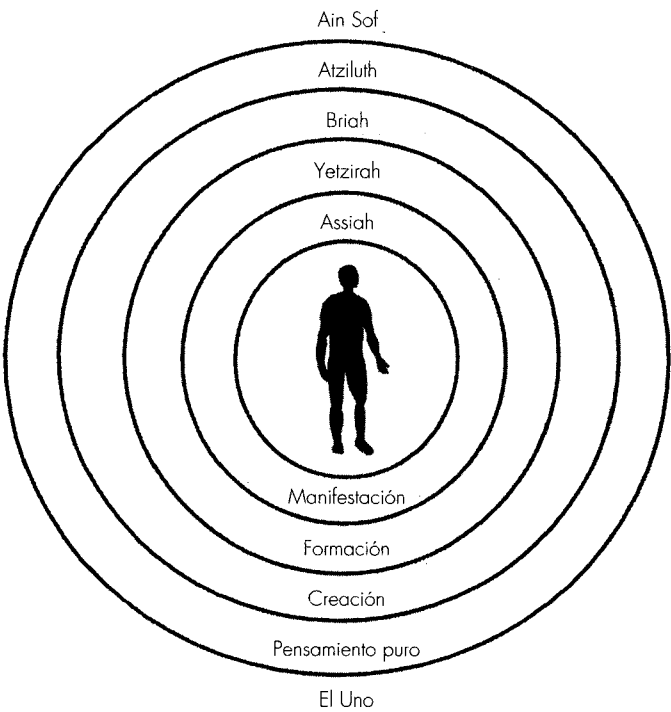


Fig 6.3. Los cinco mundos de la Kabbalah. *Ain Sof* es el fundamento del ser. *Atziluth* representa el mundo del pensamiento puro o de los arquetipos del pensamiento. *Briah* representa la creación (del pensamiento). *Yetzirah* representa la forma (biológica) y *Assiah*, la manifestación de la forma.

Dependemos de nuestra creatividad para escribir programas innovadores que nos permitan lograr nuestro propósito con los ordenadores. ¿Existen evidencias de una creatividad similar y de un programador en

la evolución de la vida? Sí, existen repetidas evidencias. Todos los grandes cambios en complejidad, como la transición de los reptiles a aves, o de los primates a seres humanos, no se pueden explicar mediante un mecanismo darwiniano de variación/selección gradual. Más bien, estos hechos demuestran el salto cuántico de una consciencia creativa que elige entre muchas variaciones potenciales simultáneas (Goswami, 1994, 1997, 2000). Los «signos de puntuación» en la evolución, las evidencias fósiles de períodos de cambio muy rápido, son las evidencias de estas intervenciones creativas (Eldredge y Gould, 1972).

Cuando estudiamos los movimientos condicionados y programados de los procesos vitales de una célula, la química nos ofrece buenas explicaciones, y nos quedamos tan satisfechos, pensando que todo en la vida es química. Pero la filosofía de que la vida es química ni explica la creatividad en la evolución ni explica cómo un embrión unicelular se convierte en una forma adulta compleja cuya integridad es parte vital de la definición del organismo (Sheldrake, 1981).

Los cinco cuerpos de la consciencia

Revisemos la situación en lo relativo a la pregunta de: ¿tenemos algún cuerpo más, además del físico? Ya hace tiempo que los filósofos vienen indicando que los contextos de movimiento en los dominios físicos (espacio, tiempo, fuerza, momento, energía y demás) son bastante diferentes de algunos de los contextos importantes para la vida, como la supervivencia, el sustento y la reproducción, además de ser completamente inadecuados para captar su esencia. Una roca no intenta conservar su prístina integridad de forma cuando se la bombardea con barro, que se adhiere a su superficie. Pero arrójele el barro a su gato y verá su reacción.

Existen sistemas inanimados autosostenidos con reacciones químicas cíclicas que pueden continuar sus reacciones indefinidamente, pero no existe un propósito en esa autosustentación. Por otra parte, los sistemas vivos, particularmente los sistemas vivos avanzados, viven su vida con un orden del día muy claro. Se puede decir que el incendio de unos matorrales se reproduce cuando se extiende, pero este

tipo de reproducción carece del propósito evolutivo que forma parte del orden del día de un ser vivo.

Y después tenemos los contextos de movimiento físicos, mentales y vitales que se manifiestan en emociones como el deseo. ¿Puede usted imaginar a la materia física inanimada impulsada por el deseo?

Además, tenemos contextos mentales del movimiento del pensamiento, como la reflexión y la proyección, y, por último, contextos mentales/supramentales como el amor y la belleza, que están muy lejos de los contextos de movimiento físico como la fuerza y el momento. Usted puede describir como algo hermoso los remolinos que hace un río, o el juego de colores de las nubes durante una puesta de sol, pero la belleza está por completo en su mente.

Y aún es mayor la diferencia en nuestra experiencia de lo físico y lo mental o lo vital. Los objetos físicos de nuestra experiencia se nos aparecen como algo externo; forman parte de una realidad material compartida. Entre ellos se encuentran nuestros propios cuerpos físicos, que tanto nosotros como los demás podemos ver, tocar, sentir. Pero no ocurre lo mismo con lo mental. Experimentamos los pensamientos como algo interno y privado; normalmente, nadie más puede percibirlos. Del mismo modo, la sensación que usted tiene de «estar vivo» después del ejercicio físico y de una ducha, una sensación que en Oriente dirían que está conectada con el flujo del prana en su cuerpo vital, es normalmente una sensación privada. La excepción tiene lugar cuando la no-localidad cuántica conecta a dos personas, como en el caso de la telepatía.

El caso de las emociones resulta interesante porque, en nuestra experiencia de las emociones, podemos ver con claridad que los tres «cuerpos» (el físico, el mental y el vital) se ven involucrados en la experiencia. Observe cómo difiere la expresión de la experiencia de la emoción en cada uno de estos tres cuerpos. Las señales físicas de la emoción están a la vista de todos, o se pueden medir con el instrumental adecuado: usted se ruboriza, la presión sanguínea se eleva, etc. Existe una cháchara mental que nadie más puede escuchar. Y también hay un flujo vital de chi, que es bastante diferente de los aspectos físicos y mentales de la emoción, y que puede sentir dentro si presta atención, pero que sigue siendo privado y es mucho más difícil de controlar que las señales físicas.

Los materialistas teorizan que los aspectos y los atributos de la vida y de la mente emergen del movimiento de las moléculas en cierto nivel de complejidad. Pero esta idea sigue siendo algo completamente promisorio. En cambio, la idea de un cuerpo mental aparte tiene sentido incluso desde una visión superficial en nuestra experiencia directa. Las imágenes de la televisión no son más que el movimiento de electrones; sin embargo, nos dicen algo porque nosotros le damos un significado a esos movimientos. ¿Cómo lo hacemos? Utilizamos las imágenes mentales para darle un sentido al movimiento físico de electrones que tiene lugar en la pantalla (Sperry, 1983). Sin duda, estos estados mentales se pueden rastrear y trazar en nuestro cerebro ahora. Pero, ¿de dónde procedían originariamente?

De igual modo, los estados del cuerpo vital manifiestan los contextos del movimiento de la vida; como, por ejemplo, en la estructura de los campos morfogenéticos para el desarrollo de la forma adulta a partir del embrión. Cuando la consciencia colapsa el estado físico (celular) paralelo del cuerpo físico, precipita una memoria física (una representación) del estado del cuerpo vital. ¿Acaso no es así como utiliza usted su ordenador? Usted comienza con una idea en mente, y hace una representación de su idea mental en el cuerpo físico del ordenador. Ahora se puede decir que el ordenador ha hecho una representación simbólica de su estado mental.

Otra persona podría llevar a cabo una conversación con los mapas informáticos de sus procesos mentales y podría encontrarlos bastante mentales, bastante satisfactorios. Sería como conversar con el personaje de Data, el humanizado robot de *Star Trek: La siguiente generación*, cuyas respuestas ricas en datos proceden de unos programas incorporados que reflejan los procesos mentales de su creador. Pero no hace falta asumir que Data tiene estados mentales o que tiene la experiencia de lo que está hablando ni que lo comprende.²⁶ Para tener estados mentales, Data necesitaría acceder a un cuerpo mental, y para la experiencia

26 Este punto lo recalca muy especialmente el filósofo John Searle, 1992. Véase también Varela et al., 1991.

y la comprensión necesitaría una conciencia consciente,²⁷ tendría que ser un dispositivo de medida cuántica autorreferencial.²⁸

En la trama de la serie de *Star Trek: la siguiente generación*, Data intenta una y otra vez conseguir que le implanten un chip que le daría la capacidad de las emociones (en uno de los episodios incluso consigue que se lo implanten). Un chip de las emociones puede permitirle captar el componente mental de la emoción, pero no es éste el modo en que la naturaleza programa el cuerpo vital en el físico. Las funciones vitales están programadas como un conglomerado de células vivas que llevan a cabo la función vital que el conglomerado representa, y las emociones se sienten (en los previamente mencionados chakras) en conexión con estos órganos (Goswami, 2000). Por otra parte, la experiencia de la emoción precisaría de un cuerpo vital y un cuerpo mental, y, lo más importante, de la conciencia, para mediar y coordinar el movimiento de los tres cuerpos y experimentar la emoción.

Así pues, tiene perfecto sentido postular la existencia de un cuerpo vital y un cuerpo mental diferenciados que manifestarían los contextos vitales y mentales de la vida y de los procesos mentales en contenido, y de una conciencia que utiliza estos estados para reflejar los estados correspondientes en el cuerpo físico y el cerebro, del mismo modo que creamos *softwares* informáticos para reflejar funciones mentales (los programas que crean los investigadores de la inteligencia artificial) en el *hardware* del ordenador.

Esto nos lleva a la cuestión de la naturaleza cuántica del intelecto supramental o cuerpo temático, el cuerpo de contextos, los contextos de los otros tres cuerpos, el físico, el vital y el mental. El cuerpo supramental es el más sutil de los cuerpos sutiles, tan sutil que aún no he-

27 *Conscious awareness*, en el inglés original. Aunque pueda sonar redundante, este término, que se repite en más ocasiones a lo largo del libro, tiene pleno sentido en contraposición a la conciencia inconsciente, que sería el estado del ser durante el procesamiento inconsciente de los estados creativos de los que habla el autor. A lo largo de todo el libro, hemos traducido la palabra inglesa *awareness* por «conciencia», mientras que *consciousness* la hemos traducido como «consciencia», con «s». (N. del T.)

28 Este punto también lo comparte el científico informático Subhash Kak, en comunicación privada con el autor. Véase también Kak, 1995.

mos llegado al punto evolutivo en el cual podamos reflejarlo directamente en el cuerpo físico. Pero disponemos de las evidencias del colapso discontinuo de lo supramental en la creatividad fundamental, así como en las evidencias de su no-localidad.

En el capítulo 4, introduje el concepto de mónada como el cuerpo de contextos en el que vivimos, lo cual sería el equivalente del cuerpo del intelecto supramental del que hablamos ahora. Para meternos de lleno con el tema de la supervivencia y la reencarnación, tenemos que generalizar ahora el concepto de mónada hasta incluir en él también el cuerpo vital y el cuerpo mental. Y para eludir el dualismo, tenemos que reconocer la naturaleza cuántica de la mónada.

Tanto el cuerpo físico como la mónada cuántica (que podemos verla ahora como el conglomerado del cuerpo del intelecto supramental, el cuerpo vital y el cuerpo mental) están arraigados como posibilidades en el cuerpo de gloria de una consciencia trascendente. La manifestación de la posibilidad en actualidad es sólo una apariencia (véase el capítulo 7). En última instancia, sólo existe la consciencia, y no hay dualismo alguno.

El lector perspicaz se habrá dado cuenta de que, en este capítulo, hemos utilizado las ideas de los mundos sutiles (vital, mental, intelectual) y los cuerpos sutiles indistintamente; pero es que aún no hemos demostrado con detalle cómo adquirimos cuerpos sutiles individuales sin caer en el dualismo. Esto lo haremos en el capítulo 7.

¡He aquí que estamos extendiendo el campo de la ciencia!

Cuando hablo con personas que no son científicos acerca de los cuerpos sutiles, suelen hacerse la pregunta: ¿y por qué no puede haber sustancias cada vez más sutiles, hasta el infinito? Cuando el cuerpo físico evoluciona hasta un nivel de complejidad adecuado, se pueden reflejar en él las funciones vitales y las funciones mentales del mundo vital y del mundo mental; así es como la vida y la mente evolucionan en el mundo físico. Pero, ¿podría la evolución futura de seres biológi-

cos más complejos permitir el reflejo de mundos aún más sutiles que el mental? Evidentemente, no podemos saber la respuesta a esta pregunta, pero la menciono con la idea exclusiva de señalar que los no científicos están bastante dispuestos a ponderar los cuerpos sutiles y sus ramificaciones. (Yo creo que el ser humano tiene que dar, al menos, un paso evolutivo más: el paso que nos permitirá reflejar el intelecto supramental en el cuerpo físico.)

También sé por experiencia que en torno a la medianoche, especialmente bajo el cielo abierto y con un poco de espíritu (de naturaleza alcohólica) en sus tripas,²⁹ hasta los científicos más duros se hacen un poquito espirituales. En esos momentos, la idea del espíritu y de sus cinco cuerpos puede tener sentido para ellos. Hasta de Freud se dice que le admitió esto a un amigo: «Me he pasado la vida en el sótano del edificio. Tú dices que, cambiando el punto de vista, se puede ver una escena más elevada, en la que viven huéspedes distinguidos como la religión, el arte, etc. Si tuviera ante mí toda una vida para trabajar, no me cabe ni la menor duda de que encontraría espacio para estos nobles huéspedes en mi pequeña casa subterránea».

Pero el problema llega con la luz del día. Alentados por la sólida ilusión de la realidad material matutina que les rodea, estos científicos duros profesan una descreencia total en cualquier cosa salvo en la materia, y se comportan como si la existencia de sustancias que no sean la sustancia física les perturbara en su sensibilidad científica hasta extremos indecibles. ¿Puede el concepto del cuerpo sutil competir con el intenso carácter persuasivo de la realidad material sólida?

Lo primero que tiene que comprender usted en este punto es que palabras tales como «sustancia» o «cuerpos» tienen un significado muy diferente en la mecánica cuántica del significado que tienen en la mecánica clásica newtoniana. Y esto es aplicable incluso a los objetos de la física cuántica. «Los átomos no son cosas», dijo Werner Heisenberg, el codescubridor de la mecánica cuántica. La «cosidad» de nuestro familiar macromundo surge debido a que los grandes o enormes

29 El autor hace un juego de palabras con el término *spirit*, «espíritu». En inglés, el término de los licores en general es *spirits*. (N. del T.)

macro-objetos camuflan su no-cosidad cuántica;³⁰ sus ondas de posibilidad se extienden, aunque muy lentamente. Pero, en realidad, como ha recalcado el físico Casey Blood, hasta el macromundo que observamos a diario es el resultado directo de la interacción de la consciencia con las funciones de onda matemáticas de potencia (Blood, 1993).

Convendrá abandonar la connotación subjetiva cartesiana del cuerpo mental (y del vital) y reconocer que, en la tradición oriental, como ya se aclaró arriba, estos cuerpos se definen objetivamente (sólo su experiencia es subjetiva). En consonancia con esa tradición, yo postulo que la sustancia vital, la mental y la supramental obedecen también a la dinámica de probabilidades cuánticas descriptibles mediante las matemáticas objetivas. El físico Henry Stapp coincide en parte conmigo. «No existe una razón intrínseca de por qué las cualidades sensibles y las “ideas de los objetos” directamente cognoscibles no se pueden representar en una forma matemática precisa», escribió en cierta ocasión (Stapp, 1996). ¿Existe alguna matemática que describa los movimientos mentales de significado y los movimientos vitales de sensación? Las tradiciones espirituales hablan de geometrías sagradas de significado, de modo que quizás deberíamos prestar más atención a tales cosas. Pero, en realidad, el trabajo científico en esta dirección ya ha comenzado.³¹

Cuando oímos hablar de otros mundos o cuerpos, o cuando pensamos en ellos, visualizamos estructuras como las de las cajas chinas dentro de cajas. De los cuerpos de los que hablan los Upanishads se hace referencia a veces como de *koshas* (fundas, vainas), evocando una imagen similar.³² Pero conviene que erradiquemos estos hábitos de

30 El autor hace un nuevo juego de palabras. En inglés, *nothing*, «nada», sería literalmente «no-cosa». En el punto señalado, el autor utiliza los términos *quantum nothingness*. Si le quitamos el guión a *nothingness*, sería «nada cuántica». (N. del T.)

31 Por ejemplo, el físico Saul-Paul Sirag está desarrollando un modelo de la mente basado en la teoría grupal, una rama de las matemáticas. Véase Mishlove, 1993.

32 Una referencia al *Taittiriya Upanishad* (Nikhilananda, 1964), donde apareció por primera vez la idea de los cinco cuerpos de la consciencia, demostrará que no es necesario interpretar los cuerpos como fundas. Estoy agradecido a Swami Dayananda Saraswati por la discusión que mantuvimos sobre este punto.

concepción. Los cuatro mundos cuánticos permanecen en potencia hasta que se manifiestan (como apariencia) en una medida cuántica. No hay sustancialidad en ninguno de estos cuerpos en el sentido de la física clásica; la consciencia les da sustancia a través de la manifestación. Dicho de otro modo, la experiencia de la solidez de una mesa sólida no es una cantidad intrínseca de la materia, sino el resultado de la interacción de las apropiadas matemáticas materiales con la consciencia. Del mismo modo, la experiencia del significado mental no es inherente a los objetos mentales, sino el resultado de su interacción con la consciencia.

Además, una medida cuántica precisa siempre de un cuerpo físico (véase el capítulo 7). Así, los mundos sutiles nunca se manifiestan en la experiencia sin un cuerpo físico encarnado, y se manifiestan como cuerpos que, normalmente, se experimentan de manera privada.

De este modo, tenemos un mundo físico, un mundo vital, uno mental y uno supramental en potencia, y la manifestación del cuerpo físico, del vital, del mental y del supramental sólo se produce con el colapso cuántico. La consciencia es la responsable de reconocer y elegir la actualidad manifiesta de entre todas las posibilidades físicas, vitales, mentales y supramentales que hay disponibles, y de experimentar esa actualidad momento a momento. Sólo esta experiencia es subjetiva y está más allá de cualquier tratamiento científico.

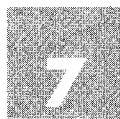
A despecho del auge de un monismo basado en la primacía de la materia, la idea de que necesitamos una sustancia mental explícita en los estados mentales para poder tener una mente ha sido suficientemente recalcada por muchos y grandes pensadores modernos, entre los cuales podemos citar al filósofo Karl Popper y al neurofisiólogo John Eccles (1976). Pero sus trabajos se han ignorado debido a que utilizaron el dualismo en su modelo. Con la ciencia dentro de la consciencia, con la idea de una consciencia que colapsa simultáneamente los estados paralelos de nuestros cuatro cuerpos paralelos, podemos conservar este punto de los dualistas, un punto válido, y evitar al mismo tiempo los problemas del dualismo. Y, muy importante, al plantear que los cuerpos sutiles son objetivos, abrimos la puerta de la ciencia a lo que, en la tradición occidental, se ha denominado «la mente de Dios».

Para aquellos que plantean la objeción de la navaja de Occam, la parsimonia de asunciones, frente a la proliferación de cuerpos con «sustancia» en los cuales se manifiesta la realidad, citaré a Einstein, que dijo: «Todo debería hacerse del modo más simple posible, pero no más simple que eso». También tendremos que reconocer que la consistencia interna, los experimentos objetivos y nuestras experiencias subjetivas son los árbitros finales de aquello en lo que vaya a creer la metafísica: en un monismo material o en un monismo basado en la primacía de la consciencia que permite cinco niveles diferentes (físico, vital, mental, supramental y gloria) de nuestra experiencia.

Una ciencia basada en la supremacía de la materia seguirá atascada en el cenagal de unas obstinadas paradojas (entre ellas, la paradoja de la medida cuántica), lo cual deja al descubierto la falta de consistencia interna de esta metafísica. Una ciencia dentro de la metafísica de la primacía de la consciencia resuelve estas paradojas, inclusive la paradoja de la medida cuántica. La presente teoría es la primera en indicar por qué experimentamos lo físico como externo/compartible y lo sutil como interno/privado, sin necesidad de quedarnos atascados en el dualismo. Esta teoría explica también la obstinada no-localidad de algunas de nuestras experiencias supramentales, mentales y vitales. Se trata de un genuino avance científico.

Postulando, de acuerdo con las tradiciones esotéricas, que no tenemos uno, sino cinco cuerpos que definen nuestra existencia, estamos ampliando el alcance de nuestra ciencia.³³ Pero volvamos ahora a nuestro tema principal: ¿de qué modo nos ayuda la existencia de estos cuerpos adicionales, de esta definición amplia de la mónada, en la pregunta fundamental de la reencarnación, a saber, *qué es lo que transmigra* de un cuerpo encarnado a otro para que podamos decir que estos cuerpos forman una continuidad, y cómo tiene lugar este proceso?

33 Para obtener un atisbo del alcance de esta ciencia ampliada, véase Goswami (en prensa).



La mónada cuántica

El filósofo alemán Arthur Schopenhauer creía en la reencarnación. Schopenhauer veía con claridad que la existencia de un recién nacido tiene su origen en una existencia agotada y fenecida de otro ser en otro tiempo. Pero también la veía como un enigma, pues decía: «Mostrar el puente entre estas dos (existencias) sería ciertamente la solución de un gran enigma». En este capítulo, construiremos este puente, un puente que se basa en el concepto de un nuevo tipo de memoria.

He dicho que los macrocuerpos de nuestro mundo físico tienen densidad porque sus ondas de posibilidad son lentas. Pero los macrocuerpos tienen una propiedad que incrementa su densidad. Debido a su complejidad, una vez se «excitan» mediante alguna interacción, precisan de mucho tiempo para recobrar su estado normal «de base»; dicho de otro modo, tienen un tiempo largo de regeneración. Esto permite que los macrocuerpos hagan recuerdos o registros que son prácticamente permanentes, que parecen irreversibles; un ejemplo de ello son las cintas de grabación de audio o de vídeo. A esto lo denomino «memoria clásica», por cuanto lo único que uno necesita comprender es la física clásica. Pero una importante diferencia entre la sustancia física y las sustancias sutiles es que las sustancias sutiles no forman memoria clásica, para la cual se necesita la densidad del macrocuerpo.

¿Acaso alguno de nuestros cuerpos, a excepción del cuerpo físico, forma algún tipo de memoria? Se trata de una pregunta importante, porque, si los cuerpos sutiles pueden transportar algún tipo de identidad de experiencia vivida de una encarnación a otra, tendríamos

aquí su prueba esencial. El Brahmán, el cuerpo de gloria, está constituido por todas las criaturas, grandes y pequeñas; dentro de él tienen lugar las manifestaciones, aunque no le afectan. Pero, ¿qué pasa con el componente del intelecto, con el componente mental y el vital del cuerpo sutil?

Tanto budistas como hindúes tienen en su haber el postulado de que la reencarnación porta las tendencias y los hábitos aprendidos de una existencia a otra. Los budistas le llaman a estas tendencias y hábitos *sanskaras*, y los hindúes le llaman *karma*. Pero incluso estas antiguas tradiciones se quedan cortas a la hora de sugerir un mecanismo para la transferencia de tendencias, y esto es lo que nuestra ciencia dentro de la consciencia puede aclarar.

En cada medida cuántica en la que nos vemos involucrados como observadores, la consciencia no sólo colapsa la onda de posibilidad del objeto externo de nuestra observación, sino también la onda de posibilidad cuántica del cerebro que nos da la autorreferencia. El colapso cerebral trae consigo también la elaboración de memoria clásica. Se trata del contenido de la memoria, que es algo muy similar a una cinta de audio o vídeo, aunque en aquel caso puede ser holográfica, como ha sugerido el neurofisiólogo Karl Pribram,³⁴ y contribuir a la historia personal con la cual nos identificamos. Por ejemplo, yo soy Amit Goswami, nacido en Faridpur, en la India, educado en Calcuta, me trasladé a Estados Unidos siendo joven, etc.

Pero hay otro tipo de memoria, una memoria más sutil, que está relacionada con las medidas cuánticas. La memoria clásica que se construye con cada medida cuántica se vuelve a representar cada vez que aparece un estímulo similar. Debido a la repetición de las medidas de un sistema cuántico limitado (es decir, no sólo se mide el estímulo, sino también la nueva representación de la memoria), la ecuación matemática del sistema adquiere lo que se ha dado en denominar no-linealidad. Éste otro tipo de memoria, que tiene que ver con esta no-linealidad, se debe a la retroalimentación de la memoria.

34 Sin embargo, las leyes conocidas de la física no permiten que una memoria de este tipo sea completamente irreversible.

No se deje intimidar por términos matemáticos como no-linealidad y con lo que eso significa; déjeselo a los matemáticos. Simplemente, estoy preparando el contexto para que usted pueda apreciar la historia de descubrimiento que expongo más abajo. Las matemáticas cuánticas ordinarias, desprendiéndose de su carga gracias a la no-linealidad, nos ofrece las ondas de posibilidad y la libertad para elegir entre distintas posibilidades. En 1992, un atisbo repentino me convenció de que la no-linealidad de las matemáticas cuánticas del cerebro con la retroalimentación de la memoria es la responsable de una pérdida de libertad de elección; dicho de otro modo, lo que los psicólogos llaman condicionamiento. Pero, ¿cómo demostrarlo? La solución de las ecuaciones no-lineales es notablemente difícil, incluso para los matemáticos.

Una tarde, yo estaba ponderando este problema mientras me tragaba un vaso grande de Pepsi *diet* en la «pecera» (llamada así porque está rodeada de paredes de cristal), el edificio de la unión de estudiantes de la Universidad de Oregón, cuando un estudiante graduado en física, Mark Mitchell, vino y me dijo:

—Se le ve muy turbado. ¿Qué le ocurre?

A lo que respondí:

—¿Cómo se puede ser feliz cuando se tiene una ecuación no-lineal por resolver?

Nos pusimos a hablar y yo abundé en las quejas acerca de las dificultades de resolución de las ecuaciones no-lineales. Y Mark, echando un vistazo a mi ecuación, dijo:

—Yo sé cómo encontrar una solución. Se la traeré mañana.

No me sorprendió que Mark no apareciera al día siguiente. En mi profesión, uno aprende a aceptar las limitaciones del entusiasmo de la juventud. De modo que mi sorpresa fue doble cuando Mark llegó con la solución al otro día. Había todavía pequeños fallos técnicos, pero nada que no se pudiera resolver (en esto, mi mayor experiencia salió a relucir), y la solución fue genuina. ¿Que qué descubrimos con esto? Pues que, cuanto más cargada está nuestra memoria y sus reposiciones, más limitada será nuestra libertad de elección. Ante cualquier estímulo que nos hayamos encontrado previamente, se incrementa la

probabilidad de que respondamos del mismo modo en que respondimos con anterioridad (Mitchell y Goswami, 1992). Ésta, evidentemente, es una propiedad de la memoria que nos es bien conocida; el recuerdo incrementa la probabilidad del posterior recuerdo. Pero la tendencia hacia el comportamiento condicionado no se halla en la memoria en sí misma, que es física. Esta tendencia procede de la inclinación que puedan mostrar las probabilidades de esas posibilidades cuánticas que hemos actualizado y vivido en el pasado. El condicionamiento está contenido en las matemáticas cuánticas modificadas, en lo que yo llamo la memoria cuántica.³⁵

¡Pero cuidado, lector! Los objetos obedecen a las leyes cuánticas (se difunden en posibilidad, siguiendo la ecuación que descubriera Erwin Schrödinger), pero la ecuación no está codificada en los objetos. Del mismo modo, ecuaciones no-lineales apropiadas gobiernan la respuesta dinámica de los cuerpos que han experimentado el condicionamiento de la memoria cuántica, aunque esta memoria no esté registrada en ellos. En tanto que la memoria clásica se registra en objetos como una cinta de audio, la memoria cuántica es análoga a lo que los antiguos llamaban la memoria *akáshica*, la memoria escrita en el *akasha*, en el vacío... en ninguna parte.

Recordemos ahora que nuestras experiencias del mundo como observadores no sólo involucran al cerebro, sino también al cuerpo supramental, al mental y al vital. Al principio del capítulo, indiqué que los cuerpos sutiles no pueden elaborar memoria clásica como lo hace una cinta de audio. Ésta es una de las razones por las cuales estos cuerpos se denominan sutiles. Lo que tenemos que preguntarnos ahora es si pueden elaborar memoria cuántica.

Así, la memoria del cuerpo vital y del cuerpo mental es íntegramente memoria cuántica, que tiene lugar a través del condicionamiento de la estructura de posibilidad debida a la repetición de las expe-

35 El físico Howard Carmichael (en comunicación privada con el autor) ha demostrado, mediante cálculos estadísticos «Monte Carlo», que la solución de las ecuaciones no-lineales de Schrödinger para un fotón en una cavidad resonante adquieren también condicionamiento, proporcionando así una verificación independiente de la idea de la memoria cuántica.

riencias, y que es el resultado de la misma dinámica básica de la memoria cuántica del cuerpo físico. Con la repetición de experiencias, la memoria cuántica tiende a imponerse en cualquier respuesta ante cualquier estímulo; esto es lo que ocurre cuando decimos que nuestro cuerpo vital y nuestro cuerpo mental han adquirido carácter individual (fig. 7.1).

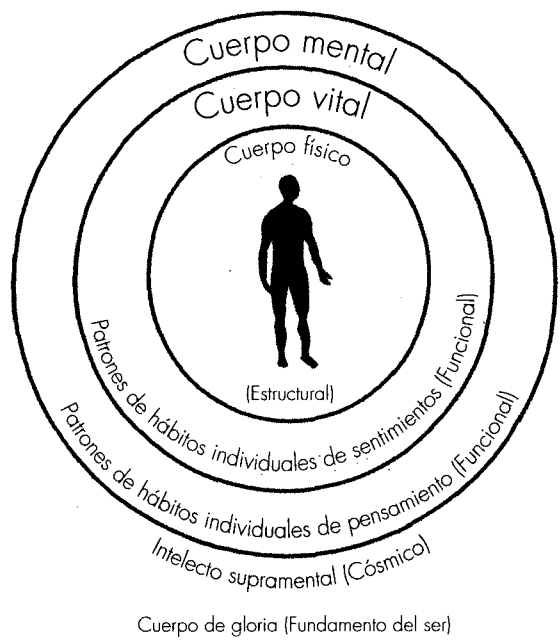


Fig. 7.1. La individualización del cuerpo vital y el cuerpo mental.

La identificación con este carácter mental y vital, y con la memoria clásica (la historia) registrada en el cerebro, da lugar al ego. Observe que, dado que lo supramental no se puede reflejar en lo físico, tampoco se puede condicionar. En otras palabras, no existe ningún componente supramental del ego. Curiosamente, los teósofos intuyeron esta distinción entre la parte supramental (lo que ellos llaman «mental su-

perior») y la parte mental-vital (lo que ellos denominan «mental inferior») del cuerpo sutil.

Estudiemos con atención el mensaje que se desprende de la figura 7.1. El núcleo de nuestra fijeza individual es el cuerpo físico, que tiene una estructura concreta. Después, vienen el cuerpo vital y el mental: aquí no hay una estructura individual, pero su fijeza procede de nuestra identificación con el patrón condicionado de hábitos que adquirimos para las respuestas vitales y mentales. Normalmente, cuando respondemos a situaciones emocionales, invocamos determinadas energías vitales (sentimientos). Pensamos en el carácter (como un matemático, como un artista, como un hombre de negocios, etc.) cuando resolvemos un problema. Así, nuestro cuerpo del intelecto supramental y nuestro cuerpo de gloria permanecen incondicionados y se comparten universalmente.

Los neurofisiólogos nos dicen que hay nada menos que medio segundo de demora entre el momento en que llega un estímulo y el momento en que damos una respuesta verbal (Libet et al., 1979). ¿Qué ocurre durante ese medio segundo? Cuando un estímulo llega por vez primera, disponemos de muchas posibles respuestas cuánticas ante él, y somos libres de elegir entre ellas. El evento correspondiente del colapso (vamos a llamarle evento de colapso primario) da lugar a la escisión de conciencia sujeto-objeto: el sujeto observa un objeto. Pero este sujeto tiene libertad de elección, no está limitado por las reposiciones de la memoria, no tiene un patrón de hábitos individuales de donde responder. Yo denomino a la experiencia de este sujeto experiencia del yo cuántico. Se caracteriza por la espontaneidad creativa. A partir de aquí, la memoria comienza a hacer reposiciones, y esto trae el condicionamiento.

La figura 7.2 muestra este hecho al comprometer la elección entre las imágenes del pasado (físico, mental y vital) y los nuevos modos de percepción, de significado y de sentimiento incluidos: la probabilidad de elección es más grande (indicada por una flecha más larga) para la imagen del pasado que para un nuevo modo. En el evento de colapso secundario que viene a continuación, es más probable que se colapse la imagen del pasado que una nueva percepción. Dado que el estímulo se filtra a través del reflejo repetido en el espejo de la memoria pasada,

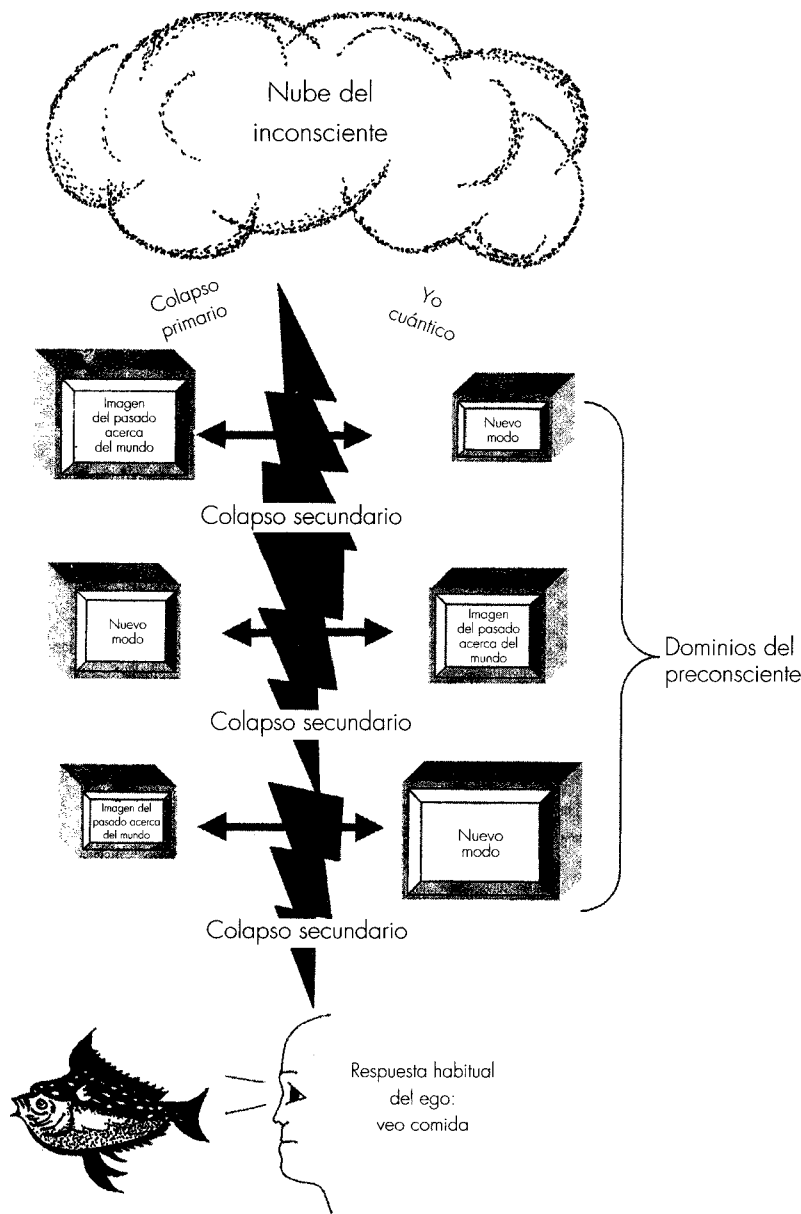


Fig. 7.2. Los dominios del ego, el preconsciente y las experiencias del yo cuántico.

los eventos de colapso secundarios mostrarán unas tendencias cada vez mayores a colapsar una imagen del pasado que a colapsar un nuevo modo de percepción.

Sin embargo, en estos estadios preconscientes, aún existe cierta libertad de respuesta. Si ejercitamos esta libertad, experimentamos nuestro yo cuántico. Pero, para cuando el medio segundo ha terminado y damos nuestra habitual respuesta verbal, es casi un ciento por 100 una respuesta condicionada. Si estoy mirando un pez (el estímulo), mi mente condicionada dice «comida», si acostumbro a comer pescado. Estoy respondiendo desde mi ego, de acuerdo estrictamente a los patrones condicionados de pensamiento y sentimiento.

Evidentemente, éste es un campo que debe de resultarle familiar. Usted se hace un peinado nuevo o se arregla bien para irse de cena con su marido; pero su marido llega a casa, la mira a usted pero no la «ve», y dice: «¿Qué hay para cenar?». Usted también debe de ser consciente de las diferencias cuando la respuesta procede del yo cuántico preconsciente: es alegre y espontánea, merecedora de las mejores galas.

Con una respuesta del ego firmemente establecida, existe también una continuidad en la respuesta. La discontinuidad de la respuesta creativa, disponible sólo en el yo cuántico, casi ha desaparecido.

Permítame que recalque una vez más que es mediante este procesamiento de memoria cuántica como desarrollamos un cuerpo mental y un cuerpo vital individuales (lo que llamamos intelecto individual es en realidad parte de la mente individual, porque el intelecto real es supramental, y no se puede reflejar directamente en el cerebro). Potencialmente, todos tenemos acceso al mismo mundo mental y al mismo mundo vital, que son estructuralmente indivisibles, pero desarrollamos diferentes propensiones y patrones de hábitos, que manifiestan las funciones mentales y vitales de manera individual. Así, nuestro cuerpo mental individual (que incluye al intelecto, en tanto que intuitivo y elaborado en lo mental) y nuestro cuerpo vital individual son cuerpos funcionales, y no estructurales, como ocurre con el cuerpo físico.

Ahora, veamos lo que sucede cuando morimos. El cuerpo físico muere, junto con todos los recuerdos de la memoria clásica, pero el

cuerpo sutil, la mónada, no tiene estructura; no hay nada ahí que vaya a morir. La mónada, con su memoria cuántica, con sus componentes condicionados mentales y vitales, sigue estando disponible en la forma de un conglomerado de posibilidades condicionadas vitales y mentales. Esta mónada con memoria cuántica, llamémosla mónada cuántica, es un modelo viable de lo que *El libro tibetano de los muertos* y otras tradiciones espirituales identifican como el alma que sobrevive.

Si alguien más en algún momento y lugar del futuro utiliza una mónada cuántica condicionada del pasado, los patrones vitales o mentales con los cuales responderá serán los de un patrón aprendido, el patrón aprendido de la mónada cuántica; y esto, aun sin la memoria clásica ni el condicionamiento previo en la vida actual. En principio, la utilización de tales mónadas cuánticas es algo que está a disposición de todo el mundo. Sin embargo, parece que ciertos individuos encarnados están vinculados a través de la no-localidad cuántica, pues tienen acceso a los acontecimientos de las vidas de los demás a través de una transferencia de información no-local (véanse los capítulos 4 y 5). Da la impresión de que estos individuos comparten la misma mónada cuántica en curso; son esas personas que podemos decir que son la reencarnación de otra. Las propensiones vitales y mentales de la vida pasada que uno hereda de este modo es lo que en la tradición hindú se denomina *karma*.

Así, la mónada, lo que sobrevive a la muerte del cuerpo material, forma un continuo con las encarnaciones físicas, porque porta, mediante sus cuerpos sutiles vital y mental, parte de la identidad individual (fig. 7.3); no es que porte los melodramas, ni tampoco el contenido del ego, sino el carácter, las tendencias mentales de pensamiento y las tendencias vitales de sentimiento, el repertorio aprendido (mentalmente) de contextos, así como las fobias, la evitación de determinados contextos, etc.; es decir, los patrones de hábitos, tanto los buenos como los malos, que denominamos karma. Debería quedar claro, pues, que los defensores de la idea del continuo vida-muerte tienen razón y, por tanto, que *El libro tibetano de los muertos* es correcto. ¡Hemos demostrado la validez de su punto esencial!

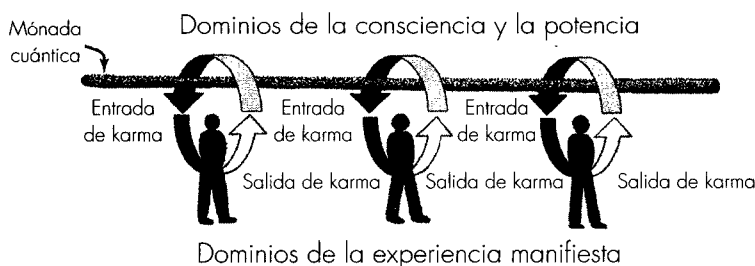


Fig. 7.3. La mónada cuántica y la rueda del karma.

La mónada no sólo es un tema colectivo, algo común a toda la humanidad, como ya sugerí en el capítulo 4. También es un tema individualizado, que posee memoria vital y mental, de la cual se han aprendido los contextos de una historia reencarnacional concreta, un aprendizaje que tiene lugar a través de la modificación de la dinámica cuántica del cuerpo vital y del cuerpo mental. Al nacer, la mónada persiste, con el karma adicional acumulado en esta vida.

Renee se enamora de Sam y aprende las lecciones del amor romántico (del amor expresado como un romance). El contenido (su historia concreta con Sam) se almacena en su cerebro, y no forma parte de la mónada cuántica. Pero lo aprendido acerca del amor romántico permanece, y es este aprendizaje mental el que pasa de una encarnación a otra. La totalidad de todos estos aprendizajes forma la memoria cuántica de la mónada cuántica.

¿Qué supone el aprendizaje de un contexto? Supone el salto cuántico hasta el intelecto supramental en una inspiración creativa, disponemos de un mapa mental momentáneo del nuevo contexto descubierto en la inspiración, para el cual el cerebro construye un recuerdo. Pero esto no altera sustancialmente las propensiones mentales existentes. Eso ocurre cuando vivimos la inspiración una y otra vez. La retroalimentación repetida de la memoria de contenido del cerebro en la dinámica de la experiencia genera memoria cuántica en el cerebro, así como en la mente. Entonces, lo único que podemos decir es que el contexto se ha convertido en un contexto aprendido de la mónada

cuántica. Y lo mismo se puede decir del componente vital de la mónada cuántica.

Para el viaje post mortem, la idea de una mónada cuántica que sobrevive a la muerte complementa a la consciencia no-local de la experiencia de la muerte elucidada previamente (véase el capítulo 4). El contenido vivido se transfiere entre encarnaciones a través de la ventana no-local; los contextos aprendidos y los patrones de hábitos se transfieren a través de los componentes vital y mental de la mónada cuántica. Como ya se explicó en el capítulo 5, actualmente disponemos de abundantes datos objetivos que atestiguan la validez de estas ideas (también, véase más abajo).

La jerarquía entrelazada: por qué es imposible una experiencia nueva sin un cuerpo físico

Cuando estamos vivos, disponemos de un dominio público de experiencia: el cuerpo físico. Pero también disponemos de un dominio privado: el cuerpo sutil de la mónada cuántica. Cuando morimos, el dominio público desaparece; pero, ¿por qué iba a desaparecer el privado, en tanto que la mónada cuántica sobrevive?

Muchas personas imaginan, de hecho, que la conciencia consciente en el cuerpo sutil es más luminosa, más lúcida, y que ofrece mayores oportunidades para ser creativo que cuando uno vive con un cuerpo denso. Algunos hindúes creen también que es posible desprenderse de karma, incluso esforzarse por alcanzar la liberación, mientras se encuentran en el cuerpo sutil, incluso sin un cuerpo físico. Y esto no sólo sucede con los hindúes. En una encuesta de Gallup, se encontró que un tercio de las personas adultas en Estados Unidos creían que crecerían espiritualmente en el Cielo (Gallup, 1982).

Las almas, vistas tal como se explica aquí, como mónadas cuánticas desencarnadas, no pueden tener conciencia sujeto-objeto, no pueden crecer espiritualmente en sentido tangible alguno, y no pueden liberarse mediante esfuerzo espiritual alguno en los cielos. Llevan consigo el condicionamiento y el aprendizaje de las encarnaciones an-

teriores, pero no pueden añadir ni quitar nada a ese condicionamiento con ulteriores esfuerzos creativos, que sólo se pueden llevar a cabo en conjunción con la forma terrestre. Los motivos de esto son sutiles.

Lo cierto es que el colapso de la onda de posibilidad precisa de una particular dinámica autorreferencial denominada jerarquía entrelazada (una circularidad de jerarquías, como se explicará más abajo), que sólo un cerebro material (o una célula viva y sus conglomerados) puede proporcionar.

Ya he mencionado que existe una circularidad, una ruptura de la lógica, cuando consideramos el papel del cerebro en relación con la medida cuántica y el colapso de la posibilidad cuántica. Innegablemente, el colapso crea al cerebro en el sentido de que es nuestra observación la que colapsa las posibilidades cuánticas del cerebro en actualidad. Por otra parte, ¿cómo podemos negar la posibilidad de que no haya colapso sin la presencia del cerebro sintiente de un observador? Esta jerarquía entrelazada caracteriza la medida cuántica en el cerebro.

Permítame que le ayude a comprender la diferencia entre una jerarquía simple y una jerarquía entrelazada. Considere la imagen reduccionista del mundo material. Las partículas elementales forman los átomos, los átomos forman las moléculas, las moléculas forman las células vivas, las células forman el cerebro, y el cerebro crea al observador/sujeto, usted o yo. En cada fase, la causa fluye desde el nivel inferior de la jerarquía hasta el nivel superior. Es decir, se cree que la interacción de los átomos es la causa del comportamiento de las moléculas, que la interacción entre las células (las neuronas) es la causa del comportamiento del cerebro, y así sucesivamente. En última instancia, las interacciones del nivel inferior, las partículas elementales, se cree que son la causa de todo lo demás. Esto es una jerarquía simple de causación ascendente.

Pero cuando decimos que las medidas cuánticas tienen lugar como resultado de nuestras observaciones, estamos violando las normas de una jerarquía simple. Estamos reconociendo que las partículas elementales, los átomos, y todo lo demás hasta llegar al cerebro, son ondas de posibilidad, no actualidad. Y nosotros, los observadores, somos los que elegimos (colapsamos) la actualidad de entre las distintas posibilidades. Estamos aquí debido al cerebro, sin duda; pero, sin noso-

tros, el estado del cerebro no dejaría de ser una posibilidad. Esto apunta a que en la medida cuántica del cerebro se da una jerarquía entrelazada fundamental.

Para comprender esto, considere la paradoja del mentiroso, la que se deriva de la frase «Soy un mentiroso». Fíjese que, en tanto que el predicado de la oración define al sujeto, el sujeto de la oración re-define al predicado; si yo soy un mentiroso, entonces estoy diciendo la verdad, pero entonces estoy mintiendo, y así indefinidamente. Esto es una jerarquía entrelazada, porque la eficacia causal no se halla por completo ni en el sujeto ni en el predicado, sino que fluctúa indefinidamente entre uno y otro. Pero el verdadero entrelazamiento de eficacia causal de la paradoja del mentiroso no está en la oración «Soy un mentiroso», sino en nuestra consciencia, en nuestro conocimiento de las normas de metalenguaje del inglés (Hofstadter, 1979).

Pruebe la paradoja con un extranjero; él le preguntará, «¿Por qué es usted un mentiroso?», sin percatarse del entrelazamiento, porque las normas del metalenguaje son oscuras para él. Pero una vez conocemos y acatamos estas normas de metalenguaje, si miramos la frase desde «dentro», no podremos escapar al entrelazamiento. Cuando nos identifiquemos con la frase, nos quedaremos enganchados: la frase es autorreferencial, puesto que habla de sí misma. Se las ha ingeniado para separarse del resto del mundo de discurso.

Así, el hecho de percatarnos de que la medida cuántica en el cerebro de un observador es un proceso de jerarquía entrelazada nos ayuda a comprender nuestra autorreferencia, nuestra capacidad para mirar el objeto (colapsado) de nuestra observación como algo distinto a nosotros, los sujetos. Observe también que esta escisión sujeto-objeto no es más que una apariencia. Después de todo, en la paradoja del mentiroso, la separación autorreferencial de la frase del resto del mundo de discurso no es más que una apariencia. Y lo mismo ocurre con la medida cuántica del cerebro. El sujeto (que colapsa, que elige, que observa, o mide, que experimenta) surge de manera conjunta y dependiente con la conciencia del objeto o los objetos que se observan y experimentan; surgen conjunta y dependientemente (como apariencia) a partir de una consciencia indivisa y trascendente, y de sus posibilidades.

La jerarquía entrelazada en el mecanismo cerebral de la medida cuántica es la responsable de la autorreferencia, de la apariencia de la escisión sujeto-objeto en la consciencia. Dado que nos identificamos con el yo (lo que yo llamo el yo cuántico) de esta autorreferencia, la apariencia asume el aura de realidad. Esta identificación es también la fuente de la aparente dualidad sujeto-objeto. Sin embargo, finalmente, nosotros, que somos la fuerza causal que hay tras el entrelazamiento de la frase autorreferencial, trascendemos la frase y podemos saltar fuera de ella. ¿Podremos también saltar fuera de nuestra separatividad autorreferencial de la realidad? Sí que podemos. A esto es a lo que se refieren conceptos tan exaltados como el moksha o nirvana.

La amplificación cuántica ordinaria en la que se utiliza un aparato de medida, como cuando observamos un electrón utilizando un contador Geiger, es una amplificación jerárquica simple. El sistema microcuántico que estamos midiendo (el electrón) y el macroaparato de medida (el contador Geiger) que estamos utilizando para la amplificación, para facilitar nuestra visión, son diferentes; es evidente qué es el sistema cuántico y qué es el aparato de medida. Pero en un sistema autorreferencial, sea un cerebro o sea una simple célula, esta distinción queda desdibujada, puesto que el supuesto procesador cuántico del estímulo y los supuestos aparatos amplificadores son del mismo tamaño.³⁶ Hay un proceso de retroalimentación y, en efecto, el procesador cuántico y los aparatos de amplificación «se miden» mutuamente, creando un bucle infinito, porque ningún número de tales «medidas» puede colapsar por sí mismo la actualidad a partir de la posibilidad, como sólo la consciencia puede hacer desde un nivel trascendente. Esto es una jerarquía entrelazada.

Es como la ilustración de Escher de las manos que se dibujan mutuamente (fig. 7.4), en la cual la mano izquierda dibuja a la derecha y la mano derecha dibuja a la izquierda. Pero lo cierto es que ninguna de ellas puede hacer el dibujo completo; el que se dibujen una a otra es sólo apariencia. Es Escher, desde fuera del sistema, el que las dibuja a ambas.

36 Este punto lo recalcó concretamente Stapp, 1993.

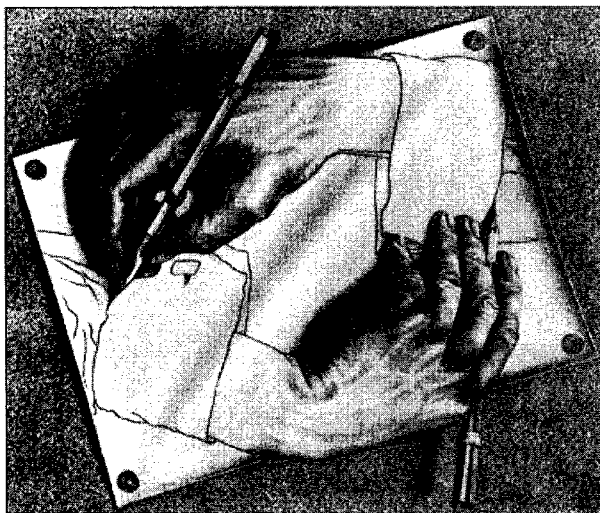


Fig. 7.4. «Manos dibujantes», de M. C. Escher. A partir de la realidad «inmanente» del papel, las manos se dibujan mutuamente; pero, desde el nivel trascendente inviolado, es Escher quien las dibuja a ambas.

Los cuerpos sutiles, supramental, mental y vital, no diferencian entre lo micro y lo macro; y, en efecto, esto hace posible precipitar una medida cuántica jerárquicamente entrelazada del cuerpo vital, el mental o el supramental por sí misma. Por tanto, sin jerarquía entrelazada, no hay colapso de posibilidades cuánticas.³⁷

Claro está, las ondas de posibilidad de los cuerpos vital, mental y supramental se colapsan cuando se vinculan con las ondas de posibilidad del cuerpo físico (incluso la vinculación con una única célula es suficiente para el colapso, si bien la representación de la mente en los organismos vivos es sólo indirecta hasta que se desarrolla el cerebro,

37 Se puede plantear la siguiente pregunta: ¿Puede el cuerpo físico por sí solo, si tiene incorporada una dinámica jerárquicamente entrelazada, precipitar el colapso autorreferencial sin formar equipo con un cuerpo mental o vital? ¡Quizás tengamos que construir un ordenador cuántico para encontrar una respuesta!

y el reflejo o representación de lo supramental está a la espera de una evolución posterior) en una caída en picado de la medida cuántica autorreferencial del último. Pero no hay un colapso de las ondas de posibilidad cuánticas de una mónada cuántica desencarnada sin la ayuda de un cuerpo/cerebro físico vinculado. En consecuencia, la mónada cuántica desencarnada está desprovista de cualquier experiencia sujeto-objeto. No podemos ser demasiado optimistas acerca de la posibilidad de desprendernos de karma mientras nos encontremos en el viaje post mortem. Quizás tengamos que conformarnos con una existencia menos melodramática.

(¿Le decepciona que no haya melodramas después de la muerte? Lo comprendo. En mi adolescencia, leí una maravillosa novela de un autor bengalí, Bibhuti Banerji, acerca de una historia de amor espiritual en el Cielo. Incluso llegué a fantasear con la idea de traducir el libro al inglés, de tan enamorado que estaba de su mensaje. ¡Supongo que la verdad es, en ocasiones, más decepcionante que la ficción!)

Si en la consciencia no-local del estado de muerte la persona moribunda reconoce la tenue luz de la consciencia pura del quinto bardo, la persona tiene una elección. Puede elegir entre reencarnar o bien asumir la forma de Sambhogakaya de la mónada cuántica y liberarse de las reencarnaciones humanas. Para tal persona, el único karma que queda es el del servicio gozoso a todos aquellos que lo necesitan. (¿Cómo puede tal persona prestar servicio? véase más abajo.)

En la tradición budista Mahayana, constituye un elevado ideal el hecho de no aceptar la salvación personal, sino permanecer en el servicio, ayudando a todos los seres humanos a llegar al nirvana. En la muerte, esto consiste en no ver deliberadamente la clara luz del cuarto bardo y optar en cambio por reconocer la tenue luz del quinto bardo. ¿A qué tanta prisa?

La comparación con los datos

Como ya mencioné en el capítulo 5, algunos de los datos acerca de la reencarnación constan de recuerdos de contenido de la memoria reen-

carnacional, para los cuales es suficiente la apertura de la ventana no-local del individuo. Pero existen también datos de transmigración de propensiones especiales o fobias que pueden encontrar explicación ahora por lo que se refiere a su transmigración real a través de la mónada cuántica de una encarnación a la siguiente.

¿Qué es lo que da origen a tales propensiones? La memoria cuántica de la mónada cuántica heredada, que se asegura de que los contextos aprendidos en las encarnaciones anteriores tengan una mayor probabilidad de recordarse. ¿Cómo surgen las fobias? Las fobias surgen cuando se evitan determinadas respuestas, cuando se evita el colapso de determinadas posibilidades cuánticas en la actualidad debido a un trauma en una vida pasada. ¿Por qué funciona la terapia de regresión hipnótica? Porque el recuerdo de un trauma de una vida pasada equivale a volver a representar la escena, dándole así a la persona otra oportunidad para colapsar creativamente la respuesta reprimida.

Con la ayuda de la memoria cuántica de una vida pasada, nos resulta más fácil comprender ahora el fenómeno del genio. Un Einstein no se hace con el aprendizaje de infancia de una sola vida; muchas vidas previas contribuyeron para el desarrollo de sus capacidades. El inventor Thomas Edison intuyó correctamente la situación cuando dijo: «El genio es experiencia. Hay gente que cree que es un don o un talento, pero es el fruto de una larga experiencia en muchas vidas. Hay almas que son más viejas que otras, y por eso saben más».

Hasta el condicionamiento del cuerpo vital se puede transmitir. Considere el siguiente caso, investigado por Ian Stevenson. El sujeto, un hombre del este de la India, recordaba claramente que en su vida anterior había sido un oficial británico que había servido en la I Guerra Mundial, y que resultó muerto en combate cuando una bala le atravesó la garganta. El hombre fue capaz de darle a Stevenson muchos detalles de la ciudad escocesa en la que había vivido en su anterior encarnación, detalles bastante inaccesibles para él en su vida actual. Stevenson verificaría posteriormente estos detalles.

Hasta aquí, se trataría de un caso de recuerdos de memoria reencarnacional a través de la ventana no-local. Pero lo espectacular del caso de este hombre eran las dos marcas de nacimiento gemelas que

tenía a ambos lados de la garganta, señales que, según Stevenson, tenían todo el aspecto de heridas de bala. Parece que el trauma de esa vida pasada, registrado como una propensión del cuerpo vital, había seguido a este hombre hasta su vida actual y le había dado un recuerdo inolvidable, que llevaba en su cuerpo marcado con aquellas cicatrices. Le sugiero que lea el vasto trabajo de Stevenson acerca de éste y de otros muchos casos de transmigración de condicionamiento del cuerpo vital (Stevenson, 1974, 1977, 1987).

«Cada vez pienso más en un “cuerpo no-físico” mediador, que actuaría como el portador de estos atributos de una vida a otra», dice Stevenson. Y yo estoy de acuerdo con él: el cuerpo sutil de la mónada cuántica es el portador de los atributos de una vida a otra.

Desarrollando la noción de la supervivencia, e identificando lo que sobrevive de una encarnación a otra, este modelo amplio nos permite comprender algunos aspectos de la comunicación mediumnística que van más allá de la comunicación a través de la ventana no-local. ¿Cómo se comunica un médium con la mónada cuántica descarnada en el «Cielo»?

La consciencia no puede colapsar las ondas de posibilidad en una mónada cuántica que carece de un cuerpo físico; pero si la mónada cuántica descarnada está vinculada con un médium, puede darse el colapso. Obviamente, los canalizadores son aquellas personas que tienen un talento particular y la apertura suficiente como para actuar en esa capacidad vinculada; mediante la pureza de su intención, pueden establecer una vinculación no-local con una mónada cuántica desencarnada. Es un hecho bien conocido que, cuando un canalizador canaliza, sus patrones de hábitos (su manera de hablar, incluso su manera de pensar) sufren cambios sorprendentes. Esto se debe a que, cuando el médium está en comunicación con la mónada desencarnada, el cuerpo sutil del médium se ve sustituido temporalmente por el cuerpo sutil de la mónada cuántica desencarnada, cuyos patrones de hábitos exhibe el médium. Observe que la información histórica (por ejemplo, en la xenoglosia, el hablar idiomas desconocidos) todavía tiene que entrar a través de los canales cuánticos no-locales, pero la información sería muy difícil de procesar sin la ayuda de las propensiones que el falleci-

do tenía y que permanecen latentes en la mónada cuántica desencarnada.

El filósofo Robert Almeder (1992) se ha ocupado del caso de una médium, la Señora Willett, haciendo la misma observación que yo estoy haciendo. La Señora Willett exhibía un evidente saber filosófico al demostrar que estaba en contacto con propensiones que no había podido desarrollar en esta vida: los conocimientos de la argumentación filosófica. Es probable que estas propensiones pudieran proceder de mónadas cuánticas descarnadas que habían aprendido y conservado tales propensiones.

En el caso de la canalizadora JZ Knight, a la que he visto en acción cuando canaliza a la entidad llamada Ramtha, se dispone de registros de sus canalizaciones que se remontan a más de dos décadas atrás. Como Ramtha, JZ se convierte en un maestro espiritual de considerable originalidad. Los registros sugieren que el contenido de las enseñanzas espirituales de Ramtha ha cambiado con el transcurso de los años, siguiendo los cambios en los modelos de la espiritualidad de la nueva era. Esto podría indicar que es JZ quien aporta el contenido, en tanto que Ramtha proporciona la capacidad contextual para dar forma al contenido.

Existen casos de escritura automática que merecen una explicación similar. El profeta Muhammad escribió el Corán, cuando era prácticamente analfabeto. Las ideas creativas, las verdades espirituales, están a disposición de todo el mundo, pero para la creatividad se precisa de una mente preparada, cosa que Muhammad no tenía. El problema se resolvió en el caso de Muhammad gracias a que el arcángel Gabriel (una mónada cuántica Sambhogakaya) le prestó a Muhammad una mente preparada, para así poder hablar. La experiencia también transformó a Muhammad. Un caso reciente y muy espectacular de escritura automática es el de *Un curso de milagros*,³⁸ un libro que ofrece una interpretación moderna de muchas enseñanzas bíblicas, y que se canalizó a través del trabajo de un par de psicólogos, uno de los cuales no simpatizaba especialmente con lo que estaba canalizando.

38 Foundation for Inner Peace. Mill Valley, California. 1976.

En el aspecto negativo, la posesión es un fenómeno similar al de la canalización, salvo por el hecho de que la mónada cuántica con la que se vincula el poseído no es de carácter angélico.

Los ángeles y los bodhisattvas

Anteriormente, introduje la idea de que los ángeles pertenecen a la esfera trascendente de los arquetipos. Éstos son los ángeles sin forma.

Las personas que renacen en la forma de Sambhogakaya, que es otra manera de decir que estas personas ya no se identifican con ningún cuerpo encarnado, ya no tienen necesidad de mónadas cuánticas para transmigrar propensiones y tareas inacabadas de una vida a otra, pues han satisfecho sus obligaciones contextuales. Así, sus mónadas cuánticas desencarnadas se ponen a disposición de todos nosotros, para prestarnos sus cuerpos mentales y vitales, si somos receptivos a su servicio. Se convierten en un tipo diferente de ángeles, un ángel con la forma de una mónada cuántica realizada (la forma de Sambhogakaya). (Si desea perspectivas recientes sobre los ángeles, lea Parisen, 1990).

En el hinduismo, existe el concepto de *arupadevas* y *rupadevas*. Los *arupadevas* (devas sin forma) son contextos puramente arquetípicos, parte del colectivo temático. Pero los *rupadevas*, según creo, representan entidades diferentes; tienen cuerpos vitales y mentales (que incluyen los mapas mentales del intelecto) individuales. Son las mónadas cuánticas desencarnadas de las personas liberadas.

De forma similar, en el budismo, se habla de los bodhisattvas, arquetípicos y sin forma; por ejemplo, de *Avalokitesvara*, el arquetipo de la compasión. En cambio, los budistas liberados, cuando mueren, se convierten en bodhisattvas en la forma desencarnada de la mónada cuántica realizada; ellos eligen salir del ciclo de muerte-renacimiento y nacen en el reino de Sambhogakaya. Este renacimiento como mónada cuántica desencarnada más allá del ciclo del nacimiento y de la muerte forma parte de lo que los tibetanos llaman la experiencia del quinto bardo.

A los budistas, en general, se les pide que se conviertan en bodhisattvas, que se queden en el umbral de la fusión con el todo, pero que no entren hasta que toda la humanidad se libre del samsara. De ahí el

famoso voto de Quan Yin: «Nunca buscaré ni recibiré la salvación individual privada; nunca entraré en la paz definitiva solo; sino que para siempre y en todo lugar viviré y me esforzaré por la redención de todas las criaturas del mundo». Una oración similar se puede encontrar en el *Bhagavata Purana* de los hindúes: «No deseo el estado supremo... ni la liberación del renacimiento; que pueda yo asumir la pena de todas las criaturas que sufren y pueda entrar dentro de ellas para que puedan liberarse del dolor».

Piense en ello de otro modo. Ellen Wheeler Wilcox jugó con la idea de encontrarse con Dios cara a cara, o de ver la clara luz, en su poema *Conversación*:

Dios y yo en el espacio solos...
y nadie más a la vista...
«¿Y dónde están todas las personas,
oh, Señor», dije,
«la tierra debajo
y el cielo encima
y los muertos que una vez conocí?»
«Eso fue un sueño», sonrió Dios
y dijo: «En el sueño, que parecía
ser cierto; no había personas
vivas ni muertas; no había tierra,
ni cielo encima,
sólo estaba yo mismo en ti».
«¿Por qué no tengo miedo», pregunté,
encontrándote aquí de esta manera?
Pues he pecado, lo sé muy bien,
¿y existe el cielo, existe el infierno,
y es éste el Día del Juicio?»
«No, eso no eran más que sueños»,
dijo el Gran Dios, «sueños que han dejado de ser.
No existen cosas tales como el miedo y el pecado;
no existes tú... tú nunca has existido.
No existe nada en absoluto, salvo yo.»

Sí, ésa es la realidad de la clara luz; en la clara luz nunca ocurre nada, y ahí se debe incluir el ver la clara luz en sí misma. Para que la creación continúe, la apariencia de la separación debe continuar. Y dado que la consciencia continúa su ilusorio juego, ¿por qué no continuar jugándolo? Primero, juguemos en el cuerpo físico, y luego juguemos sin él. ¡Pero juguemos, porque el juego es alegría!

Así, los vaishnavitas de la India postulan que la mónada individual (llamada *jiva* en sánscrito) conserva siempre su identidad. Y tiene sentido. Si el juego es eterno, también lo es la separación (aparente) de el *jiva* del todo.

El servicio o gozoso juego de los ángeles, los rupadevas y los bodhisattvas no llega solamente en la espectacular escritura automática que nos da el Corán o *Un curso de milagros*, sino también bajo la forma de inspiraciones y guía en nuestros momentos más difíciles. Los bodhisattvas y los ángeles están a disposición de todos y cada uno de nosotros.

Su intención de servir es omnipresente. Cuando nuestra intención coincide con la suya, nos vinculamos; entonces ellos actúan a través de nosotros y sirven a través de nosotros.

Cuando estaba muriendo el sabio indio Ramana Maharshi, sus discípulos no dejaban de pedirle que no se fuera, hasta que, al final, Ramana les dijo: «¿Adónde iría?» De hecho, una mónada cuántica desencarnada como la de Ramana viviría para siempre en el reino de Sambhogakaya, guiando a todo aquel que deseara su guía.

¿Podemos ver o estar en las mónadas cuánticas?

¿Es posible «estar en» la mónada cuántica mientras estamos vivos, mientras estamos en nuestros cuerpos encarnados? En las experiencias extracorporales y en las experiencias cercanas a la muerte, las personas tienen visión autoscópica (visión de sí mismas), según la cual se ven como si se estuvieran cerniendo sobre su propio cuerpo, y que puede explicarse como visión no-local (véase el capítulo 5). Sin embargo, en estas experiencias, hay algo más que una visión no-local. Las

personas que tienen estas experiencias dicen que se encontraban fuera del cuerpo, que su identidad cambió desde la habitual identidad centrada en el cuerpo físico... ¿a qué?

Yo creo que la identidad cambia a una identidad centrada en el conglomerado del cuerpo sutil de la mónada cuántica. Por ejemplo, una mujer dio cuenta de haber estado fuera de su cuerpo mientras estaba siendo operada, y que en aquel estado no le preocupaba lo más mínimo el resultado de la operación, no estaba preocupada por su bienestar físico, lo cual le resultaba «absurdo», por cuanto tenía hijos pequeños. Pero el absurdo pasa a tener sentido si nos percatamos de que, en estas experiencias, las personas no se identifican con su situación presente, con su cuerpo, con su cerebro ni con la historia acompañante, sino que se identifican con su mónada cuántica, que no tiene historia, sino tan sólo carácter.

Existen algunos datos controvertidos que afirman que las personas y los animales (como, por ejemplo, los perros) ven algo (un «¿fantasma?») en los mismos lugares en los que, posteriormente, los sujetos afirman haber estado durante su experiencia extracorpórea (Becker, 1993). ¿Podemos «ver» una mónada cuántica mientras ésta (y su cuerpo físico paralelo) nos está «viendo» no-localmente? Una reciprocidad tal entre dos entidades vinculadas tendría ciertamente sentido. Cuando vemos una aparición, quizás estamos proyectando lo que vemos en nuestro interior hacia el exterior, allí donde percibimos el evento que está teniendo lugar.

Yo creo que las visiones espirituales tienen también un origen similar. Muchas personas han tenido la experiencia de ver a Jesús, a la Virgen María o a Buda, o bien a su gurú espiritual ya fallecido. En la Sociedad Vedanta de Hollywood, donde doy talleres de vez en cuando, las personas tienen a veces visiones de Swami Vivekananda, el fundador de la sociedad. Estas visiones podrían ser el resultado de determinadas experiencias internas proyectadas en el exterior.

Permítame que mencione brevemente algunos de los últimos datos, datos sumamente controvertidos, referentes a la comunicación con mónadas cuánticas desencarnadas. Según estos datos, las mónadas cuánticas desencarnadas se comunican supuestamente con grupos con-

cretos de experimentadores a través de distintas máquinas: grabadoras audio, radios, televisores e incluso ordenadores (Meek, 1987). Esto recibe el nombre de fenómeno de voz electrónica. Si se sustanciara científicamente, este fenómeno eliminaría la cuestión del fraude en los datos sobre la supervivencia post mortem. Pero lo malo es que se nos plantea una cuestión sumamente dificultosa: ¿cómo puede afectar la mónada cuántica desencarnada a una máquina material, sin la ayuda de un cuerpo físico ni de una interacción física (lo cual está prohibido)?

En primer lugar, yo creo que la mónada cuántica desencarnada se vincula con un médium, de manera que sus ondas de posibilidad pueden colapsarse en paralelo con las del médium. El resto puede que sea un fenómeno amplificado de psicocinesis. Poderes psicocinéticos similares se han observado en los fenómenos de *poltergeist*. Quizás las mónadas cuánticas desencarnadas le aportan al médium un mayor poder psicocinético a través de algún mecanismo de amplificación que probablemente aún no hayamos comprendido. Obviamente, la idea de la mónada cuántica nos ofrece una nueva manera de interpretar una gran cantidad de datos que, de otro modo, resultan inexplicables. Aprenderemos más a medida que avancemos en la aventura de esta nueva ciencia.

En su libro *La república*, Platón cuenta una historia en la cual se transmite la idea de que somos nosotros los que elegimos nuestras encarnaciones: «Vuestro destino no se os asignará, sino que seréis vosotros mismos los que lo elegiréis». ¿Hasta qué punto es cierto esto? Averigüémoslo en el siguiente capítulo.

La física del alma y el significado de la vida

En el prefacio de este libro, prometí que las preguntas básicas acerca de la reencarnación se iban a formular y a responder en él tras el adecuado desarrollo de una física del alma. Vamos a hacer un resumen y a ver hasta qué punto he cumplido con lo prometido.

Dese cuenta una vez más de que, si usted considera el tema del alma sin el respaldo de una física correcta, caerá en las redes del dua-

lismo, y se va a ver acosado con preguntas como ésta: «¿cómo pueden interactuar sin un mediador el alma inmaterial y el cuerpo material?». El problema del dualismo se resuelve en la física cuántica teniendo en cuenta que tanto el alma inmaterial como el cuerpo material son meras posibilidades dentro de la consciencia, y que la consciencia media su interacción y mantiene su funcionamiento en paralelo.

Los físicos deterministas de orientación clásica newtoniana dicen cosas como la siguiente: «Cuanto más estudiamos el universo, más carente de sentido nos parece». Pero es el alma la que establece los contextos en los cuales el significado y el sentido entran en nuestra vida. Este aspecto contextualizador del alma es el intelecto supramental o cuerpo temático.

El significado se procesa en la mente, y se expresa a través de un cuerpo cuyos planos se revelan mediante las representaciones de los campos morfogenéticos del cuerpo vital. La física cuántica, desarrollando el concepto del alma inmaterial como concepto científico viable, restablece también el significado y el sentido de la vida como objeto genuino de la investigación científica.

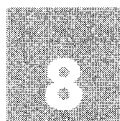
Pero yo le doy al alma el nombre de mónada cuántica, es decir, de unidad individualizada. ¿Cómo se individualiza el alma? La respuesta es ésta: a través de la individualización de la mente y del cuerpo vital. Esta esplendorosa individualización tiene lugar a través de lo que yo llamo la memoria cuántica.

¿Qué es la memoria cuántica? La memoria con la cual está usted familiarizado se construye mediante la modificación de la estructura de algún elemento físico. A los grandes macrocuerpos les lleva mucho tiempo regenerarse de cualquiera de tales modificaciones de estructura; de ahí que la modificación se conserve como memoria; es a esto a lo que yo llamo memoria clásica. Un buen ejemplo son las grabaciones que hacemos sobre cintas magnéticas. En cambio, la memoria cuántica se construye a través de la modificación de las probabilidades de acceso a las distintas posibilidades cuánticas que colapsamos como actualidades en nuestra experiencia.

Cada posibilidad cuántica, sea del cerebro, de la mente o del cuerpo vital, se nos presenta con una probabilidad asociada, probabi-

lidad que viene determinada por la dinámica cuántica. La primera vez que usted actualiza una posibilidad en respuesta a un estímulo, la posibilidad de actualización depende de la probabilidad dada por la adecuada dinámica cuántica. Suponga que, para una posibilidad en concreto, la probabilidad de actualización es del 25 por 100. Su consciencia tiene la libertad de elegir esta posibilidad concreta para convertirla en actualidad en cualquier momento, con la disposición de que, para un gran número de tales acontecimientos de colapso, ese límite de probabilidad se debe cumplir, es decir, para un gran número de acontecimientos de colapso en los cuales esté implicada esta posibilidad, ésta podrá convertirse en actualidad sólo una vez de cada cuatro. Pero, con la posterior experiencia del mismo estímulo, las probabilidades se modifican, puesto que se inclinan en la dirección de aquellas respuestas previas que más se hayan actualizado; esto es el condicionamiento. Así, una vez condicionada la respuesta ante un estímulo, la probabilidad de que la antedicha posibilidad sea actualizada puede incrementarse hasta un ciento por ciento, en cuyo caso la respuesta dejará de ser libre. Ahora será un hábito, una memoria: memoria cuántica.

El modelo completo de la reencarnación, el único que explica y concuerda con todos los datos de los que disponemos acerca de la reencarnación, puede por tanto formularse ya: nuestras distintas encarnaciones en diferentes lugares y tiempos son seres vinculados, vinculados mediante nuestras intenciones; la información se puede transferir entre estas encarnaciones en virtud de la vinculación cuántica no-local. Por detrás de la discontinuidad del cuerpo físico y de la historia vivida de estas encarnaciones, existe un continuo, un continuo de revelación de significado. Formalmente, el continuo está representado por la mónada cuántica, un conglomerado de temas inalterables y de propensiones vitales y mentales cambiantes y evolutivas, o karma.



La historia completa de *El libro tibetano de los muertos*

Me llevó un par de años intuir, comprender y plasmar las ideas planteadas en las páginas precedentes. A principios de 1996, yo estaba escribiendo ya el primer borrador de este libro, cuando me di cuenta de que aún había algo que me preocupaba. Supongo que conoce la expresión «tener una china en el zapato». Pues bien, en el caso de esta obra, el zapato me iba bien, pero parecía haber una piedrecilla molesta dentro de él.

Poco a poco, comencé a darme cuenta de que había algunos temas espinosos. Intuí la idea de la ventana no-local a través de la cual atraviesan a veces los recuerdos reencarnacionales de contenido antes de intuir la mónada cuántica. Siendo un poco perezoso, estaba asumiendo que las dos ideas eran complementarias entre sí (una para la memoria de contenido y la otra para la propagación reencarnacional de la memoria de contexto), y que no había necesidad de integrarlas posteriormente. Pero estaba equivocado.

Los indicadores estaban allí, pero yo me negaba a verlos. En el capítulo 4, propuse que todos los bardos post mortem de *El libro tibetano de los muertos* eran visiones no-locales de la persona moribunda en su muerte. Pero ahora, con la idea de la mónada cuántica, es posible definir la existencia individual tras el fallecimiento, el hecho de que existimos como mónadas cuánticas desencarnadas. Así pues, ¿no deberían los bardos post mortem pertenecer lógicamente a la mónada

cuántica? La lógica es ineludible: la ventana no-local se abre antes de la muerte, en el tercer bardo de transición de la vida a la muerte.

Desde las experiencias cercanas a la muerte, me llegó otro atisbo que venía a apoyar mi argumento: las experiencias no-locales, las visiones arquetípicas, las experiencias de revisión panorámica de la vida y todo lo demás. Pero había también diferencias entre todo esto y los bardos post mortem: las personas que pasan por una experiencia cercana a la muerte rara vez dan cuenta de reinos infernales o dioses iracundos. Tampoco suelen hablar de que hayan establecido tipo alguno de relación con sus encarnaciones futuras. Y, por otra parte, el hecho innegable es que las experiencias cercanas a la muerte son simplemente eso: experiencias de acontecimientos previos a la verdadera muerte.

Como científico, poseo un hábito que tiene sus cosas buenas y sus cosas malas. Durante el tiempo que dedico a trabajar sobre una idea original, no me gusta leer demasiado acerca de las ideas de otras personas. Esto me evita influencias o prejuicios prematuros, pero lo malo es que me pierdo la oportunidad de lanzar la mirada al horizonte «subiéndome a los hombros de gigantes», por decirlo así.

Bien, pues resultó que la famosa traducción de Evans-Wentz de *El libro tibetano de los muertos* que yo había tomado como fuente omitía las fases pre mortem, que forman parte integrante de toda esta formulación, que tuvo su origen en el famoso Padmasambhava, el fundador del budismo tibetano. Y, mientras estaba leyendo el artículo de Ken Wilber que aparece en la magnífica recopilación de *What Survives?*,³⁹ encajaron las últimas piezas de la historia (Wilber 1990). Esta síntesis final es el tema principal de este capítulo, en el cual ahondaremos, tras una discusión en profundidad sobre el tema de la muerte.

Un comentario final para salvar las apariencias: las experiencias cercanas a la muerte tienen tantos puntos en común con la descripción de los bardos post mortem que incluso un sabio tan eminente como Sogyal Rinpoché tuvo la tentación de relacionarlas (lea su libro *El libro tibetano de la vida y de la muerte*).⁴⁰ Sin embargo, Sogyal le preguntó

39 ¿Qué sobrevive?

40 Ediciones Urano. Barcelona, 2006.

sobre ello a su maestro, Dilgo Khyentse Rinpoché, quien le dijo que las experiencias cercanas a la muerte son «un fenómeno que pertenece al bardo natural de esta vida».

La muerte como retirada de la consciencia

Durante mi infancia en la India, era bastante habitual ver a gente transportando cadáveres para incinerarlos en los *ghats*, entonando los distintos nombres de Dios. La primera vez que vi aquello, le pregunté a mi madre con curiosidad:

—¿Qué llevan?

—Es un cuerpo muerto —me respondió.

—¿Y qué es la muerte? —pregunté con más curiosidad aún.

—La muerte es pasar al siguiente mundo; todos morimos —me explicó.

La respuesta me dejó perplejo.

—¿Y qué es lo que pasa al siguiente mundo, madre? —insistí.

—El alma, claro está, el verdadero tú —respondió ella.

Y se fue a hacer un recado, dejándome aún más perplejo.

En la cultura norteamericana de hoy en día, si un niño, al ver un cadáver en un funeral, hiciera la misma pregunta a una madre de mentalidad científica, es probable que ésta le respondiera:

—La muerte es el cese irreversible de los procesos vitales.

—¿Y qué son los procesos vitales? —quizás preguntara el niño.

Y la madre diría:

—El metabolismo, la respiración, el pensamiento...

—¿Y cómo sabemos que la vida ha cesado irreversiblemente?

Una madre normal quizás se sienta un tanto desconcertada llegado a este punto, pero una madre sofisticada estaría preparada:

—Pues porque la persona se encuentra en estado de muerte cerebral, muerte cardíaca y muerte celular. Una persona se halla en estado de muerte cerebral cuando el cerebro ha dejado de funcionar irreversiblemente. Hay una máquina llamada electroencefalógrafo que registra las ondas cerebrales como una línea ondulada en un monitor

de televisión. Cuando la línea del monitor se queda plana, eso indica la muerte cerebral. ¿Entiendes?

Pero los niños de hoy no son menos sofisticados que sus madres. Han visto muchas imágenes en televisión en las que las ondas cerebrales se quedan planas en el monitor.

—¿Y qué es la muerte cardíaca, mamá?

—La muerte cardíaca es cuando el pulso se para. Pero hoy podemos mantener a una persona viva con un corazón artificial, que bombeará sangre indefinidamente en el cuerpo para mantenerlo vivo. Por eso la muerte cardíaca ya no es un signo suficiente para diagnosticar la muerte.

El niño está encantado con la sabiduría de su madre. También sabe algo de corazones artificiales.

—Entonces, ¿qué es la muerte celular?

—La muerte celular es cuando todos los órganos del cuerpo empiezan a descomponerse debido a que las células individuales ya no funcionan adecuadamente. Mira, hay genes que regulan los procesos vitales en el nivel celular. Cuando estos genes dejan de funcionar, ya no hay más metabolismo, y los órganos se descomponen y mueren.

Bien, se trata de una madre entendida, como habrá podido constatar, y el niño no se le queda atrás, familiarizado como está, gracias a la televisión, con escenas hospitalarias y conceptos médicos. Pero ahora el niño pregunta:

—¿Y qué me pasará a mí cuando yo muera, mamá?

Ahora es la madre moderna la que tiene que irse a hacer un recado. No sabe lo que es «mí»; sus modelos materialistas fracasan aquí, y es lo suficientemente honesta como para saberlo. Pero duda en dar una respuesta espiritual. En realidad, muchas madres modernas pueden cambiar la perspectiva en este punto para adoptar una visión espiritual y decir:

—Irás al Cielo.

En un episodio de la serie de televisión *Picket Fences*, una madre (por cierto, médica) hacía exactamente eso.

En el pasado, para determinar si un cuerpo estaba muerto, se empleaban únicamente métodos bastante rudimentarios, y había casos

en los que la persona era enterrada o incinerada viva. Actualmente, utilizamos métodos mucho más sofisticados, y disponemos de todas estas definiciones de muerte corporal (la mayoría de ellas desarrolladas para evitar embrollos legales); pero, aun así, determinar si ha tenido lugar la muerte sigue siendo un tanto complicado.

Hubo un caso de un paciente que, tras diagnosticársele la muerte cerebral, se le mantuvo «vivo orgánicamente», conectado a distintas máquinas, porque el médico tuvo una intuición acerca de aquel paciente. Al cabo de varias semanas, el electroencefalograma plano se agitó y comenzó a mostrar una actividad cerebral lenta. Poco después, el paciente se recuperaba y vivía una vida normal, en un estado físico y mental excelente. Así pues, ¿tendremos que depender de la intuición del médico a la hora de determinar la muerte? Los médicos están entrenados para establecer sus juicios sobre la base de las lecturas de sus instrumentos, ¿no sobre la base de su intuición!

¿Qué hacer con los pacientes moribundos que atormentan a la profesión médica, a medida que se disparan los costes hospitalarios de las últimas semanas de vida de estos pacientes? No, los médicos de hoy están saturados de cuestiones prácticas y legales; no se preocupan mucho de preguntas como «¿quién soy yo?» o «¿qué me sucederá cuando muera?» Pero quizás estos dos tipos de pregunta no sean del todo inconexas entre sí. Si encontramos una respuesta a la última, emergerá también una respuesta mejor para la primera.

En la ciencia idealista, la vida es el campo en el cual la consciencia colapsa autorreferencialmente las ondas de posibilidad de la vida, en el proceso de identificación con el ser vivo. Esta identificación comienza con una única célula. En un ser complejo y multicelular con cerebro, como es el ser humano, las medidas cuánticas autorreferenciales no sólo tienen lugar en el nivel celular, sino también en el nivel de conglomerado celular del cerebro. Ahora, la consciencia se identifica con el cerebro, suplantando así la identidad celular. Sospecho que no sólo el cerebro, sino también otros conglomerados celulares del cuerpo humano, como el sistema inmunológico, el sistema gastrointestinal y el sistema circulatorio, pueden ser centros de tales medidas cuánticas e identificación consciente. Es bien sabido que el sistema

inmunológico distingue perfectamente entre el cuerpo y los intrusos que entran en el cuerpo, manteniendo así el tipo de autointegridad corporal que caracteriza a los sistemas autorreferenciales.

Así pues, la consciencia se identifica con un organismo complejo en varios niveles. En primer lugar, se identifica con el nivel celular de operaciones, una identidad celular propia. Después, puede darse una identificación con los órganos, como en el sistema inmunológico, en el gastrointestinal y en el circulatorio. Claro está, la identificación más importante para los seres humanos es la identificación con el cerebro, que suplanta a todas las demás identificaciones.

Por tanto, ¿qué es la muerte? La muerte es la retirada de todas estas identificaciones. Con la ciencia dentro de la consciencia, podemos decir que la retirada de identificación coincide con el momento en que la consciencia deja de colapsar las posibilidades cuánticas que emergen en los distintos componentes de un organismo complejo. Se trata de un proceso gradual; la consciencia se retira primero del cerebro; después, de los órganos (aunque, a veces, este orden se invierte); y, por último, de las células individuales. Para cualquier propósito práctico, una persona está muerta cuando la consciencia deja de identificarse con su cerebro.

¿Hemos resuelto el problema inherente del materialismo a la hora de definir la muerte? Los modelos médicos materialistas nos dan las señales de la muerte, la detención de determinadas funciones, como condiciones suficientes de la muerte, pero no nos pueden decir la condición necesaria en cuanto a qué función, al detenerse, significa exactamente la detención de la vida. Los modelos religiosos nos dicen con claridad cuál es esta condición necesaria (que el alma abandona el cuerpo), pero siguen enfangados en el dualismo. En nuestra forma de ver la muerte se ofrecen los dos cuadros, el médico y el religioso, juntos. ¿Qué abandona el cuerpo en el momento de la muerte? La identificación consciente con el cuerpo físico o con cualquier parte de él. ¿Cuál es exactamente la función necesaria que se ha detenido irreversiblemente? La elaboración de ondas cuánticas macroscópicas en el cerebro (y en otros conglomerados celulares relevantes, y, con el tiempo, en cada célula), de entre las cuales la consciencia provoca el colapso.

Observe que, aunque el problema filosófico está resuelto, seguimos sin poder decir nada acerca de los signos externos de la retirada de la identificación consciente con el cerebro (o con cualquier otra parte del cuerpo). El cerebro puede continuar en el inconsciente (evolucionando en posibilidad) aun cuando la consciencia no esté colapsando ninguna de las ondas de posibilidad del cerebro y no haya consciencia consciente; esto es lo que ocurre con los pacientes comatosos que, a veces, cuando despiertan, recuerdan conversaciones mantenidas a su alrededor mientras estaban en coma. Así pues, será bueno hablar con cariño y de manera optimista a los pacientes comatosos. Aunque no hay una escucha sujeto-objeto, sí que hay un procesamiento de las posibilidades que surgen en respuesta a tal charla con el paciente. Estas posibilidades permanecerán sin colapsar hasta que la persona despierte (si despierta) y elija un sendero particular de posibilidades. Entonces, el paciente recordará elementos de la conversación a una banda que formaban parte del sendero colapsado (elegido).

En los pacientes comatosos, cabe la posibilidad, a menos que los aparatos cerebrales tengan graves daños, de que la consciencia elija en un futuro comenzar a colapsar de nuevo las funciones de onda. De ahí que resulte de suma importancia determinar si los aparatos cerebrales se han dañado irreversiblemente, es decir, de un modo tal que haga imposible la medida cuántica jerárquicamente entrelazada, porque en ese caso no volverá a haber un colapso de la función de onda, y la consciencia ya no volverá a manifestarse. Ése será el momento de diagnosticar la muerte cerebral del paciente.

El médico tendrá la responsabilidad de decidir la cuestión del daño irreversible, y esa decisión supondrá siempre cierta ambigüedad.

Las decisiones acerca de los pacientes moribundos en la situación hipotética idealista deben dejar espacio para la intuición del médico, al igual que en la situación hipotética materialista actual. Sin embargo, la diferencia estriba en que esto es lo que cabe esperar en una ciencia dentro de la consciencia, en la que se incorpora y se valora la intuición subjetiva.

Las fases de la muerte

Morir, por tanto, es una retirada de la consciencia, de las identificaciones conscientes. Pero en esta retirada existen más sutilezas de las que reconocíamos antes, cuando nos percatábamos de que, además del cuerpo físico, existe también un cuerpo vital, un cuerpo mental, un cuerpo temático y un cuerpo de gloria. Desde el enfoque tibetano, esta retirada se visualiza de forma gráfica con la idea de que estamos compuestos de cuatro elementos:

Cuando se acerca la muerte, el elemento tierra, la sensación de solidez y de dureza del cuerpo, comienza a disolverse... A medida que el elemento tierra se disuelve en el elemento agua, se da una sensación de fluidez, de liquidez, dado que la solidez, que intensificó siempre la identificación con el cuerpo, comienza a fundirse, una sensación de fluidez. A medida que el agua se disuelve en el elemento fuego, la sensación de fluidez se convierte en algo parecido a una niebla cálida... A medida que el elemento fuego se disuelve en el elemento aire... una sensación de ligereza, a partir del ascenso del calor, se hace predominante... A medida que el elemento aire se disuelve en la misma consciencia, aparece la sensación de no tener límites (Levine, 1982).

Actualmente, nos podemos perder con todo eso de tierra, agua, fuego y aire, pero hay aquí una inconfundible sabiduría. Tenemos que ver la naturaleza metafórica de los «elementos».

La tierra es el más denso de todos los elementos, y se corresponde con el cuerpo físico denso. Así, el proceso de la muerte comienza con la disolución de gran parte de nuestra identificación con el denso cuerpo físico. Los elementos siguientes (agua y fuego) se refieren al componente vital y al componente mental de la mónada cuántica. Después de que la consciencia deja de identificarse con el denso cuerpo físico, se identifica con estos componentes del cuerpo sutil, si bien continúa colapsando ondas de posibilidad vinculadas de ambos, para que las experiencias puedan continuar. Pero se trata de experiencias de ligere-

za, de estar fuera del cuerpo, justo lo que dicen las personas que han pasado por experiencias cercanas a la muerte.

El siguiente elemento es el aire, difícilmente sustancial. Representa al cuerpo temático o cuerpo del intelecto supramental, la morada de los arquetipos. Cuando nos identificamos con él, tenemos acceso a los arquetipos, a partir de los cuales podemos construir visiones. La última identificación es la identificación con la consciencia en su gloria original, ilimitada: el Brahmán o shunyata.

Observe que el proceso de disolución en la muerte representa una elevación de la consciencia hasta la completa libertad, y los bardos que se suceden durante el tiempo de la muerte son sus complementarios: el descenso de la consciencia hasta la esclavitud de nuevo.

Obviamente, las personas que pasan por una experiencia cercana a la muerte se ven catapultadas por el estremecedor incidente que amenaza su vida, que desencadena su experiencia con un cambio del centro de su identidad, desde el cuerpo físico hasta el componente vital y el mental de la mónada cuántica. Desde este nuevo centro, estas personas son capaces de hacer incursiones ocasionales hasta la identidad del cuerpo temático, y de ahí sus visiones arquetípicas; y pueden incluso ver débilmente la luz de la misma consciencia. Pero como señalaba el gurú de Sogyal Rimpoché, no están teniendo una verdadera experiencia de disolución que lleve a la muerte. El suyo es un recorrido de práctica. Es un genuino samadhi, la experiencia de un estado de consciencia que está más allá del ego, sin duda, pero no es una verdadera experiencia de bardo de la muerte, pues no es lo suficientemente profunda.

De ahí surgen las diferencias en las experiencias de la ventana no-local que yo intuyo que se abre tanto en la experiencia cercana a la muerte como en el bardo del instante de la muerte, el tercer bardo. Las personas que pasan por una experiencia cercana a la muerte tienen vivencias de esferas celestiales, pero rara vez de esferas infernales. Estas personas tienen vivencias de revisión de su vida, pero rara vez tienen visiones de vidas futuras. Y todo esto porque no profundizan lo suficiente. Con frecuencia, tienen la experiencia de que alguien les dice que regresen. ¿Quién es ese alguien? En definitiva, ellos mismos.

Un inciso: ¿qué ocurre si uno profundiza lo suficiente? Por ejemplo, si profundiza lo suficiente como para ver la clara luz. En estados progresivos de samadhi, llegado al estado del despertar en sí mediante la meditación y alguna gracia, la persona pasa por el mismo tipo de ascenso y descenso, como en los bardos. El samadhi en el cual la escisión sujeto-objeto se mantiene, y por tanto persiste cierta identidad residual con el cuerpo físico, el *savikalpa samadhi* es la experiencia más común de samadhi. Pero en la literatura relativa a este tema se menciona una extraña variedad de samadhi, el *nirvikalpa samadhi*, en el cual no existe la división de sujeto y objeto, y la propia identidad se funde por completo con el cuerpo de gloria, si bien temporalmente. En la India, existe la sólida creencia de que nadie puede sobrevivir a un cambio de identidad tan completo con el cuerpo de gloria (con la clara luz) durante más de veintiún días.⁴¹

Volviendo a la experiencia cercana a la muerte, estoy convencido de que, en una experiencia genuina de muerte, los defectos de estos ensayos de prueba se superan, la ventana no-local se abre del todo, y tiene lugar una verdadera comunicación y una influencia mutua entre encarnaciones.

Bueno, pero ¿cómo explicar ahora los bardos post mortem? La apertura de la ventana no-local en el bardo del momento de la muerte explica los datos de Stevenson y los datos de otros recuerdos de vidas pasadas; el cambio del centro de identidad desde el cuerpo denso a los cuerpos sutiles, y de éstos al cuerpo de gloria, encaja a la perfección con la descripción tibetana del bardo del instante de la muerte. Pero, tras la muerte, no hay cuerpo físico, sólo queda la mónada cuántica, ahora desencarnada. Con el cuerpo físico se ha ido la posibilidad de la experiencia de escisión sujeto-objeto. Lo único que queda es procesamiento inconsciente, como en el sueño profundo. ¿Cómo, entonces, han de ser explicados los bardos de la muerte?

Afortunadamente, existe una salida para este dilema. Pero, para verla, vamos a preguntarnos cómo los grandes sabios tibetanos intuyeron los bardos de la muerte mientras estaban vivos. Otro atisbo nos

41 He leído que el mismo Ramakrishna hizo tal afirmación.

llega cuando nos damos cuenta de que existen datos (procedentes de la hipnosis o de la respiración holotrópica) en los que los sujetos recuerdan experiencias de los bardos de la muerte, como la experiencia en la que eligieron a sus padres, que encajan con la descripción que hacen los tibetanos. Por ejemplo, uno de los sujetos de la investigadora Helen Wambach dice: «Me sorprendió mucho descubrir que yo no había estado en el feto en modo alguno. Para mí, la parte más extraña de la experiencia fue la sensación de que, de algún modo, yo estaba ayudando a crear el feto» (Wambach, 1979). Esta declaración apunta a la no-localidad, así como a la configuración kármica del feto, que tiene lugar durante el período de procesamiento inconsciente que conecta al feto con su mónada cuántica desencarnada.

Así pues, podemos reunir estas pistas y sugerir lo que viene a continuación. En la mónada cuántica, no hay experiencia sujeto-objeto, pero sí un procesamiento inconsciente de las posibilidades cuánticas de los cuerpos sutiles. Esto da lugar a varios senderos posibles. En el nacimiento, cuando la persona ya tiene a su disposición un cuerpo físico, se manifiesta uno de estos senderos, y entonces tienen lugar retroactivamente los acontecimientos de todo el sendero. No se perciben como acontecimientos conscientes, pero se puede acceder a su recuerdo; es decir, se pueden recordar como tales siempre y cuando se pueda activar esa parte de la memoria; por ejemplo, mediante la hipnosis.

El estudio de Helen Wambach sobre regresión hipnótica hasta la experiencia del nacimiento, en el que trabajó con 750 sujetos cuidadosamente elegidos para representar una sección cruzada de la población norteamericana (de ahí que se incluyera a muchos cristianos, e incluso a católicos practicantes), reveló que el 81 por 100 de las personas pensaban que habían elegido nacer. Y el 100 por 100 reveló que habían percibido muy poca identidad con el feto hasta que éste había llegado a los seis meses de edad; decían que tenían la sensación de haber estado «entrando» y «saliendo» (Wambach, 1979). Estos datos parecen dualistas en un principio. Pero obsérvelos desde el punto de ventaja que supone la teoría que se presenta en este libro. ¿Acaso no tienen sentido? Sí, existe una elección entre distintos senderos alter-

nativos en la experiencia del nacimiento. En la concepción, la identidad con el cuerpo físico es todavía débil, de ahí la tendencia a estar fuera del cuerpo. La identidad reside aún en gran medida en la mónada cuántica.

El libro tibetano de los muertos en forma idealista moderna: versión revisada

Así, finalmente, estamos preparados para reinterpretar algunas partes de *El libro tibetano de los muertos* con un lenguaje que se adapte a nuestra mentalidad moderna y que refleje nuestro entendimiento cuántico de su mensaje. Pero vamos a hacerlo de un modo un tanto juguetón, por aproximarnos al formato utilizado en el original.

Oh, noble nacido, escucha sin distracción. Parece, por todos los signos externos, que estás a punto de entrar en el bardo del momento de la muerte. Es una oportunidad para el esfuerzo espiritual y la liberación que sólo se presenta una vez en la vida. De modo que permanece consciente, aunque será difícil, porque la consciencia comienza a mostrar los signos de su inminente retirada de tu cuerpo físico.

Mantente alerta. Cuando entres en el bardo del momento de la muerte, el mundo puede parecer muy diferente. Con toda probabilidad, tú nunca tuviste una experiencia extracorporal; bien, pues ha llegado el momento de que tengas una. Nunca pensaste que pudieras volar, ¿verdad? Bien, pues puedes volar. Tú eres luz y, probablemente, tu corazón también está lleno de luz.

Oh, noble nacido. Escucha sin distracción. Si estás fuera de tu cuerpo, esto es algo normal. Sólo significa que ahora te identificas más con tu mónada cuántica (con tu composición vital y mental), que desde bastidores te ayudó a darle forma a tus experiencias mientras estabas vivo.

Estás teniendo experiencias no-locales. Puedes ver tu propio cuerpo yaciendo sobre la cama. No te preocupes. La muerte es un rito de paso, un gran samadhi. Mantén la calma, permanece tranquilo y consciente. Las más grandes de las experiencias están aún por llegar.

Oh, noble nacido. Si te has perdido la experiencia extracorporal, olvídate de ella. Concéntrate en tus visiones. ¿Estás pasando por un túnel? Bien, estás viendo lo que tú mismo creas. Así es como siempre lo visualizaste, ¿no? El túnel que lleva al otro lado. Pero no estás en el otro lado todavía. Todavía eres capaz de dirigir tus experiencias, como en un sueño lúcido.

Estando tu identidad primaria en la mónada cuántica, dispones ahora de grandes poderes para construir visiones, para darle forma al mundo de temas que guía tu cuerpo mental y tu cuerpo vital. ¿Puedes ver la luz en la distancia? Ésa es la luz de la consciencia, la una y única, que te llama. Estas visiones son un preludio. Préstales mucha atención. Mucho karma puedes destruir si prestas atención ahora.

¿Estás viendo un ser de luz? ¿Jesús, Buda? Bien. Ellos te ayudarán. Quizás tengas que revisar tu vida ahora. Deja que vengan las imágenes. Si en la revisión aparecen tus vidas pasadas, tanto mejor; deja que entren.

Mantente consciente, mantente consciente, amigo mío. ¿Estás teniendo un atisbo de tu futura encarnación? La ventana no-local por la que estás viendo ahora está abierta a todas tus encarnaciones, pasadas y futuras. Estás creando experiencias de sincronicidad para tu futuro, del mismo modo que estás cosechando los frutos de las pasadas sincronicidades que creaste la última vez. Llevas viajando mucho tiempo, oh, noble nacido.

Si no viste la revisión de tu vida ni la compartiste con tu próxima vida, no pasa nada. Estás relajado con respecto a tu vida, no la enjuicias. No tienes que juzgarte antes de que te permitas entrar en la siguiente esfera, aunque hubieras visto con claridad en tus encarnaciones pasadas y futuras que sería una buena señal. Pero no importa.

Presta atención. Veas lo que veas ahora, lo estás construyendo a partir de los arquetipos de tu propio cuerpo temático. Sé valiente. No te obsesiones con las imágenes habituales que te mantuvieron ocupado durante la vida. Contempla tus emociones desnudas, aun cuando suponga encontrarte con dioses y ángeles violentos. Es un espectáculo que pasa ante ti y que lo creas tú. No te turbes por el hecho de que lo que ves se parezca al infierno.

Si reprimes tus emociones ahora, te alcanzarán al otro lado, cuando estés inconsciente. ¿Por qué no vas a ser valiente ahora? ¿Por qué no te vas a enfrentar a ello? Te has estado escondiendo de tus emociones durante demasiado tiempo.

Recuerda, Cielo o Infierno dependen de tu predisposición emocional. ¿Te acuerdas de aquella historia taoísta? Uno va al Infierno y descubre que hay un gran banquete, y que no se parece en nada a las imágenes de fuego y azufre de las que hablan algunas tradiciones. La gente está sentada en grandes mesas redondas, frente a pilas y pilas de todo tipo de deliciosos manjares. ¡Sólo hay un problema! Los tenedores, las cucharas y los cuchillos tienen el mismo tamaño de las mesas, y la gente lucha en vano por alcanzarse la comida con aquellos enormes cubiertos. Cuando uno entra en el Cielo se encuentra con el mismo banquete; pero hay una diferencia: las personas que están sentadas en los extremos opuestos de la mesa se dan de comer entre sí.

Bien, si no viste a los dioses violentos, está bien. Prepárate para encontrarte con los dioses bondadosos de la esfera de la paz. Tú siempre quisiste ir al Cielo. Bien, pues aquí está el Cielo. ¿Eres consciente? Siente el amor de tu diosa favorita de la compasión. Contempla ese mundo donde la justicia es manifiesta. Tu visión de un Dios justo y benévolo se manifiesta en la realidad en la que estás ahora. Pero escucha, hijo, si has llegado hasta aquí, ¿por qué no seguir adelante?

Sin duda, puedes identificarte con este reino y convertirte en un ángel o en un bodhisattva, si lo prefieres, después de morir. Pero más adelante se encuentra la clara luz de todo lo que es: la consciencia en su talidad. Tu identidad se ha retirado casi por completo de tu cuerpo físico y tu cuerpo sutil, incluso de tu cuerpo temático. Un finísimo hilo te sujeta aún a la vida. Si todavía estás consciente, despréndete de toda identidad. Ésta es la paz definitiva, ésta es la luz definitiva. Esto es el nirvana. Esto es el moksha. Es el Cielo eterno. ¡Om, paz! ¡Paz! ¡Paz!

Ahora, ya estás muerto. Estás en el otro lado, oh, noble nacido. Estás inconsciente, y sólo eres capaz de procesar en posibilidad. Las palabras que pronuncio junto a tus oídos ya no te llegan a través de los canales locales habituales, ¡sino gracias a la no-localidad cuántica!

Si no te perdiste la clara luz, eres ahora uno con Dios, y te presento mis respetos. *Namasté*. Si no la viste, pasa por entre las posibilidades que te esperan. Quizás te sea útil más tarde.

En verdad, si te identificaste con el pacífico reino celestial al morir, es muy probable que hayas trascendido el ciclo de muerte y renacimiento. Escogiste el sendero del Cielo; pero, en tu compasión, con el fin de ayudar a otros seres, no elegiste tu propia salvación. Permanecerás radiante para siempre en tu mónada cuántica, hasta el final de los tiempos, si es tu intención; o quizás debería decir, si es la voluntad de Dios. Tú sabes lo que estoy diciendo: tu intención es la intención de Dios.

Si te perdiste el reino celestial al morir, pero reconociste y te identificaste con tu reino emocional infernal, eres libre aun así de tener que volver a nacer. Eres, aun así, un ángel auxiliador. Tú nos ayudarás a limpiar nuestras sombras. Recibe mis respetos.

Si te perdiste tanto el reino celestial como el infernal mientras entrabas en la muerte, las posibilidades de arriba no son relevantes para ti, amigo mío, oh, noble nacido. Vas a renacer, estás en el bardo del devenir en la muerte, en *sidpa*, el sexto bardo. Existen posibilidades ante ti que estás procesando, aunque estés inconsciente. Cuando hayas renacido, habrás elegido uno de estos posibles senderos.

Si no te identificaste con los reinos temáticos arquetípicos infernales ni celestiales, pero, a pesar de todo, disfrutaste de alguna vislumbre, tu estancia en posibilidad va a abrazar esos reinos. No tienes ninguna prisa por renacer. Cuando hayas renacido en la Tierra, le darás la bienvenida como otra oportunidad para servir a la vida, para servir a la consciencia. No estoy preocupado por ti, amigo mío.

Si estuviste consciente al morir, al hacer la revisión de la vida, si te vinculaste y te comunicaste con el niño que serás en tu siguiente visita, el sendero de posibilidad para ti, has elegido ya. En tu sabiduría, sabes lo que necesitas, el tipo de vida que te ofrecerá las mejores oportunidades para resolver tu karma y para cumplir con tus responsabilidades monádicas.

Si estás consciente, más tarde, en tu próxima vida, quizás puedas recordar lo que hiciste en el *sidpa* bardo, dado que lo que ahora es

posibilidad se convertirá en actualidad entonces. Quizás observaste a tus padres, mientras eras concebido. No te identificaste todavía con tu feto; estabas fuera del cuerpo, y observabas telepáticamente a través de los ojos de tus padres, por decirlo así, y quizás sintieras los impulsos del deseo. Es ese deseo el que determinó tu sexo al nacer (el espermatozoido apropiado alcanzará al óvulo, eso es secundario). Si tu deseo se dirigió a tu madre, naciste como varón; si, por otra parte, tu padre fue el objeto de tu deseo, terminaste siendo una niña.

Si te procuraste buenas propensiones en esta vida, espero que elijas unos padres y una familia que favorezcan tus propensiones la próxima vez. Si no has tenido una buena vida en esta ocasión, si no llegaste a descubrir el propósito de tu vida, espero que lo encuentres la próxima vez. Sé bueno, sé veraz contigo mismo, realiza tu viaje individual; y, luego, ayuda a los demás si puedes. *Om*, paz, paz, paz.



Del ego a la mónada cuántica evolutiva: el desarrollo de un nuevo contexto para la vida

De lo que se desprende de los tres últimos capítulos, debería quedar claro que la física cuántica nos permite desarrollar un modelo satisfactorio de la supervivencia tras la muerte y de la reencarnación, un modelo que coincide también con la sabiduría de las tradiciones, tal como se dispuso en libros como *El libro tibetano de los muertos*. De modo que, ¿quiénes somos? En el nivel más obvio, claro está, nos identificamos con nuestro ego. Pero nuestra creatividad, nuestras experiencias de amor, los momentos en que tomamos profundas decisiones morales, nos ofrecen una vislumbre de quiénes podemos ser en un nivel más profundo: el yo cuántico.

En algún punto de nuestro desarrollo, comenzamos también a sospechar que, en la medida en que nos identifiquemos con el ego, nunca llegaremos a desarrollar plenamente nuestro potencial creativo, o nuestro potencial para ser perfectamente felices, o para desarrollar nuestra capacidad de amar a otra persona incondicionalmente. En este punto, comenzamos el viaje espiritual hacia un cambio de identidad, hacia el yo cuántico. Sin embargo, el esquema de la reencarnación aporta algunas perspectivas y atisbos nuevos acerca de cómo deberíamos llevar a cabo ese viaje espiritual. Éste es el tema de este capítulo.

Observe también que, en cierto modo, el modelo del alma, de la mónada cuántica, desarrollado en los capítulos anteriores, sigue estando incompleto; hay algo que aún está por explicar. En el capítulo 7, hablé de la acumulación de karma; con cada encarnación, vamos acumulando karma. Así, según este modelo, uno continuaría para siempre en la rueda del karma, cargando más y más karma con las sucesivas reencarnaciones. También en el capítulo 7, hablé de ángeles y de espíritus guías; ¿pero cómo llega el alma hasta estos exaltados estados? En este capítulo y en el siguiente, pasaremos a considerar la evolución del alma más allá de la rueda del karma.

Preste atención. En cierto sentido real, estamos hablando ahora del fruto intelectual del modelo reencarnacional y de cómo nos ayuda en nuestro viaje vivencial de desarrollo espiritual. Parte de este capítulo será una revisión de temas bastante tradicionales; el modelo cuántico no hace más que poner unos fundamentos satisfactorios de lo que las tradiciones tienen que decir. Pero, enlazado con estos temas tradicionales, no deje de observar todo cuanto la física cuántica puede aportar, con ideas como la del salto cuántico de creatividad y la jerarquía entrelazada de la relación, e incorpórelas en su propio viaje.

El «proyecto atman»

Normalmente, nos vemos a nosotros mismos como un ego con una personalidad. Creemos que nuestro ego, del cual nuestras acciones parecen fluir constantemente como fluye el río de un glaciar, elige nuestras acciones. Y todo el mundo se convierte en un patio de recreo de este ego y de su «libre albedrío».

El ego se convierte en el organizador y en el intérprete de todas nuestras experiencias. Nuestras experiencias de otras personas, así organizadas, se convierten en algo secundario, en epifenómenos de nuestro ego. En tanto discurran así las cosas, mi familia, mis amigos y el resto de gente serán tolerados, incluso amados. Pero ese otro que está fuera de los límites de mi ego pierde validez, e incluso puede ser destruido, se le puede dar muerte.

En la parte superior de la orden del día del ego se encuentra la autoprotección, lo que el filósofo Ken Wilber denomina el «proyecto atman». A cada momento, dice Wilber, nos encontramos en la encrucijada de dos polaridades: la vida y la muerte, eros y tánatos. Eros nos lleva hacia la vida y hacia la inmortalidad del ego; nos movemos y nos sacudimos, construimos imperios. Tánatos, el arquetipo de la muerte, nos lleva hacia la unidad cósmica, que supone el sacrificio del ego. Pero el ego es astuto; pervierte el impulso hacia la unidad cósmica de la muerte en un impulso falso hacia una separación aún mayor. El deseo de la muerte del ego se convierte en un ritual de sacrificio, en el deseo de la muerte de los demás, o puede incluso llevarse a cabo literalmente (Wilber, 1980).

Eros y Tánatos. Cuando se expresan en nuestra vida de un modo equilibrado, la vida es una hermosa danza sobre el filo de la navaja. Dado que la muerte está permitida en cada momento, la creatividad se hace posible; de hecho, se hace imperativa. El poeta Rabindranath Tagore escribió:

*¿Qué ofrecerás a la muerte el día que llame a tu puerta?
Le tenderé el cáliz de mi vida, lleno del dulce mosto de mis días de otoño y
de mis noches de verano.
¡No se irá con las manos vacías!⁴²*

En cambio, cuando Tánatos se pervierte para ponerse al servicio del ego, contraemos un profundo miedo a la muerte, y la creatividad se seca. Perdemos el timón de la vida, y nos perdemos en el espacio buscando una inmortalidad en un cuerpo que, por su propia naturaleza, es mortal.

Las últimas investigaciones sobre la muerte de Elisabeth Kübler-Ross y otros estudiosos con enfermos terminales confirman estas tendencias egoicas (Imara, 1975). Estos enfermos parecen pasar por las siguientes fases:

42 Traducción de Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez. En *Ofrenda lírica*. Alianza Editorial. Madrid, 1986. [N. del T.]

1. Negación: Ante el shock del descubrimiento, el enfermo niega que la muerte sea inminente. «Esto no me puede estar pasando a mí. No a mí. ¿Yo, con un tumor maligno? ¿Yo, con sólo unos pocos meses de vida? Es absurdo».⁴³ Esta negación lleva a la persona a no comunicar sus sentimientos profundos, a no confesar su miedo a la muerte. El enfermo se siente solo y aislado, acosado por la culpabilidad y por sus conflictos internos. El sinsentido de la existencia le golpea con especial dureza.

Hay una historia interesante en la epopeya india del *Mahabharata*. En cierta ocasión, el príncipe Yudhisthira, sus hermanos y su única esposa común viajaban por un bosque buscando agua. Les pareció ver un lago en la distancia, por lo cual Yudhisthira envió primero a su esposa y, después, sucesivamente, a cada uno de sus cuatro hermanos para que trajeran agua. Pero fue en vano; ninguno regresó. Al final, el príncipe fue hasta el lago y descubrió que estaba custodiado por un ser sobrehumano, que se negaba a darle agua a menos que respondiera a unos cuantos acertijos. El primero de ellos era: ¿qué es la cosa más extraña del mundo? A lo que Yudhisthira respondió: «Millones de personas mueren cada día y, sin embargo, aun sabiéndolo, la gente cree que no va a morir jamás». Ciertamente, era la respuesta correcta. Pero lo cierto es que la negación no se restringe a los enfermos terminales. La mayoría de la humanidad padece esa negación de la muerte.

2. Ira: Con el tiempo, la negación deja paso a la expresión, a las emociones, especialmente de ira. «¿Por qué yo? ¿Por qué no los malvados? De acuerdo, me estoy muriendo; pero, ¿por qué tiene que ser tan doloroso? No quiero tu compasión».
3. Negociación: Ésta es la fase de «Si vivo, seré bueno». Las personas miserables prometen hacerse generosas. Las personas que se sienten culpables por su infatigable sexualidad se ofrecen a ser célibes; en fin, ese tipo de cosas. Pero, en realidad, nadie se cree su propio acuerdo, ni tampoco lo cumple. La negociación es siem-

43 Estos comentarios los escribió el autor Thomas Bell, citado por Imara, 1975.

- pre condicional, no motivacional. El ego sólo se sacrificará si consigue a cambio lo que quiere o codicia.
4. Depresión: Tras el fracaso de la negociación, la realidad empieza a hacer mella. «Sí, voy a morir. Dejaré de existir». Existe ahora una profunda intuición de nuestra impotencia ante la muerte. Es el equivalente de lo que en la práctica espiritual se denomina «la noche oscura del alma». Hay una rendición, hay mucho procesamiento inconsciente, y se da una intuición de la irrealidad del ego.
 5. Aceptación: La fase de depresión termina con una apertura mental desde la cual puede darse un salto cuántico hasta más allá de la esclavitud de los límites del ego, que rechazan las posibilidades cósmicas de la muerte. Cuando se da el salto, aparece cierta paz interior. Las personas, en esta fase, viven más el instante, y suelen hacerse más creativas.

Conviene mencionar dos cosas. La primera, que estas etapas no son tan cronológicas como la lista puede hacer creer. Las personas fluctúan mucho. La aceptación se convierte en verdadera aceptación después de muchas de esas fluctuaciones (Levine, 1982). Esta fluctuación es habitual también en los actos creativos.

La segunda es que no todos consiguen pasar las cinco etapas. Las personas que lo hacen se muestran más comunicativas con las personas significativas para ellas a la hora de hablar de su situación. Estas personas tampoco se ponen a la defensiva; comparten su experiencia con sus pares y hablan de lo que les sucede a ellas, en vez de hablar de cuestiones triviales. Por último, estas personas aceptan la vida, tanto lo bueno como lo malo; no polarizan (Imara, 1975). En resumen, son ya conscientes de que más allá del ego hay vida y, por tanto, temen menos a la muerte.

El hecho es que, cuando buscamos a este ego/héroe de nuestras acciones en nuestra psique, no lo encontramos. En verdad, el ego es, por encima de todo, mero contenido, una confluencia de historias personales, las suyas. Y, claro está, el ego se inventa y representa distintas personas (imágenes) que encajen con sus distintas líneas de historias. (El concepto de persona tuvo su origen en la idea griega de

portar una máscara en las representaciones teatrales.) El ego y las personas (imágenes, personajes) son ficticios y, naturalmente, impermanentes. Si desde un principio supiéramos que son impermanentes, nunca sentiríamos la necesidad de negar la muerte.

Repensarnos

La verdad es que la manera más sofisticada de pensar acerca de nosotros mismos, causalmente hablando, es en cuanto al carácter, como un conjunto de tendencias o disposiciones. La mayoría de nuestras acciones surgen de estos patrones de hábitos de nuestra mente. Es este carácter lo que se reconoce en el conductismo como el resultado de nuestro condicionamiento psicosocial, y de ahí el credo conductista de: no existe la libertad de acción a nivel individual.

¿Están en lo cierto los conductistas cuando dicen que no tenemos libre albedrío en el nivel egoico de identidad? En parte, sí; porque si, en un experimento, le conectan a usted a un electroencefalógrafo, descubrirá que, en demostraciones tales como levantar la mano por decisión propia, alguien que esté mirando los registros del aparato será capaz de anticipar que usted va a levantar la mano «por decisión propia», «libremente». ¿Qué tipo de libre albedrío es ese que puede predecirse? Pero en última instancia, no, porque el neurofisiólogo Benjamin Libet (1985) ha demostrado que, incluso después de que usted haya iniciado su acción predecible de levantar el brazo, usted puede detenerse. Esto le da un poderoso crédito al dicho popular de «simplemente, di no».

En nuestro carácter hay algo más que condicionamiento psicosocial. Algunos de nuestros hábitos son el resultado de contextos de acción creativamente aprendidos; no se pueden enseñar, sólo se pueden ejemplificar y facilitar. Un buen ejemplo lo tenemos en las matemáticas. Enseñar matemáticas es todo un reto, porque en ocasiones precisa de la participación creativa del que aprende; hay cuestiones matemáticas que precisan del descubrimiento de nuevos contextos. Otros ejemplos son el amor y la justicia.

Durante el transcurso de nuestro desarrollo, descubrimos creativamente los contextos que conforman nuestro carácter. El psicólogo francés Jean Piaget (1977) describió este proceso como una serie de lo que él llamaba «equilibraciones» (alcanzar la homeostasis). El niño utiliza equilibraciones simples y equilibraciones recíprocas para mantener la homeostasis, y una equilibración jerárquica para cambiar a un nuevo nivel de asimilación, una nueva homeostasis. Enséñele a un bebé un dedo y se pondrá a chuparlo; se trata de un niño que ha llevado a cabo un proceso de equilibración simple. La equilibración simple consiste en desarrollar un encaje uno a uno entre un objeto y una acción, por ejemplo, dedo y chupar. La equilibración recíproca consiste en equilibrar en un todo dos esquemas y objetos equilibrados de forma simple. Por ejemplo, un bebé que ha aprendido a agarrar un objeto y a chuparse los dedos juntará las dos habilidades para llevarse el chupete a la boca. El tercer tipo de equilibración, la equilibración jerárquica, es un proceso en el cual los sistemas y los esquemas equilibrados se integran contextualmente. La equilibración jerárquica requiere de creatividad, de un aprendizaje creativo.

Cuando era niño, conseguí memorizar los números y aprendí a contar hasta cien porque mi madre me lo inculcó. Ella fijó el contexto, y yo me lo aprendí de memoria; los números, en sí, no tenían ningún sentido para mí. Después, me hizo que pensara en series de dos (dos dedos, dos tarros), o series de tres (tres libros, tres canicas). Entonces, un día, de repente, la diferencia entre dos y tres (y todos los demás números) se me hizo clara como la luz del día, porque había aprendido a ver los números dentro de un nuevo contexto, el concepto de la serie (aunque no habría sido capaz de expresarlo así entonces). Y aunque las personas de mi entorno me facilitaron que «lo pillara», en última instancia fui yo quien descubrió el significado. Éste es un ejemplo de equilibración jerárquica.

Nuestra nueva ciencia respalda las ideas de Piaget. Disponemos de dos modalidades diferentes. En la modalidad cuántica (atman), en el modo creativo jerárquicamente entrelazado, descubrimos nuevos contextos. En el modo egoico jerárquicamente simple, exploramos la

amplitud de aplicación de los nuevos contextos descubiertos para elaborar posteriormente nuestro carácter.

Un marco reencarnacional para vernos a nosotros mismos le añade más cuerpo a nuestro carácter. Nuestro carácter se define no sólo por nuestras tendencias, hábitos y contextos descubiertos que hemos adquirido en esta vida, sino también por los hábitos y contextos descubiertos de vidas pasadas. Como decía Buda, «Tú eres todo lo que alguna vez has pensado», inclusive en tus vidas pasadas. Pero esto pide que reexaminemos la estructura de nuestro yo.

En cierto nivel, nos identificamos con nuestro ego, con nuestras líneas de historias. En otro nivel más profundo, nos damos cuenta de que dependemos de un yo más profundo, el yo cuántico, para descubrir el contexto de nuestras líneas de historias. Nuestro yo cuántico aporta el contexto para el contenido que entreteje el ego. Y un vástago de este proceso es el carácter, la disposición a la que llegamos, el paquete de repertorio aprendido. Y nosotros nos identificamos con eso.

Sin un marco reencarnacional, es fácil equivocarse viendo el carácter como parte de la identificación egoica actual, como la mayoría de los autores han hecho, incluido el que les habla (Goswami, 1993). En un marco reencarnacional, esto cambia, porque el carácter continúa, pero las líneas de historias concretas (el contenido del ego) de una vida en particular no sobreviven tras la muerte. Pero la disposición que actuó como contexto para esas historias sí que sobrevive. Es esta identidad, la mónada cuántica, la que sobrevive de una encarnación a otra y la que define un nivel de individualidad intermedio entre el ego y el yo cuántico.

Si queremos darle sentido a nuestra vida, a nuestros fracasos y a nuestros éxitos, el mero análisis de esta vida no nos lo dará. El novelista Norman Mailer escribió en su biografía sobre Marilyn Monroe:

Si queremos comprender a Marilyn... por qué no asumir que [ella] pudo nacer con un desesperado imperativo, formado a partir de todas aquellas deudas y fracasos previos de toda su familia de almas... Para explicarla de algún modo, sustentemos la idea kármica como una idea más de las que

sustentamos en nuestra mente, mientras intentamos seguir los senderos involutivos de su vida (Mailer, 1973. pp. 22-23).

Este llamamiento se aplica a todos nosotros.

En la tradición del este de la India, para evitar confusiones, el atman (el yo cuántico, en nuestra terminología) recibe el nombre de *paramatman*, o el gran atman. En cambio, el nivel intermedio de individualidad recibe el nombre de *jivatman*, o *jiva* simplemente. En otras palabras, *jiva* es el nombre sánscrito de la mónada cuántica (véase la figura 7.3).

El karma

Los contextos que descubrimos y desarrollamos en una vida permanecen con nosotros en vidas posteriores y las hacen más ricas. Esto es un buen karma. Pero un buen karma no es que a uno se le recompense por hacer algo bueno; es, más bien, que los contextos aprendidos en una vida pasada se convierten en sabiduría innata, cosa que nos permite labrarnos mejor nuestro destino en esta vida. Einstein pudo tener la predisposición para llevar la vida de un genio de la física debido a la sabiduría adquirida en sus vidas anteriores.

Convendrá que recuerde también que el repertorio aprendido no es todo lo que aporta el carácter en una vida a la mónada cuántica individual. En su propio carácter, usted también acumula defensas y barreras contra la creatividad, contra el amor, o contra la trascendencia de la identidad del ego. Esto es lo que Ken Wilber (1980) llamó el proyecto atman del ego, es decir, el proyecto para mantener al atman, al yo cuántico, a distancia.

Este condicionamiento negativo, estas defensas egoicas logradas mediante la evitación de los contextos creativos, se convierte también en parte del patrón de hábitos, la disposición que el cuerpo sutil porta a través de su memoria cuántica. Usted puede padecer una fobia en esta vida debido al condicionamiento negativo de una vida anterior. Esto es un mal karma.

Otras personas pueden mantener una relación con usted durante más de una vida a través de la vinculación cuántica. Puede suceder que una persona (o personas) en concreto mantengan una relación con usted quizás por causa de un empeño en el que usted se halla entregado, como puede ser, por ejemplo, el de descubrir la naturaleza del amor. Este hecho implica invariablemente la manifestación y la integración consciente de lo que Jung llamó el arquetipo femenino (ánima), en los hombres, y el arquetipo masculino (ánimus), en las mujeres; pero no es fácil lograr integrar el ánima o el ánimus en nuestra vida, pues para ello puede hacer falta más de una vida. La realización del ánima o del ánimus también suele requerir de una pareja del sexo opuesto. Así, quizás termine usted involucrándose en una relación tipo montaña rusa con la mónada cuántica de otra persona, mientras intenta integrar el amor en su carácter en la danza de manifestación del tema del ánima o el ánimus. Si es usted uno de los dos miembros de una pareja que se hallan entrelazadas a lo largo de varias vidas, quizás se perciban uno a otro como si fuesen almas gemelas.

En el aspecto negativo, también puede ocurrir que usted se granjee un adversario en esta vida, en lo que Jung llamaba el viaje del héroe. Pero hay que ver a los adversarios como ayudantes disfrazados, dado que ayudan a energetizar al héroe en su propia búsqueda. Y puede suceder que, a lo largo de varias vidas, se alternen entre sí los papeles de héroe y de adversario. Esto da lugar a la idea de que, si usted daña a alguien en esta vida, esa persona puede tomarse la revancha en la vida siguiente. Pero yo dudo de que las cosas sean tan melodramáticas. Sin embargo, es del todo cierto que, si actuamos de forma poco ética y dañamos a alguien, será la señal de que no hemos comprendido el amor o la confianza, que son dos importantes temas arquetípicos. Y puede estar seguro de que, si ése sigue siendo el caso para cuando llegue el momento de su muerte, tendrá que volver de nuevo para enfrentarse a una nueva oportunidad que le permita integrar estos dos grandes temas en su vida. Y bien puede suceder que la mónada cuántica individual, el jiva, con la que se comportó mal en la vida anterior esté entrelazada con usted en este nuevo intento. Como mínimo, la memoria cuántica de su mala acción le atormentará:

*O para siempre se fueron los años amables
a la tumba con el viejo mundo,
yo fui un rey en Babilonia
y tú una esclava cristiana.
Te vi, te tomé y te arrojé,
doblegué y quebré tu orgullo...
Y una miríada de soles han salido y se han puesto
desde entonces sobre la tumba
decretada por el rey de Babilonia
para ella que había sido su Esclava.
El orgullo que yo pisoteé es ahora mi perjuicio,
pues me pisotea a mí de nuevo.
Los antiguos resentimientos perduran como la muerte,
para ti, amor, pero te refrenas.
Rompo mi corazón en tu dura incredulidad,
y rompo mi corazón en vano.⁴⁴*

Viéndote acosado por un mal karma, no puedes contar con lo que el poeta inglés John Masefield fantaseó:

*Con miembros firmes y cerebros brillantes
el alma vieja emprende el camino de nuevo.*

(Citado en Cranston y Williams, 1994, p. 378)

Así, el sabio quema su mal karma y esas propensiones de evitación a través de la penitencia adecuada. Recientemente, la idea de cerrar puertas ha ganado importancia en las relaciones que terminan. Esto es bueno, pero el entendido en la reencarnación tiene que cerrar también las relaciones rotas de vidas pasadas. En la psicología junguiana, existe la idea de la limpieza de la sombra. Pero, como apunta el terapeuta de regresiones a vidas pasadas y psicólogo junguiano Roger Woolger (1988), uno tiene que pasar por una terapia de regresión a

44 Estos hermosos versos del poeta William Henley pertenecen a una cita de Cranston y Williams, 1994, p. 343.

vidas pasadas para limpiar de verdad las represiones de la sombra que le atormentan.

¿Por qué a los malvados todo les sale bien, o por qué las cosas malas les suceden a las personas buenas? Ésta es una pregunta que tiene que ver con el karma del pasado. Nos sentimos confusos con nuestra situación presente porque estamos mirando nada más una fina capa de todo el drama individual que nos hemos ido labrando en todas nuestras vidas.

Obviamente, desde esta perspectiva, la reencarnación es progresiva, o bien, en el peor de los casos, supone el mantenimiento del status quo; pero no va marcha atrás, no es regresiva. Los chinos de la Antigüedad no tenían por qué preocuparse: los contextos de la vida como ser humano abarcan un campo de acción inmensamente más grande que el de una cucaracha; no tiene sentido que un ser humano renazca como cucaracha para pagar una deuda kármica.

¿Y qué pasa con las historias de la mitología hindú que dicen lo contrario? Por ejemplo, hay una historia de un sabio que, en el momento de morir, vio un ciervo y tuvo el deseo momentáneo de ser un ciervo. E, inmediatamente, renació como ciervo. Estas historias se pueden reinterpretar fácilmente como el renacimiento con la cualidad del ciervo que había dejado tan encantado al sabio moribundo.

Por otra parte, también habrá visto que la ley kármica es despiadada. Si usted no descubre determinado contexto y aprende a vivir según ese contexto en esta vida, el karma le mantendrá en el ciclo de muerte y renacimiento indefinidamente, hasta que lo aprenda.

Es como el personaje de Bill Murray de la película *El día de la marmota*. Cada mañana se despierta en su hotel, en una pequeña ciudad de Pennsylvania, para descubrir que tiene que vivir de nuevo el mismo día, el día en que la gente se congrega festivamente para averiguar si la marmota será capaz de ver su sombra, prediciendo así la duración del invierno. Al principio, el personaje de la película se aburre y se desespera, pero no le cuesta demasiado entender la situación. Aprende a observarse; descubre relaciones; comienza a ayudar a la gente; se hace creativo y, con el tiempo, descubre el amor y logra así pasar al día siguiente.

La repetición kármica es parecida, pero quizás con un pequeño matiz. Puede suceder que si usted no aprende a comportarse siendo rico, en la próxima vida tenga que probar siendo pobre. Pero lo seguirá intentando una y otra vez hasta que aprenda, hasta que esté preparado, hasta que se aburra y comience a preguntarse por el sentido de la vida y de la naturaleza del yo, hasta que comprenda el significado de la relación y de la belleza de ayudar a los demás. Y, ¡oh, sí!, existe el día del juicio, pero no es Dios el que le juzga. El juez es *usted*, y sólo habrá día del juicio si usted está allí, es decir, si está consciente cuando entra en el bardo del instante de la muerte. Un personaje que interpretaba Woody Allen en una película decía: «No tengo miedo de morir. Simplemente es que no quiero estar ahí cuando suceda». Es esta tendencia escapista la que perpetúa la rueda kármica.

Creamos karma a medida que aprendemos las lecciones que tenemos asignadas, los contextos de nuestro cuerpo temático. Con la experiencia, mejoraremos en nuestro aprendizaje. Si aprendemos creativamente cerrando las puertas tras de nosotros, «quemaremos» karma, nos liberaremos de aquellas propensiones que ya no se necesitan. Pero lo cierto también es que podemos ser creativos sin crear nuevo karma. Desgraciadamente, a pesar de tener esta capacidad, tenemos otros impulsos que nos mantienen en el ciclo kármico. Vamos a intentar comprender estos impulsos, para los cuales la palabra india es *guna*, que significa «cualidad».

Los gunas

Los filósofos y los sabios del este de la India creen que las personas se pueden clasificar en función de cuál de los tres gunas, *sattwa*, *rajas* y *tamas*, domina en sus psiques. *Sattwa* significa «iluminación»; es la cualidad que ilumina, como la capacidad para amar o la creatividad. *Rajas* es la cualidad de la actividad; y *tamas* es la cualidad de la pereza, cuando uno se queda enfangado en el condicionamiento.

En mis primeros trabajos, yo reconocía los gunas como lo que ahora llamamos (siguiendo al conductismo, a Freud y a Jung), «im-

pulsos psicológicos» (Goswami, 1993). Así, *tamas* es el impulso inconsciente debido al condicionamiento psicosocial que incluye la represión; *rajas* es la libido de origen genético; y *sattwa* es el impulso de la creatividad, un impulso de nuestro inconsciente colectivo.

Aunque esta clasificación es válida, no explica por qué la gente parece estar dominada por esta o aquella cualidad. La gente que nace con una herencia genética similar termina exhibiendo diferentes grados de *rajas*. La gente que crece más o menos bajo el mismo condicionamiento psicosocial exhibe diferentes grados de *tamas*. Y lo mismo se puede decir de *sattwa*; pero por qué algunas personas parecen nacer con *sattwa* como impulso dominante es un misterio... claro está, hasta que consideramos el asunto desde un marco reencarnacional.

Reconozcamos que los filósofos y los sabios del este de la India, cuando hablaban de los *gunas*, asumían implícitamente el marco reencarnacional. Los *gunas* no sólo son el resultado del condicionamiento de esta vida, sino que portan también las tendencias acumulativas de vidas pasadas.

Las personas que son sumamente *tamásicas* no sólo sufren un pesado condicionamiento en la infancia en lo relativo a esta vida, sino que también pasan por los mismos aprietos en vidas anteriores. Esto nos proporciona una visión diferente en lo relativo a temas de bienestar o de pobreza y carencia de hogar, ¿no? El dinero, por sí solo, no va a ayudar mucho a las personas que se han pasado varias vidas empapadas en *tamas*; habrá que educarles para que reconozcan sus patrones de muchas vidas con el fin de que puedan cambiar esta vida en la dirección de una mayor actividad o, incluso, creatividad. (Con esto no estamos negando las contribuciones sociales para la creación y el mantenimiento de estos problemas y para sus soluciones.)

Sin embargo, la gente puede quedarse atascada en *rajas* también, perpetuando así mismo el ciclo kármico. La actividad suele llevarnos a explotar a los menos afortunados. Con esto, se alimenta la montaña rusa kármica entre las personas durante muchas vidas. Y la actividad se convierte en una barrera para la creatividad, porque es voluble, porque favorece las modas pasajeras. Por tanto, el exceso de *rajas* también nos impide satisfacer nuestro propósito creativo.

Incluso sattwa, la creatividad, la base para realizar nuestro destino de vivir plenamente nuestros temas, nos puede dejar atascados en el karma.

En la actividad creativa, si no vamos con cuidado, podemos incurrir en horrendas deudas kármicas. Los científicos de Los Álamos de la década de 1940 fueron sumamente creativos, pero el producto de su creatividad, la bomba atómica, ha sido una pesadilla kármica para toda la especie humana.

Del ego-persona a la mónada cuántica

En las últimas líneas de la obra teatral de Eugene O'Neill *El gran dios Brown*, hay un par de líneas sumamente evocadoras: «¡Ha pasado tanto tiempo! Y sin embargo soy el mismo, Margaret. Son sólo nuestras vidas las que han envejecido. Nosotros estamos donde los siglos se cuentan por segundos, y después de mil vidas nuestros ojos comienzan a abrirse». Si nuestros ojos están abiertos ahora, ¿cómo vemos el trabajo espiritual? Si nuestros ojos no están abiertos, ¿qué podemos hacer para abrirlos?

El trabajo espiritual se suele ver como parte de un viaje que lleva hasta más allá del ego. Yo le llamo a este viaje el viaje de la creatividad interior, porque la consciencia se mueve hacia dentro para descubrir que el ego no tiene naturaleza propia fuera del Ser, de la unidad profunda. Una rama de la psicología, la psicología transpersonal, se ha involucrado en esta dimensión espiritual del ser humano, buscando el modo de facilitarla. Aquí, hablamos de autorrealización, la realización, la percatación de que somos en realidad el yo cuántico universal, el atman, y de que tenemos la verdadera libertad del Espíritu Santo, ante el cual sometemos ocasionalmente nuestro limitado libre albedrío.

Pero en ausencia de un marco reencarnacional, la psicología transpersonal termina dejando fuera de sus ecuaciones a la muerte y a los estados post mortem. De ahí la pregunta que nos hacemos ahora: a la vista del nivel intermedio de nuestra existencia, que yo llamo la

mónada cuántica y que recibe el nombre de jiva en la India, intermedio entre el atman y el ego, ¿cuál debería ser nuestra estrategia en nuestro personal sendero espiritual? Dicho de otro modo, ¿cómo vivir como un jiva y no como un ego? ¿Acaso se puede? ¿Es estratégicamente preferible vivir como una mónada cuántica que trasciende el ego?

He leído algo acerca de un ejercicio que Swami Sivananda, un gran sabio de la India que vivió en el siglo xx, prescribía a todos aquellos que querían revivir su memoria reencarnacional. El ejercicio consiste, simplemente, en recordar. Al término de cada día, uno tiene que plasmar por escrito todo lo que recuerda de los acontecimientos de ese día. Al final de la semana, además de plasmar por escrito todo lo que se recuerda de ese día, se escribe también todo lo que se recuerda de la semana. Al término de cada mes, se hace lo mismo con todo el mes. Y al final del año, se hace lo mismo con todo el año. Sivananda decía que, si uno lleva a cabo este arduo ejercicio durante dos años, recordará sus propensiones y sus vidas pasadas.

A medida que las ideas expresadas en este libro tomaban forma, pensé en realizar el ejercicio de Sivananda; pero, ¿de dónde se saca tiempo en esta ajetreada vida americana? Finalmente, se me ocurrió hacer un experimento más breve. Durante dos semanas, medité con el exclusivo propósito de recordar mi infancia, con el fin de recuperar cualquier señal que pudiera recuperar de propensiones reencarnacionales innatas, propensiones que no se pudieran explicar genéticamente ni por condicionamiento ambiental. Al principio, las cosas fueron despacio; pero, poco a poco, comencé a darme cuenta de que había un don reencarnacional especial para mí: la capacidad de sintetizar, de integrar distintos sistemas de conocimiento.

Me acordé de que, a los ocho años de edad, yo ya ponderaba la historia del mundo no sólo desde el punto de vista británico o indio, lo cual no era habitual para un niño indio, sino también desde la perspectiva de Rusia, China, África, etc. Nadie en mi familia había estudiado ciencias y, sin embargo, a los catorce años, abandoné la historia, mi tema preferido, y me zambullí en las ciencias. ¿Sería el destino inconsciente de unificar ciencia y espiritualidad lo que me impulsó entonces? Yo estoy convencido de que sí.

También estoy convencido de que, si usted pondera seriamente su infancia o profundiza en sus recuerdos de infancia con la ayuda de la meditación o de la hipnosis, obtendrá mucha información para poder alcanzar una perspectiva del jiva individual que es usted. Este ejercicio no le ayudará a recordar acontecimientos específicos de sus vidas pasadas, pero le dirá algo de ese yo más grande que es usted.

Pero hay algo más que quizás le interese. En el este de la India, el karma se divide en tres categorías. La primera recibe el nombre de karma *sanchita* (karma acumulado), es decir, todo el karma acumulado en todas las vidas pasadas de una mónada cuántica individual. La segunda se denomina karma *prarabdha*, el karma que se trae y que hay que llevar en la vida actual. La tercera se denomina karma *agami* (karma futuro), que es el karma que usted acumula en esta vida.

El psicólogo David Cliness ha desarrollado un método terapéutico para investigar las tendencias, las propensiones y los contextos no resueltos de vidas pasadas que traen consigo dolor y sufrimiento en esta vida. A partir de sus datos, Cliness llega a la conclusión de que los contextos en los que nos centramos en nuestra vida actual son una combinación de contextos no resueltos, pero no de una, sino de muchas vidas previas. También asumimos las habilidades aprendidas en más de una de nuestras vidas pasadas para abordar los contextos que asumimos en ésta. Cliness compara la situación con una partida de póquer. El mazo tiene cincuenta y dos cartas, pero sólo se nos dan cinco en una mano en concreto. El número total de cartas representa, metafóricamente, las propensiones que hemos aprendido en todas las encarnaciones anteriores que tuvimos. Y las cinco cartas que tenemos en la mano representan las propensiones de aquellas pocas encarnaciones que están entrando ahora en el enfoque.⁴⁵ Observe la similitud de todo esto con la idea mencionada anteriormente del *prarabdha*, del karma que traemos y que tenemos que llevar en esta vida en particular, y que es sólo una pequeña parte de todo el karma acumulado.

Inconscientemente, usted está siguiendo ya un destino, el sendero correcto en el que usted resolverá creativa y éticamente los temas

45 Del trabajo de Cliness, que aún no se ha publicado, habla Bache, 1991.

que su mónada cuántica ha designado para usted, un destino que en el este de la India se denomina *dharma*. (Este dharma se escribe con «d» minúscula; el Dharma, con «D» mayúscula, significa consciencia, la consciencia una y única, y a veces también el dios de la justicia.) Sin embargo, cuando este destino se hace consciente, dejando al ego atrás en el viaje de la creatividad, todo se hace mucho más fácil. Además, el dharma supone también ética en acción. Así, si usted tiene claro su dharma y lo persigue con una intención pura, no se equivocará, y le resultará fácil no crearse más karma.

Según el hinduismo, la vida humana tiene cuatro objetivos: *dharma* (traducido normalmente como la recta acción o los rectos deberes éticos); *artha* (dinero o seguridad); *kama* (deseo); y *moksha* (liberación). La gente suele preguntarse: ¿qué hace el dharma ahí, primero, antes incluso de que uno se haya entregado a la búsqueda de la seguridad y del deseo? El motivo es que el dharma no trata sólo de los deberes éticos, sino de un destino creativo que yo he elegido antes incluso de nacer. Así, nuestra búsqueda de seguridad y de deseo debe estar guiada por el dharma. Y moksha, la liberación, es, cómo no, la meta final de la vida humana, según el hinduismo.

Había una vez en la antigua India un rey que era rico, capaz e íntegro. Multitud de personas vivían en su palacio, haciendo esto o aquello, y todos respetaban mucho al rey. Un día, una hermosa mujer le pidió cobijo y, como dictaba su tendencia habitual, el rey se lo concedió. Pero aquello comenzó a tener un efecto inesperado en la casa del rey, porque aquella mujer era malvada, y siguió ejerciendo sus malas artes aún bajo el amparo del rey.

Primero, fue el jefe de seguridad el que acudió a lamentarse.

—Oh, noble rey —dijo—, esa mujer a la que has dado cobijo es el mal encarnado, Alakshmi. He estado vigilándola durante días, y no de-seo servirla. Por favor, despídela o, de lo contrario, tendré que irme.

El rey se entristeció, porque sabía que el hombre le estaba dicien-do la verdad. Sin embargo, rechazó la petición de su jefe de seguridad y dejó que se fuera.

Pero esto se convirtió en una moda. Uno por uno, los sirvientes del rey, sus familiares, e incluso la reina, se fueron con los ojos empa-

ñados por las lágrimas. El palacio quedó desolado, se convirtió en un lugar melancólico. Finalmente, el rey vio a un impresionante anciano con un aura dorada que dejaba el palacio una noche.

—¿Quién eres tú, y por qué te vas? —le preguntó el rey.

—Yo soy Dharma —le llegó la respuesta—. Me voy porque no me gusta la proximidad del mal, de Alakshmi.

Dharma es el gran dios de la justicia y la bondad.

—Pero, oh Dharma, te vas sin ninguna justificación —exclamó el rey—. ¡Mira! No puedo negar que la mujer a la que di refugio es Alakshmi. Pero ¿cómo iba a negarle el refugio? Mi dharma es proteger a cualquier persona que busque mi protección. Yo soy el rey, y gobierno sobre los súbditos buenos, pero también sobre los malos. No puedo discriminar y seguir permaneciendo en mi dharma.

El dios de la justicia comprendió su error y, en silencio, volvió a entrar en el palacio. Con el regreso del dios, poco a poco, todos los demás regresaron. Al final, Alakshmi llegó hasta el rey y le dijo:

—Dado que has puesto a Dharma por encima de mí, me tengo que ir.

Y el rey la dejó ir encantado.

En todas las culturas hay historias como ésta. Un buen ejemplo lo constituyen los heroicos caballeros de la tabla redonda del rey Arturo. Estos caballeros vivían para su dharma; rendían honor a su carácter; llevaban a cabo sus deberes.

Vivir como una mónada cuántica en evolución

Así pues, lo primero que hay que hacer para vivir como una mónada cuántica individual es descubrir tu dharma, tu destino, tu dicha, ¡y seguirla!⁴⁶ El mitólogo Joseph Campbell solía decir, «sigue tu dicha», pero, claro está, para seguir tu dicha, tienes que saber primero qué es

46 «Dicha», en inglés *bliss*, es también el término que hemos traducido como «gloria» cuando el autor habla del *bliss body*, el cuerpo de gloria. Este término tiene ambas acepciones en inglés. (N. del T.)

lo que te trae esa dicha. Como mónada cuántica individual, o jiva, su carácter es más importante para usted que su melodrama particular, que su línea de historias. Usted aprende a honrar su carácter, sus deberes. Y, con frecuencia, esto le va a suponer sacrificar sus demandas egoicas de melodramas egoístas. Que así sea. Usted lo hace porque eso le proporciona a usted dicha, porque satisface a su alma.

Pero suponga que, intuitivamente, usted descubre su dharma y se da cuenta de que el dharma que trae consigo y la vida que usted lleva no encajan. En algunas tradiciones chamánicas tienen un remedio para esto: la recuperación anímica. La idea consiste en que parte del alma se pierde y hay que recuperarla. La traducción es: dado que tu vida presente no encaja con tu dharma pretendido, ajusta tu dharma para que encaje con tu vida. Esto puede resultar más sencillo que cambiar tu vida a una avanzada edad en la dirección del dharma que se pretendía.

Como una persona de destino, usted también conoce cuál es su deber último: servir al propósito creativo del universo en tanto en cuanto esté ligado a la rueda del samsara. Sabiendo esto, la creatividad es su objetivo último.

La creatividad es el descubrimiento de un nuevo contexto, o el ver un nuevo significado en un antiguo contexto, o bien la combinación de viejos contextos y la invención de algo nuevo que exhiba ese significado. Existen dos tipos de creatividad. En la creatividad exterior, usted se entrega al hallazgo de contextos y significados en el campo de acción exterior de su vida (las artes, la música, las ciencias). Así, usted sirve al propósito del universo en la forma en la que llegó preparado en esta ocasión, pero usted no está desarrollando su carácter más allá. Usted no está pensando en su próxima vida, porque usted es en gran medida inconsciente de sus patrones, y también es proclive a crearse un karma innecesario (un mal karma) a lo largo del sendero.

La creatividad exterior está diseñada para generar más información, sobre la cual prospera la civilización. El objetivo de la creatividad interior es la transformación, sobre la cual se centra la mónada cuántica. En la creatividad interior, usted trabaja para desarrollar su carácter más allá. Usted trabaja para ampliar el campo de acción de sus de-

beres. Ambas tareas suponen ampliar los contextos en los que usted vive ahora. Estas tareas suponen también descubrir los contextos de transformación interior: conocer de primera mano que es usted más grande que su ego. En la creatividad interior, usted también medita para obtener una conciencia mayor de sus patrones kármicos. Conocer estos patrones le ayudará a liberarse, consumiendo karma y evitando crear nuevas implicaciones kármicas.

La nueva ciencia de la que he estado hablando en este libro sugiere cinco senderos para el viaje de autodescubrimiento, que son esenciales para que se dé un cambio en su identidad con el ego. No es de sorprender que estos senderos se descubrieran hace mucho tiempo a través de medios empíricos; son bien conocidos en las grandes tradiciones esotéricas. Personalmente, utilizaré los paralelismos hindúes, porque son aquellos con los que estoy más familiarizado.

Uno de los senderos consiste en tomar la pregunta «¿cómo puedo ir más allá del ego?» como una pregunta candente e investigarla a través del proceso creativo. Recuerde que el proceso creativo consta de cuatro fases: preparación, incubación, inspiración y manifestación. Para la preparación, usted lee la literatura disponible y practica la meditación (preferiblemente, con un maestro). La incubación es un procesamiento inconsciente, durante el cual usted deja que las ambigüedades de la vida construyan una plétora de superposiciones de posibilidades no colapsadas en su mente. La inspiración tiene lugar repentinamente, cuando usted da un salto cuántico desde su mente hasta el intelecto supramental y trae de vuelta un nuevo tema para vivir conscientemente.

Después, la manifestación es el proceso de despertar gradual a una autoidentificación nueva y más fluida más allá del ego, una identificación que yo llamo el despertar de *buddhi*, pero que se puede traducir mejor como inteligencia supramental (Goswami, 1993). Con el despertar de *buddhi*, tomará conciencia más pronto o más tarde de que, mientras vive usted su existencia, una identidad más grande, el jiva, una confluencia evolutiva de disposiciones aprendidas, está viéndole a usted. Así, en este método, que a veces recibe el nombre de sendero de la sabiduría (*jnana* yoga, en sánscrito), usted utiliza su

mente para dar el salto cuántico desde la mente con el fin de trascender el ego.

Existe una segunda estrategia denominada *raja* (rey) yoga, en la cual uno se centra en el descubrimiento creativo de la naturaleza de la conciencia en sí (de los procesos mentales) para ir más allá. El raja yoga tiene su origen en el *Yoga Sutra*, del famoso sabio del siglo I, Patanjali. Patanjali dio instrucciones muy detalladas para alcanzar el samadhi, la experiencia del yo cuántico, y ningún libro de raja yoga ha conseguido superar la calidad de su tratamiento comprehensivo.

Clave en este método es la tríada de concentración, meditación y samadhi. Puede ver la concentración como la fase de preparación de la creatividad. Pero el objeto de su concentración es un objeto de su conciencia, no un objeto de conocimiento. Por ejemplo, la meditación en un mantra cae dentro de esta categoría. Lo que Patanjali llama meditación es más sutil. En parte es meditar sobre la consciencia testigo, convirtiéndose en un observador indiferente de sus pensamientos (similar a la fase relajada de la incubación en el proceso creativo).

Sin embargo, un paso crucial es el encuentro del ego y del yo cuántico, que sólo puede tener lugar cuando usted entra en el preconsciente, sólo cuando hay un flujo sin esfuerzo (o casi sin esfuerzo) entre su conciencia del sujeto y la de los objetos. Desde este estado, es posible el salto cuántico porque las probabilidades de las posibilidades de entre las cuales usted elige ya no se encuentran sesgadas en cerca del cien por 100 a favor de la respuesta del pasado. Cuando usted salta hasta una nueva respuesta, usted se ha identificado con el yo cuántico, lo cual constituye el samadhi.

El sendero de la devoción o del amor (*bhakti* yoga, en sánscrito) es bastante diferente de los dos de arriba. En éste, la ardiente pregunta creativa es: ¿cómo puedo amar? Pero no se trata de una pregunta intelectual, de modo que la lectura o la meditación serán de limitada ayuda. Más bien, usted comienza por socavar las estructuras jerárquicas simples del ego en favor de la jerarquía entrelazada del ser que se encuentra más allá del ego. Si lo mira bien, desde el ego, el amor que sentimos por los demás es un amor centrado en el yo; amamos a las demás personas y cosas por lo que nos aportan, o porque implícita-

mente las vemos como una extensión de nosotros mismos. Nos situamos en la posición de El Padrino de nuestras relaciones jerárquicas simples con el resto de nuestros limitados mundos. Pero, cuando socavamos esta estructura con prácticas como la de amar a nuestros semejantes como a nosotros mismos, o amar a nuestros enemigos, o viendo a Dios en todos, tiene lugar un repentino salto cuántico en el cual descubrimos directamente la alteridad (la «otridad») de los demás. Vemos que los demás seres, los otros, son jivas individuales, al igual que nosotros, con el mismo tipo de aspiraciones creativas, que van en pos de su propio dharma y que interpretan su propio karma. Incluso atisbamos que todos, nosotros y los demás, estamos enraizados en el mismo yo, el yo universal.

El cuarto método se denomina karma yoga en la literatura. El karma yoga se traduce a veces como el sendero de la acción ritual, pero se trata de una definición incompleta. El karma yoga es otra manera de socavar la jerarquía simple del ego en favor de la jerarquía entrelazada del yo que hay más allá del ego. En la jerarquía entrelazada, no hay quien haga, no hay hacedor, sólo hay acción; el énfasis está siempre en el verbo. Así, en esta práctica, renunciamos a la autoría de la acción. Las cosas suceden; yo soy, simplemente, la conexión causal, normalmente de acuerdo con mis patrones caracteriales y mis necesidades kármicas, pero ocasionalmente con libertad y creatividad.

El quinto método, el tantra yoga, se centra en la creatividad del cuerpo vital-físico. Normalmente, la persona está totalmente identificada con su mente, tal como se refleja en su cerebro físico. En este método, usted se sumerge en las prácticas del yoga (*hatha yoga*) y en las técnicas de respiración (*pranayama*), meditando sobre el flujo del prana. Usted hace movimientos para activar y sentir su propio chi, como en el tai chi; le da potencia a su ki con la práctica del aikido (artes marciales); activa su energía vital mediante el deporte y la danza. El prana, el chi, el ki o la energía vital son, cómo no, una y la misma cosa: los modos de movimiento cuántico del cuerpo vital. Ahora bien, por lo general, sólo experimentamos los movimientos o modos condicionados del cuerpo vital viciados por la mente-cerebro. Pero una vislumbre repentina acaece cuando uno experimenta directamen-

te un nuevo modo de prana, chi o ki, sin la mediación interpretadora de la mente-cerebro.

Uno experimenta ahora la apertura de lo que en las tradiciones esotéricas recibe el nombre de *chakras*, y que muchos científicos del cuerpo vital-físico, tanto de Oriente como de Occidente, están redescubriendo ahora. (véase, por ejemplo, Motoyama, 1981; Joy, 1978.) Creo que los chakras son los nombres ancestrales de aquellas regiones de nuestro cuerpo donde tiene lugar el colapso cuántico de lo físico vinculado con el colapso que tiene lugar en el cuerpo vital. Dicho de otro modo, son los puntos donde se elaboran los mapas del cuerpo vital en el cuerpo físico (Goswami, 2000).

La apertura de los chakras es de suma importancia, porque estas experiencias le abren a usted una puerta que le permite acceder a la identidad de su cuerpo vital-físico, de tal modo que, a partir de ahí, usted puede controlar el movimiento de la energía vital (en otras palabras, sus sentimientos o cambios de humor). Puede incluso crear nuevos mapas o representaciones de sus campos morfogenéticos vitales en su cuerpo físico, algo que puede resultar muy necesario en la curación. En ocasiones, todos los chakras se pueden abrir al mismo tiempo, dando lugar a una integración de todas las identidades vitales-físicas en los distintos chakras. En las tradiciones esotéricas, este fenómeno recibe el nombre de ascenso de la kundalini shakti, del prana latente, desde el chakra raíz hasta el chakra corona, que es el más elevado. Según el mito, esta energía pránica se encuentra latente en la base de la espina dorsal, que es donde se encuentra el primer chakra.

El ascenso de la kundalini supone un nuevo acceso directo al cuerpo vital y a sus energías, así como al potencial creativo para la elaboración de nuevas representaciones de lo vital en lo físico. Pero lo más importante es que, a medida que usted integra la experiencia de la kundalini en su vida, la identidad que usted sustenta, la del ego basado en el cerebro, comienza a cambiar irreversiblemente.

Todos los métodos se apoyan entre sí. Usted puede tener una importante y maravillosa inspiración jnana acerca de la naturaleza de su yo, pero cuando intente manifestarlo en su vida tendrá que hacerlo en el contexto de sus relaciones, y para eso va a necesitar el yoga

de la sensibilidad y del amor: el bhakti yoga. De igual modo, el bhakti sin jnana termina siendo excesivamente sentimental y sensible. Además, si no se obtiene cierta comprensión y control del cuerpo vital-físico, que es lo que nos da la práctica del tantra yoga, ¿cómo vamos a manifestar de verdad la alteridad, la «otridad», en la relación con el sexo opuesto? Y, tal como yo lo entiendo, todos los demás yogas dan soporte al karma yoga, cuyo objetivo es la acción adecuada.

Lo cierto es que todos estos yogas siguen siendo valiosos aun después de que la identidad ha ido más allá del ego, aun después del despertar de buddhi. El jnana yoga no termina en tanto no llegamos a ese jnana que es la fuente de todos los jnanas. El yoga del amor no termina en tanto no hayamos llegado a ver a todo el mundo como nuestra propia familia, cosa que sucede cuando hemos sometido nuestra voluntad a la voluntad del Uno. El kundalini yoga no termina en tanto no se haya integrado el cuerpo, la mente y el espíritu. El karma yoga no termina en tanto no nos fijemos en la acción adecuada. Entraremos en más detalles acerca de esto en el capítulo 10.

Una vez su identidad está firmemente establecida dentro de la fluidez del nivel del ser del buddhi, descubrirá que seguir su destino y mantener su dharma es algo sencillo y directo. Ahora puede ser usted creativo en el mundo exterior sin crearse nuevo karma. Ahora puede servir al propósito del universo a través de la creatividad exterior desde este nivel del ser, un nivel del ser más inclusivo. Puede examinar su vida en busca de temas perdidos y puede concentrarse en descubrirlos. Pero para esto hay que trabajar con los arquetipos, a los que tanta importancia les diera Carl Jung, arquetipos como el del héroe, el ánima, el tramposo, etc. (Jung, 1971). Ahora está usted esforzándose para identificarse con su mónada cuántica individual, con su jiva, un proceso que culmina en la individuación, en el cumplimiento de sus responsabilidades contextuales monádicas, un término que acuñó Jung. Cuando se alcanza esta identidad, todo su karma se «quema». Usted ya no lo necesita.

Alguien dijo una vez: «No es difícil morir, lo difícil es seguir muerto». Lo más probable es que, una vez muera usted, reencarne

más pronto o más tarde. ¿Le gustaría tener alguna opción en este asunto, o prefiere dejarse arrastrar por las fuerzas inconscientes de las oportunidades y las necesidades? Si quiere usted elegir, hará bien en prestar atención a lo que escribió el gran poeta indio sufí Kabir:

*Si no rompes tus ataduras mientras estás vivo,
¿acaso crees
que los fantasmas lo harán después?
La idea de que el alma se unirá a los extáticos
por el mero hecho de que el cuerpo se ha corrompido
no es más que fantasía.*

*Lo que encuentres ahora lo encontrarás entonces.
Si no encuentras nada ahora,
terminarás con una morada
en la ciudad de la muerte.*

*Si haces el amor con lo divino ahora, en la próxima vida
tendrás el rostro del deseo satisfecho.*

(Bly, 1977. pp. 24-25)

El yoga de la muerte: morir creativamente

Una de las grandes paradojas de la muerte es el tema del miedo a la muerte. Hablando en términos generales, la gente cree que la muerte es algo penoso, algo malo. La gente teme a la muerte, y de ahí esa tendencia a negar su inevitabilidad.

Resulta curioso el hecho de que la gente primitiva no le tenga miedo a la muerte en particular, sino más bien a los muertos. Son más sensibles a los muertos, y parecen verse afectados por ellos. Y cuanto más afectados se ven por los muertos, más miedo les tienen. Hizo falta descubrir que los muertos sólo nos pueden afectar si los vivos cooperamos (teniéndoles miedo, siendo sensibles a ellos) para que dejáramos de temer a los muertos. La descreencia se convirtió en una protección contra cualquier daño que pudieran hacernos los muertos.

Pero, entonces, un nuevo miedo se apoderó de nosotros: el miedo a la muerte en sí. O más bien podríamos decir que, al perderle el miedo a los muertos, se nos reveló nuestro miedo a la muerte en sí. En los primeros tiempos de la civilización intuimos que el estado post mortem es un viaje del alma al oscuro Hades, y eso nos atemorizó. Como escribió un poeta griego: «La muerte es terrible. Aterradoras son las profundidades del Hades». Y este miedo continúa vivo hoy en día. «Ahora estoy a punto de emprender mi último viaje, un gran sal-

to en la oscuridad», escribió Thomas Hobbes, haciéndose eco de este miedo.

El desarrollo de la ciencia materialista debería haber eliminado nuestro temor al Hades. Si no somos más que materia, si no somos más que átomos (o genes) que sí que sobreviven a la muerte, entonces ¿a qué ese miedo al Hades? Pero lo que la ciencia ha intentado conseguir filosóficamente no ha tenido ningún efecto en ese miedo personal a la muerte que tenemos los seres humanos (incluidos los científicos). La cuestión es que el miedo a la muerte es algo irracional dentro de la ciencia materialista. El miedo a lo irracional se ha convertido en un miedo irracional.

¿Por qué se teme a la muerte como a algo malo? ¿Cómo podemos considerar algo como malo antes de haberlo experimentado? ¿De dónde surge la idea de la maldad de nuestra propia muerte personal? Los modelos materialistas/conductistas no pueden dar una respuesta adecuada a estas preguntas.

Pero existe también una perspectiva diferente acerca de la muerte. El psicólogo Carl Jung lo expresó maravillosamente bien cuando escribió: «La muerte es la cosa más terrible vista desde fuera y en tanto estemos fuera de ella. Pero, una vez dentro, uno saborea tal integridad, tal paz y tal satisfacción, que ya no quiere regresar». Esta afirmación de Jung fue el resultado de una experiencia cercana a la muerte que tuvo en 1944, tras un ataque cardíaco.

Muchas personas en nuestra cultura se han visto ciertamente beneficiadas por estas experiencias cercanas a la muerte. Estas personas suelen dar cuenta de haber estado fuera del cuerpo y de haber tenido profundas experiencias espirituales. Como consecuencia de tales experiencias, y liberadas de la identidad corporal dominante, estas personas se liberan de su miedo a la muerte. Y esto es algo que conviene recordar: que la muerte puede ser muy diferente cuando se contempla desde dentro de lo que nos pueda parecer cuando la contemplamos desde fuera.

Indudablemente, y en especial cuando contemplamos la muerte desde una visión materialista del mundo, desde el exterior, la muerte parece ser el término de la vida, el fin de nuestra mente y de nuestra consciencia. Pero, desde el interior, Jung sintió (al igual que las perso-

nas que pasan por experiencias cercanas a la muerte en general) que la muerte es una liberación de la consciencia de las ataduras del cuerpo. Pero resulta imposible encontrarle sentido a una afirmación tal desde un modelo materialista del mundo.

Quizás usted arguya, correctamente a mi juicio: «¿Cómo pueden ver la muerte desde dentro aquellas personas que han pasado por experiencias cercanas a la muerte si, en definitiva, no llegaron a morir definitivamente?» Pero esto nos plantea una pregunta aún más intrigante: ¿Es posible comprender la muerte sin morir, sin siquiera la experiencia cercana a la muerte, de tal modo que desaparezca el miedo a la muerte?

La declaración de Jung implica que la consciencia sobrevive a la muerte. Y no es necesario pasar por una experiencia cercana a la muerte para llegar a tal conclusión. Muchas personas que viven vidas normales intuyen que su consciencia no se limita a su cuerpo, y que, aun cuando su cuerpo muera, su consciencia sobrevivirá de un modo u otro. Es este tipo de intuición directa la que hace que la gente se libere del miedo a la muerte.

La cuestión es que sólo la verdad nos puede liberar del miedo. Si el materialismo nos ofreciera la verdad, todos los verdaderos creyentes del materialismo, incluidos la mayoría de los científicos, se habrían liberado de este miedo a la muerte. Pero no es así. Por otra parte, las personas que constatan profundamente que la consciencia se extiende más allá del mundo material, más allá de su ego, están más o menos libres del temor a la muerte. Como dijo Dorothy Parker: «Death, where is thy sting-a-ling-a-ling?»

Se sabe que en las culturas donde se acepta la reencarnación el miedo a la muerte se debilita considerablemente. La persona se puede relajar porque, de un modo u otro, sabe que no morirá, sino que regresará. En definitiva, la muerte se contempla como un largo sueño: ¡y nadie le tiene miedo a perder la consciencia durante el sueño! Como puede ver, la reencarnación es otra manera de alcanzar una especie de inmortalidad, no en el mismo cuerpo, pero sí mediante la continuidad de cierta «esencia de la vida». El poeta Walt Whitman, un experto en la reencarnación, expresaba el mismo sentimiento:

Sé que soy inmortal,
 sé que esta órbita mía no puede ser eliminada por el compás del
 carpintero...
 Y sea que entre hoy en posesión de lo que es mío, o lo haga dentro de diez
 mil años o de diez millones,
 puedo tomarlo alegremente ahora o, con la misma alegría, esperar...
 Me río de lo que llamáis disolución
 y conozco la amplitud del tiempo...
 ¿Qué significa existir en una forma?
 (Damos vueltas y vueltas, todos nosotros, para volver siempre al mismo
 sitio.)...
 Creo que volveré a la tierra pasados cinco mil años...
 (Whitman; citado en Cranston y Williams, 1994, p. 319)⁴⁷

Para algunas personas, ese «volveré» es ciertamente tranquilizador, pero ¿cuánto más tranquilizador sería si supiéramos *cómo* volveremos? ¿Podemos tener algún control sobre lo que ocurre en la muerte? Esta pregunta da lugar a la idea de morir conscientemente, de morir creativamente.

Morir creativamente

Cuando pienso en la muerte creativa, pienso en ocasiones en Franklin Merrell-Wolff. Conocí a este maravilloso filósofo y maestro espiritual cuando tenía 97 años de edad. Durante el año que le siguió, su último año de vida, pasé en torno a doce semanas en su presencia, incluido un período de un mes seguido, período que considero como el tiempo más feliz de mi vida. Aún me refiero a esa época como Shangri-la.

Durante aquellos días con él, me di cuenta de que una de las preocupaciones del doctor Wolff era, como sería de esperar, la muerte. Él quería morir conscientemente, me lo dijo una y otra vez. Pero la ma-

47 La traducción de estos versos de Walt Whitman procede de la traducción al castellano de *Hojas de hierba*, de Editorial Alba, Madrid, 1997. pp. 60, 61, 70 y 95. (N. del T.)

yoría de las veces pasábamos el tiempo sentados y en silencio. En presencia del doctor Wolff, me sentía *ser* por primera vez en mi vida.

Creo que él quería morir en ese estado de ser puro. ¿Lo consiguió? No lo sé; yo no estaba allí cuando murió. En realidad, no había nadie con él. Murió de una neumonía en torno a la medianoche, cuando le habían dejado a solas durante unos breves instantes, al parecer durmiendo. Cuando regresó Andrea, que era su discípulo y su enfermero, el doctor Wolff había muerto. De los informes que obtuve de todos aquellos que le atendieron durante las dos semanas que duró su enfermedad se desprende que mantuvo en todo momento su sentido del humor, su amabilidad y su ser hasta el último día.

¿Cómo se puede morir conscientemente? ¿Es importante morir conscientemente? La muerte es esa maravillosa oportunidad para liberarse o, al menos, para comunicarse, a través de nuestra ventana no-local, con toda nuestra cadena de reencarnaciones; así pues, jamás se podrá insistir demasiado en la importancia de morir conscientemente. Pero la primera pregunta (¿cómo se puede morir conscientemente?) es la más difícil de responder, si bien hay todo un yoga, denominado yoga de la muerte, que nos lo puede enseñar.

La esencia de la realidad, cuando se comprende desde la ciencia dentro de la consciencia, es que no hay muerte, que lo único que hay es un juego creativo de la consciencia. Y, en última instancia, el juego no es más que apariencia. El sabio y filósofo hindú Shankara es categórico al respecto: «No hay ni nacimiento ni muerte, ni ligazón ni aspiración anímica, ni alma liberada, ni buscador en pos de la liberación; ésta es la verdad última y definitiva». Así pues, la muerte creativa, el yoga de la muerte, la liberación en sí, tiene este único objetivo: comprender la verdadera naturaleza de la realidad que es la consciencia.

Tenemos miedo a la muerte porque no nos damos cuenta de la verdad de que somos uno con el todo, y que sufrimos como consecuencia de esa ignorancia. En el capítulo anterior, hablé de las distintas fases por las cuales pasan los pacientes terminales cuando se les revela su muerte inminente (negación, ira, negociación y todo eso). Usted también ha estado ahí, si no en esta vida (todavía), lo ha estado

muchas veces en sus pasadas encarnaciones. Usted ha negado que su ego fuera a morir, se ha enfurecido con la inevitabilidad de la muerte, ha intentado negociar con Dios, pensando que Dios es algo distinto y separado de usted. ¿Adónde le ha llevado todo eso? En la medida en que usted está convencido de la realidad de su ego, al sufrimiento, que vuelve una y otra vez.

Sin duda, cuando usted era joven y disfrutaba de buena salud, podía dedicarse a filosofar. La vida y la muerte, la alegría y el sufrimiento, la enfermedad y la salud, son las polaridades de la condición humana. Quizás la mejor estrategia sea aceptar estas polaridades. Medite sobre la frase «esto también pasará» cuando le golpee el sufrimiento. Cuando la muerte llame a su puerta, recuérdese que nacerá de nuevo a otra vida, así no le causará tanto resquemor morir en ésta. El problema que tiene el hecho de pensar así es que la verdadera aceptación de esta filosofía no es algo que se consiga así por las buenas. De hecho, para ello hace falta la liberación o, al menos, un estado del ser que esté lo suficientemente cerca de la liberación.

Hace dos mil quinientos años, un príncipe de la India al que se le había mantenido aislado de todo sufrimiento hasta la edad de veintinueve años, salió sin permiso de palacio para dar una vuelta por su ciudad y descubrió que existía la enfermedad, que la gente envejecía y moría. Este príncipe, Gautama, que posteriormente se convertiría en Buda, el iluminado, se percató de que la vida es algo así como un sendero de sufrimiento recurrente. Descubrió la virtud de una vida basada en el no apego, meditando en el «esto también pasará» no sólo cuando llegara el sufrimiento, sino también en medio del placer, con el fin de llegar al nirvana, a la extinción del deseo, a la liberación.

La verdadera aceptación de las polaridades de nuestro ser puede llevar a la ausencia de deseos, a desprenderse de los deseos, a la disminución de las preferencias; muchos sabios a lo largo de la historia han afirmado esto. Pero si observamos a esas personas que, en su búsqueda de la liberación en el sendero espiritual, se han abrazado al dolor (aunque sólo sea al dolor del aburrimiento), cabe la posibilidad de que nos preguntemos: «¿No estarán cambiando una cosa por otra?» Le recuerdan a uno aquel chiste en el que dos amigos están charlando. Uno de

ellos se lamenta de que tiene gota, en tanto el otro alardea: «Nunca he padecido gota. Hace mucho tiempo que asumí la disciplina de darme una ducha fría todas las mañanas temprano. Ésa es la mejor prevención de la gota». Y el otro le responde burlón: «Sí, yo lo paso mal con la gota, pero tú lo pasas mal con tus duchas frías».

Usted quiere liberarse del sufrimiento, pero no quiere darse duchas frías para ello. Lo bueno es que existe una vía hacia la liberación incluso para usted, una vía para escapar del ciclo de muerte y renacimiento. Bienvenido al yoga de la muerte, al sistema para aprender a morir conscientemente, con creatividad, y de ese modo liberarse. Cualquier experiencia creativa es un encuentro momentáneo con el yo cuántico; pero en una experiencia creativa (externa o interna), mientras se está en vida, uno tiene que volver desde ese encuentro con el yo cuántico a la realidad cotidiana, donde su identidad egoica vuelve a hacerse cargo de la situación una vez más. Pero en un encuentro creativo con Dios en el momento de la muerte, ya no hay vuelta atrás. Es una experiencia que puede liberarle de verdad.

Y si, por alguna razón, usted no está del todo convencido de que esta filosofía de la liberación es para usted, porque «la vida resulta apasionante a pesar de la muerte», o porque «el placer merece la pena a pesar del dolor que le sigue», usted necesita expandir el concepto que tiene de la liberación. Usted ha intuito una filosofía más profunda aún que la filosofía de la liberación. La filosofía de la liberación se basa en la idea de «la vida es sufrimiento», y se adapta a algunas personas bastante bien. Al fin y al cabo, todo esto es *maya*, un juego ilusorio de la consciencia. Pero, ¡espere! El juego ilusorio tiene un propósito: comprender creativamente todo lo que es posible, todo lo que es potencial en la consciencia. Y la comprensión creativa es *ananda*, gozo espiritual. Así pues, en esta filosofía, la clave estriba en el juego, en jugar, y la vida es alegría. Desde esta filosofía, ¿qué papel tiene la liberación? El de alcanzar la verdadera libertad de elección y el de vivir creativamente en todo momento.

Para los buscadores de «la vida es sufrimiento», la liberación es liberarse del ciclo de muerte y renacimiento, y la muerte lleva a una fusión en la unidad de la realidad para siempre. Para los buscadores de

«la vida es alegría», la liberación es poder elegir: nacer o no nacer es una cuestión que les gustaría mantener abierta para siempre, disponer para siempre de la opción de disfrutar de todo lo que la vida puede ofrecer, incluidas sus polaridades, pero disfrutar de todo ello creativamente.

Así pues, usted puede contemplar el objetivo último del yoga de la muerte como una forma de decidir salir del ciclo de muerte y renacimiento, o bien como una forma de alcanzar la libertad definitiva, la libertad de elegir si uno va a nacer de nuevo y cuándo lo va a hacer. En el peor de los casos, el yoga de la muerte le puede permitir a usted permanecer consciente en algunas partes del proceso de muerte, que es algo crucial para poder disponer de posibilidades reales de elección en su próxima encarnación.

¿Por qué la muerte supone una oportunidad para la creatividad?

Pruebe a meditar en medio de un mercado. Es todo un reto concentrarse en la respiración o en un mantra, cuando hay tantas distracciones. Sonidos e imágenes, olores y sabores abundan. Gente que compra y que vende, con una energía frenética; todo esto hace vanos sus esfuerzos. ¿No será más fácil meditar en un rincón tranquilo y sin distracciones?

De igual modo, la vida está llena de distracciones. En cierto modo, es como un mercado donde se compra y se vende, donde se intercambian posesiones y relaciones. Comparativamente hablando, la muerte es un rincón tranquilo donde cosas y posesiones, personas y relaciones, le dejan a uno en paz.

Creativamente es un encuentro del ego y del yo cuántico (May, 1975; Goswami, 1996). En la muerte, como ya hemos visto, la conciencia comienza por retirarse del cuerpo físico. En tanto sigue colapsando ondas de posibilidad vinculadas de modo que la experiencia continúa, el centro de identidad pasa al cuerpo vital y al mental, y luego al reino de los arquetipos (el cuerpo temático). Cuando la identidad recorre este camino, el ego se hace más fluido, como en un sue-

ño; se encuentra en el mínimo de esa fijeza que experimentamos cuando estamos despiertos, una fijeza que constituye el mayor de los obstáculos para el encuentro creativo.

Una buena analogía es la de la experiencia de flujo que usted tiene cuando se olvida de sí mismo en la danza de la creación con el yo cuántico. El flujo tiene lugar cuando la danza le baila a usted, cuando la música le interpreta a usted, cuando la pluma escribe sobre el papel casi por sí sola y usted no estuviera haciendo nada. Muchas veces caemos en este estado de forma natural durante nuestras ocupaciones, pero también podemos practicar para acrecentar las posibilidades de caer en este estado de flujo. Practicar para estar en el estado creativo de flujo cuando muramos es el objetivo del yoga de la muerte.

En los Upanishads se dice que la gente, cuando muere, va a *Chandraloka*, el reino de la luna (obviamente, una estación entre el Cielo, lo trascendente, y la Tierra, el reino inmanente ordinario). Aquí se les pregunta: «¿Quién eres?» Aquellos que no son capaces de responder son destinados a reencarnar, tal como determine su obligación kármica. Pero a aquellos que responden: «Yo soy tú», se les permite seguir adelante en su gran viaje (Abhedananda, 1944). Pero dese cuenta de lo paradójica que resulta la frase «Yo soy tú». Yo estoy separado porque puedo ver que «Yo soy», y sin embargo también puedo ver mi identidad contigo. Ésta es la naturaleza del encuentro entre el ego y el yo cuántico.

Los actos creativos precisan de cuatro fases: preparación, incubación (procesamiento inconsciente), encuentro e inspiración, y manifestación. Y la creatividad en la muerte no es una excepción. En las páginas que vienen a continuación, echaremos un vistazo a los detalles de estas cuatro fases. Una de las cosas buenas de la muerte es que no hay que pasar por el aro para alcanzarla. No te cuesta nada, y dispone del potencial para dártelo todo. ¡Vaya regalo!

La preparación para la muerte

¿Cuándo deberíamos de comenzar la preparación para la muerte? No hay ninguna razón por la cual no pueda comenzar ahora mismo. Hay

personas que ven toda su vida como una preparación para la muerte (algo parecido a lo que ocurre con aquellas personas para las cuales toda la vida es un preámbulo del postre), y no andan nada desencaminados al pensar de esta manera (la muerte es su «postre»). Pero si usted ha vivido de un modo «normal», el cuándo debería prepararse para la muerte tendrá una importancia especial. Es el inicio de su particular práctica del yoga de la muerte.

Usted debe de comenzar esta preparación cuando sepa que tiene una enfermedad terminal; así de fácil. Pero si no hay un indicio tan claro como éste, ¿qué puede hacer?

Cuando uno se hace mayor, y si presta atención, se le hacen evidentes los síntomas preliminares de la eventual retirada de la consciencia de la vida. Quizás el cuerpo físico se debilite. Quizás sienta la boca reseca y tenga problemas para respirar. Quizás tenga también cierta dificultad para reconocer a la gente. Los síntomas de la retirada de la consciencia pueden aparecer también en la forma de una reducción general de la necesidad de conceptualizar, de cierta disminución de la agresividad en las acciones y los logros, y de una reducción del deseo por las cosas. Estos síntomas vienen acompañados más tarde por una tendencia natural a la apatía, así como por cierto desinterés por los contenidos de la mente, que se halla cerca de la vacuidad. ¿Por qué aparecen estas tendencias? Se da una disociación gradual entre las acciones vinculadas del cuerpo mental y el cuerpo físico, o del físico, el mental y el vital. Cuando esto se hace frecuente, es el momento de prepararse en serio.

¿En qué consiste la preparación? Aunque se ha documentado mejor con pacientes terminales, lo cierto es que la mayoría de las personas pasa por las fases de negación, ira, negociación y depresión cuando se enfrenta a la muerte, aunque sea de forma vaga (como ocurre cuando nos hacemos viejos y no disfrutamos de buena salud, cuando comenzamos a darnos cuenta de los síntomas preliminares de retirada de los que hemos hablado arriba). El primer paso para la preparación, un paso esencial, es pasar por todas estas fases, terminando con la aceptación. La aceptación es la apertura de la mente hacia las posibilidades creativas de la muerte. El psicólogo Carl Rogers le daba

un enorme valor al hecho de poseer una mentalidad abierta en lo relativo a la creatividad.

Hay una historia zen que cuenta que un profesor fue a ver a un maestro zen para aprender con él todo lo relativo a esta disciplina espiritual. Mientras el maestro zen preparaba el té, el profesor se puso a desglosar profusamente todo lo que sabía acerca del zen. Una vez lista la infusión, el maestro comenzó a verter el té en la taza de su huésped, pero no se detuvo cuando el líquido rebosó por el borde de la taza, ante lo cual el profesor exclamó: «¡Está derramando el té!». Pero el maestro zen, desde la calma más absoluta, le respondió: «Lo mismo ocurre con su mente, que está rebosante de ideas acerca del zen. ¿Cómo voy a poder enseñarle nada, cuando su mente está ya tan llena?»

Y, sin embargo, la preparación supone también la lectura de libros relativos a la muerte, al acto de morir y a la reencarnación. Usted va a descubrir lo que sucede después de la muerte. En estos libros encontrará las intuiciones que otras personas han tenido respecto a la muerte, proporcionándole así valiosos atisbos. Pero convendrá que recuerde la lección de la historia zen que le acabo de contar. Convendrá que tenga cuidado, y que no convierta lo que lee en parte de su sistema de creencias.

La preparación alternativa y el procesamiento inconsciente

Lo que normalmente llamamos morir de viejo es en realidad morir a causa de una u otra enfermedad. Como dice el médico y escritor Sherwin Nuland, la muerte es dolorosa y sucia. Preparación significa que usted se esfuerza por hacer que su muerte sea una experiencia creativa, una muerte digna. Y también un dejarse ir.

Lo cierto es que usted ya es aquello que busca: la consciencia inmortal y original. Lo que usted está buscando es aquello que está contemplando. Pero en el proceso de contemplar existe separatividad y dolor. Esta separatividad se desvanece cuando usted deja de forcejear. Es entonces cuando tiene lugar el procesamiento inconsciente.

¿Se acuerda del experimento de las dos ranuras? Los electrones pasan a través de las dos ranuras de la pantalla y crean un patrón de múltiples bandas sobre la placa fluorescente que hay tras la pantalla (véase el capítulo 2 y la figura 2.1). Pero esta maravilla cuántica sólo tiene lugar si no se observa a los electrones cuando pasan a través de las dos ranuras; si usted los observa, sólo aparecerán dos bandas (fig. 10.1), porque la mera observación colapsa a los electrones en sólo una de las dos ranuras a través de las cuales viajan. Ésta es la cuestión. Forcejear supone siempre observar, mirar, contemplar. Procese, no observe, no contemple. El procesamiento inconsciente nos permite acumular y proliferar ambigüedad a través de la dinámica cuántica de los cuerpos cerebral-mental/vital-físico.

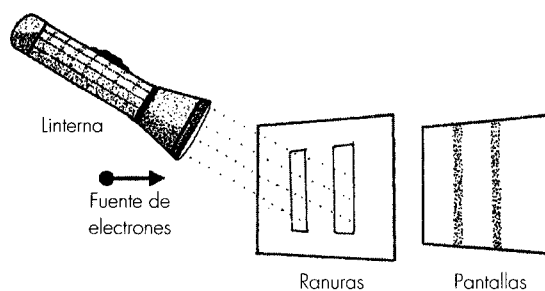


Fig. 10.1. En una disposición en la cual se apunta una linterna sobre las ranuras, podemos ver por qué ranura pasa cada electrón, de ahí que el patrón de interferencia desaparezca y los electrones se comporten del modo clásico, como minúsculas pelotas de béisbol.

Así, cuando llega el dolor, usted puede responder ante él haciendo y no haciendo. Hacer supone actividad, por ejemplo, hacer alguno de los ejercicios que se describen más abajo. No hacer significa simplemente eso, dejarse ir, no resistirse y no identificarse con el dolor. Para lo primero se requiere voluntad; para lo segundo se requiere sometimiento. La interacción entre ambos puede llevar al encuentro preconsciente, el encuentro entre el ego y el yo cuántico, entre quien usted cree ser y Dios.

El cineasta Mel Brooks decía: «Si estás vivo, agitas brazos y piernas, vas saltando de aquí para allá y haces mucho ruido, porque la vida es lo opuesto a la muerte. Y, por tanto, tal como yo lo veo, si estás en silencio es que no estás vivo. Tienes que ser ruidoso o, al menos, tus pensamientos deben de ser ruidosos, coloridos y vivos». En cambio, hay un haiku zen que dice: «Sentado en silencio, sin hacer nada. Llega la primavera, y la hierba crece sola». Así, el camino que lleva al encuentro creativo combina la sabiduría de Mel Brooks y la del zen.

El encuentro: tres ejercicios tibetanos

Usted ya sabe algo del bardo del momento de la muerte, cuando se tiene una experiencia extracorporal, cuando se hacen viajes oníricos y visionarios por reinos trascendentes, cuando se hace la revisión de la vida y todo lo demás (véase el capítulo 8). El problema estriba en mantenerse consciente a lo largo de todo este proceso. Y es el equilibrio perfecto entre hacer y no-hacer lo que puede llevarle a usted a través de todo el proceso hasta la clara luz.

Los tibetanos sugieren tres ejercicios para favorecer la dinámica de acción del dúo hacer/no-hacer en el acercamiento creativo a la muerte.⁴⁸ Estos ejercicios son: la oración de la muerte, que es un ejercicio de devoción; el sacrificio perfecto, que es una práctica de la virtud en acción; y la contemplación sin esfuerzo, que es la práctica del jnana (sabiduría/investigación). Cada uno de estos ejercicios se puede encontrar también en otras tradiciones.

En la versión tibetana, la oración de la muerte significa orar al Buda Amitabha, mientras se piensa en la Tierra de la Dicha, la versión budista del Cielo. Tiene sus similitudes con los ritos de la extremaunción de la tradición católica, cuando el sacerdote recibe las últimas confesiones del moribundo y le insta a orarle a Jesús. Claro está que, si hace usted de la oración de la muerte su práctica del yoga de la

48 Para escribir esta sección, he recibido la inestimable ayuda del maestro espiritual Joel Morwood.

muerte, no puede esperar que haya un sacerdote presente cada vez que haga usted este ejercicio. De igual modo, a los musulmanes se les insta para que mueran diciendo: «No hay más dios que Allah, y Muhammad es el mensajero», y los hindúes practican el *japa*, meditando interiormente en uno de los nombres de Dios.

Cuando asesinaron a Gandhi, tenía tan interiorizada su oración de la muerte, estaba tan preparado para morir, que su última palabra fue «Ram», uno de los nombres de Dios. El propósito de la oración de la muerte es exactamente ése, estar preparado hasta tal punto que el instante de la muerte se convierta en un verdadero encuentro entre Dios y usted, entre su yo cuántico y usted.

¿Cómo se practica? Créese un breve mantra personal con un arquetipo de su propia tradición (ante cuya imagen esté usted consagrado de forma natural) como punto central de la oración, y luego repítalo en todos los instantes conscientes. Si la frase es «Dios, me someto ante ti», usted se dirá esto mentalmente cada vez que se acuerde y sea consciente. Cuando se vea sumergido en el dolor: «Dios, me someto ante ti». Si se queda adormilado, al despertar: «Dios, me someto ante ti». Si se distrae, cuando se dé cuenta de que estaba distraído: «Dios, me someto ante ti». Al cabo de un tiempo de hacer esto, la oración se interiorizará; se activará por sí sola como un procesamiento inconsciente. Habrá alcanzado el equilibrio perfecto entre el hacer y el no-hacer. Los hindúes le llaman a esto *ajapa-japa* (japa sin japa).

Así pues, ¿qué sucede aquí? Todas las tradiciones afirman que esta oración nos permite reconocer la consciencia en su totalidad (la clara luz de *El libro tibetano de los muertos*).

El segundo ejercicio, el sacrificio perfecto, es la práctica de uno de los más elevados ideales de las tradiciones espirituales. Se basa en la intuición de que el sacrificio voluntario es una forma sumamente eficaz de llegar a la naturaleza de la verdad. Jesús eligió la crucifixión para redimir a la humanidad; y, durante el proceso, él mismo llegó a la resurrección. Los budistas lo llaman el ejercicio del bodhisattva, el sacrificio incluso de la propia liberación hasta que todos los seres sean liberados. El Bhagavad Gita habla de *tyaga*, el sacrificio, como de la práctica más elevada; es el tema del último capítulo del Gita, «El Yoga de la Liberación».

Así pues, en lugar de contemplar el dolor y el sufrimiento y de retroceder ante ellos, nos abrazamos al dolor y al sufrimiento para aliviar no mi dolor, sino el dolor de la humanidad.

¿Cómo hacer este ejercicio? Si está usted sumido en un sufrimiento concreto (algo habitual en las personas que saben que van a morir), imagine que usted ha asumido este sufrimiento por el bien de los demás. Si usted no sufre de nada en particular, puede imaginar que asume un sufrimiento en particular por el bien de los demás. Sienta la alegría de aquellas personas que se aliviarán de este sufrimiento en concreto. Coordine su respiración: mientras inspira, asuma el sufrimiento de todos los seres; mientras expira, envíe la dicha de esa liberación a todos los seres. De nuevo, no se puede hacer esto con el mero esfuerzo; tendrá que llegar a un equilibrio entre la voluntad y el sometimiento.

¿Cómo opera este ejercicio? Dese cuenta de que es una práctica que tiene ciertas similitudes con el bhakti yoga, aderezado con un toque de karma yoga (véase el capítulo 9). Normalmente, desde el ego, los seres humanos somos un tanto solipsistas; es decir, pensamos o nos conducimos como si fuéramos el centro del universo, y que el resto sólo fuera real en la medida en que nos relacionamos con ello. Desde este estado, es imposible sacrificarse por nadie, a menos que lo «amemos». Yo amo a mi esposa, a mis hijos, a mi país, de modo que puedo sacrificarme por estas entidades. La práctica del sacrificio por los demás lleva al descubrimiento de la alteridad de los demás, que es el descubrimiento del verdadero amor, un amor incondicional por ese otro ser relacionado conmigo o que veo como una extensión de mí mismo. En la medida en que se vea capaz de amar a los demás, menos dominio tendrá su ego sobre usted. Si en verdad es usted capaz de morir para aliviar el sufrimiento de los demás y para traerles la alegría, habrá trascendido los límites autoimpuestos del ego y habrá obtenido el derecho a ver la luz de la consciencia.

El psiquiatra Stan Grof ha descubierto sin pretenderlo un método maravilloso y efectivo para este ejercicio, la respiración holotrópica, una forma de respiración que lleva literalmente a una identificación más holista. Al principio, cuando Grof instaba a sus clientes a

hacer este ejercicio, éstos parecían pasar por lo que parecían ser experiencias prenatales y perinatales, las del momento del parto. Pero a medida que las personas profundizaban, las experiencias que emergían parecían centrarse en un dolor colectivo, en el sufrimiento de toda la humanidad. Le aconsejo que lea en particular la experiencia que tuvo el filósofo Christopher Bache con esta técnica, si quiere tener un atisbo de lo potente que es (Grof, 1998; Bache, 2000).

Se puede utilizar el sendero del jnana del que hablábamos en el anterior capítulo, pero se dice que esta forma de desarrollar la contemplación sin esfuerzo es de las más difíciles, ya que consiste en descubrir la consciencia permaneciendo dentro de su naturaleza, dentro del instante presente, sin permitirse distracción alguna. Éste es el verdadero significado de la frase «morir conscientemente».

«De todas las meditaciones conscientes —dice Buda en el *Parinirvana Sutra*—, la meditación suprema es la meditación de la muerte.» Sin embargo, en la práctica, sólo las personas habituadas a meditar, que pueden mantener la atención durante prolongados períodos de tiempo, pueden esperar permanecer con todo el dolor, todo el sufrimiento, todas las distracciones y toda la indignidad que habitualmente comporta la muerte.

Pero, por otra parte, en la India existe una curiosa anécdota acerca de un sabio llamado Tukaram. Dicen que un discípulo le preguntó a Tukaram cómo había tenido lugar su transformación, cómo era que nunca se enfadaba, que siempre se mostraba amoroso y cálido con los demás; el discípulo quería saber el «secreto» de Tukaram.

—No sé qué decirte acerca de mi secreto —dijo Tukaram—; pero lo que sí conozco es tu secreto.

—¿Y qué secreto es ése? —preguntó curioso el discípulo.

—Que vas a morir en el plazo de una semana —dijo Tukaram con gravedad.

Dado que Tukaram era un gran sabio, el discípulo se tomó sus palabras muy en serio. Durante aquella semana, el joven cambió su manera de comportarse, tratando a sus familiares y amigos de forma amorosa, meditando y orando, y haciendo todo lo que estaba de su mano para prepararse para la muerte.

Cuando llegó el séptimo día, se echó en su cama con una fuerte sensación de debilidad, y envió a llamar a Tukaram.

—Bendíceme, sabio. Estoy muriendo —le dijo.

—Mis bendiciones sean siempre contigo —dijo el sabio—. Pero dime, ¿en qué has empleado tu tiempo durante esta última semana? ¿Te has enfadado con alguien de tu familia o de tus amigos?

—Claro que no. Lo único que he hecho en estos siete días ha sido amarles. Eso es lo que he hecho. Amarles intensamente —dijo el discípulo.

—Ahora, ya conoces mi secreto —exclamó el sabio—. Yo sé que puedo morir en cualquier momento. Por eso siempre estoy amando a todos aquellos con los que me relaciono.

De igual modo, la palanca de fuerza que le proporciona la situación de la muerte es la intensidad, es decir, el componente más esencial de la concentración.

La contemplación sin esfuerzo de la naturaleza de la realidad no trata del pensamiento, sino que, paradójicamente, trata de trascender el pensamiento a través del pensamiento. Franklin Merrell-Wolff decía: «La sustancialidad es inversamente proporcional a la ponderabilidad».

Cuanto más sustancial se haga su contemplación de la realidad, menos ponderable será. Y cuanto menos ponderable sea, menos esfuerzo requerirá.

Por último, se llega a un punto en el que uno se da cuenta de que, como solía recordar a la gente Ramana Maharshi, «Vuestro esfuerzo es la servidumbre». Cuando el esfuerzo se mezcla con el sometimiento, todo se hace sin esfuerzo, *sahaj* en sánscrito.

Cuando la contemplación se hace sustancial e imponderable y no se necesita esfuerzo alguno, usted se encuentra en el flujo natural de la consciencia, en el *sahaj samadhi*.

Como dice Bokar Rimpoché, «Cuando finalmente llega la muerte, si el practicante permanece en la naturaleza de la mente [consciencia], obtendrá plena conciencia y se convertirá en un Buda en la fase denominada el cuerpo absoluto o clara luz del momento de la muerte».

No tiene por qué esperar a la muerte para practicar el yoga de la muerte

Hay una maravillosa historia en los Upanishads. Había una vez un joven llamado Nachiketa cuyo padre dispuso un gran *yajna* (palabra sánscrita que significa sacrificio ritual), una orgía de ofrendas, para asegurarle un lugar en el Cielo. Pero el padre era bastante calculador; por ejemplo, se guardó las mejores vacas para sí mismo, ofrendando las vacas más flacas y débiles. Nachiketa, cuando se dio cuenta de la mezquindad de su padre en las ofrendas, lo puso en cuestión.

—Padre, ¿a quién me estáis ofreciendo?

Pero no hubo respuesta. Nachiketa insistió. Cuando se lo preguntó por tercera vez, el padre respondió molesto:

—A Yama, el dios de la muerte. He decidido ofrecerte al dios de la muerte.

Pero una promesa es una promesa, de modo que Nachiketa fue a la morada de Yama. Dado que había ido con antelación, no había nadie para recibirle. Nachiketa esperó durante tres noches, hasta que, finalmente, el dios de la muerte regresó. Yama se sintió avergonzado por el hecho de que se hubiera ignorado a un huésped durante tres noches, por lo que, para compensar la falta, le concedió a Nachiketa tres peticiones.

Las dos primeras peticiones fueron triviales; pero, en la tercera, Nachiketa pidió conocer el secreto de la muerte: ¿qué ocurre después de la muerte?

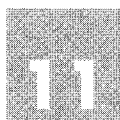
—Hay quien dice que morimos y hay quien dice que no. ¿Qué ocurre en realidad?

Yama estaba ahora en un aprieto, e intentó escabullirse para no contar el secreto de la muerte. Pero de nada le sirvió, de modo que, al final, le enseñó a Nachiketa la verdad de la existencia: que la consciencia no muere con la muerte. Al percatarse de esta verdad en su interior, dijo Yama, uno descubre el misterio de la muerte.

Y así es. Un día, cuando Ramana Maharshi tenía dieciséis años de edad, tuvo la extraña sensación de que iba a morir, y «un violento miedo a la muerte se apoderó de mí». Se puso a pensar qué podía hacer

al respecto. ¿Qué significa la muerte? ¿Qué es lo que muere? Comenzó también a dramatizar la llegada de la muerte. Se tumbó y se puso rígido, como si el rigor mortis hubiera comenzado, imitando a un cadáver. Y pensó para sí: «Ahora que este cuerpo está muerto, con la muerte del cuerpo, ¿estoy muerto yo? ¿Acaso soy yo el cuerpo?» La fuerza de su búsqueda precipitó una transformación inesperada en el ser. Más tarde, escribiría:

Resplandeció en mi interior intensamente, como una verdad viva que podía percibir directamente, casi sin procesos de pensamiento. «Yo» era algo muy real, lo único real en mi estado presente, y toda la actividad consciente conectada con mi cuerpo estaba centrada en ese «yo». A partir de ahí, el «yo» o «Yo» centró su atención en Sí Mismo merced a una potente fascinación. El miedo a la muerte se había desvanecido. La absorción en el Yo prosiguió inquebrantable desde aquel momento. Aunque el cuerpo se sumiera en la conversación, en la lectura o en cualquier otra cosa, yo seguía centrado en el «Yo». (Citado por Osborne, 1995).



Preguntas y respuestas

Con frecuencia doy conferencias y talleres sobre los atisbos que la teoría cuántica nos ofrece acerca del tema de la supervivencia después de la muerte y la reencarnación. La idea de este capítulo surgió de las muchas preguntas que se me hacen en estas conferencias y talleres, al ver que el formato de pregunta-respuesta se adapta mejor a cierto tipo de preguntas personales (en contraposición a las preguntas generales filosóficas o científicas). Sin embargo, a medida que me sumergía en su realización, no he podido resistir la tentación de hacer esta especie de capítulo de resumen. Disfrútelo.

P: ¿Cuál es el propósito de la vida?

R: El propósito de la vida individual es el mismo que el propósito cósmico, que consiste en manifestar lo posible, sumergirse en el juego creativo de descubrimiento de lo que es potencial en la consciencia. La consciencia, viéndose de este modo a sí misma, parece expresarse dentro de determinados contextos. Existen contextos que un ser humano individual debe vivir plenamente, que debe expresar creativamente.

P: ¿Cuál es el propósito de la muerte?

R: A primera vista, parece no haber un propósito en la muerte. ¿Por qué el propósito de la vida no se lleva a cabo en una única y larga vida? Pero la exigencia de la manifestación es algo diferente. Desde el

punto de vista idealista, la vida es el campo de batalla de dos fuerzas: la creatividad y la entropía. La entropía desgasta y consume el cuerpo físico, que es el *hardware* en el cual la creatividad hace nuevos programas, actividad que llamamos aprendizaje. Con el tiempo, la entropía vence esta batalla, y el organismo deja de implicarse en más procesos de creatividad. Aquí es cuando la consciencia comienza a retirarse, retirada que culmina con la muerte.

Hace mucho tiempo, leí una serie de historias de ciencia ficción del escritor británico Michael Moorcock acerca de un antihéroe llamado Jerry Cornelius (historias que se pueden encontrar en *The Cornelius Chronicles*),⁴⁹ que refleja esta lucha entre la creatividad y la entropía: en cada episodio, Jerry y sus amigos saltan de una realidad a otra en un Londres de múltiples realidades, buscando siempre esa manifestación única donde reina la creatividad y la vida vence a la muerte. Por supuesto, Jerry nunca encuentra esta realidad, porque él mismo porta el germen de la entropía.

Pero, ¿por qué vamos a contemplar esto como un fracaso? ¿Qué necesidad tenemos de terminar con todo nuestro propósito creativo en una vida? Por eso morimos, pero volvemos en otro tiempo y lugar con un papel en blanco para disponer de otra oportunidad creativa, en otra encarnación.

P: Me está confundiendo. Si la reencarnación nos da un papel en blanco, ¿cómo vamos a recordar las vidas pasadas, y por qué tendríamos que hacerlo? ¿No emborronaría eso nuestros papeles en blanco? ¿Y qué pasa con el karma? ¿Cómo se propaga el karma de vida en vida de la persona si no llena de signos nuestros papeles en blanco?

R: El papel en blanco se refiere únicamente al cuerpo físico, que muere después de saturarse con la memoria clásica. En cambio, el cuerpo vital y el cuerpo mental de la mónada cuántica que sobrevive a la muerte portan la memoria cuántica. La memoria cuántica sopesa las probabilidades en favor de las experiencias pasadas, creando así una

49 *Las crónicas de Cornelius*.

predisposición; y es mediante esta predisposición que el karma se traslada de una encarnación física a otra. Y el recuerdo de los contenidos de las vidas pasadas surge de la no-localidad de los procesos cuánticos y de la consciencia. Existe una conexión no-local entre las distintas encarnaciones, pero no es fácil acceder a ella.

La memoria cuántica está escrita en las ecuaciones matemáticas que gobiernan la mónada cuántica. Y dado que no está codificada en una forma manifiesta, no se deteriora. Evidentemente, las predisposiciones pueden constituir una barrera, si se utilizan para evitar el colapso de determinados contextos. Sin embargo, las tradiciones afirman que no traemos con nosotros todas nuestras predisposiciones (propensiones o karma) del pasado en cada encarnación, sino sólo una selección de ellas (denominada *prarabdha*).

Esta idea de que las predisposiciones se convierten en una barrera es por otra parte la razón por la cual se insta a evitar el mal karma. Y es aquí donde el buen karma nos resulta tan útil, en el trabajo de descubrir y aprender creativamente los contextos que son potenciales en nosotros.

P: ¿Qué supone aprender? ¿Es el descubrimiento creativo de los temas de nuestra vida?

R: El descubrimiento de los temas y su manifestación en la vida. A menos que vivamos el tema que descubrimos (a menos que «caminemos por» nuestro descubrimiento), el tema descubierto no se convertirá en una propensión condicionada de la mente. Las personas que no «caminan por» sus descubrimientos de los temas del intelecto supramental reciben el nombre de intelectuales, en contraposición a inteligentes. ¿Comprende la diferencia?

P: Creo que sí. Me gustaría que repitiera cómo define usted el buen y el mal karma.

R: El karma se ha entendido erróneamente en gran medida, especialmente en la mentalidad popular. Mucha gente en la India (y no digamos en Occidente) cree que si realizan buenas acciones (como dar limosna a los pobres, atender a sus padres y todo eso), acumula-

rán buen karma. Pero esto no necesariamente es así. El único buen karma es la memoria cuántica disposicional, que le permite a usted descubrir y expresar creativamente su propósito, vivir los contextos a través de los cuales la consciencia se conoce a sí misma. Por otra parte, si sus acciones producen disposiciones hacia hábitos, fobias y similares, que disminuyen su creatividad en la próxima vida, usted estará acumulando, obviamente, un mal karma.

P: Aún no estoy convencido de que necesitemos la reencarnación para manifestar el propósito del universo. Estoy de acuerdo en que una sola vida tiene un alcance limitado. Pero, en lugar de muchas vidas, ¿por qué no disponer de muchas personas? No existe un límite sobre cuántas personas podemos tener, ¿no?

R: No. Obviamente, el planeta sólo puede sustentar una población limitada. Sin la reencarnación, abreviamos severamente la oportunidad para crear buenas disposiciones que nutran la creatividad requerida para el descubrimiento de contextos verdaderamente sofisticados en los que medre la civilización. Considere el fenómeno de los genios y de los niños prodigio, piense en los logros de gente como Einstein y Shankara, que casi con toda seguridad nacieron con propensiones procedentes de vidas pasadas que les llevaron a destacar del modo en que lo hicieron.

P: Sólo se me ocurre una cosa. Si la gente comprendiera lo que usted está diciendo acerca del buen karma, llevarían una vida ética, ¿no? Porque la ética está directamente relacionada con la creatividad. La ética consiste en potenciar tu propia creatividad y la de los demás, y consiste, al menos, en no hacerles daño. En las sociedades donde el karma se malinterpreta o se ignora, la gente suele comportarse de un modo poco ético.

R: Está usted totalmente en lo cierto. Tomemos el caso de la India. En la India, se cree en el karma, pero se malinterpreta con unas ideas muy limitadas y miopes acerca de lo bueno y lo malo. Rara vez se desarrollan disposiciones buenas y creativas. Por otra parte, si tomamos como ejemplo Estados Unidos, donde no se cree en el karma,

sí que se desarrollan disposiciones buenas y creativas, pero también se desarrollan disposiciones malas.

P: Entonces, ¿qué podemos hacer para manifestar el propósito de nuestra vida, además de prestar atención al karma que generan nuestras acciones?

R: Prestar atención a la muerte. Recuerde las lecciones de *El libro tibetano de los muertos* y de nuestro modelo de reencarnación. La muerte consciente puede llevar a experiencias no-locales que resultarán muy valiosas en nuestra próxima vida.

P: Pero eso sólo ocurriría si ese modelo es el modelo correcto.

R: Evidentemente. Los modelos científicos están diseñados para que hagamos uso de ellos. Usted tiene ahora un modelo científico; dele uso y verá por sí mismo si es válido. Tengo la intuición de que la experiencia de la muerte es potencialmente muy valiosa para nosotros.

P: En la literatura hindú, uno se encuentra con la idea de quemar el karma. ¿Acaso se puede quemar el karma?

R: Sí, en cierto modo. Las personas traemos propensiones (karma) de nuestras vidas pasadas para trabajar en esta vida sobre cierta agenda de aprendizaje. Cuando cumplimos con esa agenda, ya no tenemos necesidad de esas propensiones particulares. De modo que se podría decir que, mediante nuestra acción creativa en el aprendizaje de nuevos temas de vida, quemamos parte del karma.

P: ¿Y qué hay de la cuestión del número de almas? Ya sabe, eso de que están naciendo tantas personas ahora que tal vez no haya suficientes almas viejas para acomodarlas a todas.

R: Nada en nuestro modelo prohíbe el hecho de que vengan al ser nuevas almas en cualquier momento; ni el cuerpo temático, ni los cuerpos vital y mental se pueden reducir a número alguno que se pueda contar. Todos utilizamos las mismas funciones mentales y vitales; la diferencia estriba en que se propagan según diferentes patrones. Son estos patrones diferentes los que aportan la individualidad a nues-

tro ser vital y mental. Sabemos que la propagación tiene un final (la liberación). ¿Por qué no ha de haber también un principio?

Pero lo cierto es que aquí opera también otro factor. Muchas mónadas cuánticas viejas están ahora más allá del ciclo del renacimiento. La vida espiritual era más fácil en la Antigüedad, tenía más apoyo por parte de las distintas culturas. Los hindúes denominaron a aquella época la *Satya yuga* (la edad dorada). La gente se liberaba al cabo de pocos nacimientos. Ahora existen tantas distracciones materiales que resulta difícil mantener la atención en el aprendizaje. (No en vano los hindúes denominan a la época actual *Kali yuga*, la edad de la ignorancia.) Así, las mónadas cuánticas tienen que nacer en cuerpos físicos muchas más veces antes de que «vean la luz». Esta idea se desprende también de los datos de Helen Wambach (véase el capítulo 5). Naturalmente, ahora nacen muchas más personas.

Pero, en última instancia, el tema del número de almas emerge una y otra vez debido a que seguimos siendo presas del pensamiento dualista, que nos dice que existe un número finito de almas eternas independientes de Dios (el todo). La visión cuántica (al igual que la visión mística) es que el alma no tiene existencia aparte de Dios (o la consciencia). El alma es una identificación limitada que la consciencia asume con el propósito de explorar posibilidades. Cuando este trabajo está hecho, la identificación con el alma se somete dentro del todo.

P: En un libro reciente se documenta que la muerte suele ser una experiencia dolorosa y carente de dignidad (Nuland, 1994). Da la impresión de que usted ignora estos aspectos de la muerte.

R: A partir de los datos obtenidos en las visiones en el lecho de muerte, parece que, aunque la enfermedad es algo doloroso, la muerte en sí no tiene por qué serlo. Y en nuestro modelo podemos ver la razón. Puede haber dolor en el momento de la muerte, pero no necesariamente tenemos que identificarnos con él. Si prestamos atención, podremos captar la imperecedera belleza de ese momento y podremos liberarnos.

Cualquier falta de dignidad procede de nuestro miedo a la muerte. Yo tuve un amigo y maestro, un filósofo místico llamado Franklin

Merrell-Wolff, que murió a la edad de noventa y ocho años de una neumonía. Él experimentó el dolor de la enfermedad, pero no hubo carencia alguna de dignidad. Wolff mantuvo incólume su sentido del humor, a pesar del hecho de que su cuerpo iba dejando de funcionar poco a poco. Él estaba preparado para la muerte.⁵⁰

P: Cambiemos ligeramente de tema. Como científico, ¿qué siente usted acerca de los cuerpos sutiles, aunque les haya dado el elaborado nombre de mónada cuántica? ¿No estará creyendo usted en fantasmas?

R: Estuve evitando la idea de cuerpos «sutiles» durante mucho tiempo por ese simple motivo. Suena ciertamente dualista. Evidentemente, el problema del dualismo desaparece cuando nos percatamos de que la mónada cuántica no tiene interacción directa de ningún tipo con el cuerpo material; es la consciencia la que media esa interacción.

P: Pero ¿cómo es que los vemos como fantasmas, como apariciones?

R: Quizás, cuando tiene lugar una comunicación telepática entre un ser encarnado y una mónada cuántica, mediada por la consciencia no-local, algunas personas reaccionen ante esto exteriorizando la experiencia, como la de un ser que está intentando comunicarse con ellas. El fantasma, por tanto, es la propia proyección del vidente. Pero lo importante que hay que resaltar es que los fantasmas y las apariciones son fenómenos internos; no se aparecen en una realidad externa compartida; por tanto, son fundamentalmente coherentes con el modelo que se propone aquí.

P: Cuando yo muera, ¿qué ocurrirá conmigo? Dígame la verdad, me da un poco de miedo convertirme en un fantasma, o incluso en una mónada cuántica que no interactúa, que va por ahí sin saber qué hacer.

⁵⁰ Léase Merrell-Wolff, 1994, si desea tener una idea de la profundidad espiritual de este hombre.

R: Eso dependerá de su karma y de lo consciente que esté usted en el momento de la muerte. Si no hay mucha consciencia en el momento de la muerte, sí, puede haber cierta confusión; usted puede crear sin darse cuenta una experiencia infernal por sí misma. Pero recuerde: una vez muera y ya no haya ninguna conexión con el cuerpo físico, usted no tendrá ninguna experiencia manifiesta, como en la consciencia de vigilia ordinaria. Sin embargo, las posibilidades se acumularán, y algunas de esas posibilidades las vivirá usted retroactivamente cuando renazca, dándole recuerdos a los que tendrá que hacer frente, por lo que convendrá que esté atenta cuando muera. Las posibilidades que surgirán en sus cuerpos sutiles cuando usted esté muerta e inconsciente dependerán del estado de su consciencia en el momento de morir.

P: ¿Cómo puedo asegurarme de no ir al Infierno?

R: Hay una manera segura de crearse su propio Infierno: llévese consigo todos sus deseos, deseos que no fue capaz de satisfacer durante la vida y a los que no puede renunciar.

Un rabino fue al Cielo y, al cabo de un rato, encontró el lugar donde vivía su venerable maestro, de modo que fue a visitarle de inmediato. El venerable rabino estaba trabajando en su despacho pero, para sorpresa del visitante, había una hermosa mujer desnuda, dispuesta para la acción, en el lecho del maestro. El visitante le hizo un guiño a su antiguo maestro

—Rabí, ésa debe de ser su recompensa por todas las buenas acciones que hizo.

Ante lo cual su anfitrión respondió con un gesto de desdén:

—No, yo soy el castigo de ella. Esto es el Infierno.

Los deseos tienen que ver con acontecimientos de los tres cuerpos individualizados, el físico, el vital y el mental. El intelecto o cuerpo temático no tiene su reflejo en el cuerpo físico, por lo que no se puede condicionar ni se puede individualizar; lo que experimentamos como intelecto discriminador forma parte de nuestra mente. Si vivimos completamente identificados con la mente-cerebro, con la escasa consciencia de nuestro cuerpo vital/físico y sus modos cuánticos (el

prana, si lo prefiere), el deseo surge inconscientemente. Esta predisposición continúa de una encarnación a otra hasta que hacemos consciente lo inconsciente en nuestra vida. Cuando lo inconsciente se hace consciente y vivimos ese deseo plena y conscientemente, la predisposición puede desvanecerse. Y, cuando esto ocurre, usted ya no tiene de qué preocuparse por el Infierno.

P: Puede parecer una tontería pero, ¿adónde va exactamente la mónada cuántica? ¿Dónde está el Cielo, o todos esos lokas de los que habla la tradición popular hindú?

R: Buena pregunta. Antigualmente, la gente pensaba de forma dualista. Los hindúes situaban concretamente los lokas en determinados puntos de los Himalayas. Los griegos pensaban que el espacio exterior era el Cielo. Pero los maestros espirituales del mundo lo sabían mucho mejor; Platón o los sabios de los Upanishads responderían a su pregunta diciendo que el Cielo es trascendente. Uno de los grandes logros conceptuales de la física cuántica es el concepto de no-localidad cuántica, que nos proporciona un punto de referencia cuando las tradiciones espirituales utilizan la palabra «trascendente». Pero, ¿qué es la no-localidad? Es una conexión entre potencialidades externas al espacio-tiempo que pueden afectar a los acontecimientos espacio-temporales. ¿Dónde está? Está en todas partes (porque todo punto en el espacio y el tiempo se puede conectar a través de la no-localidad) y en ninguna (porque no podemos localizarla).

P: ¿Encontraré a mis amigos y a mis familiares muertos en el otro mundo?

R: Eso me recuerda a Woody Allen, que escribió: «Existe el miedo a que pueda haber otra vida, pero nadie sabe dónde está». En primer lugar, cuando entramos en la muerte a través de la gran ventana no-local que se abre ante nosotros, muchas experiencias se hacen posibles. Todo lo que podemos decir acerca de lo que sucede después de la muerte es que hay un procesamiento inconsciente. Los estados del cuerpo vital y del cuerpo mental pueden seguir desarrollándose en posibilidad a través de ciertas dinámicas internas que todavía no he-

mos descubierto. Uno de estos posibles senderos se manifestará retro-activamente, cuando tenga lugar la siguiente encarnación. El sendero así manifestado puede contener experiencias con sus amigos, pero es usted quien habría creado estas experiencias con su cuerpo mental. No se trata de experiencias como las que pueda tener en el estado de consciencia de vigilia; se parecen más a los sueños (véase el capítulo 5).

P: Cuando uno está preparado para renacer, ¿cómo encuentra su encarnación particular? ¿Elige uno a sus padres?

R: La vinculación no-local escoge el útero concreto de inmediato, y sin tener que ir a ninguna parte; recuerde, no existe el espacio ni el tiempo en los dominios no-locales. En cuanto a si elegimos a nuestros padres... bueno, los vínculos no-locales que nos ligan a nuestras encarnaciones futuras existen en posibilidad; por tanto, puede que haya implicada una elección. Existen algunos datos, procedentes de regresiones hipnóticas, que sugieren que sí, que quizás elijamos a nuestros padres. Esta elección puede no ser libre y estar en función de patrones del pasado, en función del estatus de identificación que la persona tuviera en el momento de la muerte.

P: ¿Nacemos siempre dentro de la misma raza, con el mismo sexo y la misma nacionalidad?

R: Tuve una vez un dentista (un varón americano blanco) que casi le dio un *shock* cuando le pregunté si alguna vez había pensado en la posibilidad de renacer como mujer. Desgraciadamente para él, la mónada cuántica no tiene sexo, ni credo, ni raza, y tampoco nacionalidad; sólo tiene hábitos, tendencias y contextos que aprender. Sea como sea nuestro nacimiento (seamos varón o hembra, negro, blanco o amarillo, oriental u occidental), nos va a proporcionar el máximo de oportunidades de aprendizaje que hayamos elegido, y siempre en función de nuestro karma pasado. Como decía el novelista Romain Rolland, «No existe Oriente ni Occidente para el alma desnuda. Todo eso no son más que adornos del alma. Su hogar es todo el mundo».

P: Cambiando de tema otra vez, ¿puede una mónada cuántica desencarnada afectar a una persona viva? Si así fuera, ¿de qué manera o maneras?

R: Como ya dije antes, para que el concepto de mónada cuántica sea científicamente sostenible, tenemos que postular una interacción no directa entre ella y la realidad material. Sin embargo, la consciencia puede elegir por colapsar las ondas de posibilidad simultáneamente en la mónada y en una persona que se halla en este plano; así, la comunicación será posible, por ejemplo, con un médium o un canalizador. Ésta podría ser la explicación de cómo funcionan los canalizadores, dado que éstos suelen mostrar la disposición de la persona fallecida a la que están representando. Otras personas pueden interpretar estos estados alterados como «posesiones». También puede haber otros casos de comunicación de este tipo, como el de la escritura automática inspirada, por ejemplo. Se trata de una buena pregunta para los experimentalistas.

P: ¿Afecta esta comunicación a las propensiones kármicas de la mónada?

R: Sí. Ése es el motivo por el cual no se aconseja la mediumnidad ni la canalización en la literatura esotérica. (Léase, por ejemplo, Barker, 1975.) Las excepciones son las de aquellos seres angélicos que han trascendido el karma. Están ahí para servirnos. Si tenemos la suficiente pureza de intención, pueden ayudarnos (y de hecho nos ayudan) con nuestra creatividad.

P: ¿Qué puede decirnos acerca del suicidio?

R: Eso depende. Recuerde lo que estamos aprendiendo aquí. La muerte no nos libera de nuestra existencia. Seguimos viviendo como mónadas cuánticas desencarnadas, con una memoria cuántica de nuestras disposiciones, hábitos y condicionamientos. Por tanto, nos llevamos con nosotros a la muerte los mismos problemas que nos llevaron al suicidio. Así pues, el suicidio como negación o evitación no resuelve nada. El dramaturgo inglés J. B. Priestley, en una de sus obras, expresa este sentimiento a la perfección:

Ormund: Si yo tuviera un poco de sentido lo utilizaría [el revólver, para matarme]. No más preguntas sin respuesta, que se revuelven como cuchillos en tus entrañas. Dormir, un buen sueño, el único sueño que vale la pena.

Dr. Goertler: Me temo que se llevaría una decepción... Las preguntas seguirían estando ahí. No va a poder volarlas en pedazos con una pistola.

Ormund: Supongo que usted piensa que, si doy ese salto hacia la oscuridad, me encontraré de vuelta nuevamente en la vieja rutina. Pues, bien, yo no lo creo. Yo creo que puedo encontrar la paz.

Dr. Goertler: No puede encontrar la paz. La paz no está por ahí perdida, esperando a que usted la encuentre... La paz tiene que crearla usted... La vida no es fácil. La vida no nos ofrece atajos ni escapatorias que no requieran esfuerzo... Cada uno vive su propio cuento de hadas, el cuento que se crea uno mismo.

Ormund: ¿Cómo, dándole vueltas al mismo círculo maldito y monótono de existencia? ¿Es eso lo que cree?

Dr. Goertler: No damos vueltas en círculo... Nos movemos a lo largo de un sendero en espiral. No hacemos el mismo viaje desde la cuna hasta la tumba cada vez... Tenemos que emprender la marcha cada vez por el mismo camino; pero, a lo largo de su recorrido, tenemos la posibilidad de elegir nuestras propias aventuras.

(Citado en Cranston y Williams, 1994, pp. 387-388).

P: Entonces, usted debe de estar en contra de la eutanasia, por principio.

R: ¿Tienen los enfermos terminales derecho a acabar con su vida cuando su cuerpo se mantiene con vida artificialmente o cuando el dolor es insoportable? Éste es un tema mucho más complicado.

Yo prefiero la costumbre de los nativos americanos. Cuando uno siente que ha llegado el momento, simplemente se va a la cumbre de una montaña y se echa en tierra, y deja que la naturaleza se ocupe de todo. Evidentemente, si recuerda usted la película *Pequeño gran hombre*, a veces funciona y a veces no. Ése es el motivo por el cual los tibetanos han desarrollado unos métodos ciertamente sofisticados para morir voluntariamente.

P: Leí en cierta ocasión el relato del superviviente de un suicidio cercano a la muerte, que tuvo una experiencia en la cual vio a un niño que seguía a su padre y que decía una y otra vez, «No sabía que a mamá le fuera a afectar tanto. No lo hubiera hecho si lo hubiera sabido». ¿Es esto compatible con su modelo científico?

R: Sí, esa historia ilustra bastante bien lo que he dicho acerca del suicidio, ¿no?

P: Pero, ¿cómo puede uno escuchar palabras en el otro mundo?

R: Esta persona que tuvo una experiencia cercana a la muerte escuchaba telepáticamente; recuerde que aún no estaba muerto. Uno puede tener una onda de posibilidad vinculada en el cuerpo sutil, que la consciencia puede colapsar en tanto en cuanto haya una conexión con el cuerpo físico. Entonces, uno puede escuchar el mensaje directamente, sin señales. La imagen que esta persona vio fue quizás su propia proyección.

P: Ahí va otra pregunta comprometida. ¿En qué momento entra la mónada cuántica en el nuevo cuerpo encarnado?

R: El cuerpo vital (de la mónada cuántica) puede representarse de inmediato incluso en el embrión unicelular. Pero el cuerpo mental de la mónada cuántica no se puede representar hasta que el feto desarrolla el cerebro, lo cual lleva de catorce a dieciséis semanas. Por tanto, la vida como ser humano sólo puede comenzar en torno a ese momento.

P: Cambiemos de tema. ¿Qué hay de la comida y del sexo cuando estamos desencarnados?

R: La comida y el sexo sirven al cuerpo físico en los papeles específicos del metabolismo y la reproducción. No tienen una función correspondiente en la mónada cuántica.

P: Me estaba preguntando cómo evitar el aburrimiento durante mi larga pausa entre vida y vida. Detesto el aburrimiento.

R: Eso me recuerda otra historia. Un hombre se muere y se descubre de pronto en un hermoso lugar. Al cabo de un rato, el mero

disfrute del entorno le resulta aburrido, y se pone a pensar en la comida. Al instante, aparece el encargado.

—¿Cómo puede uno encontrar comida aquí? —pregunta.

—Oh, bueno, piensas en la comida y, simplemente, aparece comida —le responde.

Así que sigue las instrucciones y se zampa una comida de su gusto; pero, al cabo de un rato, le surge un deseo diferente. El encargado vuelve a aparecer y, una vez más, le dice que piense en lo que quiere. En consecuencia, aparece una hermosísima mujer. Tiene sexo con ella unas cuantas veces, pero no tarda en ser presa del aburrimiento de nuevo. Llama al encargado otra vez y se queja ante él, no sin cierta irritación:

—Creía que en el Cielo uno nunca se aburre. Creía que sólo habría aburrimiento en el Infierno.

Y el encargado, sorprendido, le responde:

—¿Y dónde se cree usted que está?

Cuando morimos, nos llevamos con nosotros nuestras disposiciones. Si usted se ve acosado por el aburrimiento (que es el mayor sufrimiento en esta era de la información), entonces, con todo ese procesamiento inconsciente por delante (que es de lo que trata la muerte), va a crear una experiencia infernal de aburrimiento usted solito; y el recuerdo de eso le va a incomodar a usted cuando reencarne. Trabaje sobre sus disposiciones ahora, antes de que sea demasiado tarde.

P: Cuando muere un niño que aún no ha tenido tiempo de adquirir muchos condicionamientos, ¿qué ocurre con su mónada cuántica?

R: Las experiencias de los niños en el otro lado pueden ser bastante puras y hermosas. Evidentemente, en niños muy pequeños, las disposiciones de su vida anterior pueden dominar todavía su experiencia en el otro lado.

P: Cuénteme más cosas acerca de los ángeles.

R: Creía que no me lo iban a preguntar nunca. Lo que llamamos ángeles son aquellas mónadas cuánticas que han cumplido con su karma y que «renacen» en la forma de Sambhogakaya. Están dispuestas a

ayudar a los demás a través de la canalización, aunque quizás nunca vuelvan a encarnar en un cuerpo físico. Quizás no sea exactamente como en la película *¡Qué bello es vivir!*, pero se aproxima mucho.

En el budismo Mahayana, el ideal supremo no es la liberación en la clara luz del cuarto bardo después de la muerte, sino convertirse en un bodhisattva (aquel que espera en la puerta para ayudar a los demás hasta que todo el mundo se haya liberado). Creo que eso de esperar en la puerta se refiere al renacimiento en la forma desencarnada de la mónada cuántica en los dominios angélicos de Sambhogakaya.

P: ¿Qué les ocurre a aquellos que eligen la clara luz?

R: Que funden su identidad con la consciencia; con Dios, si lo prefiere. Se convierten, en la no-localidad intemporal, en espectadores de toda la obra que se representa ante ellos.

P: Ah, Dios. Eso me recuerda algo. No acabo de entender muy bien la diferencia entre su idea de Dios y su idea del yo cuántico.

R: Dios y el yo cuántico son conceptos muy similares, dado que el yo cuántico, al igual que Dios, es también la consciencia universal. Pero utilizamos una terminología o la otra en función de la perspectiva. Si la perspectiva es desde este lado (el lado manifiesto) de la jerarquía entrelazada, el yo cuántico es el término más adecuado para el creador, porque está teniendo lugar en conexión con un complejo particular cuerpo-mente. Si, por el contrario, estamos trabajando con conceptos desde el lado trascendente, por ejemplo, cuando hablamos del creador como un todo, de la totalidad de todas las experiencias del yo cuántico de todas las personas, Dios será el término más adecuado.

P: Cambiemos de tema. ¿Tienen alma los animales?

R: En esta cultura se instauró cierto prejuicio contra la idea de que los animales tienen alma, debido por una parte a las directrices de la Iglesia en contra de esa idea, y por otra a que Descartes pensaba que los animales no eran más que máquinas sin mente. Es cierto que los animales están dirigidos por instintos condicionados, pero cada espe-

cie tiene su propio tema colectivo que satisfacer. Así, al menos, los animales tienen almas grupales, una mónada para toda la especie.⁵¹

P: ¿Por qué debería creer un cristiano en la reencarnación? En el cristianismo, tenemos algunas buenas ideas acerca de las realidades post mortem. Cuando morimos, vamos al purgatorio, donde esperamos hasta que llegue el Día del Juicio. Los verdaderos cristianos resucitarán el Día del Juicio Final en sus cuerpos físicos, y se harán inmortales, disfrutando de la vida eterna en el Cielo, en la morada de Dios.

R: Hay buenas ideas, y no veo ninguna incompatibilidad entre estos conceptos y la hipótesis de la reencarnación. El purgatorio es algo más que esperar en el limbo. Santa Catalina de Génova decía: «El alma, viendo que no puede, debido al impedimento, alcanzar su fin, que es Dios, y que el impedimento no se puede eliminar de ella, excepto por medio del purgatorio, prontamente y por voluntad propia se mete de inmediato en él». Esta idea se parece mucho a la que los orientales y, actualmente, la nueva ciencia vienen proponiendo: que elegimos nuestra próxima encarnación en función de las necesidades de nuestra realización monádica. Como dice el filósofo Geddes MacGregor, ambas ideas, la del purgatorio y la de la reencarnación, se pueden integrar si se hacen ciertos ajustes. «Si se adaptan así —dice MacGregor—, puede verse que la serie de encarnaciones o cadena de renacimientos funciona de forma muy parecida al purgatorio cristiano, en tanto en cuanto es una expresión perfecta de las penas del purgatorio, las cuales, a pesar de la intensidad de su angustia, no dejan de ser gozosas, pues son las penas del amor, que comportan tanto el sufrimiento más agudo como la más extática alegría» (MacGregor, 1992, p. 150).

P: ¿A qué ajustes se refiere usted?

R: El objetivo clásico de las religiones orientales reencarnacionales es la liberación y la reidentificación con la consciencia, el fundamento del ser, concebida popularmente como la unión o fusión con

51 El filósofo Arthur Young coincide conmigo en este punto. Véase Young, 1976.

Dios. En las religiones occidentales monoteístas (que son también dualistas, pues Dios está separado del mundo), el énfasis se pone en alcanzar la morada celestial y vivir con Dios como seres perfectos, aunque separados.

Los ajustes que usted tiene que hacer estriban en reconocer que, dentro de cada una de estas tradiciones, se encuentra también el otro objetivo, si bien no es el objetivo preeminente. En las tradiciones esotéricas, entre las que se encuentran las ramas místicas de las religiones occidentales, descubrimos que la meta suprema de la humanidad es darnos cuenta de que somos eso, y renunciar a nuestras identidades separadas; dicho de otro modo, la gran liberación de la unión con Dios. Por otra parte, muchas ramas de las tradiciones orientales ponen el énfasis en permanecer separados de Dios, incluso después de alcanzada la perfección. Por ejemplo, para muchos budistas, el objetivo es convertirse en bodhisattvas; ¿y qué son los bodhisattvas, sino seres perfeccionados que se encuentran en el Cielo, pero que siguen siendo no obstante entidades separadas? Muchos hindúes de la tradición vaishnava creen que el jiva (la mónada cuántica) nunca renuncia a la identidad ante el ser supremo.

P: No ha hablado usted de la resurrección. ¿Cómo reconcilia esa idea con su ciencia?

R: Una vez más, lo que nos confunde es el punto de vista convencional, popular. En Corintios 1, San Pablo dice que el cuerpo de resurrección es diferente del cuerpo físico perecedero; que es *pneumatikos*, un cuerpo espiritual, imperecedero. Es posible interpretar este cuerpo espiritual como un cuerpo de Sambhogakaya, fuera del ciclo de muerte y renacimiento, una mónada cuántica desencarnada cuyo trabajo en la Tierra ha concluido.

Si Jesús renació en un cuerpo espiritual o cuerpo de Sambhogakaya, ¿podrían haberle visto los apóstoles resucitado? Sí. No existe nada en la historia de la resurrección que no encaje. Los apóstoles estaban vinculados con el cuerpo espiritual desencarnado de Jesús; por tanto, eran capaces de experimentar las propensiones de Jesús, memorizadas en el cuerpo sutil. En la pureza de su intención, que

ellos compartían con Jesús, quizás tuvieron acceso simultáneamente a la ventana no-local de las encarnaciones de Jesús. Y las proyecciones que vieron pudieron formarse mediante el mismo mecanismo que se emplea en las apariciones. La experiencia de San Pablo camino de Damasco, la experiencia de ver una luz intensa y de escuchar las palabras: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?», encaja también con esta interpretación de la resurrección (sin embargo, véase el capítulo 12 si desea un punto de vista más optimista).

P: Así pues, según su opinión, ¿la reencarnación es científica?

R: Le tengo que contestar con un estruendoso sí. Piense en ello. Los datos existentes sobre la reencarnación nos proporcionan evidencias definitivas de que la mente no es el cerebro, porque sobrevive a la muerte del cuerpo físico. Por otra parte, el propósito de la ciencia es llevar las realizaciones, las experiencias y la sabiduría privadas de las personas a la arena pública a través del desarrollo de teorías y experimentos en los cuales todo el mundo pueda participar en principio y que a todo el mundo le resulten útiles. Y creo que el modelo que hemos estudiado aquí satisface este propósito.

P: La vida ya es suficientemente complicada como para tener que preocuparse de vidas pasadas o futuras. ¿Para qué tenemos que molestarnos con eso? ¿Acaso las ideas acerca de la reencarnación son valiosas para las personas en general, para personas que, por ejemplo, no tienen ninguna necesidad terapéutica de eso?

R: Decididamente, sí. En primer lugar, las ideas acerca de la reencarnación pueden ser de gran ayuda para las personas normales si les hacen ver el valor que puede tener la ética en su vida. En las sociedades materialistas, la ética se contempla como algo relativo; esto erosiona la moral, las leyes no pueden reemplazar el papel de la moralidad con la suficiente rapidez, y las sociedades degeneran, como podemos ver hoy en día por todas partes. Pero si las personas saben que un comportamiento poco ético en esta vida va a tener unas repercusiones kármicas en la próxima vida, la ética se va a convertir en algo ciertamente importante. En segundo lugar, la idea de la reencarnación nos permite

ver que la muerte forma parte de un viaje creativo; y esta realización puede cambiar por completo nuestra actitud con respecto a la muerte, así como minimizar el miedo ante ella, cambiando por otra parte, por sus implicaciones, nuestra actitud ante la vida. Y por último, pero no menos importante, la teoría de la reencarnación nos dice que venimos a la Tierra en una encarnación en concreto con cierto trabajo importante que hacer, con algunos contextos que aprender, con algún mal karma que eliminar. Dicho de otro modo, tenemos un destino que cumplir. Las personas que son conscientes de su destino no se ven acosadas por preguntas acerca del sentido de la vida, pues *lo conocen*.

P: A medida que cambie la visión del mundo del materialismo actual hasta esa visión basada en la primacía de la consciencia, que acepta una visión reencarnacional de la vida y la muerte, ¿cómo cree usted que cambiará el ser humano?

R: Las sociedades materialistas tienen su foco en el placer y en el consumo, alimentado con artilugios materiales para el entretenimiento cada vez más novedosos. El foco se halla siempre en la materia, o bien en la mente, pero en su mínimo común denominador: la información. Percatarse de que el objeto de la vida humana no es el placer, ni el consumo ni el entretenimiento, sino el gozo del aprendizaje y de la creatividad, traerá de nuevo el foco hacia nosotros. ¿Cómo puedo manipular mejor la materia para construir más artilugios para el entretenimiento? ¿O cómo puedo utilizar la mente para procesar cada vez más información? Estas preguntas cederán el paso a: ¿Cómo puedo transformarme para que pueda manifestar el propósito creativo que elegí para mí mismo antes de nacer? No estoy diciendo que tengamos que dejar de investigar la materia o que tengamos que abandonar la información, sino que convendría que nos dirigiéramos también hacia la transformación, hacia un verdadero servicio a la humanidad. El foco importante está siempre en nosotros, en nuestra creatividad, nuestra felicidad (que no hay que confundir con el mero placer sensorial).

En el contexto de la reencarnación, nuestra relación con el medio ambiente natural no termina en esta vida. No sólo nos comporta-

mos mejor con el entorno por el bien de nuestros nietos, sino también por nuestro propio bien. Nosotros mismos, en una encarnación futura, tendremos que lidiar con los daños que le hayamos hecho al medio ambiente. Las personas con las que me relaciono en esta vida pueden estar kármicamente entrelazadas conmigo desde hace muchas vidas. ¿Cómo deshago el enredo del karma pasado?

P: Entonces, las personas se harán más sensibles con respecto a sí mismas, a sus relaciones y al medio ambiente. ¿Tiene algún consejo en cuanto a cómo potenciar esta sensibilidad ahora para llevar a término el trabajo?

R: Tenemos que preguntarnos: ¿cómo puedo renunciar a mi identificación con el actual melodrama centrado en los contenidos, y cómo puedo identificarme con el viajero centrado en los contextos que soy y que he sido a través de muchas reencarnaciones? (Lea el capítulo 9.)

La física de la inmortalidad

La gente teme a la muerte, y de ahí que busque la inmortalidad. Se puede hacer una lista de *best sellers* sólo con libros acerca de la inmortalidad, lo cual es un indicio de lo difundida que está la creencia popular de que la inmortalidad es una posibilidad. Algunos científicos suscriben también esta creencia cuando dirigen sus investigaciones a la invención de un fármaco de la inmortalidad o algo así. Formalmente, la ciencia materialista ha reemplazado la búsqueda de la inmortalidad personal por la búsqueda de las leyes científicas de la inmortalidad. Pero lo que la ciencia ha intentado conseguir formalmente no ha impedido que las personas de la calle y los científicos sigan buscando la inmortalidad del cuerpo físico.

Si hablamos de átomos, los átomos de nuestro organismo son prácticamente inmortales, y se reciclan una y otra vez. De vez en cuando, enseño física básica a personas no científicas. Los libros de texto en este nivel no dejan de repetir que todos compartimos unos cuantos átomos que alguna vez formaron parte del cuerpo de Cleopatra, de Gandhi o de John Lennon. Supongo que ésta es la versión materialista de la reencarnación. «Incluso mientras usted está vivo, y ciertamente cuando muere, los átomos y las moléculas que actualmente le dan a usted su forma y su apariencia se desprenden y se esparcen en otras formas de construcción», dice el filósofo John Bowker. La muerte no tiene otra trascendencia que la de ser el modo en que el

universo opera: los átomos se congregan en una estructura, se disipan y forman otras estructuras.

Algunos biólogos asumen el punto de vista de la inmortalidad de los genes en lugar de la inmortalidad de los átomos. En primer lugar, dicen, observe que las criaturas unicelulares, como las bacterias, no mueren en el sentido habitual del término; simplemente, se replican de vez en cuando, en realidad no hay individualidad de vida en modo alguno. Ciertamente, con la reproducción sexual, el ADN de una criatura se empareja con el de otra, tienen lugar algunas recombinaciones genéticas, y la individualidad entra en escena. Pero también aquí, dicen estos biólogos, observe que los genes son inmortales; simplemente, recirculan para formar nuevas combinaciones.

Si no fuéramos otra cosa que máquinas genéticas (Dawkins, 1976) («una persona es el modo que tienen los genes de hacer otro gen»), si no fuéramos más que la vestimenta externa de los genes, nuestras vidas no tendrían significado después haber procreado; la muerte, entonces, no sería otra cosa que un reciclado de materias primas para la supervivencia de las siguientes generaciones de máquinas genéticas. Pero este limitado punto de vista no le da la importancia que merece a las esperanzas, las aspiraciones y los propósitos por los que vivimos hasta que llega la muerte, que parece terminar con todo. Así, no nos sorprende que el deseo de inmortalidad no quede satisfecho con el conocimiento de que los átomos y los genes sean virtualmente inmortales. Y así, la búsqueda continúa.

La búsqueda de la inmortalidad suele abordarse desde varios contextos diferentes:

1. La búsqueda de una droga o fármaco que le devuelva la vida a una persona muerta y la rejuvenezca.
2. La búsqueda de la inmortalidad en el cuerpo físico, sea en la forma de una droga de la inmortalidad o en la búsqueda de un cuerpo eternamente joven que, de algún modo, desactive los mecanismos o agentes del envejecimiento del organismo.
3. La inmortalidad como resurrección en el cuerpo físico mediante un plan divino o una gracia, tal como la contemplan los cristianos.

4. La inmortalidad fuera del tiempo, a través de una búsqueda espiritual de liberación. Ésta es la inmortalidad de la que suelen hablar los filósofos espirituales.

Las personas también buscan la inmortalidad a través de la fama, con la idea de que, si eres lo suficientemente famoso, vivirás en la memoria de los demás, en los libros de historia y en el folklore. Ejemplos de esto son Alejandro Magno, la reina Ana y Robin Hood, que se han hecho inmortales en nuestra memoria, en nuestra mente. Pero no necesitamos hablar de este tipo de inmortalidad en un contexto científico.

Además, observe que los que plantean la inmortalidad espiritual mantienen que los tres primeros contextos para hablar de la inmortalidad no son infalibles. La inmortalidad en el cuerpo físico, un cuerpo eternamente joven o resucitado de entre los muertos por medio de una droga o de la gracia no es una verdadera inmortalidad; y no puede serlo, dicen, porque este tipo de inmortalidad se contempla como algo que sucede dentro del tiempo. Al final de los tiempos, este tipo de inmortalidad tiene que llegar a su fin. Pues el tiempo, por lo que sabemos, tiene un fin. El planeta Tierra será destruido, junto con toda su vida sintiente, cuando el sol se convierta en una estrella gigante roja; ése será el fin de los tiempos en la Tierra. El universo llegará a una ignominiosa y ardiente muerte cuando pierda finalmente su batalla con la entropía; mucho antes, las condiciones para la vida serán imposibles en cualquier parte del universo; ése será el fin de los tiempos para todo el mundo manifiesto.

Sin embargo, la búsqueda de una droga de la inmortalidad o de un cuerpo eternamente joven es tema de conversación porque se basan en deseos materiales que generan mucho interés. Y la resurrección, tal como se plantea en el cristianismo, es tema de conversación porque, junto con la reencarnación, es probablemente la situación hipotética post mortem más intrigante que jamás hayan intuido los seres humanos. Y lo cierto es que estas situaciones hipotéticas tienen sus propias respuestas ante el argumento del «final de los tiempos». Aunque claro está que si la inmortalidad más allá del

tiempo es la verdadera inmortalidad, ciertamente merecerá la pena hablar de ella.

En última instancia, parece que sólo existen dos modos de buscar la inmortalidad: uno material y otro espiritual. Si lo piensa bien, verá que todas las búsquedas de las que hemos hablado arriba caen dentro de una o de otra de estas dos categorías.

Pero el objetivo de este capítulo no es sólo el de hablar de estas dos grandes búsquedas del ser humano, sino también el de apuntar una tercera forma de definir la búsqueda de la inmortalidad que está emergiendo poco a poco y que integra tanto la inmortalidad material como la espiritual.

La búsqueda de la inmortalidad material

Probablemente, la alusión más antigua a una droga que pudiera traer de vuelta a alguien de entre los muertos se encuentre en el mito sumerio de Gilgamesh, cuya búsqueda comenzó tras la muerte de su mejor amigo. Después de muchas aventuras, Gilgamesh encontró una planta que rejuvenecía incluso a los muertos, pero se la arrebató una serpiente en un descuido.

Sin embargo, en la gran epopeya india, el *Ramayana*, el famoso dios-mono Hanumán encuentra y trae consigo la planta *bishalyakarani* para rejuvenecer a Rama (el héroe del *Ramayana*) y a sus soldados, que habían muerto en un episodio de la guerra que mantenían contra el rey-demonio Ravana para rescatar a Sita, la esposa de Rama, a la que Ravana había secuestrado. Rama y su ejército rejuvenecieron y, con el tiempo, ganaron la guerra y rescataron a Sita; pero todo lo que había de la planta se utilizó en aquel proceso, y desde entonces ya nadie la ha visto de nuevo.

Hay también una historia en el *Mahabharata* en la cual el gran océano se revuelve merced al poder combinado de *suras* y *asuras*, dioses y demonios, que buscan *amrita*, la poción de la inmortalidad que los dioses beben para hacerse inmortales. Pero a los demonios se les impidió subrepticamente beber de la poción, y así es como pudieron

matarlos. (En realidad, este mito tiene un gran significado metafórico. Los demonios representan las emociones negativas; gracias al hecho de no haber conseguido la poción de la inmortalidad, pudieron ser vencidos y muertos. Sólo los dioses, que representan las emociones positivas, pueden ser inmortales.)

Evidentemente, también se habla de una poción de la inmortalidad en Occidente, donde recibe el nombre de ambrosía, el alimento de los dioses, si bien nunca ha estado a disposición del consumo humano. Pero existen datos que sugieren que, si vivimos de la forma adecuada, limitando el estrés, ingiriendo alimentos correctos y no más de un vaso de vino en las comidas, podremos disfrutar de una larga y saludable vida (Pelletier, 1981). (Véase también Chopra, 1993.) Si es posible disfrutar de una vida larga y saludable, ¿se hallará la inmortalidad mucho más lejos? Quizás podamos potenciar ese estilo de vida adecuado con una planta de la inmortalidad, con hongos tal vez. No se ría. El investigador de hongos psicodélicos, Terence McKenna, sugiere con toda seriedad esta idea. Cree que la ingestión de «dosis heroicas» de hongos psicodélicos puede ser el modo de alcanzar la inmortalidad al final de los tiempos (McKenna, 1991).

Pero se han propuesto otras vías hacia la inmortalidad material. En un episodio de la serie de televisión *Picket Fences*, la trama se desarrolla en torno al dilema ético que genera la tecnología de la congelación de un ser humano vivo (en este caso, un niño con cáncer terminal), hasta que llegue el momento en que haya una cura para el cáncer. ¿Debe uno aceptar la pequeña oportunidad que le brinda la congelación en vistas a una posible curación futura, o será mejor dejar que el niño disfrute de los seis meses que le quedan de vida?

La idea de prolongar la vida mediante la congelación la han sugerido pensadores de la Nueva Era como Robert Ettinger y Timothy Leary. En el programa de congelación de Ettinger, la idea consiste en congelar el cuerpo con el fin de suspender toda decadencia orgánica hasta que la ingeniería genética u otros milagros de la ciencia puedan utilizarse para rejuvenecer el cuerpo y devolverle la juventud (Ettinger, 1964). Ante esto, Leary añadió la idea de preservar los recuerdos digitalizados de la persona congelada por si acaso.

¿Por qué morimos? Morimos debido al avance de la entropía, que desgasta y consume nuestro cuerpo en el proceso de la vida adulta. La vida es el campo de batalla de dos fuerzas: la creatividad y el condicionamiento. El condicionamiento permite que nuestro cuerpo funcione dentro de unos patrones establecidos. Desgraciadamente, a medida que estos patrones se deforman debido al avance de la entropía, comenzamos a enfermar.⁵² Es necesaria la creatividad del cuerpo-mente para establecer nuevos senderos de vida saludable.

Las investigaciones sobre la creatividad han demostrado que el acto de creación supone un procesamiento inconsciente, es decir, un procesamiento sin conciencia, sin la experiencia de la escisión sujeto-objeto, de posibilidades cuánticas acumuladas en el complejo corporal físico/vital/mental/temático. El procesamiento inconsciente lleva a repentinas inspiraciones, que son saltos cuánticos de elección que realiza la consciencia de entre todas estas posibilidades (Goswami, 1996). La sanación-creatividad del cuerpo supone un procesamiento cuántico inconsciente de visualizaciones mentales de salud enlazadas emocionalmente, que se alterna con las acciones de lucha contra la enfermedad, todo lo cual lleva a unos saltos cuánticos de inspiración; a esto se le denomina sanación cuántica (Chopra, 1989).

Pero, aun cuando seamos creativos con nuestro cuerpo, durante la evolución, la consciencia optó por imponer un límite definitivo en lo relativo al tiempo que deberíamos vivir. La mayoría de nuestras células se pueden reproducir sólo un número finito de veces, alrededor de cincuenta, y cada vez que los cromosomas de las células de nuestro cuerpo se reproducen, el ritmo de reproducción descende un poco. Con el tiempo, deja de haber reproducción, y las células mueren. Esta muerte celular programada recibe el nombre de efecto Hayflick, debido a que fue el médico Leonard Hayflick (1965) el que lo descubrió, mientras experimentaba con cultivos de laboratorio de células humanas, pero se cree que sus resultados tienen validez universal.

52 Debido a que los cuerpos sutiles no tienen la diferenciación micro-macro y sus movimientos son siempre cuánticos y no degeneran nunca en clásicos, ni siquiera por aproximación, no existe la entropía en los mundos sutiles y, por tanto, no hay deterioro.

En cuanto a los seres humanos, el efecto Hayflick se traduce en una duración de la vida de en torno a cien años. ¿Por qué optó la consciencia por limitarnos de este modo? La supervivencia es un factor crucial en la evolución. En un ecosistema finito, tiene sentido que las vidas de todos las criaturas tengan una duración finita, y parece que la naturaleza se asegura de que sea así.

Cuando se revive a animales previamente congelados, éstos viven sólo el tiempo que resta de su duración normal de vida, no más. De modo que la congelación no parece capaz de alterar las órdenes del efecto Hayflick (los cromosomas, ¿recuerda?). Pero gente como Ettlinger y Leary esperan que la ciencia del futuro sea capaz de burlar los límites del efecto Hayflick.

K. Eric Drexler (1986) anticipa la existencia futura de máquinas de reparación celular basadas en la tecnología de pequeña escala, la nanotecnología. Sostiene que el envejecimiento «no es diferente de cualquier otro trastorno físico». El envejecimiento viene como consecuencia de que, en algún lugar del organismo, las máquinas moleculares no están trabajando adecuadamente. Arregla la máquina con la nanotecnología, y tendrás una juventud ilimitada, un cuerpo eternamente joven.

Pero el espectro del efecto Hayflick se cierne sobre la cabeza de todas estas ideas. ¿Existe alguna manera de sortear el efecto Hayflick?

El médico Deepak Chopra lo sabe todo acerca del efecto Hayflick, pero no cree que sus órdenes sean invencibles (Chopra, 1993). A través de una dieta sana, de la reducción del estrés, del yoga, la meditación y del equilibrio del organismo merced a las técnicas trazadas en la medicina védica del Ayurveda, Chopra dice que el ser humano se puede aproximar a la hazaña de tener un cuerpo eternamente joven. Después de todo, los antiguos yoguis de la India y el Tíbet quizás fueran capaces de ralentizar las funciones corporales con las prácticas arriba indicadas hasta el punto de llegar a vivir cientos de años.

Pero, admitámoslo, esto sigue siendo una hermosa promesa. Aunque, si tenemos que depender de promesas, ¿por qué no prestar atención a las promesas de los maestros religiosos del pasado y del

presente? Podemos comenzar con Zaratustra, el fundador iranio de la religión del zoroastrismo. Según la visión de Zaratustra, al final de los tiempos, la fuerza del todopoderoso Ahura Mazda resucitará los cuerpos de todas las personas, que a partir de ese momento se lo pasarán bomba. «Mantendrán relaciones sexuales con sus esposas, como lo hacen ahora en la Tierra, pero no nacerán hijos de ellas.» La inmortalidad con sexo por puro amor. ¿Qué más quiere?

Pero las ideas de Zaratustra reverberan en algunas interpretaciones de la resurrección en el cristianismo, y de ahí que sigan siendo populares hoy en día. Muchos cristianos (por ejemplo, los Testigos de Jehová) creen que habrá un Armagedón, después del cual algunas personas recuperarán su cuerpo físico por la gracia, para vivir eternamente (sólo los que se hayan salvado, claro está) en presencia de Dios. Incluso un libro basado en la física materialista intenta sustentar este punto de vista con una nueva propuesta para las ecuaciones de la física (Tipler, 1994).

Aquí tiene lo esencial de las ideas que se están poniendo en juego en la búsqueda de la inmortalidad en un cuerpo material. El filósofo Michael Grosso las resume acertadamente cuando dice: «Así, cerramos el círculo con Zoroastro (Zaratustra), quien, al igual que Terence McKenna, ve el fin de la historia como una gigantesca fiesta, una fiesta a la cual estará invitada la familia humana en su totalidad, incluidos los muertos» (Grosso, 1995).⁵³

La búsqueda de la inmortalidad espiritual y la ciencia de la liberación

Parece justo argumentar que la verdadera inmortalidad es intemporal, que tiene lugar fuera del tiempo. El tiempo trae pesares, miedos y tormentos, problemas y males que nos impiden ser libres. Cuando descubrimos esto, nos liberamos en vida (*jivanmukta*) y alcanzamos la

53 He recibido una importante ayuda de Grosso, 1995, (capítulo 11), en la investigación del material de esta sección.

inmortalidad después de la muerte. El novelista Hermann Hesse, captó en *Siddhartha* la intemporalidad del Ser inmortal en esta conversación entre Siddhartha y su amigo Govinda:

«¿Has aprendido también [este] secreto del río, que no existe eso que llaman tiempo? ¿Que el río está en todas partes al mismo tiempo, en su nacimiento y en su desembocadura, en la cascada, en la barca, en la corriente, en el océano y en las montañas, en todas partes, y que para él sólo existe el presente, no la sombra del pasado ni la sombra del futuro?»

«Así es —dijo Siddhartha—, y cuando aprendí eso, revisé mi vida y vi que era también un río, y Siddhartha el niño, Siddhartha el hombre maduro y Siddhartha el anciano sólo estaban separados por sombras, no por la realidad. Las vidas anteriores de Siddhartha tampoco estaban en el pasado, y su muerte y su regreso a Brahmán no están en el futuro.» (Hesse, 1973.)

¿Cómo se puede ir más allá del tiempo? Las experiencias intemporales, llamadas samadhi en sánscrito, no son tan extrañas. Por ejemplo, en la creatividad, cuando tenemos una inspiración, damos momentáneamente un salto cuántico discontinuo en la intemporalidad. Pero actuamos en el tiempo, donde se manifiestan los actos creativos ordinarios en las artes, la música y las ciencias, los actos de la creatividad exterior. Incluso en la creatividad interior, las inspiraciones creativas acerca de nuestra verdadera naturaleza, que nos ayudan a llevar nuestra identidad hasta más allá del ego, tienen una meta: la transformación. Percatarse de que el Ser está más allá del tiempo es ir más allá de la creatividad; es la liberación, dicen los sabios (Krishnamurti, 1992).

No podemos iniciar seriamente el viaje hacia la liberación en tanto en cuanto estemos enamorados de la mente y de sus humores. No se puede iniciar en tanto en cuanto estemos en conflicto con los principios éticos por causa de nuestras acciones. No se puede iniciar seriamente en tanto en cuanto nos aferremos a este o aquel guna; ni siquiera sattwa, la creatividad, nos hace libres en última instancia.

Es el «percatarse» de la verdad lo que nos hace libres, la verdad de que yo soy el todo, yo soy Brahmán. Una vez se conoce la verdad de

la realidad de Brahmán, y una vez se revela la naturaleza epifenoménica del mundo manifiesto, dejamos de identificarnos con un complejo cuerpo-mente concreto, salvo por necesidades funcionales.

Entonces, ¿qué ocurre con el karma que ha estado actuando en este complejo cuerpo-mente concreto, qué ocurre con el prarabdha? El karma prarabdha sigue su curso comportamentalmente, dicen los sabios, pero el ser liberado ya no se identifica con él.

La toma de conciencia de la verdad acerca del yo (que el yo es todo) es un verdadero salto discontinuo, un gigantesco salto cuántico. Pero existe cierto debate en las tradiciones acerca de la necesidad de este salto cuántico. Hay quien mantiene que el viaje hacia la liberación es continuo: para llegar a la verdad no se necesita un salto discontinuo, sino que más bien inicia la posterior contemplación sobre la verdad, profundizando y purificando la propia comprensión en la meditación.

Pero pregunto: ¿quién es el que contempla la verdad para profundizar la comprensión? No hay ningún «hacedor» individual. Si es la voluntad de Dios, la voluntad del todo, ciertos complejos cuerpo-mente se verán atraídos hacia este programa de purificación.

En este programa de purificación para el complejo cuerpo-mente, nos concentramos en trascender los opuestos: el bien y el mal, sujeto y objeto, los gunas, el cuerpo y la mente. Sacrificamos nuestras preferencias y llegamos a la ecuanimidad. Nuestros deseos se desvanecen. Esto es el karma yoga; seguimos actuando, pero con una nueva actitud. No somos apáticos en nuestra acción (es imposible actuar de la forma adecuada con apatía), pero ejercemos cierto grado de lo que Franklin Merrell-Wolff denominaba «elevada indiferencia», ecuanimidad con compasión (Merrell-Wolff, 1994). Cuando nos sometemos a la voluntad del Uno de forma tan absoluta que nuestra voluntad se convierte en la voluntad del Uno y viceversa, es cuando damos el salto cuántico a la completa libertad.

Lo cierto es que, en lo relativo a la liberación, uno tiene que abrazarse a la sutileza. Tenemos que «ver» que estamos ya liberados, que no hace falta ninguna transformación, ningún logro. Renunciar a los logros catapultará nuestra práctica jnana hasta el abrazo natural de la

alegría espiritual, del gozo. De igual modo, el ejercicio del amor se hace ahora dulce, que en sánscrito recibe el nombre de *madhurang*. Dulce, dulce rendición, sometimiento.

¿Cómo se consigue esto, este sometimiento total de la voluntad ante la voluntad de Dios? Ésta es la transición discontinua que no se puede evitar, ni siquiera en esta vía de pensamiento.

Cuando una persona se libera, ya no hay más renacimientos. Y así, cuando tal persona muere, disfruta de la inmortalidad en el espíritu; la mónada cuántica nunca más volverá a nacer: ha visto el final de los tiempos.

¿Cómo vive esa persona en el mundo, aquella persona que es un *jivanmukta*, una persona libre estando en vida? ¿Qué ocurre cuando la libertad de Dios está a disposición de un cuerpo-mente humano encarnado? La respuesta de que el karma acumulado se vive ahora sin apego no satisface. Afortunadamente, está emergiendo otra respuesta, concretamente a partir de los atisbos del sabio Sri Aurobindo (1955).

Se me eriza la piel sólo de pensar que aquello de lo que estoy hablando se encuentra dentro de nuestro potencial. Un día, estaba yo leyendo uno de los libros de Sri Aurobindo, en el cual habla del ser en la supermente, en el plano supramental de la existencia (Aurobindo, 1989). Cualquier persona interesada en la filosofía puede reconocer estas ideas. Pero comprender su significado es una cosa muy distinta. Aquellos de nosotros que nos encontramos habitualmente en nuestra mente, salvo en aquellos instantes ocasionales y fugaces en que nos adentramos en la supermente (en los momentos de inspiración creativa, por ejemplo), ¿cómo podemos comprender la supermente? No sé si alguna vez llegaré hasta el ser supramental, y sin embargo la idea me intriga, tanto como lo hizo aquel día.

Mi mente se abrió, se hizo blanda y maleable. Estaba leyendo un párrafo en el cual Aurobindo parece exponer la idea de que las personas de la supermente, habiendo alineado su voluntad con la voluntad divina, tienen ahora la habilidad de explorar una nueva esfera de creatividad, una creatividad que está más allá de las leyes de la ciencia. De repente, mientras leía aquello, empecé a comprender. Sentía escalofríos que me recorrían la espina dorsal, y tuve la clara sensación de

que Aurobindo estaba allí mismo para ayudarme a comprender la enormidad de esta idea.

También me di cuenta, con la ayuda de la guía invisible que estaba sintiendo, de que existe la posibilidad de la búsqueda de la inmortalidad como parte de esta expresión supramental. Nunca llegaremos a comprender plenamente la inmortalidad hasta que descubramos el modo de permanecer de forma estable en la supermente.

En el *Katha Upanishad*, cuando Nachiketa fue a visitar al dios de la muerte, Yama, con la intención de encontrar la clave de la inmortalidad, lo único que Yama le enseñó, después de quedar totalmente satisfecho con la cualificación de Nachiketa para recibir las enseñanzas, fue la práctica de la liberación espiritual, de la inmortalidad eterna. Y esto por una razón muy sencilla: la liberación espiritual es el prerequisite para la exploración de la supermente.

Hace mucho tiempo, los chinos fundaron una tradición llamada la Religión del Elixir de Oro de la Vida, cuyos rituales se publicaron como el Secreto de la Flor de Oro. Es un manifiesto, un libro de ejercicios para construir un cuerpo espiritual inmortal. Mediante la meditación, mediante el control de la respiración y de otras disciplinas espirituales, apunta a la idea no sólo de morir conscientemente, sino también de retener la conciencia consciente incluso después de la muerte y no caer en la inconsciencia.

Aurobindo tuvo la misma idea, con la excepción de que él diría que hay que ir más allá de la mente, que está gobernada por las leyes causales del cuerpo temático de la conciencia, con el fin de conservar la conciencia consciente más allá de la muerte.

El ser supramental y los milagros

¿Qué evidencias hay de seres supramentales más allá de lo físico, lo vital y lo mental? Las evidencias se van acumulando lentamente.

Un tipo de evidencias es el de los sucesos verdaderamente milagrosos que se dan en torno a tales seres, milagrosos más allá de las leyes causales, no sólo de la ciencia tal como la conocemos, sino tam-

bién de la ciencia dentro de la consciencia. En el cristianismo, existen historias de estigmatizados (el Padre Pío), de supervivencia física sin alimentos ni agua (Theresa Neumann), de materializaciones y de muchos casos de sanación. Entre los hindúes, hay muchas historias de seres que materializan cosas (Sai Baba es un ejemplo vivo famoso), seres que pueden aparecer en dos lugares al mismo tiempo (Neem Karoli Baba, el gurú de Ram Dass, que falleció hace poco), seres que pueden levitar (como Shyamacharan Lahiri, de *Autobiografía de un yogui*),⁵⁴ y muchos casos de sanación totalmente milagrosa. Hay muchas historias sufíes que sugieren que hay maestros cuyo comportamiento está más allá de la comprensión del razonamiento ordinario, que danzan al son de leyes diferentes, más allá del reino de las leyes físicas.⁵⁵

En 1993, fui a la Universidad de México para encontrarme con el neurofisiólogo Jacobo Grinberg-Zylberbaum. Por entonces, estábamos colaborando en un artículo relativo a los potenciales transferidos (véase el capítulo 4). Durante una de nuestras muchas conversaciones, Jacobo habló de una experiencia que había tenido con una médica/cirujano chamánica conocida como Pochita (ahora fallecida). Jacobo presencié una operación de esta médica/chamana en la cual sacó literalmente el corazón del cuerpo de un paciente, lo reparó con sus propias manos y lo puso de nuevo en su lugar. Jacobo escribió un libro (desgraciadamente para anglohablantes, está escrito en español) acerca de esta gran mujer. Me viene a la memoria el Don Juan de Carlos Castaneda; ¿es todo ficción, o Castaneda escribió sus libros basándose en un personaje real? En cuanto el ser supramental se reconoce como una posibilidad, las aventuras de Don Juan dejan de parecernos increíbles.

Personalmente, no he tenido la fortuna de presenciar los milagros que realizan los seres supramentales. Sin embargo, he intuido directamente que el ser se puede estabilizar en el supramental, en el cuerpo temático, y que, desde ese lugar de intuición, la única interpretación de los milagros que tiene sentido es la de que las personas

54 Publicado en castellano por Siglo Veinte. Buenos Aires, 1960.

55 Si desea leer una discusión sobre muchos casos documentados, véase Murphy, 1992.

que realizan los milagros han alcanzado el nivel supramental del ser, desde donde son capaces de operar más allá de las leyes de la física, desde donde tienen cierto control sobre el cuerpo temático de las leyes; dicho de otro modo, las personas que realizan los milagros son, en cierto sentido, los dioses y las diosas de la mitología. Pero el control que estas personas obtienen es un control basado en cederle todo el control a Dios, a la consciencia.

Aurobindo identificó cuatro poderes en los seres supramentales: *mahakali* (el poder de transformar lo negativo en positivo); *mahasaraswati* (el poder de la expresión creativa incluso más allá de las leyes de la física); *mahalakshmi* (el poder del amor incondicional); y *maheswari* (el poder de la armonía y la ecuanimidad).

En consecuencia, este nivel del ser se expresa como acción apropiada (éste es el poder de maheswari). En segundo lugar, se dice que su voluntad, sea cual sea, se convierte en la voluntad de Dios (éste es el poder de mahasaraswati). La sabia india Anandamayi Ma hablaba en ocasiones de sus *kheyals*, cuya traducción más adecuada sería «caprichos». Pero sus caprichos siempre se convertían en realidad. En estas personas, tanto la realización de milagros como su voluntad ocurren siempre en completa armonía con el propósito cósmico. En otras palabras, cuando Jesús convirtió el agua en vino, sabía que este acto estaba en consonancia con la voluntad divina.

La resurrección como creatividad supramental

¿Qué ocurre cuando muere una persona que ha alcanzado el nivel supramental del ser? En el cristianismo, encontramos una respuesta en la historia de la resurrección de Jesús. ¿Qué significa la resurrección? Normalmente, se interpreta como la resurrección del propio cuerpo de una persona muerta: «Todos se levantarán con sus propios cuerpos, los cuerpos que tienen ahora».

En cambio, en Corintios I, San Pablo es explícito al mantener que el cuerpo resucitado es diferente del cuerpo físico perecedero; es un cuerpo espiritual, imperecedero. Lo que los apóstoles vieron del cuer-

po resucitado de Jesús, así como la visión de San Pablo camino de Damasco, encaja con la idea de las visiones angélicas, tal como se ha dicho previamente (véase el capítulo 11), pero creo que esta idea no es suficientemente radical. Quizás la realidad es aún más radical que la expresada en estos dos puntos de vista.

La cuestión es que algo en la intuición creativa humana, comenzando con el mito de Gilgamesh y las enseñanzas de Zaratustra, ha mantenido siempre que la resurrección consiste en levantarse de entre los muertos dentro del dominio público compartible en un cuerpo imperecedero en el cual la experiencia es posible. La experiencia sujeto-objeto (el colapso cuántico) no es posible en un cuerpo espiritual, ni tampoco el cuerpo espiritual pertenece al dominio del consenso público.

Si la resurrección tuviera lugar en un cuerpo físico ordinario, viejo o nuevo, no sería inmortalidad, puesto que el cuerpo físico, que se halla dentro de las leyes de la física, debe morir. Si la resurrección tuviera lugar en un cuerpo espiritual (Sambhogakaya), no habría experiencia sin la ayuda de algún cuerpo físico encarnado. ¿Cómo se puede resucitar en un cuerpo físico y ser inmortal al mismo tiempo? Únicamente, yendo más allá de las leyes de la física. ¡La inmortalidad a través de la resurrección es un milagro, se mire como se mire! Es un acto supramental de primer orden.

Los actos supramentales que involucran a la mente (la creatividad mental) no violan las leyes de la ciencia. Todos los fenómenos paranormales con los que experimentamos hoy en día se denominan «para», o más allá, de lo normal; pero esto se debe únicamente a la falta de comprensión. En la nueva ciencia, estamos haciendo ya buenos modelos para la comprensión de lo paranormal dentro de más leyes generales.

Pero la creatividad supramental que está involucrada en la resurrección, creando a voluntad, de la nada, un cuerpo físico para la mónada cuántica desencarnada con la cual se vincule, está más allá de todas las leyes de la ciencia, de cualquier ciencia. La creatividad fundamental puede ser también la base del fenómeno de *avatara*, personas que nacen con plena sabiduría de su fundamentación en la cons-

ciencia y que tienen la misión especial de restablecer en nuestras sociedades la metafísica de la supremacía causal de Dharma, la consciencia.

Quizás pueda ver en televisión las reposiciones de la serie *Star Trek: la siguiente generación*. Esta serie se desarrolla a lo largo de dos tramas: una es buena, pero la otra es magnífica. La buena se ocupa de los esfuerzos de un androide (Data) por convertirse en humano. Los guionistas de estos episodios tratan de las dificultades que tiene el androide para encontrar el *software* correcto para las emociones, idea que se aproxima mucho a lo que hace falta para ser consciente, el ser autorreferente, con jerarquía entrelazada y todo lo demás.

La trama magnífica es la historia de Q, un ser supramental que entra y sale a voluntad del espacio-tiempo físico. En estas historias hay verdadera imaginación, verdadera visión. Y es esta visión la que se desplegó en la condición humana hace dos mil años con la resurrección de Jesús, y sigue desplegándose.

Consideremos un aspecto de la historia de la resurrección de Jesús tal como se cuenta en la Biblia. Se dice que, durante la crucifixión, y profundamente angustiado, Jesús gritó fuertemente: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Procediendo de un hombre iluminado, tal expresión de angustia resulta desconcertante. (Existen otras traducciones del original arameo que resultan menos desconcertantes.) Pero comienza a tomar sentido cuando nos percatamos de que, incluso en la cruz, Jesús quizás estaba sumergido en un acto creativo, un acto de creatividad supramental; él quería demostrar la falsedad de la muerte mediante un acto definitivo de desafío a la muerte: la resurrección. Y sucedió. Jesús debe de haber sido uno de los primeros en demostrar la resurrección. Posteriores maestros lo replicaron hasta niveles como los de los seres de la ciencia ficción, como Q. Fueron capaces de crear un cuerpo material de manifestación a voluntad (siempre en armonía con la voluntad del todo). Así, se puede decir que tal ser es inmortal, tanto en espíritu como en cuerpo (cuando sea necesario). Le sugiero que lea el libro de Paramahansa Yogananda, *Autobiografía de un yogui*, si desea tener un atisbo de uno de tales seres, Babaji, uno de los maestros del linaje de maestros de Yogananda.

El futuro evolutivo de la humanidad

Como diría Aurobindo, la inmortalidad del bodhisattva desencarnado sigue siendo un escape, porque no llega a la plena realización del potencial humano, que incluye la creatividad supramental. Reencarnación, sí. Pero, más allá del ciclo kármico de nacimiento y muerte, no sólo nos espera la liberación en el cuerpo espiritual de Sambhogakaya. Está también la exploración de la supermente. Veamos las palabras de Sri Aurobindo:

*Este mundo está enamorado de su propia ignorancia,
su oscuridad no deja entrar su luz salvadora,
da la cruz en pago por la corona.
Su obra es un rosario de esplendor en una larga noche;
él ve la larga marcha del tiempo, los mequinos vencieron,
unos pocos se salvan, el resto lucha y fracasa;*

*Se muestra una salida, un camino de difícil escapatoria
desde la pena, la oscuridad y las cadenas;
pero, ¿cómo van a liberar el mundo los pocos que escapan?*

*El escape, por elevado que sea, no redime la vida,
la vida que queda atrás sobre una tierra caída.
El escape no puede levantar a la raza abandonada
ni traerle la victoria, ni el reinado de Dios.
Un poder mayor debe llegar, una luz más grande.*

(Aurobindo, 1970, libro 6, canto 2.)

Durante los últimos siglos... qué digo, durante el último milenio, con la salvedad de unas cuantas excepciones aisladas, hemos ido en pos de la mente y del ego mental. Esto nos ha llevado a una separatividad creciente, pero también nos ha dado una mayor comprensión, un andamiaje para el próximo salto cuántico de nuestra evolución como especie. Quizás el milenio en el que acabamos de entrar sea el milenio del

florecimiento de ese «poder mayor», de la supermente. Pero, ¿cómo va a ocurrir esto? En la propia obra de Aurobindo podemos encontrar un atisbo, a la luz de la física cuántica que se ha desarrollado aquí.

Involución y evolución

El esoterismo tiene un aspecto que dos filósofos de tiempos recientes, Sri Aurobindo y, después de él, Ken Wilber, han recalcado (Aurobindo, sin fecha; Wilber, 1981). Es la idea de que el descenso, o involución de la consciencia, debe tener lugar antes de que el ascenso, o evolución, pueda darse.

Aurobindo y Wilber presentan un modelo de involución y evolución de la consciencia que está implícito, si no claramente explícito, en las ramas místicas de todas las grandes tradiciones: en el misticismo cristiano, en el shaivismo cachemir, en una rama del hinduismo, en el budismo Mahayana, en el sufismo, en la Kabbala, etc.

Según las cosmologías espirituales que Aurobindo y Wilber adaptan, la divinidad trascendente o consciencia de Brahmán se lanza, por mero juego, hacia abajo y hacia fuera en los niveles manifiestos, cada vez más burdos y groseros. A medida que la consciencia desciende, se olvida también de sí misma; así, cada nivel en este descenso se corresponde con un olvido creciente y con una libertad decreciente. Por otra parte, también en cada nivel, el nivel anterior, más sutil, se olvida también, relegado en el inconsciente. En el nivel más bajo, todo es inconsciente, todo es potencial. Éste es el nivel material. Este camino de descenso recibe el nombre de involución porque todos los niveles superiores son potenciales en la materia, listos para desplegarse.

Cuando la involución se completa, comienza la evolución. Pero la evolución de la materia en este cuadro es bastante diferente de la de los materialistas. Así, la vida no emerge de la materia, no emerge sólo de las propiedades materiales y sus interacciones, dado que un nivel superior no puede emerger nunca de las interacciones y las causaciones de un nivel inferior. La vida emerge en determinado nivel de complejidad de la materia porque ya era potencial. La mente emerge, del

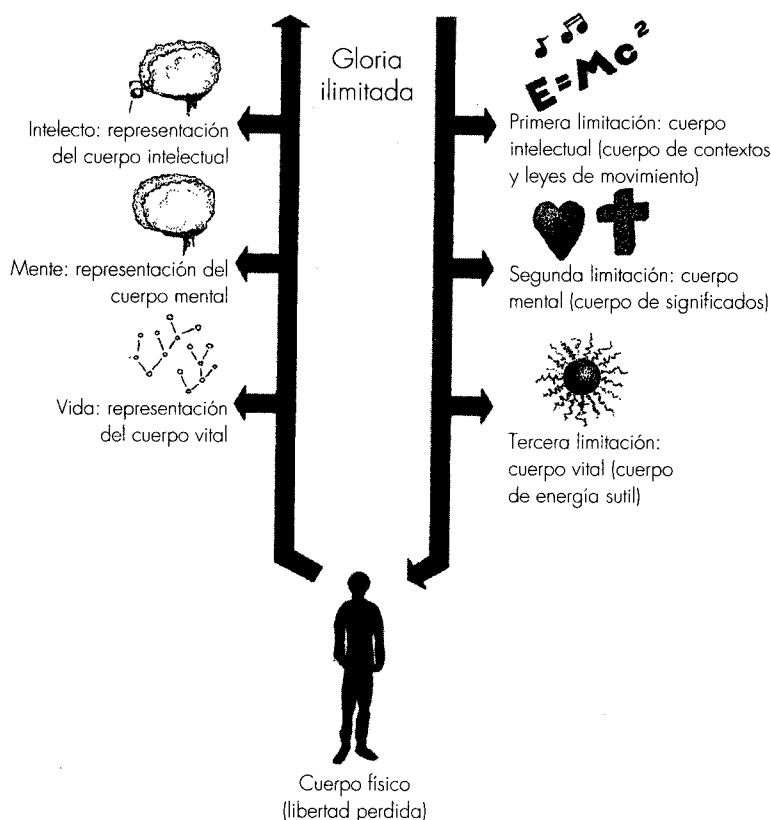


Fig. 12.1. Involución y evolución de la consciencia (según Aurobindo). La consciencia involuciona primero con limitaciones y olvido cada vez mayores. La evolución en este cuadro es la evolución en la elaboración de representaciones del cuerpo vital y el cuerpo mental en el cuerpo físico (*hardware*). ¿Habrà en nuestro futuro evolutivo representaciones físicas del cuerpo supramental?

mismo modo, a partir de determinada complejidad de la vida porque ya era potencial (fig. 12.1).

Por último, no hay que ver en todos estos niveles dualismo alguno. Toda esta separación en la consciencia es ilusoria, mera apariencia. La consciencia se olvida de sí misma por el bien del juego; finge que olvida, por decirlo de algún modo.

Este cuadro es, evidentemente, típico de las tradiciones esotéricas. En cierto modo, tiene sentido y es sumamente satisfactorio. Sin embargo, de lo que carece es de una descripción del modo en que lo que es potencial en la materia se convierte en actual, así como del modo en que acaece ese olvido o maya.

La ciencia idealista, como ya se ha indicado, da una respuesta satisfactoria a la primera pregunta. La manifestación tiene lugar a través de la jerarquía entrelazada, que genera una separatividad ilusoria que, a su vez, causa una amnesia temporal. Así, en el nivel del cuerpo temático, el colectivo temático presenta leyes o contextos de movimientos de los posteriores niveles de existencia como ondas de posibilidad, imponiendo así limitaciones sobre lo que la consciencia puede hacer o no, pero todavía no ocurre nada. En la posterior involución del nivel mental, la sustancia sutil de la mente presenta ante la consciencia estructuras de posibilidad que contienen el procesamiento de significados. Pero la consciencia y sus posibilidades mentales siguen siendo un todo indiferenciado. De igual modo, en el nivel del cuerpo vital, la consciencia se limita aún más con la exploración de una serie particular de funciones vitales entre todas las posibilidades, y también aquí hay olvido. Sin embargo, como se explicó en el capítulo 7, ningún colapso actual o separación tiene lugar hasta que entra en escena el cuerpo físico.

¿Cómo se convierte en actualidad lo que es potencialidad en la materia? En determinado nivel de complejidad de las posibilidades existentes en la materia física, entran en juego la jerarquía entrelazada y la medida cuántica. Ahora, la consciencia puede intervenir en la materia (manteniéndose siempre trascendente) a través del colapso autorreferencial de la onda de posibilidad cuántica, comenzando la manifestación actual. Y la consciencia recuerda el nivel anterior, el nivel de la vida, el prana. La consciencia emplea la materia del mismo modo que nosotros empleamos un ordenador para hacer representaciones de *software* (lo que llamamos vida en la célula y en sus conglomerados) de funciones vitales (observe la similitud aquí con la idea de Sheldrake de los campos morfogenéticos que dirigen el desarrollo de la forma adulta a partir del embrión). Ahora tiene lugar la evolución y la mor-

fogénesis de la vida. Con el tiempo, el conglomerado de células conocido como cerebro evoluciona de tal modo que pueden programarse representaciones de *software* de la mente en el *hardware* cerebral.

Y aquí estamos los seres humanos, seres mentales. Desde este punto de vista, ¿cuál es el siguiente paso de nuestra evolución? Es fácil de ver. Debe ser la evolución de la capacidad para hacer representaciones del cuerpo temático.

Con anterioridad (véase capítulo 7), he hablado ya del ser en el cuerpo temático: los arupadevas, los dioses, los bodhisattvas sin forma, los ángeles. Se trata de formas intemporales; su existencia está limitada a las ondas de posibilidad. En el ser mental, para acceder a estos seres, precisamos de un salto cuántico, y el acceso es sólo momentáneo. Sólo comprometiéndonos enormemente con la creatividad interior podemos alcanzar la estabilidad en el ser supramental. Pero cuando nuestro cuerpo físico desarrolle la capacidad para hacer representaciones de estos seres, todos los seres humanos tendremos acceso instantáneo a ellos con la misma facilidad con la que hoy en día accedemos a la mente a través del cerebro.

¿Se imagina lo que puede significar para un ser biológico sin cerebro anticipar la mente? Por eso nos resulta tan difícil a los seres mentales visualizar y anticipar lo que podrá ser nuestro siguiente paso evolutivo. Pero, al menos, tenemos una cosa clara: cuando lleguemos a este nivel del ser, con un *hardware* que podrá aceptar el *software* supramental, todos seremos dioses. Ésta fue la gran visión de Aurobindo. Esto es a lo que él se refería al contemplar la mal comprendida idea de traer la divinidad a la manifestación, a la Tierra.

Los teósofos tienen la misma visión. El filósofo teósofo William Judge dice:

Aunque la reencarnación es la ley de la naturaleza, la trinidad completa de la triada Atma-Buddhi-Manas (cuerpo de gloria-cuerpo temático-cuerpo mental) no se encarna plenamente en esta especie [humana]. Los seres humanos utilizan y ocupan el cuerpo por medio de la entrada de Manas, el aspecto inferior de los tres, y los otros dos brillan sobre ellos desde arriba, constituyendo el Dios en el cielo... Por ese motivo, el hom-

bre no es todavía plenamente consciente, y es necesario reencarnar, al menos hasta completar la encarnación de toda la trinidad en el cuerpo. Cuando eso se haya conseguido, los seres humanos serán como dioses (Judge, 1973).

¿Estamos destinados a convertirnos en seres sobrehumanos (dioses, en este sentido) en nuestro siguiente paso evolutivo? El poeta sufí Rumi escribió:

Morí como mineral y me convertí en planta.
Morí como planta y me levanté como animal.
Morí como animal y me convertí en humano.
¿Por qué he de tener miedo?
¿Cuándo fui yo menos al morir?

(Citado en *The Sages Speak about Life and Death*.)⁵⁶

Cuando «muramos» como seres humanos mentales, nos convertiremos en seres sobrehumanos y supramentales. Ésta es la evolución definitiva que nos espera.

56 Los sabios hablan de la vida y de la muerte.

Ufología, inmortalidad y evolución

¿Qué tiene que ver la ufología (el estudio de todo lo relativo a los objetos voladores no identificados) con la muerte, la reencarnación y la inmortalidad? Superficialmente, nada. Según la creencia popular, los ovnis son naves muy avanzadas del espacio exterior, pilotadas por seres de otros planetas que vienen a visitarnos, y se piensa que los gobiernos intentan ocultar esta información. La película de Steven Spielberg *Encuentros en la tercera fase* resume este sentimiento general.

Algunos autores creen que tales contactos entre los extraterrestres y los seres humanos se vienen produciendo desde hace eones; algunos de sus libros se han convertido en *best sellers*, lo cual hace evidente la simpatía que esta idea genera entre el gran público.

Éste es el tema en el que prospera la ciencia ficción; y yo, personalmente, siempre he sentido cierta debilidad por la ciencia ficción. Hace años, me puse a escribir un libro sobre ciencia ficción, de manera que investigué el tema de los cohetes espaciales bastante a fondo. La pregunta que me hacía era: ¿pueden llegar hasta nosotros naves del espacio exterior, procedentes de otros planetas, de otros sistemas estelares, si tenemos en cuenta las inmensas distancias que una nave espacial tiene que recorrer?

En general, los autores de ciencia ficción no se preocupan demasiado por este problema, porque la física moderna ha acrecentado sus

arsenales. En las décadas de 1930, 1940 y 1950, la ciencia ficción se las apañaba con la teoría de la relatividad de Einstein. La relatividad dice que el tiempo se ralentiza dentro de una nave que se mueva a una velocidad comparable a la velocidad de la luz, de tal manera que sus tripulantes envejecerían más despacio que las personas que quedaran en su planeta madre. Pero a partir de la década de 1960, la ciencia ficción ha utilizado el concepto del salto al hiperespacio para sus viajes espaciales. Fíjese, la relatividad limita a las naves espaciales a velocidades inferiores a las de la luz, pero las distancias entre las estrellas, incluso dentro de nuestra propia galaxia, pueden ser de hasta 100.000 años luz. Decididamente, tendremos que descartar la idea de un posible imperio galáctico, habida cuenta de que la marina imperial tendría que desplazarse a una penosa velocidad inferior a la luz. Sin embargo, en el hiperespacio, las naves pueden ir más rápido que la luz, a «velocidades warp».⁵⁷

Aunque ambas ideas tienen cierto sentido científico gracias a Einstein, no son ideas prácticas en modo alguno. Considere lo siguiente: nuestros cohetes de combustibles químicos viajan a velocidades de decenas de kilómetros por segundo; pero la luz viaja a la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo. El abismo es casi infranqueable para cualquier tecnología física. Los científicos espaciales lo han estudiado todo: cohetes de plasma, cohetes de fusión nuclear, propulsión materia-antimateria (ésta es muy popular en la ciencia ficción), etc.; proponga usted cualquier otro sistema; seguro que alguien ha estado haciendo números ya para ver su viabilidad. Y todos los números dejan una cosa clara: ningún vehículo físico puede viajar a una velocidad lo suficientemente elevada como para ralentizar relativísticamente el envejecimiento de sus tripulantes. Con velocidades realistas, viajar hacia y desde las estrellas más cercanas llevaría tanto tiempo que es imposible imaginar que ningún ser vivo con una duración de vida razonable pueda hacer tales viajes (aunque la idea de congelar a la gente para tales desplazamientos sigue siendo popular).

57 Término que aparece a menudo en la saga de *Star Trek* y que hace referencia a la propulsión por curvatura, que permitiría viajar supuestamente a velocidades superiores a la de la luz. (N. del T.)

El hiperespacio, por cierto, es una plausible «cuarta» dimensión del espacio; plausible porque, según la teoría de Einstein, el espacio es curvo, lo cual se puede interpretar con el concepto de que vivimos sobre la tridimensional (híper) superficie de un volumen cuatridimensional. Algunos autores de ciencia ficción suponen que el hiperespacio es allí adonde va el electrón cuando da un salto cuántico. Es un hecho que, cuando el electrón da un salto cuántico, no recorre el espacio intermedio; está aquí, y luego está allí. Pero a nadie se le ha ocurrido todavía un dispositivo macrofísico que nos lleve al hiperespacio, a dar saltos cuánticos o algo así.

Así pues, el resultado neto de mis investigaciones fue éste: es imposible que ningún extraterrestre venga hasta nosotros en un viaje convencional. Por cierto, los cohetes tripulados por robots serían una excepción a esta regla. Es un pequeño misterio por qué no han llegado hasta nosotros todavía naves espaciales tripuladas por robots. Como el famoso físico Enrico Fermi solía preguntar: «¿Dónde están?» Muchas personas traducen este misterio diciendo que no hay vida extraterrestre que pueda lanzar robots por ahí, ¡que estamos solos en el universo! Pero a mí me gustaría argumentar en este capítulo por qué no hace falta ser tan pesimistas.

Evidentemente, las personas que se encuentran con esos extraños objetos volantes y con seres extraterrestres nunca hablan de robots; dicen encontrarse con criaturas vivas, normalmente con las ya familiares de corta estatura y rostro puntiagudo. Si es imposible el viaje interestelar con naves espaciales, ¿qué es lo que están viendo estas personas? Aunque, en términos generales, los científicos no muestran demasiada simpatía por los afanes de estas personas, desestimando sus avistamientos (e incluso sus abducciones) como alucinaciones, los psicólogos no han podido despreocuparse del todo con este fenómeno; un hecho que no se puede negar es que las personas que avistan ovnis suelen quedar traumatizadas y precisar de ayuda psicológica.

De modo que una idea que se ha ido haciendo popular poco a poco entre los psicólogos, comenzando por Carl Jung, es que los ovnis son avistamientos, en estados alterados de consciencia, de arquetipos

mentales y emocionales. Con anterioridad, la gente veía estos arquetipos en sus sueños y fantasías, y los consideraban dioses o demonios. Pero en esta era científica y tecnológica, los arquetipos aparecen con esta forma tecnológica superespacial.

Mientras trabajaba en mi libro sobre la física de la ciencia ficción, la idea de que los ovnis y los alienígenas asociados con ellos fueran arquetipos de la consciencia humana adquirió mucho sentido para mí (Goswami, 1983). Lo cierto es que yo mismo había resaltado ya el paralelismo en un contexto ligeramente diferente. El neurofisiólogo John Lilly describió muchas de sus experiencias inducidas por drogas en términos de visitas de alienígenas (Lilly, 1978). Pero sus experiencias no se diferenciaban mucho de las de otros, como, por ejemplo, Swami Muktananda, un maestro espiritual del este de la India, que plasmó por escrito los detalles de sus viajes en estado de samadhi a los reinos de los dioses (Muktananda, 1994).

Pero para cuando llegué a interesarme en la muerte y en las experiencias cercanas a la muerte, me tropecé con el trabajo del psicólogo Kenneth Ring (en realidad, mi amigo Hugh Harrison me trajo uno de los libros de Ken sobre el tema, *The Omega Project*).⁵⁸ Y descubrí que Ring había llevado un poco más lejos la idea de que los alienígenas de los ovnis representan arquetipos. Pero una de las ideas de Ring me llamó especialmente la atención.

¿Por qué hay tantos avistamientos de ovnis en nuestros días? Ring, tras llevar a cabo una encuesta de investigación, descubrió que un gran número de abducidos por los ovnis había sufrido posteriormente de una especie de transformación de su identidad del yo hasta más allá del ego. Habían dejado de estar centrados en el yo, y parecían mostrar un mayor amor hacia el resto de los seres humanos y hacia el entorno natural (Ring, 1992). Con anterioridad, Ring había descubierto que ese mismo tipo de transformación era bastante habitual entre las personas que habían pasado por una experiencia cercana a la muerte. ¡Bingo! Quizás ambos tipos de experiencias son un atisbo de que la consciencia de Gaia, la consciencia de nuestra madre Tierra,

58 El proyecto Omega.

está intentando advertirnos (sin duda, acerca de un inminente desastre ecológico, aunque no parece que estemos demasiado dispuestos a escuchar). Ha habido muchas profecías que afirman que tal desastre puede ocurrir en torno a esta época, con la entrada del nuevo milenio (éste es otro tema de libros populares). Y, evidentemente, cualquiera puede echar un vistazo a la explotación hedonista que hemos hecho de la Tierra y de su entorno durante los últimos siglos, de modo que cualquiera podría predecir un desastre; y eso, por otra parte, es bastante común también.

Más o menos por aquellos días, en uno de mis viajes, me detuve en Portland, Oregón, para grabar una entrevista. Robert McGowan es un astrónomo aficionado que había diseñado un nuevo póster del cosmos en el que, junto con el big bang y todo eso, había incluido la idea de que el universo es autoconsciente. Él me iba a entrevistar sobre mi libro *The Self-Aware Universe*. Nos pusimos a charlar, una cosa llevó a otra, y él me preguntó acerca del significado de los avistamientos de ovnis y de las abducciones. Le hablé acerca de la imposibilidad física de que los alienígenas llegaran en cohetes, pero entonces me escuché a mí mismo decir: «Yo creo que los avistamientos de ovnis y las abducciones están sugiriendo que, en un estado alterado de consciencia, hay personas que se comunican con seres sintientes de una civilización extraterrestre». Y cuando Robert me presionó para que diera más detalles, lo único que pude decir fue que la consciencia es no-local, y que puede colapsar posibilidades similares en dos cerebros vinculados mediante la intención, aunque estén ubicados a distancias interestelares.

Posteriormente, medité más en profundidad acerca de lo que le había dicho a Robert (cosa que me sorprendió bastante) en aquella entrevista, y me di cuenta de que había estado procesando inconscientemente las tesis de Ring y que había algo en ellas que no era satisfactorio. Sin duda, puedo creer que las experiencias con ovnis, al igual que las experiencias cercanas a la muerte, son transformadoras. Pero las experiencias cercanas a la muerte no son sólo una experiencia transformadora. Muchas personas creen, y mis propias investigaciones lo corroboran, que las experiencias cercanas a la muerte nos dicen

también algo acerca de la experiencia de la muerte en sí. De forma similar, suponga que la experiencia con ovnis pudiera estar también diciéndonos algo acerca de los extraterrestres. Pero el problema al afirmar que esto era una comunicación no-local entre los seres humanos de la Tierra y los alienígenas era, cómo no, que tal comunicación precisa de una vinculación cuántica entre los sujetos.

Mientras tanto, Kenneth vino a Los Ángeles para un congreso, y Hugh estaba anhelando concertar una reunión entre nosotros. Nos encontramos en un hotel de Los Ángeles, en una sala de reuniones que nos habían reservado. Allí estábamos Hugh, un psicólogo llamado Mike Davidson, Dick Robb, que es un teósofo, Kenneth Ring y yo.

Nos llevó casi dos horas entrar en calor. A veces es difícil pasar por los preliminares pero, finalmente, le hice mi pregunta a Ring.

—Ken, aunque estoy de acuerdo en que la experiencia con ovnis, al igual que las experiencias cercanas a la muerte, es una experiencia transformadora, seguramente no descartarás que puedan estar diciéndonos algo también acerca de la verdadera consciencia extraterrestre. ¿Podría ser que los abducidos por los ovnis estuvieran comunicándose realmente con alienígenas de una civilización extraterrestre a través de la consciencia no-local?

Ken evitó responderme de forma directa, pero tampoco se pronunció en desacuerdo con la idea. Pero estaba claro que simpatizaba con la idea que proponía en su libro, la de que hay una catástrofe inminente, geológica, medioambiental o de cualquier otra naturaleza, y los ovnis y las experiencias cercanas a la muerte son el modo que tiene Gaia de advertir a la humanidad para que se transforme, antes del inminente desastre. Pero, entonces, las cosas se pusieron sumamente interesantes. Yo estaba compartiendo con Ken algunas de las ideas de este libro, acerca de seres desencarnados, mónadas cuánticas y todo eso, cuando Ken me hizo una pregunta:

—Dime una cosa. ¿Crees que, si un desastre golpeará a la Tierra, podríamos sobrevivir como seres desencarnados? Supón que trascendemos la necesidad de un cuerpo físico. ¿Podríamos seguir adelante con nuestra civilización como seres desencarnados? ¿Es ése nuestro futuro?

—Indudablemente, sobreviviríamos como seres desencarnados, del mismo modo que lo hace cualquier persona que muere —respondí—. Pero, Ken, hay un problema. Según mi modelo, uno no puede tener experiencias si no tiene un cuerpo físico. El estado de consciencia de un ser desencarnado es como el del sueño; la onda de posibilidad no se colapsa. De modo que, como civilización, difícilmente podríamos elegir este estado de limbo y quedarnos satisfechos con ello.

Dick Robb se pronunció de acuerdo con lo que yo dije. La literatura teosófica tiene el mismo punto de vista, insistió. Se necesita nacer como humano para poder promover el propio karma. Ése es el motivo por el cual el nacimiento humano es tan precioso. Me agradó que lo viera de aquel modo.

Ken estaba un tanto decepcionado; o así, al menos, me lo pareció a mí. Intenté consolarle.

—Evidentemente, es bastante posible que podamos elegir una existencia desencarnada en masa para sobrevivir al Armagedón en la Tierra, y luego, a través del procesamiento inconsciente, encontrar otro planeta habitable y comenzar a nacer allí. ¿Qué es la distancia interestelar para la no-localidad? Todo está «cerca».

Después de aquello, proseguimos con otros temas, hasta que, al cabo de un rato, terminamos la reunión y yo regresé al lugar en el que me alojaba. ¡Y entonces, de repente, se me hizo la luz! Bueno, realmente no podría afirmar que la idea que me llegó tuviera el valor de veracidad de un genuino acto de creación, porque, retrospectivamente, no puedo tener la certeza. Pero la idea era original, y me había generado un escalofrío en la espalda.

¿Qué pasaría si invirtiéramos lo que yo le había dicho a Ken? Supongamos que los alienígenas de las abducciones relacionadas con las experiencias con ovnis fueran seres desencarnados de un planeta extraterrestre que estuvieran aquí debido a que su planeta se ha extinguido. Ellos no podrían renacer en la Tierra debido a que su especie no se corresponde con la especie humana (de modo que los contextos del cuerpo temático no son los mismos); pero, ciertamente, sí que podrían comunicarse con nosotros como los seres desencarnados se comunican con los médiums.

Esta sencilla idea explicaría muchos aspectos extraños de la experiencia con ovnis; por ejemplo, ¿cómo es posible que una persona sufra la experiencia de la abducción mientras su pareja, que está acostada a su lado en la cama, no tiene ni idea de lo que está sucediendo? Si lee la ciertamente creíble historia de Whitley Strieber que aparece en su libro *Comunión* (1988),⁵⁹ entenderá a lo que me refiero.

No estoy diciendo que haya que excluir la hipótesis alternativa, la de una hipnosis de masas; sólo que es menos probable. Incluso menos probable aún es la posibilidad de la presencia de seres reales, encarnados físicamente.

Claro está que me tomo ciertamente en serio la idea de las mónadas cuánticas de alienígenas desencarnados que buscan relacionarse con nosotros, pero habrá que hacer muchos estudios e investigaciones para que sepamos si tal teoría es útil para explicar los datos o para dirigir posteriores investigaciones. La cuestión es ésta: si estamos dispuestos a fundamentar nuestra ciencia sobre la primacía de la consciencia, podremos tener en cuenta y abordar mejor esos fenómenos. Los seres humanos conocíamos el rayo desde los comienzos de la civilización, pero no supimos de las sutilezas de este fenómeno hasta que llegó la ciencia de la electricidad. Lo mismo está ocurriendo con la muerte y con la reencarnación, y puede que también con la ufología.

Y no me sorprende nada que haya ahora algunos datos acerca de este controvertido tema que dan soporte a mi idea. Un investigador de visión remota llamado Courtney Brown (1999) afirma haber encontrado un protocolo para llevar a cabo experimentos de visión remota con seres alienígenas desencarnados. Uno de sus hallazgos es que existe una raza alienígena desencarnada aquí y ahora en la Tierra que está intentando encontrar un nuevo hogar en nuestro planeta, intentando nacer en seres humanos, aunque para ello tendrían que hacer ciertas alteraciones genéticas en el genoma humano. La metodología de la investigación me resulta familiar. Comprobémosla.

59 Editado en castellano por Plaza & Janés. Barcelona, 1988.

Los OVNIS y la inmortalidad

Pero ¿qué tienen que ver los OVNIS con la inmortalidad? Hace un par de años, tomé parte en algunas discusiones interesantes con expertos en el tema «ovnis». Las discusiones tuvieron lugar en uno de los lugares más idílicos que pueda usted imaginar: Paradise Island, en las Islas Bahamas. ¿Cómo pueden permitirse este lujo unos expertos en el tema de los ovnis y un físico cuántico? Pues porque nuestro anfitrión era Swami Swaroopananda, director del Centro de Retiros de Yoga de la Escuela Sivananda en la isla.

Salí de estas discusiones con un novedoso respeto por los avistamientos de ovnis. Los materialistas intentan rebatir estos datos incesantemente, y con tanta vehemencia como suelen mostrar con los datos paranormales. A lo largo de los años, he podido ver que el punto de vista del científico materialista acerca de lo paranormal está cargado de prejuicios. Esto se debe, por una parte, a que yo mismo he tenido experiencias paranormales; y, en segundo lugar, porque la no-localidad cuántica nos ofrece un marco explicativo para lo paranormal, una vez se introduce la consciencia en la ecuación (véase el capítulo 2). Pero, de un modo u otro, seguí aceptando algunas de las críticas de los materialistas a los avistamientos de ovnis sin llevar a cabo demasiados exámenes críticos; hasta que participé en estas discusiones, claro está.

Los datos sobre los avistamientos son bastante buenos, y sus implicaciones pueden ser mucho más radicales de lo que uno supone normalmente. ¿Cómo enmarca usted los datos cuando escucha a alguien hablar de un ovni? Usted, probablemente, al igual que yo (hasta aquellas discusiones), supone que, si la afirmación es cierta, hay seres alienígenas que vienen a la Tierra con una nave espacial, y todos sus juicios acerca de la veracidad de estos avistamientos se mezclan con la asunción implícita que usted presupone. Al menos, ésa era mi asunción implícita, y en este mismo capítulo ya le he dado todas las razones científicas que yo tenía para convencerme de que no podía haber naves alienígenas de otra estrella visitando la Tierra. Así pues, las profundas discusiones mantenidas con estos científicos de los ovnis, personas de alta credibilidad, crearon en mí un conflicto entre dos siste-

mas de creencias. Una creencia se basa en mi teoría de que los datos no tienen ningún sentido; la otra es que, dado que los que recopilaban los datos parecían creíbles, yo, como científico, debía mantener una mentalidad abierta con el fin de tomar sus datos en serio.

Padecí este conflicto durante algún tiempo, hasta que, de pronto, surgió una nueva idea. ¿Y si las naves espaciales de las que hablaban los expertos en el tema de los ovnis fueran reales, pero no vinieran del espacio exterior? ¿Y tampoco eran de factura humana! ¿Podría ser esto? Podría serlo, si es usted capaz de considerar la idea de la materialización y la desmaterialización. ¡Suponga que aquellos que hablan de encuentros con ovnis entran en contacto con seres alienígenas (no todos los que hablan de encuentros con ovnis entran en contacto con seres alienígenas relacionados con las naves espaciales que ven, pero algunos lo hacen), que pertenecen a una civilización tan avanzada que pueden materializar y desmaterializar naves espaciales enteras!

¿Qué es una civilización avanzada? Normalmente, consideramos que una civilización avanzada es aquella que posee una gran tecnología material; pero, entonces, las leyes físicas excluyen ciertas direcciones posibles de avances, como el de la materialización y la desmaterialización. Pero, como Aurobindo anticipó, el próximo paso evolutivo de la humanidad nos elevará en la dirección de lo supramental.

Como ya mencioné en el anterior capítulo, los seres de la supermente, que logran el control del cuerpo temático, pueden ir a voluntad (siempre en armonía con la voluntad divina y con su propósito) hasta más allá de las leyes físicas convencionales. Así pues, en los datos acerca de los ovnis, ¿estaremos viendo una verificación de la idea de Aurobindo de los seres supramentales, seres que han evolucionado ya hasta ese estadio supramental de la evolución con la cual estamos forcejeando nosotros ahora?

¿La evolución del cerebro o la evolución de la materia?

La psiquiatra Uma Goswami, cuando imparte sus clases y habla de las ideas de Aurobindo, gusta de detenerse en la estructura por capas del

cerebro. El hígado es un lóbulo, el corazón es un músculo, pero no hay ninguna otra estructura en el organismo que esté dispuesta por capas. ¿Qué puede significar entonces que el cerebro esté dispuesto en capas? Tiene que ser una huella de la evolución del cerebro. En tanto que otras partes del cuerpo no han evolucionado mucho a lo largo de su larga historia, el cerebro sí que lo ha hecho. La parte más antigua y posterior del cerebro es el cerebro de reptil, el cerebro medio es el cerebro de mamífero y la parte anterior del cerebro, el neocórtex, es el cerebro humano. La estructura de capas del cerebro nos habla de nuestra ascendencia animal. Después, Uma Goswami cita a Aurobindo: «El animal fue el laboratorio para la evolución del hombre; y el hombre debe ser de igual modo el laboratorio para la creación del superhombre». Y quizás esto ocurra con la posterior evolución del cerebro: ¿una nueva capa, un neo-neocórtex (Krishnamurthy, 2000)?

Ésta es una de las maneras de aproximarse al tema de la evolución humana. Pero yo puedo encontrarle un defecto, y es que los tres cerebros elaboran representaciones de la mente. Las dos primeras capas, evolutivamente hablando, hacen representaciones de los pensamientos emocionales; el primero de las emociones más burdas, y el segundo de las emociones más finas. Por otra parte, el neocórtex evolucionó para elaborar representaciones de los pensamientos abstractos (para los cuales se precisa del lenguaje). ¿Puede cualquier evolución del cerebro elaborar representaciones de algo que no sea pensamiento, que esté más allá del pensamiento?

Aurobindo, así como su socia, la Madre, experimentaron con otra idea. Ellos intuyeron que, para representar lo supramental, para hacer representaciones físicas del cuerpo temático, tiene que evolucionar la materia en sí; la materia tiene que refinarse. Así, Aurobindo y la Madre dedicaron la mayor parte de sus vidas al empeño de transformar la materia de sus cuerpos. Pero, a tenor de todos los comentarios, comentarios sin prejuicios, no lo consiguieron. Cuando Aurobindo murió, muchos discípulos pensaron que la transformación de su cuerpo quizás se demostrara por el hecho de que su cadáver no se descompusiera, como le ocurre a cualquier cadáver; muchos pensaron

incluso que su cuerpo debería preservarse porque, al igual que Jesús, Aurobindo podría resucitar. El cuerpo se preservó durante algún tiempo, pero se descompuso. No se encontró ninguna evidencia de transformación del cuerpo físico ni de resurrección.

¿Acaso es sostenible científicamente la idea de la transformación de la materia en una forma más refinada? ¿No nos estaría acechando el viejo problema del dualismo? (¿Cómo puede interactuar la materia sutil con la variedad de materia actual?) Personalmente, nunca me gustó la idea de otra forma de materia más refinada debido a este motivo. Es mucho más fácil ponderar la evolución de una nueva estructura del cuerpo más allá del cerebro, quizás un supercerebro. ¡Ese supercerebro elaboraría representaciones del cuerpo temático, integraría las funciones de los tres cerebros y constituiría nuestra nueva identidad, similar a la de los dioses!

Ya he hablado de Swami Swaroopananda, de Paradise Island. Nacido en Israel y bastante familiarizado con la Kabbala, se convirtió en vedantin (un experto en el vedanta indio), después de estudiar bajo la dirección del famoso Swami Vishnudevananda, el swami volador, llamado así porque le gustaba pilotar su propio avión). Swami Swaroopa es lo que las tradiciones llaman un jnana yogui, aquel que descubre la naturaleza de la realidad a través del sendero de la sabiduría, dando saltos cuánticos desde el pensamiento. De ahí que tanto a él como a mí nos guste entablar ricas conversaciones y que, en términos generales, él apruebe la nueva ciencia dentro de la consciencia.

En una de nuestras conversaciones sobre la obra de Aurobindo, Swami Swaroopa me sorprendió.

—¿No tendrás algún prejuicio prematuro acerca de otra forma de materia y sobre el modo en que interactuaría con la materia normal? —me preguntó—. ¿Por qué no va a poder la consciencia mediar esa interacción, del mismo modo que lo hace para la materia y la psique?

Y sentí que un velo se levantaba. Ciertamente, ¿por qué no? De hecho, el dualismo no debería impedirnos reconocer la validez del empeño de Aurobindo y de la Madre. Si así fuera, deberíamos prestar atención al método del yoga integral que ellos desarrollaron con la intención de transformar la materia.

No es éste el momento ni el lugar para discutir las ideas del yoga integral. Muy brevemente, lo que se propone es reunir el empuje integrador de todos los yogas conocidos (véase el capítulo 9) para sustentar la creatividad del cuerpo vital, en primer lugar, y luego del físico. La clave se halla en mantener una intención inquebrantable de transformar el cuerpo, para que éste pueda hacer representaciones del cuerpo temático supramental, sea del modo que sea, bien con el desarrollo de un supercerebro, o bien con el desarrollo de la supermateria.

Yo pienso también que el fenómeno de la kundalini, discutido anteriormente, puede ser un clave. El ascenso de la kundalini parece liberar el poder latente de la consciencia para elaborar nuevas representaciones de lo vital en lo físico. Existen evidencias. Personas en las cuales se ha elevado la kundalini y que han conseguido integrarla adecuadamente atraviesan extraordinarios cambios corporales (por ejemplo, el desarrollo de nódulos con forma de serpiente en el cuerpo). Hay un maestro de kundalini vivo, llamado U. G. Krishnamurthy, que vive en Bangalore, en la India, cuyo cuerpo muestra estos extraordinarios signos físicos de integración de la kundalini que cualquiera puede verificar.

Si intentamos utilizar el empuje del poder de la kundalini creativamente para hacer el supercerebro o la supermateria, como puede ser el caso, y si lo hacemos colectivamente, quizás podamos acelerar las vías evolutivas de la naturaleza, hasta ahora inconscientes en gran medida. El filósofo y místico Teilhard de Chardin, cuya idea de la evolución de la humanidad hasta el punto omega es bastante similar a la idea de Aurobindo de la evolución de la supermente, solía hablar de enjaezar la energía del amor. (Lea, en especial, Teilhard de Chardin, 1964.) Ahora creo que Teilhard de Chardin estaba hablando literalmente de enjaezar la energía kundalini. ¿Y qué mejor forma de enjaezarla que pavimentando el camino para la evolución de la humanidad hasta el punto omega?

Epílogo

Las nueve vidas del alma

Así pues, ¿existe el alma y existe una física del alma? Júzguelo usted mismo; yo resumiré las ideas de la física que, progresivamente, llevan a un modelo convincente y casi completo del alma. Simplemente por diversión, utilizaré la metáfora de las nueve vidas del gato, pero con un pequeño giro. Cuantas más vidas vive el gato, más cerca está de su eventual muerte. Pero aquí es al revés. A medida que la física se expande, a medida que el modelo del alma mejora, el alma se acerca a la inmortalidad. Y, como regalo extra, más son los datos que se puedan acomodar dentro de este modelo.

1. En la primera vida, el alma es dualista, que quiere decir que se concibe como un mundo separado, constituido por sustancia inmaterial, y la física se utiliza para negarla. Un alma dualista es diferente de la materia y del cuerpo material, y sobrevive a la muerte del cuerpo material. Un alma dualista es individual, y también está separada de Dios (que puede verse como un alma del mundo o superalma, *paramatman* en sánscrito), aunque es eterna como Dios. Pero esta alma muere debido a las críticas procedentes de la física, a preguntas como éstas: «¿Cómo puede interactuar el alma no material con el cuerpo material sin un mediador?» o «¿Cómo se explica el principio de conservación de la energía, el hecho de que únicamente se conserve la energía del mundo material? ¿Acaso un alma interactiva no interactuaría con

el mundo material tomando energía de éste o aportándola ocasionalmente?» Otra espina de este modelo es: «Si las almas son eternas y el número de almas se conserva, ¿cómo se explica la explosión demográfica actual, es decir, de dónde proceden las nuevas almas?»

2. En el segundo modelo del alma, ésta es material y es algo así como un aborto; no sobrevive, lo cual quiere decir que es un epifenómeno del cuerpo material y muere con él. Sin embargo, uno puede consolarse con que, aunque el epifenómeno, el alma individual, muere, la materia básica, en forma de átomos y partículas elementales, sigue viviendo y se recicla. La física aquí es conservadora y no genera polémicas, pero no tiene uso alguno para explicar los datos existentes acerca de la supervivencia post mortem y la reencarnación.
3. En la tercera encarnación, el alma es idéntica a la consciencia, la una y única, que es el fundamento del ser. La materia es una manifestación aparente en este fundamento, y es un epifenómeno de este fundamento. La materia es, así pues, efímera, convirtiéndose en ser aparente cuando se registra en la experiencia de un ser sintiente, para luego disolverse en el todo. El cuerpo material perece, pero el alma sigue viviendo eternamente.

En esta vida, el alma individual muere porque nunca existió; el alma es siempre cósmica y no tiene atributos. La física del alma comienza aquí, y consta de la física cuántica y de su interpretación idealista, de la idea de que la consciencia no-local y unitiva genera la realidad actualizada a partir de las posibilidades cuánticas de la materia.

4. En la cuarta encarnación, se plantea la idea de que el alma cósmica tiene un atributo, y este atributo se reconoce como un cuerpo de temas. A todos los que pertenecemos a la especie humana se nos exige aprender estos temas; ése es el propósito de nuestra vida. Naturalmente, se precisa de muchas encarnaciones para descubrirlos creativamente y aprender a vivirlos, dado que algunos de los temas, como el amor, son muy sutiles. Nuestras diversas encarnaciones se vinculan mediante la no-localidad cuántica

a través del espacio y el tiempo, y se conectan mediante el cuerpo temático como el hilo que enlaza las flores de una guirnalda.

Éste es el motivo por el cual el cuerpo temático puede equipararse con lo que se denomina *sutratman* (*sutra* significa hilo, y *atman* significa alma, en sánscrito). Pero la física del alma aún no es la adecuada; el alma individual sigue sin existir; lo que sobrevive a la muerte del cuerpo físico es el cuerpo temático, que es una mónada universal para toda la especie humana. Lo bueno de este modelo es que explica algunos de los datos importantes de la reencarnación, en especial el del recuerdo de vidas pasadas en los niños.

5. En la quinta vida del alma, se postula que el alma cósmica tiene atributos adicionales, una mente para el procesamiento de significados y un cuerpo vital para los moldes que hay tras las formas que se manifiestan en la evolución de la vida. Se considera ahora que el cuerpo temático establece el contexto de movimientos tanto de la mente como del cuerpo vital (así como del cuerpo físico). En este papel de establecimiento del contexto de significados, se puede reconocer ahora como lo que llamamos intelecto (supramental), el dispositivo de la creatividad, del amor incondicional, de la discriminación moral, etc.

El trío del intelecto supramental, la mente y el cuerpo vital, que juntos constituyen ahora el alma o mónada, son no-físicos; pero, debido a su naturaleza cuántica (que es también la naturaleza del cuerpo físico), la consciencia media su interacción con el cuerpo físico. Los cuatro cuerpos son posibilidades cuánticas de la consciencia. Ésta, para su experiencia manifiesta, colapsa las posibilidades vinculadas de estos cuerpos en acontecimientos actuales del epifenómeno (aparente) de la escisión sujeto-objeto.

Evidentemente, la física del alma prospera en esta encarnación, pero el alma, vista como una mónada cuántica, no está madura todavía; todavía no tiene el poder de explicar el alma individual.

6. En la sexta encarnación del alma, la física del alma madura. Con el adecuado reconocimiento de la dinámica de la mente y del

cuerpo vital, se ve que tiene lugar la individualización del alma o mónada. Aunque, al igual que el intelecto supramental, el cuerpo mental y el cuerpo vital son también universales (sin estructura individual) para que los compartamos todos, la universalidad se ve comprometida como consecuencia de la acumulación de experiencia.

A medida que se viven experiencias, se modifican las probabilidades de las posibilidades cuánticas mentales (y vitales); generan una tendencia hacia las respuestas del pasado ante los estímulos, un proceso que los psicólogos llaman condicionamiento. Yo lo llamo memoria cuántica, porque la memoria de estas tendencias no se contiene en el objeto, como ocurre con la memoria ordinaria, sino en las matemáticas cuánticas a las que obedecen las posibilidades modificadas.

Como consecuencia del condicionamiento o memoria cuántica, todos desarrollamos una mente y un cuerpo vital individuales (funcionales). Y así, cuando el cuerpo físico muere, nuestra historia registrada en el cuerpo físico (especialmente en el cerebro) muere con él, pero nuestro patrón de hábitos o propensiones sobrevive en la forma de memoria cuántica de la probabilidad modificada de las ondas de posibilidad de la mónada cuántica individual.

Finalmente, la mónada cuántica se convierte en un buen modelo del alma que sobrevive a la muerte y reencarna. Cuando la física de la mónada cuántica se integra con la física de la no-localidad cuántica entre encarnaciones vinculadas generando un modelo más completo del alma, se pueden explicar muchos tipos de datos referentes a la supervivencia post mortem y la reencarnación, entre ellos, las experiencias cercanas a la muerte, el fenómeno de los niños prodigio, las fobias inexplicables y la canalización.

Todo esto está muy bien. Sin embargo, el alma está ahora sólidamente establecida en la rueda del karma (las propensiones adquiridas en vidas pasadas), en la repetición de encarnaciones sin un fin a la vista. La física del alma sigue siendo inadecuada para explicar la evolución del alma hacia la liberación.

7. En la séptima vida del alma, la física del alma reconoce una ley del karma sobre la base de los datos empíricos de que sólo traemos parte de nuestras propensiones del pasado a una vida en concreto. Se trata de las propensiones (*prarabdha*) que nos permitirán satisfacer la agenda concreta de aprendizaje de una encarnación en particular, que contribuirá a la evolución de nuestra alma hacia la liberación. A la física del alma le añadimos ahora el arte de recordar nuestro *prarabdha*, un arte llamado *dharma* en el hinduismo. Ahora, nos ejercitamos activamente en el recuerdo de las propensiones que trajimos a esta encarnación en particular para cumplir con la agenda de aprendizaje, el *dharma*, de esta vida en particular. Cuando aprendemos de acuerdo con nuestro propósito, nuestra vida se hace especialmente gozosa. La vida se nos llena ahora de sentido, de significado, a medida que cumplimos con nuestra agenda de aprendizaje.

Los practicantes de la física materialista se quejan de que «cuanto más comprendemos el universo, más parece carecer de sentido». ¡Ahí está! Por comparación, la física del alma recupera el sentido perdido.

8. En la octava vida del alma, el alma satisface sus responsabilidades monádicas de descubrimientos creativos de acuerdo con su física, y se libera de la rueda kármica. El alma ya no evoluciona, ha alcanzado ya el primer tipo de inmortalidad, como ángel o espíritu guía, para ayudar a otras almas que se esfuerzan por alcanzar la liberación.
9. En la novena encarnación del alma, una encarnación especulativa que va más allá de la física actual, el objetivo del alma es su intento creativo por asumir un cuerpo físico inmortal (la resurrección). El posterior desarrollo de la física del alma nos dirá si esto supone un nuevo tipo de materia que pueda elaborar representaciones del intelecto supramental o un nuevo desarrollo del cerebro capaz de hacer lo mismo.

Así termina la saga del alma, tal como se ha explorado en este libro.

Glosario

Algoritmo: procedimiento ligado a una regla para ir del paso A al paso B.

Alma: entidad que sobrevive a la muerte del cuerpo físico; la mónada cuántica.

Arquetipo: idea platónica que es la precursora de una manifestación material, vital o mental; también, símbolo junguiano de los instintos y de los procesos psíquicos primordiales del inconsciente colectivo.

Aspect, Alain: físico experimental de la Universidad de Paris-Sud, aclamado por el experimento de 1982 que lleva su nombre, en el que estableció la no-localidad cuántica. Este experimento es un ejemplo excelente de la metafísica experimental.

Atman: palabra sánscrita que significa «yo cósmico superior, más allá del ego»; el yo cuántico creativo de la experiencia primaria.

Aurobindo: filósofo y sabio visionario que propuso la idea de la supermente. (Véase «Supermente».)

Autorreferencia: bucle cuántico de referencia a sí mismo. (Véase también «Circularidad».)

Bardo: Palabra tibetana que significa «pasadizo» o «transición».

Bhakti yoga: el yoga del amor o la devoción.

Bodhisattva: persona realizada (en el budismo) que, en vez de optar por fundirse en la clara luz de la consciencia, se queda en la puerta ayudando a los demás hasta que todos hayan llegado.

Bohr, Niels: físico danés, descubridor del átomo de Bohr y del principio de complementariedad. Durante su vida, fue el portavoz más influyente del mensaje de la mecánica cuántica.

Brahmán: palabra sánscrita que significa la consciencia como fundamento de todo ser: la divinidad o el Tao.

Caos, Teoría del: teoría de ciertos sistemas deterministas clásicos (llamados sistemas caóticos) cuyo movimiento es tan sensible a las condiciones iniciales como para no ser susceptible de predictibilidad a largo plazo. Para los materialistas, este carácter determinado pero no predecible de los sistemas caóticos los convierte en una metáfora apta para los fenómenos subjetivos.

Carácter: tendencias, patrones y repertorio aprendido de contextos que definen a un individuo.

Causalidad: el principio de que una causa precede a cada efecto.

Cielo: esfera arquetípica; también esfera arquetípica de los rasgos divinos.

Ciencia dentro de la consciencia: ciencia basada en la idea de que la consciencia es el fundamento de todo ser. (*Véase también* «Ciencia idealista».)

Ciencia idealista: ciencia basada en la primacía de la consciencia. (*véase también* «Ciencia dentro de la consciencia».)

Circularidad: véase «Autorreferencia».

Complementariedad: característica de los objetos cuánticos que poseen aspectos opuestos, como el carácter de onda o de partícula, sólo uno de los cuales se puede ver en una disposición experimental dada. Los aspectos complementarios de un objeto cuántico se refieren a las ondas trascendentes y a las partículas inmanentes.

Comportamiento a modo de ley: comportamiento gobernado exclusivamente por leyes causales tales como las leyes físicas.

Comportamiento a modo de programa: comportamiento gobernado no sólo por la causa, sino también por el propósito, como en los programas de ordenador.

Conciencia (Awareness): Consciencia de escisión sujeto-objeto.

Conductismo: paradigma principal de la psicología en este siglo, sostiene que la explicación del comportamiento humano hay que buscarla en la historia de patrones de reforzamiento estímulo-respuesta de una persona.

Consciencia (*Consciousness*): el fundamento del ser (original, auto-contenida y constitutiva de todas las cosas) que se manifiesta como el sujeto que elige, y experimenta lo que elige, cuando colapsa autorreferencialmente la función de onda cuántica en el cerebro, en una célula viva o en otros conglomerados celulares.

Contexto: el campo interpretativo que la consciencia utiliza para dirigir el flujo de significado en el mundo; el apoyo causal que hay tras el contenido.

Córtex cerebral: el segmento externo y más reciente en la evolución del cerebro de los mamíferos; llamado también neocórtex.

Creatividad: el descubrimiento de algo nuevo de valor en un nuevo contexto o con un nuevo significado.

Cuanto: haz discreto de energía; la denominación más baja de la energía o de otras cantidades físicas que se pueden intercambiar.

Cuerpo causal: la consciencia como fundamento de todo ser; el cuerpo de gloria.

Cuerpo de gloria: la consciencia como fundamento del ser, la fuente de toda gloria o dicha.

Cuerpo de Sambhogakaya: mónada cuántica desencarnada que ha satisfecho sus deudas kármicas, que ha trascendido el renacimiento en el mundo manifestado.

Cuerpo grueso: el cuerpo físico, que se manifiesta en nuestra consciencia como externo.

Cuerpo mental: el cuerpo de sustancia mental que pertenece a un mundo separado. La mente da significado al material cerebral.

Cuerpo sutil: conglomerado de los cuerpos mental, vital y temático, que se experimenta habitualmente como algo interno, privado.

Cuerpo temático: el cuerpo supramental de temas o contextos para los movimientos de los cuerpos mental, vital y físico. (*Véase también «Supramental», «Intelecto».*)

Cuerpo vital: el cuerpo de los procesos vitales, hecho de sustancia vital (prana, chi o ki), en contraposición a los procesos físicos y mentales; es un cuerpo que se halla separado del cuerpo físico y del cuerpo mental y es independiente de ellos. Es el depósito de los campos morfogenéticos.

Chakras: ubicación de esos lugares del cuerpo físico donde se colapsa el cuerpo vital junto con el conglomerado celular físico vinculado u órgano que representa una función del cuerpo vital. También, centros de los sentimientos.

Chi: palabra china para los modos de movimiento del cuerpo vital.

Darwin, Charles: descubridor de la teoría de la evolución que lleva su nombre.

Desintegración: proceso en el cual un núcleo atómico emite radiaciones nocivas y se transforma en un estado diferente.

Determinismo: filosofía según la cual el mundo es causal y está completamente determinado por las leyes del movimiento de Newton y las condiciones iniciales (las posiciones y velocidades iniciales de los objetos del universo espacio-temporal).

Deva: palabra sánscrita que significa «ángel».

dharma: sendero de descubrimiento ético y creativo de cada persona; destino creativo de vida de la persona, por decirlo así.

Dharma: la consciencia, el todo, el fundamento del ser. Con «d» minúscula, significa deber y destino creativo. También, en el hinduismo, el dios de la justicia.

Dharmakaya: en el budismo, el cuerpo de la consciencia, el fundamento del ser.

Dios: el principio creativo que se halla tras la totalidad de toda la manifestación.

Dualismo: la idea de que la mente y el cerebro pertenecen a dos esferas separadas de la realidad.

Ego: la identidad con el contenido de la línea de historia personal del individuo, en adición al carácter.

Einstein, Albert: quizás el físico más famoso que haya existido, fue el descubridor de las teorías de la relatividad. Contribuyó de forma importante a la teoría cuántica, incluyendo las ideas básicas de la dualidad onda-partícula y la probabilidad.

Energía vital: los modos de movimiento del cuerpo vital; llamada también prana, chi o ki.

Epifenómeno: fenómeno secundario sin eficacia causal; algo que existe de forma contingente sobre la existencia previa de otra cosa.

Equilibrio puntual o puntuado: teoría de la evolución que dice que existen marcas de puntuación (períodos y comas, períodos de rápida evolución) dentro del texto continuo de la evolución darwiniana.

Espacio-tiempo inmanente: véase «Realidad inmanente».

Estado de consciencia: condiciones dentro de la consciencia de diversos grados de consciencia; ejemplos son el estado de vigilia, el estado de sueño profundo, de sueño con ensueños, el de hipnosis, los estados meditativos, etc.

Experiencia mística: experiencia de la consciencia en su primacía más allá del ego.

Experiencia trascendental: experiencia directa de la consciencia más allá del ego.

Experiencias cercanas a la muerte: experiencias de las que dan cuenta las personas a las que se revive tras un fallo cardíaco u otras situaciones cercanas a la muerte.

Experiencias extracorporales: experiencias de las que dan cuenta las personas cuando se hallan fuera del cuerpo; en tales estados, estos individuos dan cuenta de haber visto cosas que están más allá de su visión local, como el de las actuaciones quirúrgicas que se han realizado con su propio cuerpo.

Experimento de la doble ranura: experimento clásico para determinar las características de las ondas; un rayo de luz o de electrones, por ejemplo, se escinde al pasar a través de dos ranuras en una pantalla para formar un patrón de interferencia sobre una placa fotográfica o una pantalla fluorescente.

Física clásica: véase «Mecánica clásica».

Fotón: un cuanto de luz.

Freud, Sigmund: fundador del psicoanálisis; según algunos, también de la psicología moderna.

Función de onda: función matemática que representa la amplitud de onda de las ondas de posibilidad cuántica; se obtiene como solución a la ecuación de Schrödinger.

Genes: componentes de la molécula de ADN, que se cree que son los elementos que transfieren los rasgos hereditarios en la reproduc-

ción; también se cree que los genes se seleccionan para la evolución biológica o en contra de ella; según algunos biólogos, los genes son los elementos fundamentales del ser biológico.

Gunas: cualidades de la consciencia en la antigua psicología india, que se corresponden con los impulsos psicológicos de terminología más moderna. Hay tres gunas: *sattwa* (iluminación), *rajas* (libido) y *tamas* (ignorancia condicionada).

Hayflick, Efecto: efecto descubierto por Leonard Hayflick de que las células humanas se pueden reproducir solamente en torno a cincuenta veces.

Heisenberg, Werner: físico alemán y codescubridor de la mecánica cuántica. Su descubrimiento de la mecánica cuántica se considera como uno de los acontecimientos más creativos de la historia de la física.

Idealismo: filosofía que sostiene que los elementos fundamentales de la realidad deben incluir tanto a la mente como a la materia. En este libro, hemos utilizado este término como sinónimo de idealismo monista. (Véase «Idealismo monista».)

Idealismo monista: filosofía que define la consciencia como realidad primaria, como fundamento de todo ser. Los objetos de una realidad empírica consensuada son, todos ellos, epifenómenos de la consciencia, que surgen de las modificaciones de la consciencia. No hay naturaleza de yo ni en el sujeto ni en el objeto de una experiencia consciente aparte de la consciencia.

Inconsciente: en este libro, realidad en la cual hay consciencia, pero no conciencia de escisión sujeto-objeto. (Véase también «Inconsciente colectivo».)

Inconsciente colectivo: inconsciente unitivo, ese aspecto de la consciencia que trasciende el espacio, el tiempo y la cultura, pero del cual no somos conscientes. Concepto que introdujo Jung por vez primera.

Infierno: esfera arquetípica de la consciencia que se corresponde con las emociones violentas.

Intelecto: el cuerpo supramental de la consciencia, que proporciona los contextos para los movimientos físicos, vitales y mentales. En

su uso ordinario de hoy en día, el intelecto se refiere más bien a las ideas mentales de los contextos del cuerpo intelectual. (Véase también «Cuerpo temático, supramental».)

Interferencia: la interacción de dos ondas que inciden en la misma región del espacio y que produce una alteración de red igual a la suma algebraica de las alteraciones individuales de las respectivas ondas.

Interferencia, Patrón de: el patrón de reforzamiento de una alteración de onda en algunos lugares y de cancelación de otras, que se produce por la superposición de dos (o más) ondas.

Jerarquía entrelazada: bucle entre niveles de categorías; una jerarquía que no se puede rastrear causalmente sin encontrarse con una discontinuidad. Un ejemplo es la paradoja del mentiroso: «Soy un mentiroso».

Jiva: palabra sánscrita que designa a la mónada cuántica.

Jivanmukta: persona que ha llegado a la liberación del ciclo de nacimiento-muerte-renacimiento.

Jnana yoga: yoga basado en la utilización del intelecto para trascender el intelecto.

Jung, Carl G.: psicólogo que fundó una de las corrientes más importantes de la psicología moderna y que lleva su nombre; es famoso por su idea del inconsciente colectivo y por sus atisbos visionarios de que la física y la psicología vendrían a encontrarse en un futuro.

Karma: propensiones, aprendizajes y condicionamiento bueno y malo de vidas pasadas que se portan de una encarnación a otra.

Karma yoga: el yoga de la acción, un yoga en el cual uno actúa, pero somete su interés personal en el fruto de la acción.

Ki: palabra japonesa que designa los modos de movimiento del cuerpo vital.

Koan: afirmación o pregunta paradójica que se utiliza en la tradición budista zen para hacer que la mente dé un salto discontinuo (cuántico) de comprensión.

Kundalini: energía vital enroscada cuyo ascenso a lo largo de un nadi, que discurre en paralelo por la espina dorsal, abre los chakras. (Véase también «Chakras».)

Ley de conservación de la energía: la idea, que ha sido reivindicada en todos los experimentos científicos hasta el momento, de que la energía del universo material se mantiene constante.

Liberación: liberación del ciclo de nacimiento-muerte-renacimiento.

Libre albedrío: libertad de elección no determinada por ninguna causa necesaria.

Localidad: la idea de que todas las interacciones o comunicaciones entre los objetos tienen lugar mediante campos o señales que se propagan a través del espacio-tiempo, obedeciendo al límite de la velocidad de la luz.

Macrocuerpos: objetos de gran escala, como puede ser una pelota de béisbol o una mesa.

Manas: palabra sánscrita que significa «mente».

Maslow, Abraham: fundador de la psicología transpersonal, que se basa en un marco idealista monista.

Materialista: en este libro, hemos utilizado la palabra materialista para designar al realista material, aquel que sostiene que la materia es el fundamento de todo ser.

Maya: la separatividad aparente entre yo y el mundo; se traduce también como ilusión. Según la presente teoría, «maya» surge de la jerarquía entrelazada de la medida cuántica.

Médium: persona capaz de comunicarse con los muertos.

Mecánica clásica: sistema de la física basado en las leyes del movimiento de Isaac Newton; en la actualidad, sigue siendo relativamente válida para la mayoría de los macroobjetos, como un caso especial de la mecánica cuántica.

Mecánica cuántica: teoría física que se basa en la idea del cuanto (una cantidad discreta) y los saltos cuánticos (una transición discontinua), que se descubrió en relación con los objetos atómicos.

Medida Cuántica, Teoría de la: teoría que explica cómo una onda de posibilidad cuántica de múltiples facetas se reduce o colapsa en una única faceta al ser medida. La medida se logra exclusivamente mediante la observación consciente de un observador.

Memoria cuántica: memoria basada en la modificación del cálculo de probabilidades de las ecuaciones cuánticas no lineales que gobiernan la dinámica cuántica del cerebro, la mente y el cuerpo vital. Como consecuencia de esta memoria, se fortalece la probabilidad de recuerdo de respuestas aprendidas.

Mente: véase «Cuerpo mental».

Meridiano: concepto chino que designa al sendero por el que fluye el chi, la energía vital.

Moksha: palabra sánscrita que significa liberación del ciclo de nacimiento-muerte-renacimiento.

Mónada: entidad que sobrevive a la muerte física.

Mónada cuántica: mónada que transmigra propensiones vividas y contextos aprendidos de una encarnación a otra a través de la memoria cuántica de su cuerpo mental y su cuerpo vital.

Monismo: filosofía que sostiene que la mente y el cerebro pertenecen a la misma realidad.

Morfogénesis: la creación de formas biológicas.

Morfogenéticos, Campos: los campos de información que, según Rupert Sheldrake, contienen los planos morfogenéticos de los seres biológicos.

Muerte: la retirada de la supervención consciente (en la forma del colapso de las ondas de posibilidad) y de la identidad consciente de lo vivo.

Muerte, Yoga de la: ejercicios diseñados para mantenerse consciente en el instante de la muerte.

Nadi: palabra sánscrita que significa canales por donde fluye el prana, la energía vital.

Neocórtex: véase «Córtex cerebral».

Neumann, John von: matemático que fue el primero en postular que la consciencia colapsa la función de onda cuántica; también llevó a cabo un trabajo fundamental en la teoría de juegos y en la teoría de los ordenadores modernos.

Newton, Isaac: fundador de la mecánica clásica.

Nirmanakaya: el cuerpo manifiesto de la consciencia; es un término budista.

Nirvana: palabra sánscrita que significa literalmente «extinción de la llama» (del deseo). Es el equivalente conceptual de la idea budista e hindú del moksha.

No-localidad: influencia o comunicación instantánea que se realiza sin ningún intercambio de señales a través del espacio-tiempo; totalidad inquebrantable o no-separatividad que trasciende el espacio-tiempo. (*Véase también* «Trascendencia».)

Núcleo: el centro pesado del átomo en torno al cual giran los electrones.

Onda de posibilidad: estado cuántico de múltiples facetas con una relación de fase entre sus diferentes facetas (o posibilidades). Por ejemplo, un electrón que atraviesa un pantalla con dos ranuras se convierte en una onda con dos estados posibles, un estado correspondiente a su paso a través de la ranura 1 y otro estado correspondiente a su paso a través de la ranura 2.

Ondas de materia: los objetos materiales, tales como los electrones y los átomos (e incluso los macrocuerpos), tienen propiedades similares a las de las ondas, según la mecánica cuántica. Las ondas de los objetos materiales reciben el nombre de «ondas de materia».

Ontología: estudio de la esencia del ser o realidad fundamental; metafísica.

Paradigma, Cambio de: cambio fundamental en la superteoría o paraguas de la visión del mundo que gobierna el trabajo científico en un momento dado.

Paralelismo psicofísico: la idea de que la mente y el cuerpo pertenecen a dos realidades separadas que no interactúan, en las cuales las cosas suceden en paralelo. Dicho de otro modo, para cada estado del cerebro, existe un estado mental correspondiente.

Percepción inconsciente: percepción sin conciencia de ello; en este libro, percepción para la cual no hay colapso del estado cerebral cuántico.

Platón: uno de los idealistas monistas originales de Occidente.

Potencia: los dominios trascendentes de las ondas de posibilidad de la física cuántica.

Prana: palabra sánscrita que significa «energía vital» (y también significa respiración y vida).

Principio de correspondencia: la idea, descubierta por Bohr, de que, bajo determinadas condiciones limitadoras (que satisfacen la mayoría de los macrocuerpos en circunstancias normales), las matemáticas cuánticas predicen el mismo movimiento que las matemáticas clásicas de Newton. Un principio de correspondencia similar se encuentra que sustenta la ciencia idealista; bajo condiciones de condicionamiento completo, la ciencia idealista se corresponde con la ciencia materialista.

Principio de incertidumbre: principio que sostiene que cantidades complementarias, como momento (impulso) y posición de un objeto cuántico, no se pueden medir simultáneamente con una absoluta precisión.

Procesamiento inconsciente: procesamiento de la consciencia sin la presencia de conciencia (es decir, sin el colapso de las ondas de posibilidad).

Psicocinesis: capacidad psíquica para mover objetos.

Psicología transpersonal: escuela de psicología que se basa en la idea de que nuestra consciencia se extiende más allá del ego individual condicionado hasta incluir un aspecto unitivo y trascendente.

Radiactividad: propiedad de determinados elementos químicos que emiten espontáneamente radiaciones nocivas, mientras sus núcleos atómicos se desintegran. La desintegración radiactiva está gobernada por las reglas de probabilidad cuántica.

Rajas: palabra sánscrita que designa la tendencia hacia la actividad semejante a la libido (un impulso psicológico de procedencia freudiana).

Realidad: todo de lo que se habla, inclusive lo local y lo no-local, lo inmanente y lo trascendente; en cambio, el universo de espacio-tiempo se refiere al aspecto inmanente local de la realidad.

Realidad inmanente: modo en que el idealista monista designa el mundo ordinario inmanente de movimiento-materia-espacio-tiempo de nuestra experiencia, para distinguirlo del mundo trascendente de las ideas y los arquetipos; sin embargo, observe que tanto el mundo trascendente como el mundo inmanente existen

en la consciencia, el primero de ellos como formas de posibilidad (ideas), mientras que el segundo es el resultado de una observación consciente.

Realismo: filosofía que propugna la existencia de una realidad empírica independiente de los observadores o los sujetos. (*Véase también «Realismo material».*)

Realismo material: filosofía que sostiene que sólo existe una realidad material, que todas las cosas están hechas de materia (y sus correspondencias, energía y campos), y que la consciencia es un epifenómeno de la materia.

Reduccionismo: filosofía que sostiene que todos los fenómenos se pueden reducir a la materia en un micronivel u otro.

Reencarnación: idea que postula que la persona sobrevive tras la muerte y renace; que existe alguna continuidad de cierta esencia del ser humano que transmigra de un nacimiento al siguiente.

Relación de fase: relación entre las fases (condiciones) de movimiento de los objetos, especialmente de las ondas.

Relatividad: teoría de la relatividad especial, descubierta por Einstein en 1905, que cambió nuestro concepto del tiempo, desde el tiempo absoluto newtoniano hasta un tiempo que existe y que cambia en relación con el movimiento.

Resurrección: levantarse de entre los muertos; término cristiano.

Rupa: palabra sánscrita que significa «forma».

Salto cuántico: transición discontinua de un electrón desde una órbita atómica a otra que no pasa por el espacio intermedio entre las órbitas.

Samadhi: experiencia del yo cuántico que trasciende la identidad egoica. En esta experiencia, el observador y el observado tienden a fundirse.

Sambhogakaya: el cuerpo arquetípico de la consciencia; término budista.

Satori: término zen del samadhi, la experiencia del yo cuántico.

Sattwa: palabra sánscrita que designa la creatividad, uno de los impulsos psicológicos, según la psicología hindú.

Schrödinger, Erwin: físico austriaco, descubridor, junto con Heisenberg, de la mecánica cuántica; se opuso a la interpretación de probabilidad durante algún tiempo. Posteriormente, abrazó algunos de los elementos de la filosofía del idealismo monista.

Semántica: el estudio del significado.

Sheldrake, Rupert: biólogo que propuso una de las primeras teorías idealistas de la ciencia, la teoría de la morfogénesis biológica.

Sincronicidad: término empleado por Jung para designar las coincidencias acausales pero significativas.

Solipsismo: filosofía que sostiene que sólo el propio yo de uno mismo es lo único que se puede demostrar que existe.

Stevenson, Ian: el más conocido investigador sobre anécdotas reencarnacionales en niños.

Supermente: actividades en las que la persona tiene el «control» sobre el cuerpo causal del ser, incluidas las leyes de la física.

Supramental: cuerpo de la consciencia que está más allá de la mente, que gobierna los movimientos de los cuerpos mental, vital y físico. (Véase también «Cuerpo temático», «Intelecto».)

Tamas: término sánscrito que significa la tendencia hacia la acción condicionada en la psicología hindú.

Teosofía: doctrinas de un movimiento moderno que tuvo sus inicios en 1875 en Estados Unidos, a través de Helena Blavatsky, basado en las ideas místicas orientales acerca de la evolución y la reencarnación.

Trascendentes, dominios: pertenecientes a una esfera de la realidad que está, paradójicamente, tanto dentro como fuera del espacio-tiempo físico. Según Goswami, la esfera trascendente debe interpretarse como algo no-local; es decir, puede influir en los acontecimientos espaciotemporales al hacer posibles las conexiones sin intercambio de señales a través del espacio-tiempo. (Véase también «No-localidad» y «Potencia».)

Vedanta: mensaje final o último de los Vedas hindúes, que aparece en los Upanishads, y que propugna la filosofía del idealismo monista.

Velocidad de la luz: velocidad a la cual viaja la luz, 300.000 km/s.; es también la mayor velocidad que permite la naturaleza en el espacio-tiempo.

Vida: capacidad de la cognición sujeto-objeto que surge de la medida cuántica autorreferencial en las células vivas y sus conglomerados.

Vinculación no-local: relación de fase que persiste incluso en la distancia entre dos objetos cuánticos que han interactuado durante un período de tiempo y que, después, han dejado de interactuar. En el modelo de este libro, la correlación (vinculación) Einstein-Podolsky-Rosen se corresponde con una influencia no-local potencial entre los objetos.

Wilber, Ken: filósofo transpersonal cuyo voluminosa obra ha sido crucial para traer la sabiduría oriental a la psique occidental.

Yo o Sí mismo (Self): el sujeto de la consciencia. (*Véase también* «Yo individual» y «Yo cuántico».)

Yo cuántico: modalidad primaria de sujeto del yo más allá del ego, donde reside la verdadera libertad, creatividad y no-localidad de la experiencia humana.

Yo individual: el contenido egoico y el carácter, juntos, definen el yo individual.

Bibliografía

- ABHEDANANDA, SWAMI: *Life Beyond Death*. Vedanta Press. Hollywood, California, 1944.
- ALMEDER, ROBERT F.: *Death and Personal Survival: The Evidence for Life after Death*. Rowman & Littlefield. Lanham, Maryland, 1992.
- ANDREWS, C. S. (1990): «Promoting health and well-being through a sense of connectedness». *Frontiers Perspective*, vol. 1, pp. 18-20.
- (1994): «Promoting global health and well-being by individually developing a sense of connectedness». *Journal of Exceptional Human Experience*.
- ASPECT, ALAIN; JEAN DALIBARD y GÉRARD ROGER (1982): «Experimental test of Bell's inequalities using time-varying analyzers». *Physical Review Letters*, vol. 49, pp. 1.804-1.806.
- AUROBINDO, SRI: *The Synthesis of Yoga*. Sri Aurobindo Ashram. Pondicherry, India, 1955. (Trad. cast.: *Síntesis del yoga*, Ed. Kier. Argentina.)
- *The Life Divine*. Sri Aurobindo Ashram. Pondicherry, India, s. f. (Trad. cast.: *La vida divina*. Fundación Centro Sri Aurobindo. Barcelona, s. f.)
- *Savitri*. Sri Aurobindo Ashram. Pondicherry, India, 1970. (Trad. cast.: *Savitri: una leyenda y un símbolo*. Fundación Centro Sri Aurobindo. Barcelona, 2005.)
- *The Riddle of the World*. Sri Aurobindo Ashram. Pondicherry, India, 1989. (Trad. cast.: *El enigma de este mundo*. Fundación Centro Sri Aurobindo. Barcelona, 2003.)

- AYALA, F. J.: «The autonomy of biology as a natural science». En *Biology, History, and Natural Philosophy*, editado por A. Breck y W. Yourgrau. Plenum Press. Nueva York, 1972.
- BACHE, CHRISTOPHER M.: *Lifecycles: Reincarnation and the Web of Life*. Paragon House. Nueva York, 1991.
- *Dark Night, Early Dawn: Steps to a Deep Ecology of Mind*. State University of New York Press. Albany, 2000.
- BANERJI, RANAN B.: *Beyond Words*. Preimpresión. St. Joseph's University. Filadelfia, 1994.
- BARKER, A. TREVOR: *The Mahatma Letters to A. P. Sinnett*. Theosophical University Press. Pasadena, California, 1975. (Trad. cast.: *Las cartas de los mahatmas M. y K. H. a A. P. Sinnett*. Teosófica. Rubí, 1994.)
- BASS, L. (1971): «The mind of Wigner's friend». *Harmathena*, vol. 112. Dublin University Press. Dublín.
- (1975): «A quantum mechanical mind-body interaction». *Foundations of Physics*, vol. 5, pp. 155-172.
- BECKER, CARL B.: *Paranormal Experience and Survival of Death*. State University of New York Press. Albany, 1993.
- BLAVATSKY, HELENA P.: *The Secret Doctrine: The Synthesis of Science, Religion, and Philosophy*. Theosophy Co. Los Ángeles, 1968. (Trad. cast.: *La doctrina secreta: síntesis de la ciencia, la religión y la filosofía*. Luís Cárcamo. Madrid, 1996.)
- BLOOD, CASEY: *On the Relation of the Mathematics of Quantum Mechanics to the Perceived Physical Universe and Free Will*. Preimpresión. Rutgers University. Camden, New Jersey, 1993.
- BLY, ROBERT: *The Kabir Book: Forty-four of the Ecstatic Poems of Kabir*. Beacon Press. Boston, 1977.
- BOHM, DAVID: *Quantum Theory*. Prentice-Hall. Nueva York, 1951.
- BROWN, COURTNEY: *Cosmic Explorers: Scientific Remote Viewing, Extra-terrestrials, and a Message for Mankind*. Dutton. Nueva York, 1999.
- CAIRNS, J., J. OVERBAUGH y J. H. MILLER (1988): «The origin of mutants». *Nature*, nº 335, pp. 141-145.
- CHOPRA, DEEPAK: *Quantum Healing: Exploring the Frontiers of Mind/Body*

- Medicine*. Bantam Books. Nueva York, 1989. (Trad. cast.: *Curación cuántica*. Plaza & Janés. Barcelona, 1999.)
- *Ageless Body, Timeless Mind: The Quantum Alternative to Growing Old*. Harmony Books. Nueva York, 1993. (Trad. cast.: *Cuerpos sin edad, mentes sin tiempo*. Ediciones B. Barcelona, 2002.)
- CRANSTON, SYLVIA L. y CAREY WILLIAMS: *Reincarnation*. 2 vols. Theosophical University Press. Pasadena, California, 1984.
- DAVIES, PAUL: *The Cosmic Blueprint: New Discoveries in Nature's Creative Ability to Order the Universe*. Simon & Schuster. Nueva York, 1989.
- DAWKINS, RICHARD: *The Selfish Gene*. Oxford University Press. Nueva York, 1976. (Trad. cast.: *El gen egoísta*. Salvat. Barcelona, 1994.)
- DESCARTES, RENÉ: *Tractatus de Homine*. Harvard University Press. Cambridge, 1972. (Trad. cast.: *Tratado del hombre*. Andreu. Barcelona, 1994.)
- DOSSEY, LARRY: *Recovering the Soul: A Scientific and Spiritual Search*. Bantam Books. Nueva York, 1989.
- DREXLER, K. ERIC: *Engines of Creation: The Coming Era of Nanotechnology*. Anchor Press/Doubleday. Garden City, Nueva York, 1986. (Trad. cast.: *La nanotecnología: el surgimiento de las máquinas de creación*. Gedisa. Barcelona, 1993.)
- ECCLES, JOHN C.: *How the Self Controls Its Brain*. Springer-Verlag. Nueva York, 1994.
- EDELMAN, GERALD M.: *Bright Air, Brilliant Fire: On the Matter of the Mind*. BasicBooks. Nueva York, 1992.
- ELDREDGE, N. y S. J. GOULD: «Punctuated Equilibria: an alternative to phyletic gradualism». En *Models in Paleontology*, editado por T. J. M. Schopf. Freeman, Cooper. San Francisco, 1972.
- ETTINGER, ROBERT C. W.: *The Prospect of Immortality*. Doubleday. Garden City, Nueva York, 1964.
- EVANS-WENTZ, W. Y. (ed.): *Tibetan Book of the Dead*. Oxford University Press. Oxford, 1960. (Trad. cast.: *Bardo Thodol: el libro tibetano de los muertos*. José J. de Olañeta, Editor. Palma de Mallorca, 2006.)
- FENRICK, PETER (1999): Comunicación privada.

- FEYNMAN, RICHARD P. (1981): «Simulating physics with computers». *International Journal of Theoretical Physics*, vol. 21, pp. 467-488.
- FISCHER, JOHN MARTIN (ed.): *The Metaphysics of Death*. Stanford University Press. Stanford, California, 1993.
- FRAWLEY, DAVID: *Ayurvedic Healing: A Comprehensive Guide*. Passage Press. Salt Lake City, Utah, 1989.
- GALLUP, GEORGE: *Adventures in Immortality*. McGraw-Hill. Nueva York, 1982.
- GAULD, ALAN: *Mediumship and Survival: A Century of Investigations*. Heinemann. Londres, 1982.
- GOLDBERG, BRUCE: *Past Lives, Future Lives: Accounts of Regression and Progression through Hypnosis*. Newcastle Publishing. North Hollywood, California, 1982.
- *Soul Helaing*. Llewellyn Publications. St. Paul, Minnesota, 1996.
- GOSWAMI, AMIT: *The Cosmis Dancers: Exploring the Physics of Science Fiction*. Harper & Row. Nueva York, 1983.
- (1989): «The idealistic interpretation of quantum mechanics». *Physics Essays*, vol. 2, pp. 385-400.
- (1990): «Consciousness in quantum mechanics and the mind-body problem». *Journal of Mind and Behavior*, vol. 11, pp. 75-92.
- *The Self-Aware Universe: How Consciousness Creates the Material World*. Tarcher/Putnam. Nueva York, 1993.
- (1994): «Science within consciousness». Informe de investigación. Institute of Noetic Sciences. Sausalito, California.
- (1995): «Monistic idealism may provide better ontology for cognitive science: a reply to Dyer». *Journal of Mind and Behavior*, vol. 16, pp. 135-150.
- (1996): «Creativity and the quantum: a unified theory of creativity». *Creativity Research Journal*, vol. 9, pp. 47-61.
- (1997): «Consciousness and biological order: toward a quantum theory of life and its evolution». *Integrative Physiological and Behavioral Science*, vol. 32, pp. 86-100.
- *Quantum Creativity*. Hampton Press. Cresskill, New Jersey, 1999.

- *The Visionary Window: A Quantum Physicist's Guide to Enlightenment*. Quest Books. Wheaton, Illinois, 2000.
- *The Physicists' View of Nature, vol. II: The Quantum Revolution*. Kluwer Academic/Plenum. Nueva York, en prensa.
- GOSWAMI, UMA: *Yoga and Mental Health*. Manuscrito no publicado. 2000.
- GREENWELL, B: *Energies of Transformation*. Shakti River Press. Saratoga, California, 1995.
- GRINBERG-ZYLBERBAUM, JACOBO, M. DELAFLOR, L. ATTIE y A. GOSWAMI (1994): «Einstein-Podolsky-Rosen paradox in the human brain: the transferred potential». *Physics Essays*, vol. 7, pp. 422-428.
- GROF, STANISLAV: *The Holotropic Mind: The Three Levels of Human Consciousness and How They Shape Our Lives*. HarperSanFrancisco. San Francisco, 1992. (Trad. cast.: *La mente holotrópica: los niveles de la conciencia humana*. Kairós. Barcelona, 2006.)
- *Books of the Dead: Manuals for Living and Dying*. Thames and Hudson. Londres, 1994. (Trad. cast.: *El libro de los muertos: ojos cerrados que se abren*. Debate, Ediciones del Prado. Madrid, 1994.)
- *The Cosmic Game: Explorations of the Frontiers of Human Consciousness*. State University of New York Press. Albany, 1998. (Trad. cast.: *El juego cósmico: exploraciones de las fronteras de la conciencia humana*. Kairós. Barcelona, 1999.)
- GROSSO, MICHAEL: *Frontiers of the Soul: Exploring Psychic Evolution*. Theosophical Publishing House. Wheaton, Illinois, 1992.
- (1994): «The status of survival research». *Noetic Sciences Review*, vol. 32, pp. 12-20.
- *The Millennium Myth: Love and Death at the End of Time*. Theosophical Publishing House. Wheaton, Illinois, 1995.
- GUIRDHAM, A.: *The Psyche in Medicine*. Neville Spearman. Jersey, Reino Unido, 1978.
- HARRISON, PETER, y MARY PETERSON: *Life before Birth*. 1983.
- HAYFLICK, L. (1965): «The relative in vitro lifetime of human diploid cell strains». *Exp. Cell Res*, vol. 37, pp. 614-636.
- HEARN, LAFCADIO: *Gleanings in Buddha Fields*. Houghton, Mifflin. Boston, 1897.

- HELLMUTH, T., A. G. ZAJONC y H. WALTHER: En *New Techniques and Ideas in Quantum Measurement Theory*, editado por Daniel M. Greenberger. New York Academy of Sciences. Nueva York, 1986.
- HERBERT, NICK: *Elemental Mind: Human Consciousness and the New Physics*. Dutton. Nueva York, 1993.
- HESE, HERMANN: *Siddhartha*. Pan Books. Londres, 1973. (Trad. cast.: *Siddhartha*. Debolsillo. Barcelona, 2003.)
- HOBSON, J. A.: «Dream and the brain». En *Dreamtime and Dreamwork*, editado por Stanley Krippner. St. Martin's Press. Nueva York, 1990.
- HOFSTADTER, DOUGLAS R.: *Gödel, Escher, Bach: An Eternal Golden Braid*. BasicBooks. Nueva York, 1979. (Trad. cast.: *Gödel, Escher, Bach: un eterno y grácil bucle*. Tusquets. Barcelona, 1992.)
- IMARA, M.: En *Death: the Final Stage of Growth*, editado por E. Kübler-Ross. Prentice-Hall. Englewood Cliffs, New Jersey, 1975.
- JAHN, R. (1982): «The persistent paradox of psychic phenomena: an engineering perspective». *Proceedings of the IEEE*, vol. 70, pp. 135-170.
- JOY, W. BRUGH: *Joy's Way: A Map for the Transformational Journey*. J. P. Tarcher. Los Ángeles, 1978.
- JUDGE, WILLIAM QUAN: *The Ocean of Theosophy*. Theosophical University Press. Pasadena, California, 1973.
- JUNG, CARL G. y W. PAULI: *The Interpretation of Nature and the Psyche*. Pantheon. Nueva York, 1955.
- *The Portable Jung*. Editado por Joseph Campbell. Traducido por R. F. C. Hull. Viking. Nueva York, 1971.
- KAK, S.: «Quantum neural computing». En *Advances in Imaging and Electron Physics*. En prensa. 1995.
- KASON, Y.: *A Farthest Shore*. HarperCollins. Toronto, Canadá, 1994.
- KORNFIELD, J. *Buddhist Meditation and Consciousness Research*. Institute of Noetic Sciences. Sausalito, California, 1990.
- KRIPPNER, STANLEY (ed.): *Dreamtime and Dreamwork: Decoding the Language of the Night*. St. Martin's Press. Nueva York, 1990.
- KRISHNAMURTI, JIDDU: *On Living and Dying*. HarperSanFrancisco. San Francisco, 1992. (Trad. cast.: *Sobre la vida y la muerte*. Kairós. Barcelona, 1994.)

- KÜBLER-ROSS, ELISABETH (ed.): *Death: The Final Stage of Growth*. Prentice-Hall. Englewood Cliffs, New Jersey, 1975.
- LEVINE, STEPHEN: *Who Dies? An Investigation of Conscious Living and Conscious Dying*. Anchor Press/Doubleday. Garden City, Nueva York, 1982.
- LIBET, BENJAMIN E., E. WRIGHT, B. FEINSTEIN y D. PEARL (1979): «Subjective referral of the timing of a cognitive sensory experience». *Brain*, vol. 102, p. 193.
- LIBET, BENJAMIN (1985): «Unconscious cerebral initiative and the role of conscious will in voluntary action». *The Behavioral and Brain Sciences*, vol. 8, pp. 529-566.
- LILLY, JOHN C.: *The Scientist*. J. P. Tarcher. Los Ángeles, 1978.
- LUCAS, WINAFRED BLAKE: *Regression Therapy: A Handbook for Professionals*. Deep Forest Press. Crest Park, California, 1993.
- MACGREGOR, GEDDES: *Reincarnation in Christianity: A New Vision of the Role of Rebirth in Christian Thought*. Theosophical Publishing House. Wheaton, Illinois, 1978.
- MAILER, NORMAN: *Marilyn, A Biography*. Gosset & Dunlap. Nueva York, 1973. (Trad. cast.: *Marilyn... Lumen*. Barcelona, 1974.)
- MAY, ROLLO: *The Courage to Create*. Norton. Nueva York, 1975.
- McKENNA, TERENCE K.: *The Archaic Revival*. HarperSanFrancisco. San Francisco, 1991.
- MEEK, GEORGE W.: *After We Die, What Then?* Ariel Press. Columbus, Ohio, 1987.
- MERRELL-WOLFF, FRANKLIN: *Franklin Merrell-Wolff's Experience and Philosophy*. State University of New York Press. Albany, 1994.
- MISHLOVE, JEFFREY: *The Roots of Consciousness*. Council Oaks Books. Tulsa, Oklahoma, 1993.
- MITCHELL, MARK y AMIT GOSWAMI (1992): «Quantum mechanics for observer systems». *Physics Essays*, vol. 5, pp. 525-529.
- MOODY, RAYMOND A.: *Life after Life: The Investigation of a Phenomenon—Survival of Bodily Death*. Bantam. Nueva York, 1976. (Trad. cast.: *Vida después de la vida*. Edaf. Madrid, 2002.)
- MOTOYAMA, HIROSHI: *Theories of the Chakras: Bridge to Higher Consciousness*. Theosophical Publishing House. Wheaton, Illinois,

1981. (Trad. cast.: *Chakras, kundalini y las energías sutiles del ser humano*. Edaf. Madrid, 2002.)
- *Karma and Reincarnation*. Editado y traducido por Rande Brown Ouchi. Avon. Nueva York, 1992.
- MOURA, G. y N. DON (1996): «Spirit possession, ayahuasca users, and UFO experiences: three different patterns of states of consciousness in Brazil». Resúmenes de las charlas de la 15th International Transpersonal Association Conference, Manaus, Brasil. International Transpersonal Association. Mill Valley, California.
- MOYERS, BILL: *Healing and the Mind*. Doubleday. Nueva York, 1993.
- MUKTANANDA, SWAMI: *Play of Consciousness*. SYDA Foundation. South Fallsburg, Nueva York, 1994.
- MURPHY, MICHAEL: *The Future of the Body: Explorations into the Further Evolution of Human Nature*. J. P. Tarcher. Los Ángeles, 1992.
- NAGENDRA, H. R. (ed.): *New Horizons in Modern Medicine*. Vivekananda Kendra Yoga Research Foundation. Bangalore, India, 1993.
- NETHERTON, MORRIS y NANCY SHIFFRIN: *Past Lives Therapy*. Morrow. Nueva York, 1978.
- NEUMANN, JOHN VON: *Mathematical Foundations of Quantum Mechanics*. Traducido del alemán por Robert T. Beyer. Princeton University Press. Princeton, 1955. (Trad. cast.: *Fundamentos matemáticos de la mecánica cuántica*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1991.)
- NIKHILANANDA, SWAMI (trad.): *The Upanishads*. Harper & Row. Nueva York, 1964.
- NULAND, SHERWIN B.: *How We Die: Reflections on Life's Final Chapter*. A. A. Knopf. Nueva York, 1994. (Trad. cast.: *Cómo morimos: reflexiones sobre el último capítulo de la vida*. Alianza Editorial. Madrid, 1998.)
- OSBORNE, A.: «The Great Change». En *The Sages Speak about Life and Death*. Chinmaya Publications. Piercy, California, 1995.
- OSIS, KARLIS y ERLENDUR HARALDSSON: *At the Hour of Death*. Avon. Nueva York, 1977. (Trad. cast.: *A la hora de la muerte*. Edaf. Madrid, 1979.)
- PARENTE, A.: *Send Me Your Guardian Angel*. Our Lady of Grace Capuchin Friary. San Giovanni Rotondo, 1984.

- PARISEN, MARIA: *Angels and Mortals: Their Co-Creative Power*. Quest. Wheaton, Illinois, 1990.
- PASRICHA, SATWANT: *Claims of Reincarnation: An Empirical Study of Cases in India*. Harman Publishing House. Nueva Delhi, India, 1990.
- PELLETIER, KENNETH: *Longevity: Fulfilling Our Biological Potential*. Delacorte Press. Nueva York, 1981. (Trad. cast.: *Longevidad: cómo alcanzar nuestro potencial biológico*. Hispano Europea. Barcelona, 1986.)
- PIAGET, JEAN: *The Development of Thought: Equilibration of Cognitive Structures*. Viking Press. Nueva York, 1977. (Trad. cast.: *La Equilibración de las estructuras cognitivas*. S. XXI, México.)
- POPPER, KARL R. y JOHN C. ECCLES: *The Self and Its Brain*. Springer-Verlag. Londres, 1976. (Trad. cast.: *El yo y su cerebro*. Labor. Barcelona, 1982.)
- POSNER, MICHAEL I. y MARCUS E. RAICHLE: *Images of Mind*. Scientific American Library. Nueva York, 1994.
- REMEN, RACHEL NAOMI: *Kitchen Table Wisdom: Stories that Heal*. Riverhead Books. Nueva York, 1996. (Trad. cast.: *El buen camino de la sabiduría*. Ediciones B. Barcelona, 1997.)
- RING, KENNETH: *Life at Death: A Scientific Investigation of the Near-Death Experience*. Quill. Nueva York, 1980.
- *The Omega Project: Near-Death Experiences, UFO Encounters, and Mind at Large*. William Morrow. Nueva York, 1992.
- RING, KENNETH y S. COOPER (1995): «Can the Blind Ever See? A Study of Apparent Vision during Near-Death and Out-of-Body Experiences». Preimpresión. University of Connecticut. Storrs, Connecticut.
- RINPOCHE, SOGYAL: *The Tibetan Book of Living and Dying*. HarperSan-Francisco. San Francisco, 1993. (Trad. cast.: *El libro tibetano de la vida y de la muerte*. Ed. Urano. Barcelona, 2006.)
- ROBERTS, JANE: *Adventures in Consciousness: An Introduction to Aspect Psychology*. Prentice-Hall. Englewood Cliffs, New Jersey, 1975.
- SABOM, MICHAEL B.: *Recollections of Death: A Medical Investigation*. Harper & Row. Nueva York, 1982.

- SAGAN, CARL (ed.): *Communication with Extraterrestrial Intelligence (CETI)*. MIT Press. Cambridge, Massachusetts, 1973. (Trad. cast.: *Comunicación con inteligencias extraterrestres*. RBA. Barcelona, 1993.)
- SALTMARSH, HERBERT FRANCIS: *Evidence of Personal Survival from Cross Correspondences*. Bell and Sons. Nueva York, 1938.
- SANCIER, K. M. (1991): «Medical applications of qigong and emitted qi on humans, animals, cell cultures, and plants: review of selected scientific research». *American Journal of Acupuncture*, vol. 19, pp. 367-377.
- SCHMIDT, HELMUT (1976): «PK effect on prerecorded targets». *Journal of the American Society of Psychical Research*, vol. 70, pp. 267-291.
- (1993): «Observation of a psychokinetic effect under highly controlled conditions». *Journal of Parapsychology*, vol. 57, pp. 351-372.
- SEARLE, JOHN R.: «Minds and brains without programs». En *Mind Waves*, editado por C. Blackmore y S. Greenfield. Basil Blackwell. Oxford, 1987.
- *The Rediscovery of the Mind*. MIT Press. Cambridge, Massachusetts, 1992. (Trad. cast.: *El redescubrimiento de la mente*. Crítica. Barcelona, 1996.)
- SEYMOUR, C. R. F.: «The Old Gods». En *Angels and Mortals*, editado por Maria Parisen. Quest. Wheaton, Illinois, 1990.
- SHELDRAKE, RUPERT: *A New Science of Life: The Hypothesis of Formative Causation*. J. P. Tarcher. Los Ángeles, 1981. (Trad. cast.: *Una nueva ciencia de la vida: la hipótesis de causación formativa*. Kairós. Barcelona, 1990.)
- SMITH, NORMAN KEMP (trad.): *Descartes Philosophical Writings*. Modern Library. Nueva York, 1958.
- SPERRY, ROGER: *Science and Moral Priority: Merging Mind, Brain, and Human Values*. Columbia University Press. Nueva York, 1983.
- STAPP, HENRY P. (1982): «Mind, matter, and quantum mechanics». *Foundations of Physics*, vol. 12, pp. 363-398.
- *Mind, Matter, and Quantum Mechanics*. Springer-Verlag. Nueva York, 1993.

- *A Report on the Gaudiya Vaishnave Vedanta*. Bhaktivedanta Institute. San Francisco, 1996.
- STEVENSON, IAN (1961): «The evidence for survival from claimed memories of former reincarnations». Ensayo ganador del concurso en honor a William James. Publicación privada.
- *Twenty Cases Suggestive of Reincarnation*. University Press of Virginia. Charlottesville, 1974. (Trad. cast.: *Veinte casos que hacen pensar en la reencarnación*. Mirach. Villaviciosa de Odón, 1992.)
- (1977): «Research into the evidence of man's survival after death». *Journal of Nervous and Mental Disease*, vol. 165, pp. 153-183.
- *Children Who Remember Previous Lives: A Question of Reincarnation*. University Press of Virginia. Charlottesville, 1987.
- STRIEBER, WHITLEY: *Communion: A True Story*. Avon. Nueva York, 1988. (Trad. cast.: *Comunión*. Plaza & Janés. Esplugues de Llobregat, 1988.)
- STUART, C. I. J. M., Y. TAKAHASHY y M. UMEZWA (1978): «Mixed system brain dynamics». *Foundations of Physics*, vol. 9, pp. 301-329.
- SUGRUE, THOMAS: *There Is a River: The Story of Edgar Cayce*. Dell. Nueva York, 1961. (Trad. cast.: *El río de mi vida: la historia de Edgar Cayce*. Neo Person. Móstoles, 2007.)
- TART, CHARLES T.: «Who survives? Implications of modern consciousness research». En *What Survives?*, editado por Gary Doore. J. P. Tarcher. Los Ángeles, 1990. (Trad. cast.: *¿Vida después de la muerte?* Kairós. Barcelona, 1993.)
- TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE: *The Future of Man*. Traducido del francés por Norman Denny. Harper & Row. Nueva York, 1964. (Trad. cast.: *El porvenir del hombre*. Taurus. Madrid, 1964.)
- TIPLER, FRANK J.: *The Physics of Immortality: Modern Cosmology, God, and the Resurrection of the Dead*. Doubleday. Nueva York, 1994. (Trad. cast.: *La física de la inmortalidad*. Alianza Editorial. Madrid, 1996.)
- VARELA, FRANCISCO J., EVAN THOMPSON y ELEANOR ROSCH: *The Embodied Mind: Cognitive Science and Human Experience*. MIT Press. Cambridge,

- Massachusetts, 1991. (Trad. cast.: *De cuerpo presente: las ciencias cognitivas y la experiencia humana*. Gedisa. Barcelona, 2005.)
- VINEY, GEOFF: *Surviving Death*. St. Martin's Press. Nueva York, 1993.
- WALKER, E. H. (1970): «The nature of consciousness». *Mathematical Biosciences*, vol. 7, pp. 131-178.
- WAMBACH, HELEN: *Reliving Past Lives: The Evidence Under Hypnosis*. Harper & Row. Nueva York, 1978.
- *Life before Life*. Bantam. Nueva York, 1979. (Trad. cast.: *Vida antes de la vida*. Edaf. Madrid, 1980.)
- WATTS, ALAN W. *The Joyous Cosmology*. Pantheon Books. Nueva York, 1962. (Trad. cast. *Cosmología gozosa*. Impressions. Barcelona, 1978)
- WHEELER, JOHN A.: «Law without law». En *Quantum Theory and Measurement*, editado por J. Wheeler y W. Zurek. Princeton University Press. Princeton, New Jersey, 1983.
- WHITMAN, WALT: *Leaves of Grass*. Arco Press Co. Nueva York, 1969. (Trad. cast.: *Hojas de hierba*. Mayol Pujol. Barcelona, 1980.)
- WICKRAMSEKERA, I., S. KRIPPNER, J. WICKRAMSEKERA y I. WICKRAMSEKERA, II (1997): On the psychophysiology of Ramtha's School of Enlightenment. Preimpresión.
- WILBER, KEN: *The Atman Project: A Transpersonal View of Human Development*. Theosophical Publishing House. Wheaton, Illinois, 1980. (Trad. cast.: *El proyecto Atman: una visión transpersonal del desarrollo humano*. Kairós. Barcelona, 1995.)
- *Up from Eden: A Transpersonal View of Human Evolution*. Anchor Press/Doubleday. Garden City, Nueva York, 1981. (Trad. cast.: *Después del Edén: una visión transpersonal de la evolución humana*. Kairós. Barcelona, 1995.)
- «Death, rebirth, and meditation». En *What Survives?*, editado por Gary Doore. J. P. Tarcher. Los Ángeles, 1990. (Trad. cast.: *¿Vida después de la muerte?* Kairós. Barcelona, 1993.)
- (1993): «The great chain of being». *Journal of Humanistic Psychology*, vol. 33, pp. 52-55.
- WOLF, FRED ALAN: *Star Wave: Mind, Consciousness, and Quantum Physics*. Macmillan. Nueva York, 1984.

- *The Body Quantum: The New Physics of Body, Mind, and Health*. Macmillan. Nueva York, 1986.
- WOOLGER, ROGER: *Other Lives, Other Selves*. Doubleday. Nueva York, 1988. (Trad. cast.: *Otras vidas, otras identidades*. Martínez Roca. Barcelona, 1991.)
- YOUNG, ARTHUR M.: *The Reflexive Universe: Evolution of Consciousness*. Delacorte Press. Nueva York, 1976.

Índice analítico

A

- abducción, alienígena 282
- aburrimiento 245–246
- actualidad 29, 43–44, 272
- acupuntura 129–130
- agujero negro 39
- aikido (arte marcial) 130
- Ain Sof 134. Véase también fig. 6.3
- ajapa-japa (hacer y no hacer) 226
- albedrío, libre 188–189
- alimentos 245
- Allen, Woody 19, 199, 241
- alma 15–16, 30–31, 168–170, 237, 289–293.
 - Véase también mónada, mónada cuántica
 - de los animales 247
 - en la metafísica budista 38–39
 - inmortalidad del 19
 - y cuerpos sutiles 117–118
 - y mónada cuántica 153–155
 - y reencarnación 11
 - y seres descarnados 116–117
- Almeder, Robert 163
- ambrosía 257
- amor 208, 227
- anandamaya (cuerpo de gloria). Véase también fig. 6.1
- Anandamayi Ma 266
- ángeles 10, 93, 164–165, 246
 - datos sobre los 115–116
- ánima/ánimus 196
- animales
 - y almas 247
 - y evolución 285
- annamaya (cuerpo físico) 127
- Aristóteles 29
- arquetipos 81–82, 196
 - experiencias cercanas a la muerte 97
 - y extraterrestres 277–278
- artha (seguridad) 204
- arupadevas (devas sin forma) 164
- Aspect, Alain 50–51, 73
- Assiah (manifestación) 135. Véase también fig. 6.3
- asuras (demonios) 38
- atman, proyecto 188
- átomos
 - inmortalidad de los 253
 - no-localidad de los 51–52
- Atziluth 134–135. Véase también fig. 6.3
- Aurobindo, Sri 83, 263–264, 269–270, 270–271, 285–286
- autismo 103
- Autobiografía de un yogui (Yogananda) 268
- Avalokitesvara (arquetipo de la compasión) 164

B

- Babaji 268
- Bache, Christopher 228
- Banerjee, Hemendranath 100–101. Véase también nota al pie n.º 21
- Banerji, Bibhuti 160
- Banerji, Ranan 121
- bardos 37–39, 39–41, 86–88, 171–173, 172–174, 179–181, 180–182, 181–183, 323–325, 326–328, 329–331

bardos (pasadizos) 37–38, 86, 171, 172–173
 Bardo Thödol (Libro tibetano de los muertos) 86
 Bass, Ludwig. Véase nota al pie n.º 9
 Bhagavad Gita 30, 226
 Bhagavata Purana 165
 bhakti (devoción) yoga 208, 211
 bien, el 14
 y el karma 16
 Blake, William 134
 Blavatsky, Helena 40–41
 Blood, Casey 142–143
 bodhisattvas 164–165, 249
 Bohr, Niels 125
 Bokar Rimpoché 229
 Bowker, John 253
 Briah. Véase también fig. 6.3
 Briah (significado) 134
 Brooks, Mel 225
 Brown, Courtney 282
 Buber, Martin 66
 Buda 81, 194, 218
 buddhi (inteligencia supramental) 207
 budismo 247
 metafísica del 37–38
 y la otra vida 16–17
 y los boddhisattvas 164–165
 y servicio 160

C

«Conversación» (Wilcox) 165
 «Censo de alucinaciones» (Sidgwick) 94–95
 Campbell, Joseph 205
 canalización 10, 93, 113–116, 114–115, 243
 carácter, y reencarnación 104–106
 Carmichael, Howard. Véase nota al pie n.º 5
 Catalina de Génova, Santa 248
 causación
 ascendente 27–28
 descendente 28, 30–31
 en los sistemas no vivos 120–121
 Cayce, Edgar 93, 108, 110
 cerebro
 e identidad 15
 en no-localidad 51–54
 evolución del 273–274, 285–287
 y medida cuántica 48–49, 67, 156–159.
 Véase también nota al pie n.º 9

 y memoria 146–149
 y mente 134–135, 240
 y muerte 173–175
 y significado 122
 chakras 132–133, 139, 210–211.
 Véase también fig. 6.2
 Chardin, Teilhard de 287
 chi (energía) 79, 129–130, 130
 y tantra yoga 209
 china
 creencias en la otra vida 16–17
 medicina 129–130
 Religión del Elixir de Oro de la Vida 264
 Chopra, Deepak 10, 259–260
 Cielo 15, 16–17, 184–185, 240
 ciencia
 base de la 9, 13, 23
 ficción 275–276
 y causación ascendente 27–28
 y consciencia 11, 23
 y reencarnación 30, 170, 250–251
 Cliness, David 203–204
 Cloto 82
 colapso cuántico 28–29, 143. Véase también medida cuántica
 Comunión (Strieber) 282
 concentración 208
 condicionamiento 147–148, 170
 conductismo 192–193
 Confucio 31
 consciencia
 contextos de la 79–80, 84
 e identidad 15
 e involución/evolución 270
 la luz de la 38, 86, 166, 184, 238–239
 los cinco cuerpos de la 136–138.
 Véase también fig. 6.1
 primacía de la 11, 13, 14, 23
 y autorreferencia 146
 y creatividad 201
 y Dios 65–66, 238
 y el alma 237, 290
 y extraterrestres 277–279
 y la materia 9, 169, 286–287
 y la medida cuántica 27–28, 41–48, 55–56, 62–64
 y la mónada cuántica 239
 y la vida 175–176, 233–234

- y los cuerpos sutiles 118–119, 143–144, 155
- y muerte 68, 175–176, 214–216, 222–223, 228–229, 237
- y reencarnación 87–88
- contextos 79–81, 136, 154, 235, 278
- y creatividad 206–207
- y equilibrio 193–194
- y karma 195, 203–204
- y la mónada 83–86
- y los cuerpos sutiles 118–119, 143–144
- Cranston, Sylvia L. 113
- creatividad
 - en la evolución 136
 - naturaleza de la 33, 122–123, 206–207
 - no-localidad de la 69–70
 - y Dios 65
 - y el tiempo 260
 - y entropía 233–234
 - y la sanación 258–259
 - y muerte 77–78, 189, 220–221
 - y reencarnación 84
- cristianismo
 - la realidad en el 24
 - y reencarnación 16, 248–249
- cuanto, cuántico/a
 - definición de 25–26
- cuerpo. *Véase* cuerpos sutiles
 - e identidad 15, 180
 - inmortalidad del 34, 254–260
 - muerte del 173–177
 - y chakras 132, 210–211. *Véase* Fig. 6.2
 - y mónada cuántica 245
 - y yoga integral 287
- cuerpos sutiles 117–120, 140–143, 153, 239
 - mental 123–126, 138–139
 - temático 139, 272–273, 291–292
 - vital 127–136, 209–210, 291
 - y canalización 164
 - y deseos 241–242
 - y medida cuántica 159
 - y memoria cuántica 148–149, 152–153
 - y muerte 178–179
- curso de milagros, Un 163–164
- D
- Dalai Lama 32–33, 102, 105
- Davidson, Mike 280
- Descartes, René 23, 45, 123–124
- deseos 240–241
- determinismo 73, 77
- devayana (sendero hacia los dioses) 39
- devoción 208
- dharma (sendero recto) 204–209, 293
- Dharmakaya (consciencia pura) 38–39
- dinámica. *Véase* dinámica cuántica
- dinámica cuántica 26, 154
- Dios 13, 18, 22
 - como arquetipo 81
 - visión de 65–67
 - y el alma 289
 - y el yo cuántico 247
 - y la oración de la muerte 225
- dolor 224
- Don, Norman 114
- Dossey, Larry 10
- Drexler, K. Eric 259
- drogas
 - e identidad 15
 - y recuerdos de vidas pasadas 93
- dualismo 23, 25, 118, 123
 - mente/cuerpo 123
 - y alma 118–119, 289
 - y ciencia 23
- Ducass, C. J. 21
- E
- Eberhard, Philippe 57
- Eccles, John 143
- Edison, Thomas 161
- ego
 - e identidad 15–16, 49, 86, 187, 192–193, 278
 - e intención 55
 - naturaleza del 191–192
 - y condicionamiento 147–148, 152. *Véase también* fig. n.º 7.2
 - y creatividad 201, 207–210, 220–221
 - y el yo cuántico 64, 188–189, 194–195
 - y experiencias cercanas a la muerte 96
 - y muerte 189–190
 - y reencarnación 84
- Einstein, Albert 39, 76, 161
- Eisenberg, David 130
- El día de la marmota (película) 198

electrones, experimento de la doble ranura 41–42
 elementos, y muerte 178–179
 Emerson, Ralph Waldo 20
 emociones 137–138
 y muerte 184
 Encuentros en la tercera fase (película) 275
 energía, ley de la conservación de la 45
 energía vital 79–81, 127, 209–210
 entropía 234–235, 255
 envejecimiento 259, 276–277
 epifenómenos 9, 188
 equilibración 193–194
 eros 189–190
 Escher, M. C. 158. *Véase también* fig. n.º 7.4
 espacio
 dimensiones del 276
 y no-localidad 29, 49–52
 Espíritu. *Véase* Dios
 espíritus guías 10, 115–117
 ética 236, 250
 Ettinger, Robert 257
 eutanasia 244
 Evans-Wentz, W. Y. 86, 172
 evolución 10, 136, 140–141
 y el cerebro 284–285
 y la consciencia 270–273
 experiencias cercanas a la muerte 10, 22,
 91–92, 166, 215
 aspectos de las 95–98
 y el miedo 214
 y la mónada cuántica 166–167, 179–180
 experiencias extracorporales 166–167
 experimento
 decisión demorada 59–61
 doble ranura 59–60
 psicocinéticos 168–169
 extraterrestres 277–281

F

fama, e inmortalidad 255–256
 familia, en la otra vida 241–242
 fantasmas 239–240
 Fenwick, Peter 55
 Fermi, Enrico 277
 Feynman, Richard 126
 física
 anomalías en la 10–11

cuántica 11, 27–28, 30–31, 40–41, 49–51,
 141
 leyes de la 120, 266–267
 fobias, y reencarnación 106, 160
 fotones 26
 y no-localidad 50–51
 Franklin, Benjamin 20
 Fritz, Dr. (entidad canalizada) 114
 funciones de onda 26, 41–44

G

Gabriel, Arcángel 163
 Gandhi, Mohandas 226
 genes
 e inmortalidad 253–254
 y morfogénesis 121
 Gilgamesh 256
 glosario 295–308
 Goethe, J. W. von 20
 Goswami, Uma 284
 Gould, Steven 10
 Gran Dios Brown, El (O'Neill) 201–202
 Grinberg-Zylberbaum, Jacobo 53–55, 55,
 119, 265
 Grof, Stanislav 75, 93, 102, 227
 Grosso, Michael 18, 88, 112, 260
 guías. *Véase* espíritus guías
 gunas (cualidad) 199–200

H

Hades 213
 Hannah y sus hermanas (película) 19
 Haraldsson, Erlendur 94
 Harrison, Hugh 12, 278, 280
 Harrison, Mary 100
 Harrison, Peter 100
 Hayflick, Leonard 258
 Hearn, L. 100
 Heisenberg, Werner 29, 141
 Here and Hereafter (Montgomery) 108–109
 Hesse, Hermann 261
 Hill, W. E.. *Véase* fig. n.º 2.5
 hinduismo
 y ángeles 164
 y bardos 37
 hiperespacio 276
 hipnosis 101, 106
 Hobbes, Thomas 214

Houdini, Harry 115
Hume, David 20

I

identidad. Véase ego; yo
impulsos psicológicos 199–200
incertidumbre, principio de 124–125
India, medicina en la 127–129
Infierno 14, 15–16, 16–17, 240–241
inmortalidad 9, 11, 34–35, 253–254, 256
 espiritual 260–263
 material 256
 y ovnis 275–276
intención
 y vinculación 55, 57
Involución 270–271
Islam 16

J

Jacoby, Jensen (entidad canalizada) 113
Janmantarbad (Teoría de la Reencarnación).
 Véase nota al pie n.º 21
jerarquía entrelazada 48, 155–159, 208
jerarquía simple 156–157. Véase también je-
 rarquía entrelazada
Jesús 225, 226, 249
 resurrección de 266–267
jivatman (yo individual) 195
jnana (sabiduría) yoga 207, 210
Johnson, Lydia 113
judaísmo 19
Judge, William 273–274
Jung, Carl 32, 61, 211, 277
 sobre la muerte 214
 y arquetipos 196, 211

K

Kabbalah. Véase también fig. 6.3
Kabbalah, los cinco mundos en la 134
Kabir 212
Kali yuga (edad de la ignorancia) 238
kama (deseo) 204
karma 16–18, 70–71, 146, 153, 160, 195,
 234–235
 y creatividad 77–78
 y dharma 204–205
 y el alma 188–189, 195–199, 292–293

 y gunas 199–200
 y liberación 262–263
Karoli, Baba Neem 265
Katsugoro 100–101
Khyentse, Dilgo Rinpoché 173
ki (energía) 79, 130
 y tantra yoga 209
Knight, JK 113–114, 115
koshas (fundas) 142
Krishnamurthy, U. G. 285
Kübler-Ross, Elisabeth 189
kundalini 131, 210, 287

L

La escalera de Jacob (película) 89
Lahiri, Shyamacharan 265
Láquesis 82
Leary, Timothy 257
Leibniz, Gottfried 118
liberación 17, 34, 164–165, 218, 260–261,
 293
Libet, Benjamin 192
Libro tibetano de los muertos 10, 32, 37, 40,
 58, 72, 79, 86, 153, 171. Véase nota
 el pie n.º 10
Lilly, John 130, 278
Lilly, Toni 130
lokas (lugares) 38
luz
 de la consciencia 38, 86, 166
 velocidad de la 276–277
 y fotones 26, 50–51

M

MacGregor, Geddes 248
macrocuerpos 125, 145, 169–170
Mahabharata (epopeya india) 190,
 256–257
Maharshi, Ramana 166, 229–230
Mailer, Norman 194
mal 14
 y karma 16
manomaya (cuerpo mental) 127, 129.
 Véase fig. 6.1
Manos dibujantes (Escher). Véase fig. n.º 7.4
Marilyn Monroe 194
Masfield, John 197
matemáticas, y probabilidad 142

materia

- cuerpos sutiles 136–137, 155–158
- e inmortalidad 253, 256–259, 269
- naturaleza cuántica de la 26–29
- primacia de la 9, 23, 144
- y consciencia 38, 46, 79, 270–271, 286–287
- materialismo 9, 22, 24–25, 176
 - y causación 27–28
 - y lo paranormal 283
 - y reencarnación 253
- Maturana, Humberto. Véase nota al pie n.º 16
- Maxwell, Clerk 122
- McGowan, Robert 279
- McKenna, Terence 257, 260
- mecánica. Véase mecánica cuántica
- mecánica cuántica 27, 39
- medida. Véase medida cuántica
- medida cuántica
 - y consciencia 45–49, 67–68
 - y los cuerpos sutiles 139–140
- meditación 207–208, 228
- médiums 111–114, 112, 281–282
- memoria
 - cuántica 148–153, 161, 169, 234–235
 - reencarnación 145–146, 160–164
 - y experiencia 48, 65
- mente
 - naturaleza de la 9, 80, 122–125
 - y cerebro 134, 250
 - y cuerpo mental 137–138
 - y ego 207
 - y evolución 271. Véase también fig. n.º 12.1
 - y significado 121, 168, 291
 - y supermente 263–264, 269–270
- meridianos 129
- Merrell-Wolff, Franklin 216, 229, 239, 262
- metafísica 24–25. Véase también nota al pie n.º 7
 - budista 37–38
- miedo
 - a la muerte 30, 189, 211–216
 - y reencarnación 106–111, 160–161
- Mi esposa y mi suegra (Hill) 45. Véase también fig. n.º 2.5
- milagros 257–259
 - y resurrección 266–268
- Mishra, Swarnalata 100
- Mitchell, Mark 147

- Moisés 81
- moksha (liberación) 17, 204
- mónada 81–83. Véase mónada cuántica
 - y reencarnación 82–85, 87–89, 146
- mónada cuántica 12, 153–155, 166–167, 235
 - desencarnada 164, 166–167
 - individualización de la 169–170, 290–291
 - y autorreferencia 156–160
 - y canalización 164–165, 243
 - y cuerpos sutiles 140–144, 181
 - y dharma 204–209
 - y memoria cuántica 234–235
 - y reencarnación 245
- monismo 23–24
- Montgomery, Ruth 108–109
- Moody, Raymond 92–93
- Moorcock, Michael 234
- morfogénesis 10, 121, 272
- Morwood, Joel. Véase nota al pie n.º 48
- Moss, Richard 131
- Moura, Gilda 114
- movimiento, ley del 120–121
- Moyers, Bill 129–130
- muerte 10, 13, 34, 172–176, 182–185, 237–238. Véase también inmortalidad; experiencias cercanas a la muerte
 - ejercicios tibetanos para la 225–228
 - fases de aceptación de la 189–191
 - miedo a la 31, 189, 213–215
 - por suicidio 243–244
 - preparación para la 213–216
 - y creatividad 31–34, 77–78, 86–87, 216–217, 233–234
 - y cuerpos sutiles 148–149, 178–179, 182
 - y entropía 233–234, 257
 - y no-localidad 171
 - y reencarnación 16, 86–87, 234
 - y visiones 94–95
- Muhammad 163
- Muktananda, Swami 278
- mundo material
 - naturaleza del 22–23
 - y consciencia 45, 79
 - y mundo mental 123–126

N

- nadis (canales) 129
- Neuman, John von 45

- Neuman, Theresa 265
- niños
- y la muerte 246
 - y la reencarnación 22, 99–100
- Nirmanakaya (esfera de experiencia) 38–39
- nirvana (extisión del deseo) 17
- nirvkalpa samadhi (estado similar al sueño) 33
- no-localidad 29–30, 49–55, 247
- de la energía vital 131–133
 - y creatividad 69–70
 - y el tiempo 59–61
 - y experiencias cercanas a la muerte 96, 171–172
 - y extraterrestres 281–282
 - y muerte 180
 - y pensamientos 124
 - y reencarnación 72–78, 87–89, 170, 290–292
- Nuland, Sherwin 223
- O
- O'Neill, Eugene 201
- objetos, naturaleza cuántica de los 26–28, 50–51, 123–124, 141–142
- experimento de la doble ranura 41–45
 - experimento de lección demorada 59–61
- Omega Project, The (Ring) 278
- onda, adición o suma de 59
- ondas de posibilidad 26–27, 142, 156, 272
- y consciencia 169
 - y objetos 41–43
 - y observación 61–63
- oración de la muerte 225
- Osis, Karlis 94
- otra vida, creencias culturas en la 16–18
- OVNIS 275–283
- P
- Pablo, San 249
- Padmasambhava 172
- paramatman (yo cuántico) 195
- paranormal 283
- Parinirvana Sutra 228
- Parker, Dorothy 215
- Pasricha, Satwant 12–13
- Patanjali 208
- Penrose, Roger 121
- pensamientos, naturaleza de los 123–125, 137. *Véase también* mente
- Pequeño gran hombre (película) 244
- percepción, anomalías en la 10
- percepción extrasensorial 89–90, 94
- personalidad 192–194
- y reencarnación 104–106
- Piaget, Jean 193
- Picket Fences (televisión) 40, 174, 257
- Pío, Padre 115, 265
- Pitágoras 20
- pitriyana (sendero hacia el padre) 39
- Platón 20, 80, 168
- alegoría de la caverna 23
- pneumatikos (cuerpo espiritual) 249
- población, y reencarnación 110, 181
- poltergeist 168
- Popper, Karl 143
- posesión 164
- prana (energía) 79, 127
- y tantra yoga 209
- pranamaya (cuerpo vital) 127. *Véase* fig. n.º 6.1
- pranayama 129
- prarabdha (propensiones) 203
- Pribram, Karl 146
- Priestley, J. B. 243
- principio de correspondencia 125
- principios
- de correspondencia 125
 - de incertidumbre 126–127
- Principito, El (Saint-Exupéry) 92
- probabilidad. *Véase* ondas de posibilidad
- psicocinesis 62–63, 168–169
- psicofísico, paralelismo 118
- psicología transpersonal 201
- purgatorio 248–249
- Q
- qi gong (arte marcial) 130
- Quan Yin 165
- R
- raja (rey) yoga 208–209
- rajas (actividad) 199–200
- Rajneesh, Bhagwan Shri 130
- Ramakrishna. *Véase* nota al pie n.º 41
- Ramayana (epopeya india) 256

Ramtha (entidad canalizada) 113, 114, 163
 realidad
 creando nuestra 64–65
 naturaleza de la 23–24, 286
 y autorreferencia 146
 y muerte 217–218
 reduccionismo 156
 reencarnación 9, 10–11, 16–19, 168–169,
 187, 215–216
 datos sobre la 93–95, 99–105, 161–162
 en la filosofía occidental 18–20
 la ciencia de la 11–12, 249–250
 y ángeles 164–166
 y bardos 37
 y cristianismo 16, 248–249
 y el alma 82–86, 290, 293–294
 y ética 250–251
 y evolución 272–273
 y fobias 106–110
 y gunas 199–200
 y karma 160–161, 195–198, 203–205,
 234–236
 y los talentos 104–105, 162
 y mónada cuántica 153–154, 235
 y no-localidad 70–75, 86–87
 relatividad, teoría de la 276–277
 religión
 y la otra vida 14–17
 y la reencarnación 17–18
 Religión del Elixir de Oro de la Vida 264
 Remen, Rachel Naomi 95
 República, La (Platón) 168
 respiración
 holotrópica 102–103, 227–228
 y prana 129
 resurrección 11, 35, 226, 249–250, 254
 Ring, Kenneth 94–97, 278, 280
 Robb, Dick 280–281
 Roberts, Jane 78, 113
 Rogers, Carl 222
 Rolland, Romain 242
 Rumi 274
 rupadevas (ángeles) 164
 S
 sacrificio 226–227
 Sagan, Carl 69
 Sai Baba 265

Saint-Exupery, Antoine de 92
 samadhi (iluminación) 179–180, 180, 261
 Sambhogakaya 160
 Sambhogakaya (esfera arquetípica) 38–39,
 267
 samsara (mundo manifiesto) 38
 sanación 10, 258–259
 yóguica 127–128
 sanskaras (hábitos) 146
 Sarawati, Swami Dayananda. Véase nota al pie
 n.º 25 y 32
 sattwa (iluminación) 199–200
 Satya yuga (edad de oro) 238–239
 Schmidt, Helmut 62–64
 Schopenhauer, Arthur 145
 Schrödinger, Erwin 148
 Searle, John 121
 seres desencarnados 112–114
 supervivencia humana en la forma de 280
 servicio 160
 Seth (entidad canalizada) 78, 113
 sexo 242
 Shankara 217–218
 Shelldrake, Rupert 10, 121
 Shelley, Percy Bysshe 102
 Shimony, Abner. Véase nota al pie n.º 7
 Siddhartha (Hesse) 261
 Sidgwick, Henry 94–95
 Sigmund, Freud 141
 sincronicidad 61
 Sivananda, Swami 202
 sometimiento 224–225, 227, 229–230
 Sperry, Robert 121
 Stapp, Henry 142
 Star Trek: la siguiente generación (televisión)
 138, 268
 Stevenson, Ian 73–74, 85–86, 99–100,
 100–101, 161
 Strieber, Whitley 282
 sueños 89–90, 98
 e identidad 15
 suicidio 243–244
 sukhsha (sutil). Véase mente
 supermente 263–264, 269, 270, 284, 287
 seres supramentales 284
 y seres supramentales 122–125, 264–265
 sutratman 81, 291
 Swaroopananda, Swami 283, 286–287

T

Tagore, Rabindranath 189
 tai chi 209
 talentos, y reencarnación 104–105, 161
 tamas (pereza) 199–200
 tánatos 189–191
 tantra yoga 209–210
 Targ, Russell. *Véase* nota al pie n.º 14
 Tart, Charles 15
 telepatía 52–53, 58, 112
 y muerte 94–96
 Teosofía 39–41, 81, 117, 273–274
 Thoreau, Henry David 20
 tiempo
 e inmortalidad 260–261
 y no-localidad 62–63, 70–71, 88–89
 trabajo espiritual 74, 201
 transformación 231
 trascendencia 24
 Tsu, Chuang 89
 Tukaram 228–229

U

Upanishads 34, 127, 221. *Véase también* nota al pie n.º 24
 sobre la liberación 34
 sobre la muerte 230–231
 sobre los cuerpos sutiles 127

V

vida
 e inmortalidad material 256–259
 evolución de la 136–137, 270–272
 naturaleza de la 244–246
 propósito de la 83, 233
 revisión de la, en experiencias cercanas a la muerte 92, 95–98
 y dharma 204–206
 y medida cuántica 67
 y muerte 13, 33–34, 173–178, 225
 vijñanamaya (cuerpo supramental) 127–128. *Véase también* fig. n.º 6.1
 vinculación 50–57
 y reencarnación 170
 Viney, Geoff 20

visiones 93–96, 167, 183
 visión remota 53
 vitalismo 127
 Vivekananda, Swami 167
 voz electrónica, fenómeno de 168

W

Wambach, Helen 103, 181, 238
 Watts, Alan 18, 69
 Wheater, Nicola 100–101
 Whitman, Walt 215
 Wilber, Ken 85–86, 172, 195, 270
 Wilcox, Ellen Wheeler 165
 Willett, Sra. (medium) 163
 Williams, Carey 113
 Wolf, Fred Alan 69
 Woolger, Roger 107, 197

X

xenoglosia 105, 162

Y

Yetzirah. *Véase* fig. n.º 6.3
 Yetzirah (formación) 134
 yo. *Véase* ego; mónada
 Yo (self)
 cuántico 64–65, 150–152, 158, 187, 194
 descubrimiento del 205–211
 naturaleza del 192–195
 y dharma 204–211
 y liberación 260–262
 y medida cuántica 67–68
 y mónada cuántica 182–183
 y muerte 13, 239
 yoga 211–212
 Yogananda, Paramahansa 268
 Yoga Sutra (Patanjali) 208
 Yohai, Simeón ben 82–83
 Young, Arthur. *Véase* nota al pie n.º 51

Z

Zaratustra 260
 Zohar, El (Yogai) 82. *Véase también* nota al pie n.º 24

Índice

1. De la muerte a la inmortalidad.....	13
2. <i>El libro tibetano de los muertos</i> es correcto. ¡Nuestro trabajo es demostrarlo!	37
3. No-localidad y reencarnación: una displicente conversación con mi esposa	69
4. La ventana no-local: interpretar <i>El libro tibetano de los muertos</i> en términos modernos	79
5. ¿Hay algo más en la historia de la reencarnación que la no-localidad cuántica?.....	91
6. ¿Tenemos más de un cuerpo?	117
7. La mónada cuántica	145
8. La historia completa de <i>El libro tibetano de los muertos</i>	171
9. Del ego a la mónada cuántica evolutiva: el desarrollo de un nuevo contexto para la vida	187
10. El yoga de la muerte: morir creativamente	213
11. Preguntas y respuestas	233
12. La física de la inmortalidad	253
13. Ufología, inmortalidad y evolución	275
Epílogo: Las nueve vidas del alma	289
Glosario	295
Bibliografía	309
Índice analítico	323